



Jack Ketchum

la chica
de al lado

se

Los suburbios en una ciudad cualquiera de los Estados Unidos en los años 50.

Calles sombreadas, con el césped bien cortado, árboles en líneas perfectas y casas acogedoras. Un lugar tranquilo donde crecer, siempre que no seas la adolescente Meg o su hermana tullida Susan.

En una calle sin salida, en un oscuro y húmedo sótano de la casa Chandler, Meg y Susan, están cautivas a manos de una tía que está cayendo progresivamente en la locura. Una locura que está transmitiendo a su familia, y finalmente al barrio entero.



Jack Ketchum

La chica de al lado

ePub r1.2

SoporAeternus 21.04.15

Título original: *The girl next door*

Jack Ketchum, 1989

Diseño de portada: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus

ePub base r1.0



*«Tiene que decirme, bravo capitán,
¿por qué los malvados son tan fuertes?
¿Cómo logran los ángeles irse a dormir
cuando el diablo deja la luz del porche encendida?»*

Tom Waits

*«Nunca quiero oír los gritos
de las adolescentes en los sueños de otros».*

The Specials

*«El alma que se encuentra bajo el peso del pecado
no puede volar».*

Iris Murdoch, El Unicornio.

1

¿Crees saber lo que es el dolor?

Habla con mi segunda mujer. Ella lo sabe. O cree saberlo.

Cuenta que, una vez, cuando tenía diecinueve o veinte años, se interpuso entre una pareja de gatos que se peleaban (su gato y el de un vecino) y que uno de ellos fue hacia ella, trepó por su cuerpo como si fuera un árbol, y le dejó heridas en las caderas, los pechos y la tripa que todavía pueden verse hoy en día. La asustó tanto que cayó sobre el Hoosier de principios de siglo de su madre, y al hacerlo rompió su mejor figura de porcelana y se dejó un arañazo de quince centímetros en las costillas, mientras el gato, una masa de dientes y garras y furia ciega, descendía por ella. Creo que me dijo que le dieron treinta y seis puntos. Y tuvo fiebre durante varios días.

Mi segunda mujer dice que eso es dolor.

Esa tía no sabe una mierda.

Evelyn, mi primera mujer, posiblemente se acercó más. Hay una imagen que la obsesiona.

Está conduciendo un Volvo alquilado por una autopista mojada en una calurosa mañana de verano, con su amante a su lado, lenta y cuidadosamente puesto que sabe lo traicionera que puede ser la lluvia fresca sobre una calzada caliente, cuando un Volkswagen le adelanta y se mete bruscamente en su carril. Su parachoques trasero, con la placa «Vive libre o muere» se cae y le roza su morro. Casi con delicadeza. La lluvia hace el resto. El Volvo derrapa, hace un viraje brusco, cae por un terraplén y, de repente, su amante y ella se encuentran volando por el espacio, ingravidos y dando vueltas, y arriba es abajo, y luego arriba, y después debajo de nuevo. En algún momento, el volante le rompe a ella el hombro. El retrovisor le rompe la muñeca.

Y entonces paran las vueltas de campana y ella se encuentra mirando el

acelerador sobre su cabeza. Busca a su amante, pero ya no está allí; ha desaparecido, es magia. Encuentra la puerta del conductor y la abre, sale a gatas a la hierba mojada, se pone en pie y mira bajo la lluvia. Y esta es la imagen que le obsesiona: un hombre como un saco de sangre, desinflado, despellejado vivo, tirado frente al coche sobre un montón de cristales teñidos de rojo.

Ese saco es su amante.

Y por eso digo que está más cerca. Aunque bloquea lo que sabe; aunque duerme por las noches.

Sabe que el dolor no es solo cuestión de sufrimiento físico, una queja de su propio cuerpo atónito por alguna invasión de la carne.

El dolor puede llegar de fuera a dentro.

Quiero decir, que hay veces en las que lo que ves es dolor. Dolor en su forma más cruel y pura. Sin que las drogas, o el sueño, o el shock, o el coma te lo suavicen.

Lo ves y lo tomas. Y entonces es tuyo.

Eres el anfitrión de un largo gusano blanco que roe y devora, creciendo, llenando tus intestinos, hasta que una mañana toses y la pálida cabeza ciega de la criatura sale deslizándose de tu boca como una segunda lengua.

No, mis mujeres no conocen eso. No exactamente. Aunque Evelyn se acerca.

Pero yo sí.

En esto tienes que hacerme caso desde ya.

Lo sé desde hace mucho tiempo.

Trato de recordar que éramos todos niños cuando pasaron esas cosas, solo niños, recién salidos de nuestros gorros de piel de mapache al estilo Davy Crockett, por amor de Dios. Es muy duro creer que lo que hoy soy es lo que era entonces, solo que ahora oculto y disfrazado. Los niños reciben segundas oportunidades. Me gusta pensar que yo estoy usando la mía.

Aunque tras dos divorcios, y de los malos, el gusano está listo para roer un poquito.

Aún me gusta recordar que fue en los cincuenta, un período de represiones, secretos e histeria extraños. Pienso en Joe McCarthy, a pesar de que no recuerdo haber pensado en él por aquel entonces, excepto para preguntarme qué era lo que hacía que todos los días mi padre se apresurase a llegar a casa desde el trabajo para escuchar al comité en la tele. Pienso en la guerra fría. En los simulacros de ataque aéreo en el sótano del colegio y en las películas sobre pruebas atómicas que veíamos; maniqués de las tiendas implosionando; explotando en cuartos de estar falsos, desintegrándose, ardiendo. En ejemplares del *Playboy* y el *Man's Action* escondidos en papel encerado en el arroyo, tan blanduzcos al cabo del tiempo que detestabas tocarlos. Pienso en la denuncia sobre Elvis que hizo el reverendo Deitz en la Iglesia Luterana de la Gracia cuando yo tenía diez años, y en las revueltas del rock'n'roll en los programas de Alan Freed en la Paramount.

Me digo que estaba pasando algo extraño, algún gran hervor americano a punto de estallar. Que pasaba en todas partes, no solo en la casa de Ruth, sino en todas partes.

Y a veces eso lo hace más fácil. Lo que hicimos.

Ahora tengo cuarenta y uno. Nací en 1946, diecisiete meses después de la bomba que arrojamos en Hiroshima.

Matisse acababa de cumplir ochenta.

Gano cincuenta y cinco de los grandes al año trabajando en el parque de Wall Street. Dos matrimonios, sin hijos. Una casa en Rye y un apartamento de la empresa en la ciudad. Voy a la mayoría de los sitios en limusina, aunque en Rye conduzco un Mercedes azul.

Puede que esté a punto de casarme de nuevo. La mujer a la que amo no sabe nada de lo que estoy escribiendo aquí (ni tampoco mis otras mujeres) y realmente desconozco si alguna vez he tenido intención de contárselo. ¿Por qué debería? Tengo éxito, tengo buen carácter y soy generoso y un amante cuidadoso y considerado.

Y nada ha ido bien en mi vida desde el verano de 1958, cuando Ruth y Donny y Willie y los demás conocimos a Meg Loughlin y a su hermana Susan.

2

Estaba solo en el arroyo, tirado sobre mi estómago en la gran roca con un frasco en la mano. Observaba a los cangrejos. Ya tenía dos de ellos en un frasco mayor que estaba a mi lado. De los pequeños. Buscaba a su mamá.

El arroyo fluía rápidamente a ambos lados de donde me encontraba. Podía sentir cómo salpicaba mis pies desnudos, que colgaban cerca del agua. El agua estaba fría, el sol calentaba.

Oí un ruido en los arbustos y levanté la vista. La chica más bonita que jamás había visto me sonreía desde la orilla.

Tenía largas piernas bronceadas y un largo cabello pelirrojo que se recogía en una coleta larga, llevaba pantalones cortos y una blusa de color claro que se abría en el cuello. Yo tenía doce años y medio. Ella era mayor.

Recuerdo haberle sonreído, aunque yo no solía mostrarme amistoso con los extraños.

—Cangrejos —dije. Vací un frasco de agua.

—¿De veras?

Asentí.

—¿De los grandes?

—Estos no. Pero puedes encontrarlos.

—¿Puedo verlos?

Saltó de la orilla tal y como haría un chico, sin sentarse primero, solo apoyando la mano izquierda en el suelo y salvando la caída de un metro hasta la primera piedra grande de la hilera que cruzaba zigzagueando el agua. Ella estudió la hilera por un momento y luego cruzó hasta la roca. Estaba impresionado. No dudó y lo hizo con un equilibrio perfecto. Le dejé sitio. De pronto había un estupendo olor sentado a mi lado.

Sus ojos eran verdes. Miró a su alrededor.

En aquellos tiempos, la roca era para todos nosotros un lugar especial. Se encontraba justo en medio de la parte más profunda del arroyo, y el agua fluía clara y rápida a su alrededor. Había espacio suficiente para cuatro niños sentados o seis de pie. Entre otras cosas, había sido un barco pirata, el *Nautilus* de Nemo y una canoa para el Lenni Lennape. Hoy, el agua tendría más o menos metro y medio de profundidad. Ella parecía feliz de estar allí, y no estaba asustada en absoluto.

—La llamamos la gran roca —le dije—. O sea, antes lo hacíamos. Cuando éramos niños.

—Me gusta —contestó—. ¿Puedo ver los cangrejos? Me llamo Meg.

—Yo David. Claro.

Miró dentro del frasco. Pasó el tiempo y no dijimos nada. Los estudió. Y, entonces, volvió a levantarse.

—Genial.

—Solo los cojo y los miro un rato, y luego los suelto.

—¿Muerden?

—Los grandes sí. Pero no pueden herirte. Y los pequeños solo tratan de escapar.

—Parecen langostas.

—¿Nunca habías visto un cangrejo?

—No creo que haya en Nueva York —se rio. No me importó—. Pero tenemos langostas. Esas sí que pueden herirte.

—¿Puedes quedártela? Quiero decir, no puedes tener una langosta de mascota o algo así, ¿verdad?

Se rio de nuevo.

—No. Te las comes.

—Tampoco puedes quedarte con un cangrejo. Se mueren. Un día, o tal vez dos, como mucho. Aunque he oído que hay gente que también se los come.

—¿De verdad?

—Sí. Algunos lo hacen. En Louisiana, o en Florida, o en algún sitio.

Volvimos a mirar dentro del frasco.

—No sé —me dijo sonriendo—. No parece que tengan mucho que se pueda comer.

—Cojamos unos grandes.

Nos tumbamos sobre la roca uno al lado del otro. Cogí el frasco y metí los dos brazos en el arroyo. El truco estaba en darle la vuelta a las piedras una a una, lentamente, para no enfangar el agua, y luego tener listo el frasco para atrapar cualquier cosa que saliera de debajo. El agua era tan profunda que yo llevaba la camisa de manga corta remangada hasta el hombro. Era consciente de lo largos y escuálidos que debían de parecerle a ella mis brazos. Así era como yo los veía.

De hecho, me sentía muy raro a su lado. Incómodo, pero excitado. Era distinta a las otras niñas que había conocido, a Denise o Cheryl, en el barrio, o incluso a las niñas del colegio. En primer lugar, era unas cien veces más bonita. Por lo que a mí respecta, era incluso más bonita que Natalie Wood. Probablemente también era más inteligente que las niñas que conocía, más sofisticada. Después de todo, vivía en Nueva York y había comido langosta. Y se movía como un chico. Tenía un cuerpo fuerte y duro y de movimientos gráciles y desenvueltos.

Todo eso me puso nervioso y me perdí el primero. No era un cangrejo enorme, pero sí mayor que los que ya teníamos. Se metió hacia atrás bajo la roca.

Me preguntó si podía intentarlo ella. Le di el frasco.

—Nueva York, ¿eh?

—Sí.

Se remangó y se metió en el agua. Y fue entonces cuando vi la cicatriz.

—¡Ijj! ¿Qué es eso?

Comenzaba justo en su codo izquierdo y bajaba hasta la muñeca como un largo y retorcido gusano rosa. Se dio cuenta de lo que yo miraba.

—Un accidente —me dijo—. Estábamos en un coche. —Y volvió a mirar el agua, en donde se podía ver su reflejo.

—Vaya.

Pero no daba la impresión de que quisiera hablar demasiado tras eso.

—¿Tienes más?

No sé qué tienen las cicatrices que fascinan tanto a los chicos, pero lo hacen, la vida es así, y yo no podía evitarlo. Aún no podía dejarlo. Aunque sabía que ella no quería que lo hiciera, aunque nos acabábamos de conocer. La observé mientras giraba una piedra. No había nada debajo. Pero lo hizo bien; no enfangó el agua. Me dije que era estupenda.

Se encogió de hombros.

—Unas cuantas. Esta es la peor.

—¿Puedo verlas?

—No. Me parece que no.

Se rio y me miró de tal forma que cogí el mensaje. Y cerré el pico por un rato.

Giró otra piedra. Nada.

—Creo que fue de los malos, ¿no? El accidente.

No me contestó, y no pude culparla. En cuanto lo dije, me di cuenta de lo estúpido, extraño e insensible que sonaba. Me ruboricé, y me alegré de que ella no estuviese mirando.

Y entonces cogió uno.

La piedra se deslizó y el cangrejo se desplazó hacia atrás, justo dentro del frasco, y todo lo que tuvo que hacer fue levantarlo.

Vertió un poco de agua y puso el frasco hacia la luz. Se veía el bonito color dorado del cangrejo. Tenía la cola levantada y movía las pinzas, vigilando el fondo del frasco en busca de alguien con el que luchar.

—¡Lo cogiste!

—¡Al primer intento!

—¡Genial! ¡Es fantástico!

—Pongámoslo con los otros.

Vertió el agua con lentitud, justo como debía hacerlo para no molestarlo o perderlo, aunque nadie se lo había dicho, y cuando quedaba más o menos un centímetro en el frasco, lo echó al grande. Los dos que ya estaban allí le dejaron un montón de espacio. Lo que era una suerte, puesto que los cangrejos a veces se mataban los unos a los otros, mataban a los de su propia especie, y los otros dos eran pequeñitos.

Tras un rato, el nuevo se calmó y nos sentamos a observarlo. Parecía primitivo, eficiente, mortal, precioso. De un color muy bonito y un diseño muy esbelto.

Metí un dedo en el frasco para tocarlo.

—No.

Tenía su mano sobre mi brazo. Estaba fría y era suave.

Saqué el dedo.

Le ofrecí una barrita de Wrigley's y cogí otra para mí. Y durante un rato, lo único que pudo oírse fue el viento sobre la alta hierba cruzando la orilla y haciendo ondear el arroyo, el sonido del arroyo que fluía alto debido a la lluvia de la última noche, y a nosotros masticando.

—Los vas a soltar, ¿verdad? ¿Me lo prometes?

—Claro. Siempre lo hago.

—Bien.

Suspiró y se levantó.

—Creo que debo volver. Tenemos que ir a hacer la compra. Pero quería echar un vistazo primero. Quiero decir, nunca habíamos tenido antes un bosque. Gracias, David. Ha sido divertido.

Estaba ya a medio camino cruzando las piedras cuando se me ocurrió preguntárselo.

—¡Eh! ¿Volver a dónde? ¿Dónde vas?

Sonrió.

—Nos vamos a quedar con los Chandler. Susan y yo. Susan es mi hermana.

Yo también me levanté, como si alguien hubiese tirado de mí con cuerdas invisibles.

—¿Los Chandler? ¿Ruth? ¿La madre de Donny y Willie?

Terminó de cruzar, se volvió y me miró. Y, de pronto, había algo diferente en su cara. Recelo.

Eso me detuvo.

—Eso es. Somos primos. Primos segundos. Creo que soy la sobrina de Ruth.

Su voz se había vuelto extraña. Sonaba sin entonación, como si hubiese algo que yo no debía conocer. Como si estuviese contándome algo y ocultándomelo a la vez.

Me confundió por un momento. Me dio la sensación de que tal vez también a ella.

Era la primera vez que la veía nerviosa. Ni siquiera lo estaba cuando lo de la cicatriz.

Pero no dejé que eso me preocupara.

Porque la casa de los Chandler estaba junto a la mía.

Y Ruth era... bueno, Ruth era genial. Aunque sus hijos fueran unos idiotas a veces. Ruth era genial.

—¡Oye! —le dije—. ¡Somos vecinos! Mi casa es la marrón de al lado.

La vi trepar hasta la orilla. Cuando llegó arriba se volvió y su sonrisa había vuelto, con la mirada franca que tenía la primera vez, cuando se sentó a mi lado en la roca.

Me saludó.

—Nos vemos, David.

—Nos vemos, Meg.

Genial, pensé. Increíble. Iba a verla continuamente.

Esa fue la primera vez que pensé algo semejante.

Ahora me doy cuenta.

Ese día, en la roca, conocí a mi amor de adolescencia, Megan Loughlin,

una desconocida dos años mayor que yo, con una hermana, un secreto y un largo cabello pelirrojo. Me pareció tan natural que me quedé tranquilo e incluso feliz respecto a una experiencia que me auguraba buenas perspectivas, y, por supuesto, también a ella.

Cuando pienso en ello, odio a Ruth Chandler.

Ruth, entonces eras tan hermosa...

He pensado mucho en ti; no, te he investigado, he llegado tan lejos, escurbando en tu pasado, aparcado un día al otro lado de la calle de ese edificio de la avenida Howard del que siempre nos estabas hablando, donde te encargabas de todo el maldito asunto mientras los chicos se encontraban luchando en la grande, la guerra que acabaría con todas las guerras, segunda parte, ese lugar donde eras totalmente imprescindible hasta que «los pequeños soldaditos volvieron a casa», como tú decías, y, de repente, te encontraste sin trabajo. Aparqué allí y parecía un sitio normal, Ruth. Pobre, triste y aburrido.

Conduje hasta Morristown, donde naciste, y tampoco había nada. Por supuesto, no sabía dónde se suponía que estaba tu casa, pero lógicamente tampoco pude ver cómo se rompían allí, en esa ciudad, tus grandes sueños, no pude ver a los ricos a cuyos brazos, supuestamente, te arrojaban tus padres, con los que te agobiaban, no pude ver tu enorme frustración.

Me senté en el bar de tu marido, Willie Sr. (¡sí, lo encontré, Ruth! En Fort Myers, Florida, donde ha estado desde que te abandonó con tres mocosos llorones y una hipoteca, hace treinta años, lo encontré jugando a ser camarero de los ciudadanos importantes, un hombre apagado, amable, que ya ha pasado su mejor momento), me senté allí y lo miré a la cara, a los ojos, y hablamos y no pude ver al hombre del que siempre hablabas, el semental, el «encantador bastardo irlandés», ese sucio *hijoputa*. Me pareció un hombre que se había ablandado y que había envejecido. Nariz de borracho, tripa de borracho, un gordo y caído culo sobre un par de patas rechonchas... Y daba la impresión de no haber sido duro en su vida, Ruth. En su vida. En realidad, esa fue la sorpresa.

Como si la dureza se encontrase en otra parte.

Así que, ¿qué era eso, Ruth? ¿Todo mentiras? ¿Te lo inventaste todo? No puedo imaginármelo de ti.

O puede que para ti, canalizado a través de ti, la verdad y las mentiras

fueran lo mismo.

Ahora voy a tratar de cambiarlo, si puedo. Voy a contar nuestra pequeña historia. Lo mejor que pueda a partir de ahora y sin interrupciones.

Y estoy escribiendo esto para ti, Ruth. Porque, en realidad, nunca llegué a pagarte.

Así que aquí está mi cheque. Caducado y al descubierto.

Cóbralo en el infierno.

3

La mañana siguiente, a primera hora, caminé hasta la puerta de al lado.

Recuerdo que me sentía asustado, un poco confuso, aunque nada sería más normal que ver qué estaba pasando allí.

Era por la mañana. Era verano. Y eso era lo que hacías. Te levantabas, desayunabas y salías a ver quién estaba por allí.

La casa de los Chandler era por donde normalmente se empezaba.

La avenida Laurel era una calle cortada por entonces (ya no lo es), una única entrada que cortaba el semicírculo de bosque que bordeaba el sur de West Maple y que recorría al menos una milla a sus espaldas. Cuando se construyó por primera vez el camino, a principios del XIX, el bosque era tan frondoso y tenía altísimos árboles, que se le llamaba el callejón oscuro. Todos esos árboles han desaparecido hoy en día, pero sigue siendo una calle bonita y tranquila. Árboles frondosos por todas partes, cada casa diferente de la que tiene al lado y ninguna tan cercana a otra como otras que se ven.

Solo había trece casas en el barrio. La de Ruth, la nuestra, cinco más subiendo la colina en nuestra acera y seis en la de enfrente.

Todas las familias tenían niños, excepto los Zorn. Y todos los niños conocían a los otros niños como si fueran hermanos. Por lo que, si querías compañía, siempre podías encontrar a alguno en el arroyo o en donde crecían los manzanos silvestres, quienquiera que tuviese ese año la piscina de plástico más grande o la diana para el arco y las flechas.

Si querías perderte, eso también era fácil. El bosque era profundo.

Los chicos de la calle cortada nos llamábamos.

Siempre había sido un círculo cerrado.

Teníamos nuestras propias reglas, nuestros propios misterios, nuestros

propios secretos. Teníamos un orden en las peleas y lo aplicábamos con saña. Estábamos acostumbrados a hacerlo de esa forma.

Pero ahora había alguien nuevo en el barrio. Alguien nuevo donde Ruth.

Era extraño.

Especialmente porque era ese alguien.

Especialmente porque era en ese lugar.

De hecho, era realmente extraño.

Ralphie estaba en cuclillas cerca del jardín de piedras. Serían las ocho de la mañana y ya estaba sucio. Había regueros de sudor y suciedad por toda su cara y sus brazos y sus piernas, como si hubiese pasado corriendo toda la mañana y hubiese caído (*thwack*), envuelto en grandes nubes de polvo. Varias veces. Lo que, conociendo a Ralphie, era muy probable. Ralphie tenía diez años y no creo que le hubiera visto limpio en toda mi vida más de quince minutos seguidos. Sus pantalones cortos y su camiseta también estaban asquerosos.

—Hola, Ladrador.

Excepto Ruth, nadie le llamaba Ralphie; siempre Ladrador. Cuando quería, se parecía más a Misty, el basset de los Robertson, que el propio Misty.

—Hola, Dave.

Estaba levantando piedras, y observando cómo huían de la luz los escarabajos de la patata y los ciempiés. Pero me di cuenta de que no le interesaban. Seguía moviendo una piedra tras otra. Dándoles la vuelta y dejándolas caer de nuevo. Tenía a su lado una lata de alubias Libby y también la movía continuamente, sin apartarla nunca de sus rodillas llenas de costras mientras se trasladaba de piedra en piedra.

—¿Qué hay en la lata?

—Lombrices —contestó. Aún no me había mirado. Estaba concentrado, moviéndose con esa energía nerviosa que había patentado. Como si fuera un científico en un laboratorio a punto de realizar algún fantástico e increíble descubrimiento y quisiese que le dejases solo de una santa vez para poder ponerse a ello.

Levantó otra piedra.

—¿Está Donny por aquí?

—Sí —asintió.

Lo que significaba que Donny estaba dentro. Y como la idea de entrar me ponía algo nervioso, me quedé un rato con él. Levantó una grande. Y, aparentemente, encontró lo que estaba buscando.

Hormigas rojas. Montones de ellas bajo esa piedra; cientos, miles de ellas. Todas enloquecidas debido a la repentina luz.

Nunca me han gustado las hormigas. Solíamos coger cazos de agua hirviendo y verterlos sobre el sitio donde hubieran decidido que sería agradable trepar los escalones de nuestro porche delantero; lo que, por alguna razón, hacían cada verano. Era idea de mi padre, pero yo la apoyaba totalmente. Creía que el agua hirviendo era lo que se merecían las hormigas.

Podía oler su aroma a yodo junto con el de la tierra húmeda y del césped recién cortado.

Ladrador apartó la piedra de un empujón y cogió la lata de Libby. Sacó una lombriz y después otra y las echó donde las hormigas.

Lo hizo desde una distancia de un metro. Como si bombardeara a las hormigas con carne de gusano.

Las hormigas respondieron. Los gusanos comenzaron a moverse y a animarse cuando las hormigas descubrieron su suave carne rosa.

—Eso es asqueroso, Ladrador —dije—. Realmente asqueroso.

—Encontré algunas negras por allí —me dijo. Señaló una piedra que estaba al otro lado del porche—. Ya sabes, de las grandes. Voy a coger unas cuantas y ponerlas aquí con estas chicas. Voy a empezar una guerra de hormigas. ¿Quieres apostar sobre quién ganará?

—Ganarán las rojas —respondí—. Las hormigas rojas siempre ganan.

Era verdad. Las hormigas rojas eran feroces. Y aquel juego no me resultaba nuevo.

—Tengo otra idea —le dije—. ¿Por qué no metes allí la mano? Como si fueras el hijo de Kong o algo así.

Me miró. Creo que estaba considerándolo. Y entonces, sonrió.

—No —contestó—. Eso es de retrasados.

Me levanté. Los gusanos seguían retorciéndose.

—Nos vemos, Ladri —dije.

Subí por las escaleras hasta el porche. Llamé a la puerta y entré.

Donny estaba tirado en el sofá, vestido únicamente con unos arrugados calzoncillos blancos con los que parecía haber dormido. Solo era tres meses mayor que yo, pero tenía un pecho y unos hombros mucho mayores y ahora, desde hacía poco, estaba comenzando a generar una enorme barriga, siguiendo los pasos de su hermano, Willie Jr. No era una visión agradable, y me pregunté dónde estaría Meg.

Me miró por encima de un ejemplar de *Plastic Man*. Personalmente, yo había abandonado los cómics desde que en 1954 se aprobó el *Comic Code* y ya no podía conseguir *La telaraña del misterio*.

—¿Cómo lo llevas, Dave?

Ruth había estado planchando. La tabla estaba apoyada sobre una esquina y se podía oler el punzante y acre olor del tejido limpio sobrecalentado.

Miré a mi alrededor.

—Bastante bien. ¿Dónde están todos?

Se encogió de hombros.

—De compras.

—¿Willie ha ido de compras? Estás de broma.

Cerró el cómic y se levantó, sonriendo, rascándose el sobaco.

—No. Willie tenía una cita con el dentista a las nueve. Willie tiene caries. ¿No es mortal?

Donny y Willie Jr. habían nacido con hora y media de diferencia pero, por alguna razón, Willie Jr. tenía problemas con los dientes y Donny no. Siempre estaba en la consulta del dentista.

Nos reímos.

—He oído que ya la has conocido.

—¿A quién?

Donny me miró. Supe que ya no engañaba a nadie.

—Oh, a tu prima. Sí. Ayer, en la roca. Cogió un cangrejo a la primera.

Donny asintió.

—Se le da bien —dijo.

No es que fuera un elogio entusiasta, pero para Donny (especialmente cuando hablaba de una chica), era bastante respetuoso.

—Venga —me dijo—. Espera aquí mientras me visto y vamos a ver lo que hace Eddie.

Gemí.

De todos los chicos de la avenida Laurel, Eddie era el único al que trataba de evitar. Eddie estaba loco.

Recuerdo una vez que estábamos jugando al béisbol y apareció Eddie, desnudo de cintura para arriba, bajando la calle con una enorme serpiente negra viva entre los dientes. El chico de la naturaleza. Se la tiró a Ladrador, que se puso a gritar, y luego a Billy Borkman. De hecho, siguió recogiéndola y tirándosela a todos los niños pequeños y burlándose de ellos mientras agitaba la serpiente hasta que el trauma de golpear el suelo tantas veces pudo con ella y dejó de ser divertido.

Eddie te metía en problemas.

La idea que tenía Eddie de pasárselo bien consistía en hacer algo que fuera peligroso o ilegal, preferiblemente ambas cosas (cruzar las vigas transversales de una casa en construcción o arrojarles manzanas silvestres a los coches desde el puente de Canoe Brook) y salir con bien de ello. Si te cogían o resultabas herido, estaba bien, era divertido. Si lo cogían a él o era él el que resultaba herido también era divertido.

Linda y Betty Martin juraban que le habían visto una vez arrancándole la cabeza a una rana de un mordisco. Nadie lo ponía en duda.

Su casa se encontraba en lo más alto de la calle, en la acera opuesta a la nuestra, y Tony y Lou Morino, que vivían al lado, decían que su padre siempre le estaba pegando. Prácticamente todas las noches. A su madre y a su hermana también. Recuerdo a su madre, una amable mujerona con enormes

manos de campesina, que lloraba en la cocina sobre el café con mi madre, con el ojo derecho hinchado y amoratado.

Mi padre decía que el señor Crocker era bastante agradable cuando estaba sobrio, pero se volvía un imbécil cuando se emborrachaba. Yo eso no lo sabía, pero Eddie había heredado el carácter de su padre y nunca sabías cuándo iba a ir a por ti. Cuando lo hacía, le daba igual coger un palo o una piedra que usar las manos. Todos teníamos alguna cicatriz en alguna parte. Yo había recibido más de una vez. Y ahora trataba de mantenerme alejado.

Pero a Donny y a Willie les gustaba. La vida con Eddie era excitante, tenías que reconocérselo. Aunque sabían que Eddie estaba loco.

Y, junto a Eddie, ellos también se volvían locos.

—Sabes qué te digo —le contesté—. Iré contigo. Pero no me quedaré.

—Venga, vamos.

—Tengo otras cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Cosas.

—¿Qué vas a hacer, ir a casa y escuchar los discos de Perry Como que tiene tu madre?

Le miré. Él sabía que se había pasado.

Todos éramos fans de Elvis.

Se rio.

—Tú mismo, Sport. Espera un minuto. Ahora vuelvo.

Cruzó la sala hasta su dormitorio y, de repente, me pregunté cómo se las arreglarían ahora que Meg y Susan estaban allí, dónde dormiría cada uno. Me acerqué al sofá y cogí su *Plastic Man*. Lo hojeé y volví a dejarlo. Luego me dediqué a vagar por el cuarto de estar hasta llegar al comedor, en donde se encontraba la ropa recién lavada de Ruth doblada sobre la mesa, y, por último, fui a la cocina. Abrí la nevera. Como siempre, allí había comida para sesenta.

Llamé a Donny.

—¿Puedo coger una Coca?

—Claro. Y ábreme también una, ¿vale?

Saqué las Cocas, abrí el cajón de la derecha y cogí el abrebottas. En su interior, la cubertería de plata estaba limpia y brillante. Siempre me pareció raro que Ruth tuviera siempre tanta comida pero solo tuviera cubiertos para cinco: cinco cucharas, cinco tenedores, cinco cuchillos, cinco cuchillos de carne y ninguna cuchara sopera. Por supuesto, que yo supiera, Ruth nunca recibía más visitas que nosotros. Pero ahora vivían allí seis personas. Me pregunté si finalmente se rendiría y compraría alguno más.

Abrí las botellas. Donny salió y le di una. Llevaba pantalones vaqueros, unas bamas y una camiseta. La camiseta le estaba estrecha en la cintura. Le di unas palmaditas en esa zona.

—Será mejor que la vigiles, Donald —le dije.

—Mejor vigílala tú mismo, marica.

—Oh, claro, ahora soy un marica.

—Eres retrasado, eso es lo que eres.

—¿Retrasado? Y tú eres basura.

—¿Basura? Las niñas son basura. Las niñas y los maricas son basura. Tú eres basura. Yo soy el Duque de Earl. —Para reforzarlo me dio un puñetazo en el brazo que yo le devolví, y forcejeamos un rato.

Donny y yo éramos tan buenos amigos como podían serlo dos chicos en aquella época.

Salimos al patio por la puerta de atrás y luego cruzamos la carretera hasta llegar al frente y nos dirigimos hacia donde estaba Eddie. Era cuestión de honor el ignorar la acera. Caminábamos en medio de la calle. Le dimos un sorbo a nuestras Cocas. De todas formas, allí nunca había tráfico.

—Tu hermano está matando gusanos en el jardín de piedras —le conté.

Me miró por encima del hombro.

—Un chiquillo encantador, ¿verdad?

—¿Y cómo lo llevas? —le pregunté.

—¿El qué?

—Tener a Meg y a su hermana por aquí.

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Solo están aquí. —Bebió un poco de Coca, eructó y sonrió—. Esa Meg es bastante bonita, ¿verdad? ¡Mierda! ¡Es mi prima!

No quise hacer ningún comentario, aunque estaba de acuerdo con él.

—Pero es prima segunda, ¿lo sabías? Eso es distinto. La sangre, o algo. No sé. Nunca las habíamos visto antes.

—¿Nunca?

—Mamá dice que una vez. Pero yo era muy pequeño como para recordarlo.

—¿Cómo es su hermana?

—¿Susan? No es nadie. Solo una niña pequeña. ¿Cuántos años tiene, unos once?

—Ladrador solo tiene diez.

—Sí, claro. ¿Y qué es Ladrador?

No pude discutirsele.

—Pero quedó bastante mal tras el accidente.

—¿Susan?

Asintió y señaló mi cintura.

—Sí. Se rompió todo desde allí hasta abajo, eso dice mamá. Todos los huesos. Caderas, piernas, todo.

—Vaya.

—Aún no anda bien. Está toda escayolada. Tiene esas (¿cómo se llaman?) cosas de metal, los palos, que se ponen en los brazos y los agarras y te llevan. Los niños con polio los llevan. He olvidado cómo se llaman. Como muletas.

—Vaya. ¿Y va a volver a andar?

—Ya anda.

—De forma normal.

—Ni idea.

Nos acabamos las Cocas. Casi habíamos llegado a lo alto de la colina. Ya

casi era el momento de que le dejara. O eso, o aguantar a Eddie.

—¿Sabes?, murieron los dos —me dijo.

Tal cual. Sabía lo que quería decir, por supuesto, pero, por un momento, mi mente no pudo asumirlo. No del todo. Era un concepto demasiado raro.

Los padres no se mueren. No en mi calle. Y, desde luego, no en accidentes de coche. Esa clase de cosas pasaban en otros sitios, en sitios más peligrosos que la avenida Laurel. Pasaban en las películas o en los libros. Cosas como esas te las contaba Walter Cronkite.

La avenida Laurel era una calle cortada. Caminábamos en medio de la calle.

Pero yo sabía que él no mentía. Recordé que Meg no quería hablar del accidente o de las cicatrices y que yo la presioné.

Sabía que él no mentía, pero era demasiado difícil de aceptar.

Caminábamos el uno junto al otro, sin que yo dijera nada, solo le miraba sin verle.

Veía a Meg.

Era un momento muy especial.

Sé que Meg adquirió en ese momento un glamour especial.

De pronto, no solo era bonita, inteligente y capaz de cruzar el arroyo; era casi irreal. Como nadie al que jamás hubiera conocido o fuera a conocer al margen de los libros o la tele. Como si fuera de ficción, algún tipo de heroína.

Me la volví a imaginar en la roca y ahora vi a alguien realmente valiente tumbado a mi lado. Vi horror. Sufrimiento, supervivencia, desastre.

Tragedia.

Todo eso en un momento.

Probablemente tenía la boca abierta. Creo que Donny pensaba que yo no sabía de lo que estaba hablando.

—Los padres de Meg, cabeza de chorlito. Los dos. Mamá dice que debieron de morir instantáneamente. Que no supieron qué les golpeó —replicó—. De hecho, lo que les golpeó fue un Chrysler.

Y debió de ser su enorme mal gusto lo que me devolvió a la realidad.

—He visto la cicatriz de su brazo —le conté.

—Sí, yo también. Es genial, ¿verdad? Pero deberías ver a Susan. Tiene cicatrices por todas partes. Asqueroso. Mamá dice que tiene suerte de estar viva.

—Probablemente tenga razón.

—De todas formas, así es como las conseguimos. No hay nadie más. Éramos nosotros o un orfanato en alguna parte. —Sonrió—. Qué suerte tienen, ¿eh?

Y entonces dijo algo que recordé más tarde. En ese momento, creí que era algo bastante cierto, pero, por alguna razón, lo recordé. Lo recordé muy bien.

Me veo a mí mismo de pie en medio de la carretera a punto de darme la vuelta y volver a bajar la colina y perderme en alguna parte, pues no quería tener nada que ver con Eddie; al menos ese día.

Veo a Donny girándose para lanzarme esas palabras sin terminar de volverse mientras cruza el patio hasta el porche. De forma casual, pero con una rara sinceridad, como si fueran el evangelio.

—Mamá dice que Meg es la afortunada —me dijo—. Mamá dice que se libró con facilidad.

4

Pasó una semana y media antes de que volviera a verla, sin contar con un breve vistazo aquí y allí: una vez sacando la basura, trabajando en el jardín. Ahora que conocía toda la historia, se me hacía aún más difícil acercarme a ella. No sentía pena. Le daba vueltas a lo que le iba a decir. Pero nada me parecía adecuado. ¿Qué le decías a alguien que acababa de perder a la mitad de su familia? Estaba allí como una roca que no podía escalar. Por lo que la evité.

Y entonces mi familia y yo hicimos nuestro obligado viaje anual al condado de Sussex para visitar a la hermana de mi padre, por lo que, durante cuatro días enteros, no tuve que pensar en ello. Fue casi un alivio. Digo casi porque a mis padres les faltaban, menos de dos años para divorciarse y el viaje fue espantoso; tres tensos días de silencio en el coche con montones de alegría fingida entre trayecto y trayecto, supuestamente en beneficio de mis tíos pero que no funcionó. Podías ver a mis tíos mirándose de cuando en cuando, como si dijeran «Jesús, que se vayan ya».

Lo sabían. Todo el mundo lo sabía. Por entonces, mis padres no habrían podido esconderle peniques a un ciego.

Pero cuando volvimos a casa volví a pensar en Meg. No sé por qué no se me ocurrió olvidarme simplemente de ello, que a Meg le hacía tanta gracia acordarse de la muerte de sus padres como a mí hablar de ello. Pero no lo hice. Creía que había que decir algo, y no lograba adivinar el qué. Era muy importante para mí no quedar como un imbécil. Era muy importante para mí no quedar como un imbécil delante de Meg, punto.

También me preguntaba sobre Susan. En casi dos semanas no la había visto nunca. Lo que iba en contra de todo lo que conocía ¿Cómo podías vivir en la casa de al lado de alguien y no verlo nunca? Pensé en sus piernas y en Donny diciendo que sus cicatrices eran realmente horribles de ver. Puede que

tuviera miedo de salir. Eso sí podía creérmelo. Yo mismo estaba pasando por entonces mucho tiempo en casa, evitando a su hermana.

Pero eso no podía durar. Era por entonces la primera semana de junio, tiempo para el Carnaval Kiwani.

Perderse el Carnaval era como perderse el verano.

Justo al otro lado de nosotros, ni a medio barrio de distancia, había un viejo colegio de seis habitaciones llamado Colegio Central, al que todos nosotros habíamos ido de pequeños, los cinco primeros cursos. Todos los años celebraban el Carnaval en el recreo. Desde que fuimos lo bastante mayores para poder cruzar la calle solos íbamos ver cómo lo montaban.

Durante toda esa semana, por estar tan cerca, éramos los niños con más suerte de toda la ciudad.

Los Kiwani solo se ocupaban de las concesiones: los puestos de comida, los de tiro al blanco, las ruletas. Todas las atracciones las manejaba una compañía de profesionales y se encargaban de ellas unos feriantes. A nosotros, los feriantes nos parecían algo totalmente exótico. Hombres y mujeres de aspecto rudo que trabajaban con un Camel entre los dientes, guiñando los ojos por el humo que se les metía en ellos, llenos de tatuajes, callos y cicatrices y oliendo a grasa y a sudor. Decían palabrotas, y bebían Schlitz mientras trabajaban. Como nosotros, no tenían nada en contra de escupir en el suelo.

Nos encantaba el Carnaval y nos encantaban los feriantes. Tenía que ser así. En una única tarde de verano, cogían nuestro recreo y transformaban sus dos rombos de béisbol, su asfalto y el campo de fútbol en una ciudad completamente nueva, hecha de tiendas y metal giratorio. Lo hacían tan rápido que apenas podías creen en tus ojos. Era magia, y todos los magos tenían sonrisas de dientes de oro y un «te amo, Velma» tatuado en el bíceps. Irresistible.

Aún era muy temprano y, cuando me acerqué, seguían descargando los camiones.

Ese era el momento en el que no podías hablar con ellos. Estaban demasiado ocupados. Más tarde, cuando montaban o probaban las máquinas, podías darles las herramientas o, incluso, conseguir que te dieran un sorbito de cerveza. Después de todo, los chicos de la zona eran su sustento. Querían

que volviesses esa noche con tus amigos y tu familia, y normalmente se mostraban amistosos. Pero, en ese momento, solo podías mirar y quitarte de en medio.

Cheryl y Denise ya estaban allí, apoyadas en la verja de seguridad de detrás de la casa y mirando a través de la reja.

Me quedé con ellas.

Las cosas me parecían tensas. Se veía por qué. Solo era por la mañana, pero el cielo parecía oscuro y amenazante. Una vez, hacía unos pocos años, había llovido todas las noches del Carnaval excepto el jueves. Todo el mundo se fastidió. Los trabajadores y los feriantes trabajaban ahora amargamente, en silencio.

Cheryl y Denise vivían la una frente a la otra. Eran amigas, pero creo que solo por lo que Zelda Gilroy, del *Show de Doobie Willis*, llamaba propinquidad. No tenían mucho en común. Cheryl era una alta y huesuda castaña que, probablemente, llegaría a ser bonita dentro de unos pocos años, pero que ahora era toda brazos y piernas, más alta que yo y dos años menor. Tenía dos hermanos: Kenny y Malcolm. Malcolm era solo un niño pequeño que a veces jugaba con Ladrador. Kenny tenía casi mi edad, pero iba un curso por detrás en el colegio.

Los tres niños eran muy tranquilos y educados. Sus padres, los Robertson, no les pasaban ni una, pero dudo que lo contrario estuviese en su naturaleza.

Denise era la hermana de Eddie. Completamente distinta.

Denise era picajosa, nerviosa y casi tan inquieta como su hermano, con una clara propensión hacia la burla. Como si el mundo entero fuera una broma pesada y ella fuera la única que la entendía.

—Es David —dijo. Y ahí estaba la burla, en la forma de pronunciar mi nombre. No me gustó, pero lo ignoré. Esa era la forma en que había que tratar a Denise. Si no te picabas, no conseguía su recompensa, lo que terminaba haciéndola más normal.

—Hola Cheryl. Denise. ¿Cómo van?

—Creo que han puesto el Gusano loco allí. El año pasado pusieron allí el Octopus —dijo Denise.

—Aún puede ser el Octopus —indicó Cheryl.

—Eh... ¿Ves esas plataformas? —señaló a las grandes planchas de metal—. El Gusano loco tiene plataformas. Espera a que saquen las vagonetas. Ya lo verás.

Tenía razón. Cuando sacaron las vagonetas se vio que era el Gusano loco. Al igual que a su padre y a su hermano Eddie, a Denise se le daba bien la mecánica, las herramientas.

—Están preocupados por la lluvia —nos dijo.

—Están preocupados —dijo Cheryl—. ¡Yo estoy preocupada! —suspiró exasperada. Era muy exagerada. Sonreí. Siempre había algo dulcemente serio respecto a Cheryl. Sabías directamente que su libro favorito era *Alicia en el País de las Maravillas*. La verdad era que me gustaba.

—No va a llover —dijo Denise.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no va a hacerlo, simplemente. —Como si ella fuera a permitirlo.

—¿Veis eso de allí? —señaló un gran camión gris y blanco que se dirigía al centro del campo de fútbol—. Apostaría a que esa es la noria. Allí es donde estuvo el año pasado y el anterior. ¿Queréis verla?

—Claro —dije yo.

Esquivamos el Gusano loco y algunas barcas de atracciones para niños pequeños que estaban descargando en el macadán, caminamos a lo largo de la verja que separaba el recreo del arroyo, atajamos por unas tiendas que se habían levantado para arrojar anillos y tirar botellas y otros juegos de tiro al blanco, y llegamos al campo. Los trabajadores acababan de abrir las puertas del camión. La cabeza de un sonriente payaso pintada en las puertas estaba partida por la mitad. Comenzaron a sacar las barquillas.

De acuerdo, parecía la noria.

—Papá dice que el año pasado se cayó alguien en Atlantic City. Se puso de pie. ¿Alguna vez os habéis puesto de pie? —preguntó Denise.

Cheryl frunció el ceño.

—Por supuesto que no.

Denise se volvió hacia mí.

—Apuesto a que nunca lo has hecho.

Ignoré su tonillo. Denise siempre estaba esforzándose para comportarse todo el tiempo como una idiota.

—No —repliqué—. ¿Por qué debería hacerlo?

—¡Porque es divertido!

Estaba sonriendo, y eso tendría que haberle sentado bien. Tenía unos bonitos dientes blancos y una encantadora y delicada boquita.

Pero algo siempre iba mal en las sonrisas de Denise. Siempre había algo maniaco en ellas. Como si en realidad no estuviera divirtiéndose tanto como quería que creyeras.

También desaparecían demasiado rápidamente. Era enervante.

Eso hizo ahora, y entonces dijo algo que solo yo pude oír.

—Antes estuve pensando en el juego.

Me miró directamente con los ojos como platos y muy seria, como si hubiera algo más, algo importante. Esperé. Pensé que tal vez quería que le contestara. No lo hice.

En su lugar, volví a mirar al camión.

El juego, pensé. Estupendo.

No me gustaba pensar en el juego. Pero mientras Denise y algunos otros se encontraran por allí, suponía que debía hacerlo.

Comenzó a principios del verano anterior. Un grupo de nosotros (Donny, Willie, Ladrador, Eddie, Tony, Lou Morino y yo, y por último y más tarde, Denise) solíamos reunirnos en el manzanal para jugar a lo que llamábamos «el comando». Jugábamos tan a menudo que terminó por ser simplemente «el juego».

No tengo ni idea de a quién se le ocurrió. Quizás a Eddie, o a uno de los Morino. Simplemente se nos ocurrió un día y desde entonces estuvo allí.

En el juego, uno de los chicos era «eso». Era el comando. Su «casa» era el manzanal. El resto era una patrulla de soldados acampada unas pocas yardas más allá, en una colina cercana al arroyo en la que una vez, de pequeños, jugamos al rey de la montaña.

Formábamos un extraño grupo de soldados, puesto que no teníamos armas. Creo que las habíamos perdido en alguna batalla. En su lugar, era el comando el que tenía las armas: las manzanas del manzanal, tantas como pudiera cargar.

En teoría, también tenía la ventaja de la sorpresa. En cuanto estaba listo, se escabullía del manzanal entre los arbustos y atacaba nuestro campamento. Con suerte, lograba darnos a cada uno con una manzana antes de que lo descubriéramos. Las manzanas eran bombas. Si te daba una manzana, estabas muerto, fuera de juego. Por lo que el objetivo consistía en darles a tantos como pudieras antes de que te cogieran.

Siempre te cogían.

Esa era la cuestión.

El comando nunca ganaba.

Te cogían porque, para empezar, todos los demás estaban sentados en una colina bastante grande observando y esperándote, y, a menos que la hierba estuviera muy alta y tuvieras mucha suerte, te tenían que ver. Adiós al elemento sorpresa. Segundo, se trataba de siete contra uno, y solo tenías una única «casa» en el manzanal, a metros de distancia. Por lo que disparabas sin apuntar por encima del hombro mientras corrías como un loco hacia la base con un puñado de niños persiguiéndote de cerca como sabuesos, y quizá lograras darle a uno, o dos, o tres de ellos, pero, a la larga, ellos te cogían a ti.

Y, como he dicho antes, esa era la cuestión.

Porque al comando capturado se le ataba a un árbol, los brazos a la espalda, las piernas juntas.

Se le amordazaba. Se le tapaban los ojos.

Y los supervivientes le podían hacer todo lo que quisieran, mientras los otros (incluso los «muertos») miraban.

Algunas veces todos nos controlábamos y otras no.

El asalto solía durar una media hora.

La captura podía llevarnos todo el día.

Al final, daba miedo.

Eddie, por supuesto, se libraba mediante el asesinato, La mitad de las veces tenías miedo de capturarlo. Podía volverse en tu contra y romper las reglas, por lo que el juego se convertiría en sangriento y violento, sin reglas. O, si lo cogías, siempre existía el problema de cómo lo dejarías irse. Si le harías algo que no le gustaba, era como liberar un enjambre de abejas.

Y aun así, fue Eddie el que trajo a su hermana.

Y una vez que Denise entró, la forma del juego cambió totalmente.

Al principio no. Al principio todo era como siempre. A todo el mundo le tocaba su turno, y a ti te tocaba el tuyo y a mí el mío excepto que allí había una niña.

Pero, entonces, empezamos a creer que teníamos que ser amables con ella. En lugar de hacer turnos, le dejábamos ser lo que quisiera. Soldado o comando. Porque era nueva en el juego, porque era una niña.

Y ella empezó a desarrollar esa obsesión con cogernos a todos antes de que la cogiéramos a ella. Como si fuera un desafío. Cada día iba a ser en el que por fin ganara a comando.

Sabíamos que eso era imposible. Para empezar, tenía una puntería malísima.

Denise nunca ganó a comando.

Tenía doce años. Tenía el pelo rizado, entre castaño y rojizo, y pecas por todas partes.

Le habían empezado a salir los pechos, y tenía unos pezones gruesos, pálidos y prominentes.

Recordé todo aquello y centré la mirada en el camión, los trabajadores y los feriantes.

Pero Denise no pensaba dejar el tema.

—Es verano —señaló—. ¿Cómo es que no hemos vuelto a jugar?

Sabía perfectamente por qué no jugábamos, pero, en parte, tenía razón; lo que interrumpió el juego fue que había empezado a hacer demasiado frío. Eso, y la culpa, por supuesto.

—Somos algo mayores para eso —mentí.

Se encogió de hombros.

—Ajá. Puede. Y puede que seáis unos gallinas.

—Podría ser. Pero tengo una idea. ¿Por qué no le preguntas a tu hermano si es un gallina?

Se rio.

—Sí. Claro. De acuerdo.

El cielo cada vez estaba más oscuro.

—Va a llover —dijo Cheryl.

Los hombres lo pensaban realmente. Junto a los feriantes, estaban sacando lonas que extendían sobre el césped, solo por si acaso. Trabajaban con rapidez, tratando de ensamblar la gran rueda antes de que comenzara el chaparrón. Reconocí a uno de ellos del verano pasado, un fibroso sureño llamado Billy Bob o Jimmy Bob algo parecido, que le había dado a Eddie un cigarrillo cuando se lo pidió. Ese hecho lo hizo memorable por sí solo. Ahora estaba uniendo distintas piezas de la rueda con un enorme martillo de punta redonda, riéndose por algo que el gordo de al lado le había dicho. Su risa era aguda y cortante, casi femenina.

Podías oír el *ping* del martillo y el rugido del equipamiento de los camiones detrás de nosotros, podías oír el ruido de los generadores y de la maquinaria; y, de pronto, un *pop* pautado, la lluvia que caía con fuerza sobre el suelo seco y endurecido del patio.

—¡Aquí llega!

Me saqué la camisa de los pantalones y me la puse encima de la cabeza. Cheryl y Denise ya corrían hacia los árboles.

Mi casa estaba más cerca que las suyas. Realmente no me importaba la lluvia. Pero esa era una buena excusa para alejarme de allí un rato. Alejarme de Denise.

Realmente, no podía creer que ella quisiera hablar del juego.

Se notaba que la lluvia no duraría. Caía con demasiada rapidez, con demasiada fuerza. Quizá para cuando amainara estuvieran por allí algunos de los otros chicos. Podría evitarla.

Corrí alejándome de ellas, que se escudaban de la lluvia bajo los árboles.

—¡Me voy a casa! —les dije. A Denise se le pegaba el pelo a las mejillas y a la frente. Sonreía de nuevo. Su camisa estaba empapada y se transparentaba.

Vi que Cheryl estaba tratando de alcanzarme. Con su largo, huesudo y mojado brazo temblequeando.

—¿Podemos ir? —me gritó. Fingí que no la había oído. La lluvia hacía mucho ruido allí, debido a las hojas. Pensé que Cheryl lo achacaría a eso. Seguí corriendo.

Denise y Eddie, pensé. Chico. Vaya par.

Si, alguna vez, alguien me mete en líos, serán ellos. El uno, el otro o los dos. Serán ellos.

Ruth se encontraba en el patio recogiendo el correo de su buzón cuando pasé corriendo ante su casa. Se volvió en la puerta, sonrió y me saludó, mientras el agua chorreaba del alero.

5

Nunca supe por qué se habían peleado mi madre y Ruth, pero había pasado algo cuando yo tenía ocho o nueve años.

Antes de eso, mucho antes de que llegaran Meg y Susan, yo solía pasar muchas noches con Donny, Willie y Ladrador, durmiendo en el doble par de literas de su habitación. Willie tenía la costumbre de saltar para meterse en la cama por las noches, con lo que rompió muchas literas con el paso de los años. Willie siempre estaba saltando encima de algo. Ruth decía que, cuando tenía dos o tres años, había destrozado totalmente su cuna. Todas las sillas de la cocina tenían despegado el respaldo. Pero las literas que ahora tenían en su dormitorio eran resistentes. Habían sobrevivido.

Desde que pasó lo que quiera que hubiese pasado entre mi madre y Ruth, solo se me permitía ir allí de cuando en cuando.

Pero recuerdo esas primeras noches cuando éramos niños. Nos quedábamos allí riendo en la oscuridad durante una hora o dos, soltando risitas, escupiendo sobre los laterales a quienquiera que estuviera en las literas de abajo, hasta que Ruth entraba y nos gritaba y nos íbamos a dormir.

Las noches que más me gustaban eran las de Carnaval. Desde la ventana abierta del dormitorio, que daba al recreo, podíamos escuchar música de calíope, gritos, y el zumbido y el quejido de las máquinas.

El cielo era rojo anaranjado, como el de un rugiente fuego forestal, puntuado por rojos y azules más brillantes cuando el Octopus giraba y se perdía de vista tras los árboles.

Sabíamos lo que había ahí fuera; al fin y al cabo, acabábamos de volver de allí, con nuestras manos aún pringosas por el algodón dulce. Pero, de alguna forma, resultaba misterioso quedarse allí escuchando, mucho después de nuestra hora de irnos a la cama, silenciosos por una vez, envidiando a los adultos y a los adolescentes, imaginando los miedos y las emociones que

provocaban esas grandes atracciones para las que éramos demasiado pequeños y de las que venían todos esos gritos. Hasta que las luces y los ruidos se desvanecían lentamente, reemplazados por las risas de los extraños que volvían a sus coches a lo largo y ancho de nuestro barrio.

Me juré que, cuando fuera lo suficientemente mayor, sería el último en irme.

Y ahora me encontraba solo en el puesto de refrescos, comiéndome mi tercer perrito de la tarde y preguntándome qué demonios iba a hacer.

Había montado en todas las atracciones que me interesaban. Había perdido el dinero en todos los juegos y ruletas que ofrecía el lugar y todo lo que tenía para demostrarlo era un pequeño caniche de cerámica para mi madre guardado en el bolsillo.

Me había tomado mi manzana de caramelo, mi helado y mi trozo de pizza.

Estuve con Kevin y Malcolm hasta que Malcolm se mareó en el Bombardero en picado, y, luego, con Tony y Lou Morino y con Linda y Betty Martin hasta que se fueron a casa. Fue divertido, pero ahora solo quedaba yo. Eran las diez en punto.

Y aún quedaban dos horas.

Antes había visto a Ladrador. Pero Donny y Willie Jr. no habían aparecido, ni tampoco Ruth o Meg o Susan. Lo que era extraño, porque, normalmente, a Ruth le encantaba el Carnaval. Pensé en cruzar la calle para ver qué pasaba, pero eso sería como admitir que estaba aburrido, y aún no estaba listo para hacerlo.

Decidí esperar un rato.

Diez minutos después, llegó Meg.

Estaba probando mi suerte con el siete rojo y pensando si tomar una segunda manzana de caramelo cuando la vi caminar lentamente entre la multitud, sola, llevando vaqueros y una blusa verde claro; de repente, ya no me sentí cohibido. Que ya no me sintiera cohibido me sorprendió. Puede que, para entonces, estuviera listo para cualquier cosa. Esperé hasta que volví a perder con el rojo y me acerqué.

Y, entonces, fue como si interrumpiera algo.

Estaba contemplando la noria, fascinada, alisándose con un dedo un mechón de largo pelo rojo. Vi que algo brillaba en su mano mientras la bajaba hacia su costado.

Era una noria realmente rápida. En lo más alto, las chicas chillaban.

—Hola, Meg —la saludé.

Me miró y sonrió y dijo «hola David». Y volvió a mirar la noria.

Se notaba que nunca había montado en una noria. Solo por la forma en que la miraba. Me pregunté qué clase de vida era esa.

—Genial, ¿verdad? Es más rápida que la mayoría.

Me miró de nuevo, excitada.

—¿Lo es?

—Sí. Al menos, más rápida que la de Playland. Más rápida que la de la Isla de Bertram.

—Es preciosa.

En mi interior, estaba de acuerdo con ella. La rueda tenía un giro suave y fácil que siempre me había gustado, una simplicidad en su propósito y en su diseño de la que carecían las atracciones de más miedo. En ese momento no lo hubiera descrito así, pero siempre pensé que la noria era grácil, romántica.

—¿Quieres probar?

Noté lo ansiosa que parecía mi voz y me quise morir. *¿Qué estás haciendo?* La chica era mayor que yo. Puede que hasta tres años mayor. Estaba loco.

Traté de echarme atrás.

Quizá la confundí.

—Quiero decir que me montaré contigo sí quieres. Si tienes miedo. No me importa.

Se rio. Sentí cómo se retiraba la punta del cuchillo de mi garganta.

—Vamos —me dijo.

Cogió mi mano y me guio.

De alguna forma, compré los billetes, nos subimos a una barquilla y nos

sentamos. Todo lo que recuerdo es su mano, cálida y seca en el frío aire nocturno, sus dedos fuertes y pegajosos. Eso y mis mejillas sonrojadas que me recordaban que tenía doce años y que me encontraba en la noria con algo muy parecido a una mujer completamente adulta.

Y entonces llegó el viejo problema de qué decir mientras cargaban el resto de las barquillas y subíamos hasta lo alto del todo. Lo solucioné no abriendo la boca. Me dio la impresión de que a ella le parecía bien. No parecía estar incómoda en absoluto. Solo relajada y contenta de estar allí arriba, mirando hacia abajo para ver a la gente y todo el Carnaval esparcido a su alrededor y cubierto de luces, y, sobre los árboles, nuestras casas, mientras la barquilla se mecía suavemente adelante y atrás, sonriendo, tarareando una melodía que yo no conocía.

Y, entonces, la noria empezó a girar y ella se rio, y yo pensé que era el sonido más agradable y feliz que jamás había oído, y me sentí orgulloso de mí mismo por habérselo pedido, por haberla hecho feliz y haberla hecho reír de la forma en que lo hice.

Como he dicho antes, la noria era rápida y, al llegar al punto más alto, casi completamente silenciosa, con todo el ruido del Carnaval mantenido abajo como si lo envolviera algo, y tú entrabas en él al bajar y luego volvías a salir de él, mientras el ruido desaparecía rápidamente, y en lo alto del todo no tenías casi peso en la fría brisa, por lo que todo lo que querías era agarrarte un momento a la barra de seguridad por miedo a salir volando.

Miré cómo sus manos agarraban la barra y fue entonces cuando vi el anillo. A la luz de la luna, parecía fino y pálido. Relucía.

Intenté demostrar lo mucho que disfrutaba de la vista, pero, principalmente, disfrutaba de su sonrisa y de la excitación con la que brillaban sus ojos, de la forma en la que el viento soplaba y le pegaba la blusa sobre sus pechos.

Y entonces nuestra barquilla llegó a la cima y la noria se volvió más rápida, y su movimiento se hizo más grácil, elegante y emocionante mientras yo miraba a Meg, cuya franca y encantadora cara atravesaba rápidamente un grupo de estrellas y luego el oscuro colegio y luego las tiendas marrón claro de los Kiwani, con su pelo flotando hacia atrás y luego hacia delante, cayendo sobre sus mejillas al volver a elevarnos, y, de pronto, sentí esos primeros dos o tres años que ella había vivido y yo no como si fueran una pesada y terrible

ironía, como una maldición, y, por un momento, pensé que no era justo. Podía darle esto, pero eso era todo, y no era justo.

Ese sentimiento desapareció. Para cuando la vuelta había terminado y esperábamos cerca de la cima, lo único que quedaba era el placer de verla tan feliz. Y tan viva.

Ahora sí pude hablar.

—¿Te ha gustado?

—¡Dios, me ha encantado! Sigue dándome cosas nuevas, David.

—No me puedo creer que no hubieras montado antes.

—Mis padres... ya sabes, siempre quisieron llevarnos a alguna parte. Al Parque Empalizadas, u otro lugar. Creo que nunca llegamos a decidirlo del todo.

—Lo he oído... todo. Lo siento.

Así. Ya salió.

Asintió.

—¿Sabes? Lo peor es lo mucho que les echas de menos. Y el saber que no van a volver nunca más. El saber eso exactamente. A veces lo olvidas y es como si estuvieran de vacaciones o algo así y piensas, «vaya, ojalá llamaran». Los echas de menos. Te olvidas de que se han ido de verdad. Te olvidas de que los últimos seis meses han pasado realmente. ¿No es raro? Y entonces te das cuenta... y es real otra vez.

»Sueño mucho con ellos. Y, en mis sueños, siguen vivos. Somos felices.

Pude ver muy bien sus lágrimas. Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—No me dejes empezar —pidió.

Estábamos en ese momento en la bajada, con solo cinco o seis barquillas por delante de nosotros. Vi al siguiente grupo que esperaba para subir. Miré hacia abajo por encima de la barra y volví a ver el anillo de Meg. Y ella me vio mirándolo.

—El anillo de bodas de mi madre —me explicó—. A Ruth no le gusta mucho que yo lo lleve, pero a mi madre sí le hubiera gustado. No voy a perderlo. No lo perderé nunca.

—Es bonito. Es precioso.

Ella sonrió.

—¿Más que mis cicatrices?

Me sonrojé, pero estaba bien, solo me estaba tomando el pelo.

—Mucho más.

La noria bajó un poco más. Solo quedaban dos barquillas más. El tiempo parecía moverse como en un sueño, pero, aun así, lo hacía demasiado rápido. Yo no quería que acabase.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunté—. Lo de estar con los Chandler.

Se encogió de hombros.

—Creo que bien. No es como en casa. Ni como era antes. Ruth es algo... rara a veces. Pero creo que quiere lo mejor para nosotros. —Hizo una pausa, y luego añadió—. Ladrador es un poco raro.

—Y que lo digas.

Nos reímos. Aunque el comentario sobre Ruth me sorprendió. Recordé la cautela en su voz, su frialdad aquel primer día en el arroyo.

—Ya veremos —dijo—. Supongo que lleva su tiempo acostumbrarse a las cosas, ¿no?

Llegamos al final. Uno de los feriantes levantó la barra de seguridad y sujetó la barquilla con un pie. Apenas me di cuenta de que estaba allí. Nos bajamos.

—Te voy a contar algo que no me gusta —dijo.

Lo dijo casi susurrando, como si esperara que alguien fuera a oírlo e informar a otra persona; y como si fuéramos confidentes, iguales, co-conspiradores.

Me gustó un montón. Me acerqué más.

—¿El qué? —le pregunté.

—Ese sótano —me confió—. No me gusta nada en absoluto. Ese refugio.

6

Sabía lo que quería decir.

En su época, Willie Chandler Sr. había sido muy mañoso.

Mañoso y un poco paranoico.

Por lo que me imagino que cuando Krushchev le dijo a las Naciones Unidas «os vamos a enterrar», Willie Sr. debió de decir algo como «y una mierda lo vas a hacer» y se construyó un refugio antibomba en el sótano.

Se trataba de una habitación dentro de una habitación, dos y medio por tres metros de ancho y dos metros de alto, construida estrictamente según las especificaciones del gobierno. Bajabas las escaleras desde la cocina, dejabas atrás las latas de pintura apiladas tras las escaleras y la pila y luego la lavadora y la secadora, doblabas una esquina y atravesabas una pesada puerta de metal (originalmente la puerta de un almacén de carne) y te encontrabas dentro de una habitación de cemento al menos diez grados más fría que el resto del lugar, oscura y con olor a moho.

No había sistemas eléctricos ni interruptores de luz.

Willie había colocado unas vigas en el suelo de la cocina y unos gruesos postes de madera como soporte. Situó bolsas de arena en la única ventana que daba al exterior de la casa y cubrió el interior con una pantalla de alambre de medio centímetro de espesor. Se había provisto de todo lo obligatorio: un extintor de incendios, una radio a pilas, un hacha, un palanqueta, una linterna a pilas, un botiquín y varias botellas de agua. Había latas de carne enlatada sobre una pequeña y resistente mesa de trabajo hecha a mano junto con un horno Sterno, un despertador de viaje y una bomba de aire para hinchar los colchones enrollados en la esquina.

Construyó y compró todo esto con el sueldo de un lechero.

Incluso tenía un pico y una pala para poder abrirse una salida tras la

explosión.

Lo único que Willie no colocó de lo que recomendaba el gobierno fue un cuarto de baño químico.

Eran caros. Y se fue antes de ponerse a ello.

Ahora, el lugar tenía un aspecto desastroso: los suministros de comida habían sido saqueados por Ruth para cocinar, el extintor se había caído de su soporte en la pared, las pilas de la radio y la linterna estaban agotadas, y todos los objetos estaban cubiertos de mugre tras tres años enteros de suciedad sin limpiar. A Ruth, el refugio le recordaba a Willie. Ella no iba a limpiarlo.

A veces jugábamos allí, pero no muy a menudo.

El sitio daba miedo.

Era como si hubiese construido allí una prisión; no un refugio para mantener algo fuera, sino un oscuro y negro agujero en el que mantener algo dentro.

Y, de alguna forma, su posición central contagiaba a todo el lugar. Podías estar allí abajo bebiendo una Coca, charlando con Ruth mientras ella hacía la colada y entonces mirarías por encima de tu hombro y verías esa especie de bunker, ese plano muro de cemento que sudaba constantemente, goteando, con algunas grietas. Como si el propio muro fuera un anciano y estuviese enfermo y muriéndose.

De vez en cuando entrábamos en él y nos asustábamos los unos a los otros.

Para eso servía. Para asustar a todo el mundo. Y poco más.

No lo usábamos demasiado.

7

—¡Ya os lo digo, lo que le falta a este maldito Carnaval es un buen y anticuado *hootchie-koo*!

Era jueves por la noche, la segunda noche del Carnaval, y Ruth veía cómo nombraban jefe de policía a Cheyenne Bodie por enésima vez y cómo el asqueroso del alcalde le colocaba la placa de jefe de policía en su camisa de cuero con flecos. A Cheyenne se lo veía orgulloso y lleno de determinación.

Ruth sostenía una cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra y estaba sentada con aspecto de cansada en la silla llena de almohadones que estaba cerca de la chimenea, con sus largas piernas estiradas sobre un cojín, descalza.

Ladrador la miró desde el suelo.

—¿Qué es un *hootchie-koo*?

—*Hootchie-koo. Hootchie-kootchie*. Bailarinas, Ralphie. Y el espectáculo de los monstruos. Cuando yo tenía vuestra edad, estaban los dos. Una vez vi un hombre con tres brazos.

Willie Jr. la miró.

—No —dijo.

Pero se notaba que estaba muy interesado.

—No contradigas a tu madre. Lo hice. Vi un hombre con tres brazos; uno de ellos era solo una cosita extraña que le salía de aquí.

Levantó su brazo y señaló su axila suave y pulcramente afeitada dentro del vestido.

—Los otros dos eran tan normales como los vuestros. También vi una vaca con dos cabezas, en el mismo espectáculo. Por supuesto, estaba muerta.

Estábamos sentados alrededor del Zenith en un círculo irregular, Ladrador en la alfombra al lado de Ruth, Willie, Donny y yo en el sofá, y Eddie recostado directamente enfrente del televisor, por lo que Ladrador tenía que moverse para poder ver a su alrededor.

En momentos como aquel, no tenías que preocuparte por Eddie. En su casa no tenían televisión. Estaba pegado a ella. Y si alguien podía controlarle, esa era Ruth.

—¿Qué más? —preguntó Willie Jr.—. ¿Qué más viste?

Se pasó la mano por su rubio tupé. Siempre estaba haciéndolo. Creo que le gustaba lo que sentía al hacerlo, aunque yo no entendía cómo podía gustarle la grasienta parte delantera engominada.

—Principalmente, cosas en botellas. Fetos. Ya sabéis, fetos. En formaldehído. Cosas pequeñas y encogidas; cabras, gatos. Todo tipo de cosas. Eso pasó hace mucho tiempo. No lo recuerdo. Pero sí recuerdo a un hombre que debía pesar unas quinientas o seiscientas libras. Necesitaron a otros tres tipos para poder levantarlo. La cosa más gorda que jamás haya visto o querido ver.

Nos reímos, imaginándonos a los tres tipos que tuvieron que ayudarlo.

Todos sabíamos que Ruth se preocupaba por su peso.

—Ya os digo, las ferias eran algo realmente serio cuando yo era niña.

Suspiró.

En ese momento se vio cómo su cara se relajaba y se volvía soñadora, igual que en otras ocasiones, cuando recordaba el pasado; el pasado lejano. No a Willie, sino su infancia. Siempre me gustaba mirarla en momentos así. Creo que nos pasaba a todos. Las arrugas y los ángulos parecían suavizarse y, para ser la madre de alguien, era casi hermosa.

—¿Ya estás lista? —preguntó Ladrador. Aquella noche era realmente importante para él, porque se le permitía ir al Carnaval tan tarde. Estaba ansioso por ir.

—Aún no. Acabaos los refrescos. Dejadme terminar mi cerveza.

Le dio una profunda calada al cigarrillo, retuvo el humo y, luego lo soltó todo de golpe.

La única otra persona que yo conocía que fumara tanto como Ruth era el padre de Eddie. Agitó la lata de cerveza y bebió.

—Quiero saber más sobre ese *hootchie-koo* —dijo Willie. Se inclinó hacia delante a mi lado en el sofá, con los hombros hacia dentro, encorvados.

A medida que Willie se hacía mayor y más alto, su chepa se hacía más pronunciada. Ruth decía que si seguía creciendo y encorvándose a esa velocidad, iba a convertirse en un jorobado. Uno de dos metros.

—Sí —dijo Ladrador—. ¿Qué se supone que es? No lo pillo.

Ruth se rio.

—Bailarinas, ya te lo he dicho. Y, ¿queréis saber algo? Algunas de ellas iban medio desnudas.

Se subió el desvaído vestido hasta la mitad de sus muslos, lo mantuvo allí un momento, agitándolo en nuestra dirección, y se lo bajó de nuevo.

—Faldas así de cortas —nos contó—. Y unos sujetadores minúsculos, y nada más. Quizá un rubí en el ombligo, o algo así. Con pequeños círculos de color rojo oscuro pintados aquí y aquí —se señaló lo pezones, dibujando círculos lentamente con el dedo. Y nos miró.

—¿Qué pensáis de eso?

Yo sentí que me sonrojaba.

Ladrador se rio.

Willie y Donny la miraban fijamente.

Eddie seguía atento a Cheyenne Bodie.

Ella se echó a reír.

—Bueno, creo que los viejos y buenos Kiwani no van a patrocinar nada parecido, ¿verdad? Esos chicos no. Coño, vaya si les gustaría. ¡Les encantaría! Pero todos ellos están casados. Malditos hipócritas.

Ruth siempre se estaba metiendo con los Kiwani o con los rotarios o con algo.

No era ninguna integradora.

Ya estábamos acostumbrados.

Apuró su cerveza y apagó el cigarrillo.

Se levantó.

—Acabaos las bebidas, chicos —nos dijo—. Vamos. Salgamos de aquí. ¿Meg? ¡Meg Loughlin!

Entró en la cocina y tiró su lata vacía de cerveza en la basura.

Al otro lado del salón, se abrió la puerta de su habitación y salió Meg. Parecía un poco asustada al principio, o eso pensé; supuse que era debido a los gritos de Ruth. Y entonces sus ojos se posaron sobre mí y sonrió.

Así que es así como se las arreglan, pensé. Meg y Susan estaban en la antigua habitación de Ruth. Era lógico, puesto que era la más pequeña de las dos. Pero eso quería decir que o bien Ruth dormía en el sofá-cama. O bien dormía con Donny, Ladrador y Willie Jr. Me pregunté lo que mis padres dirían sobre eso.

—Me llevo a estos chicos a la feria en busca de un Señor Blandito, Meggie. Cuida de tu hermana y aléjate de la fresquera. No quiero que engordes a nuestra costa.

—Sí, señora.

Ruth se volvió hacia mí.

—David —me dijo—, ¿sabes lo que deberías hacer? Deberías ir a decirle hola a Susan. Aún no os conocéis, y eso no es de personas educadas.

—Claro. Bien.

Meg me indicó el camino yendo por delante de mí.

Su puerta estaba a la izquierda del cuarto de baño, con la de los chicos enfrente. Podía oír una suave música de radio detrás de la puerta. Tommy Edwards cantaba *It's All in The Game*. Meg abrió la puerta y entramos.

Cuando tienes doce años, los niños pequeños son niños pequeños, y ya está. En realidad, se supone que ni siquiera te das cuenta de que están allí. Son como escarabajos, o pájaros, o ardillas, o el gato mimado de alguien; parte del paisaje, nada más. A menos que, por supuesto, se tratase de alguien como Ladrador, del que no podías evitar darte cuenta.

Pero sí me hubiera dado cuenta de la presencia de Susan.

Sabía que la niña que se encontraba en la cama mirándome desde su ejemplar de *Screen Stories* tenía nueve años (Meg me lo había dicho), pero parecía mucho menor. Me alegré de que la cubrieran las sábanas, pues así no veía las escayolas de sus caderas y piernas. Ya parecía suficientemente frágil tal y como estaba sin que tuviera que ponerme a pensar en todos esos huesos rotos. Pero sí era consciente de sus muñecas y de los largos y delgados dedos que sostenían la revista.

¿Esto es lo que te hace un accidente?, pensé.

Excepto por los brillantes ojos verdes, era casi como encontrarse con la opuesta de Meg. Allí donde Meg era toda salud; fuerza y vitalidad, esta era una sombra. Su piel era tan pálida bajo la luz de la lámpara de lectura que parecía translúcida.

Donny me había contado que seguía tomando pastillas todos los días para la fiebre, antibióticos, y que no se estaba curando bien, que aún le resultaba muy doloroso caminar.

Pensé en el cuento de Hans Christian Andersen sobre una sirenita a la que también le dolían las piernas. En el libro que yo tenía, el dibujo incluso se parecía a Susan. El mismo largo y sedoso cabello rubio y facciones suaves y delicadas, el mismo aspecto de triste y larga vulnerabilidad. Como alguien que ha sido abandonado.

—Tú eres David —me dijo.

Asentí y le dije hola.

Sus verdes ojos me estudiaron. Eran unos ojos inteligentes. Y cálidos. Y ahora daba la impresión de ser a la vez mayor y menor de nueve años.

—Meg dice que eres simpático —me contó.

Sonreí.

Me miró un rato más y me devolvió la sonrisa, y volvió a concentrarse en la revista. En la radio, Alan Freed interpretaba la canción de los Elegants, *Little Star*.

Meg miraba desde la puerta. No supe qué decir.

Volví al salón. Los demás me estaban esperando.

Pude sentir los ojos de Ruth fijos en mí. Bajé la vista hacia la alfombra.

—Ya está —dijo Ruth—. Ya os conocéis.

8

Dos noches después del Carnaval, unos cuantos pasamos fuera la noche, todos juntos.

Los chicos mayores del barrio (Lou Morino, Glen Knott y Harry Grey) llevaban ya años acampando durante las cálidas noches de verano en el antiguo depósito de agua que se encontraba en el bosque tras el rombo de la liga infantil con un par de paquetes de seis cigarrillos robados en la tienda de Murphy.

Aún éramos todos demasiado jóvenes para hacer eso, pues el depósito de agua se encontraba al otro lado de la ciudad. Pero eso no impedía que les envidiásemos y que nos quejáramos a menudo y en voz alta, hasta que nuestros padres decidieron que nosotros también podíamos acampar, siempre y cuando nos supervisara alguien; es decir, que lo hiciéramos en el patio de atrás de alguien. Y eso es lo que hicimos.

Yo tenía una tienda, y Tony Morino tenía la de su hermano Lou cuando este no estaba usándola, por lo que siempre íbamos a mi patio o al suyo.

Personalmente, yo prefería el mío. El de Tony estaba bien, pero lo que realmente querías era alejarte lo más posible de la casa, y así tener la ilusión de realmente estar ahí fuera tú solo, y en el patio de Tony no se podía hacer eso. Se extendía sobre una colina, con solo matorrales y un campo detrás. Los matorrales y el campo eran aburridos, y pasabas toda la noche sobre una inclinación. Mientras que mi patio se extendía sobre un bosque frondoso, aterrador y oscuro por las noches con las sombras de los olmos, los abedules y los arces, y salvaje con los ruidos de los grillos y las ranas del arroyo. Era llano y mucho más cómodo.

Y no es que durmiéramos mucho.

Al menos, esa noche no lo hicimos.

Estábamos allí tumbados desde el anochecer, contando chistes verdes y chistes de «cierra el pico» («¡Mami, mami! ¡Billie acaba de vomitar sobre una sartén que estaba en el fuego!» «Cierra el pico y come».), mondándonos los seis, apretujados en una tienda pensada para cuatro: yo, Donny, Willie, Tony Morino, Kenny Robertson y Eddie.

Ladrador estaba castigado de nuevo por haber estado jugando con sus soldaditos de plástico en el incinerador de basura del jardín; de lo contrario, se hubiera quejado tanto y tan alto que lo hubiésemos traído con nosotros. Pero Ladrador tenía esa costumbre. Colgaba a sus caballeros y soldados de la placa del incinerador y observaba cómo se quemaban lentamente sus piernas y sus brazos junto con la basura, imaginándose Dios sabe qué mientras el plástico se derretía, los soldados se retorcían y el humo negro iba ascendiendo.

Ruth detestaba que lo hiciera. Los juguetes eran caros y causaban un estropicio en el incinerador.

No había cerveza, pero teníamos cantimploras y termos llenos de Kool-Aid, así que perfecto. Eddie trajo media cajetilla de Kools sin filtro de su padre, y, de cuando en cuando, cerrábamos la tienda y nos pasábamos uno. Echábamos fuera el humo. Y entonces volvíamos a abrir la tienda solo por si mi madre venía a echar un vistazo; aunque nunca lo hizo.

Donny cambió de postura a mi lado y pudimos oír cómo crujía bajo su peso un envoltorio de Tasty-Cake.

Esa tarde, cuando llegó el camión, habíamos ido todos a aprovisionarnos.

Y ahora, sin importar quién se moviera, crujía algo.

Donny contó un chiste: «Hay un niño en el *cole*, ¿vale? Es solo un niño pequeño, sentado en su pupitre, y la agradable y anciana profesora lo mira y se da cuenta de que parece estar realmente triste, y le dice, “¿qué te pasa?” Y él contesta, “¡buaaaaa! ¡Me he quedado sin desayuno!”. “Oh, pobrecito”, le dice la profesora. “Bueno, no te preocupes, no pasa nada”, le dice, “ya es casi la hora de la comida. Podrás comer algo entonces, ¿de acuerdo? Bueno, volvamos a la geografía. ¿Dónde está la frontera italiana?”».

«“En la cama, montádoselo con mi madre”, dice el niño. “¡Por eso me he quedado sin desayuno!”».

Nos reímos.

—Ya lo conocía —dijo Eddie—. A que lo has leído en el *Playboy*.

—Sí, claro —dijo Willie. Willie se encontraba al otro lado, apoyado sobre la tienda. Podía oler su gomina y, de cuando en cuando, su mal aliento—. Claro —repitió—, lo leíste en el *Playboy*. Y yo me he tirado a Debra Paget. Por supuesto.

Eddie se encogió de hombros. Era peligroso llevarle la contraria, pero Donny estaba tumbado entre los dos y Donny le sacaba quince libras de peso.

—Mi viejo la compra —explicó—. Todos los meses. Así que las saco de su estante, leo los chistes, miro los desplegados y las vuelvo a colocar. Nunca se entera. No pasa nada.

—Mejor que no se entere nunca —le previno Tony.

Eddie lo miró. Tony vivía justo en frente de Eddie y todos sabíamos que Tony sabía que su padre le pegaba.

—No me jorobes —contestó Eddie. Había un tono de aviso en su voz.

Casi podías sentir a Tony retrocediendo. Solo era un tipo italiano pequeño y flacucho, pero disfrutaba de cierto estatus entre nosotros porque ya empezaba a tener la sombra oscura del comienzo de un bigote.

—¿Has logrado verlas todas? —preguntó Kenny Robertson—. Uau. He oído que hay una con Jayne Mansfield.

—No todas —dijo Eddie.

Encendió un cigarrillo, por lo que volví a cerrar la tienda.

—Pero esa sí —añadió.

—¿En serio?

—Por supuesto.

Le dio una calada al cigarrillo, comportándose como el señor Importante. Willie se sentó a mi lado y pude sentir que su gran barriga prominente me presionaba ligeramente en la espalda. Quería el cigarrillo, pero Eddie aún no lo estaba pasando.

—Las tetas más grandes que jamás he visto —dijo.

—¿Más grandes que las de Julie London? ¿Más grandes que las de June Wilkinson?

—¡Joder! Más grandes que las de Willie —replicó. Y Tony, Donny y él mismo se echaron a reír; aunque, en realidad, no le debería haber hecho tanta gracia a Donny, porque a él también le estaban saliendo. Pequeñas bolsas de grasa allí donde debería haber músculo. Creo que Kenny Robertson estaba demasiado asustado como para reírse. Y Willie estaba justo a mi lado, por lo que yo no iba a decir nada.

—Ja, ja, ja —dijo Willie—. Es tan gracioso que me he olvidado de reír.

—Oh, eso es genial —contestó Eddie—. ¿En qué curso estás, en tercero?

—Muérdeme.

—Primero tendría que alejar a tu madre, bobo.

—Oye —los interrumpió Kenny—. Cuéntanos cosas sobre Jayne Mansfield. ¿Le viste los pezones?

—Y tanto. Tiene un cuerpo estupendo, y unos pequeños y jugosos pezones puntiagudos, y unas enormes tetas, y un culo estupendo. Pero sus piernas son escuálidas.

—¡Que les den a sus piernas! —dijo Donny.

—Móntatelo tú con ellas —le espetó Eddie—. Yo me lo montaré con el resto.

—¡Qué suerte! —gritó Kenny—. Dios. ¡Pezones y todo! Sorprendente.

Eddie le pasó el cigarrillo. Le dio una rápida calada y se lo pasó a Donny.

—El caso es —dijo Kenny— que es una estrella de cine. Te lleva a preguntarte por qué haría una cosa así.

—¿Qué cosa? —preguntó Donny—. Enseñar las tetas en una revista.

Pensamos en ello.

—Bueno, en realidad no es una estrella de cine —dijo Donny—. Quiero decir, Natalie Wood es una estrella de cine. Jayne Mansfield solo aparece en algunas películas.

—Una *starlet* —apuntó Kenny.

—No —dijo Donny—. Es demasiado mayor para ser una *starlet*. Dolores Hart es una *starlet*. Habéis visto *Loving You*? Me encanta esa escena en el cementerio, tíos.

—A mí también.

—Esa escena es con Elizabeth Scott —recalcó Willie.

—¿Y qué?

—A mí me gusta la escena de la tienda de refrescos —dijo Kenny—. En la que él canta y le pega una paliza al otro tío.

—Es genial —dijo Eddie.

—Realmente genial —añadió Willie.

—Estupenda.

—De todos modos, hay que tener en cuenta que *Playboy no* es solo una revista —interrumpió Donny—. Ya sabéis, es *Playboy*. Quiero decir, Marilyn Monroe salió en ella. Es la mejor revista de la historia.

—¿Tú crees? ¿Mejor que *Mad*? —Kenny parecía escéptico.

—Claro, coño. Es decir, *Mad está* bien. Pero es para niños, ya sabes.

—¿Y qué pasa con *Monstruos Famosos*? —preguntó Tony.

Eso era un golpe bajo. *Monstruos Famosos* acababa de salir y a todos nos chiflaba.

—Claro que sí —dijo Donny. Le dio una calada al cigarrillo y sonrió. La sonrisa estaba llena de sabiduría—. ¿*Monstruos Famosos de la Tierra del Cine* enseña tetas? —añadió.

Todos nos reímos. Su lógica era irrefutable.

Le pasó el pitillo a Eddie, que le dio una calada final y lo apagó en la hierba, para luego tirar la colilla entre los árboles.

Hubo entonces uno de esos silencios en los que nadie tiene nada que decir. Estábamos todos allí, solos, en alguna parte.

Y entonces Kenny miró a Donny.

—¿Realmente has visto una? —le preguntó.

—¿Una qué?

—Una teta.

—¿Una teta auténtica?

—Sí.

Donny se rio.

—Las de la hermana de Eddie.

Eso provocó más risas, puesto que todos lo habíamos hecho.

—Me refiero a las de una mujer.

—No.

—¿Algún otro? —Miró a su alrededor.

—Las de mi madre —contestó Tony. Se podía ver que le daba vergüenza.

—Entré una vez en su cuarto de baño y se estaba poniendo el sujetador. Se las vi durante un minuto.

—¿Un minuto? —Kenny estaba totalmente enganchado.

—No. Un segundo.

—Vaya. ¿Cómo eran?

—¿Qué quieres decir con cómo eran? ¡Por amor de Dios, era mi madre! ¡*Madonna!* Pequeño perverso.

—Eh, no te ofendas, tío.

—Sí. Vale. De acuerdo.

Pero ahora todos pensábamos en la señora Morino. Era una siciliana de amplias caderas y piernas cortas que tenía más bigote que Tony, pero sus pechos eran realmente grandes. El tratar de imaginárnosla de esa forma era a la vez difícil, interesante y ligeramente repulsivo.

—Seguro que las de Meg son bonitas —dijo Willie.

Quedó allí, flotando, por un momento. Pero dudo que cualquiera de nosotros siguiera pensando en la señora Morino.

Donny miró a su hermano.

—¿Las de Meg?

—Sí.

Podías ver cómo giraban los engranajes. Pero Willie actuó como si Donny no lo hubiera entendido. Tratando de ganar puntos a su costa.

—Nuestra prima, bobo. Meg.

Donny se limitó a mirarlo. Y entonces dijo:

—Eh, ¿qué hora es?

Kenny tenía un reloj.

—Las once menos cuarto.

—¡Genial!

Y, de repente, salió reptando de la tienda y se quedó allí plantado. Observando, sonriendo.

—¡Venid! ¡Tengo una idea!

De mi casa a la suya solo había que cruzar el patio y atravesar una línea de setos, y te encontrabas justo detrás de su garaje.

Había una luz encendida en la ventana del cuarto de baño de los Chandler, otra en la cocina y otra en el dormitorio de Meg y Susan. Para entonces, ya sabíamos lo que tenía en mente. No estaba seguro de que me gustara, pero tampoco estaba seguro de que no me gustara.

Obviamente, era excitante. Se suponía que no debíamos salir de la tienda. Si nos pillaban, se acabaría el dormir fuera, así como muchas otras cosas.

Por otro lado, si no nos pillaban, era mejor que acampar en el depósito de agua. Era mejor que la cerveza.

Una vez que te empapabas de la emoción de la situación, era realmente difícil el controlar la risa.

—No hay escalera —susurró Eddie—. ¿Cómo vamos a hacerlo?

Donny miró a su alrededor.

—El abedul —dijo.

Tenía razón. A la izquierda del patio, a unos quince pies de la casa, había un alto abedul blanco azotado salvajemente por los vientos invernales. Estaba medio caído en el césped del patio.

—Pero no podemos trepar todos por él —dijo Tony—. Se romperá.

—Pues lo haremos por turnos. Dos por turno. Diez minutos cada uno y que gane el mejor.

—Vale. ¿Quién va primero?

—Demonios, es nuestro árbol —Donny sonrió—. Willie y yo somos los primeros.

Me fastidió un poco que hiciera eso. Se suponía que éramos amigos íntimos. Pero entonces me dije, «qué demonios», Willie era su hermano.

Cruzó corriendo el patio y Willie lo siguió.

El árbol se bifurcaba en dos gruesas ramas. Allí podían tumbarse el uno al lado del otro. Tenían una buena vista directa del dormitorio y una bastante buena del cuarto de baño.

Pero Willie no dejaba de cambiar de posición, tratando de ponerse cómodo. Saltaba a la vista lo poco en forma que se encontraba. Le costaba soportar su propio peso. Mientras que, a pesar de toda su corpulencia, parecía que Donny había nacido en los árboles.

Los observamos mientras espiaban. Contemplamos la casa, la ventana de la cocina, buscando a Ruth, esperando que no apareciera.

—Tony y yo somos los siguientes —dijo Eddie—. ¿Cuánto queda?

Kenny miró su reloj.

—Cinco minutos más.

—Mierda —dijo Eddie. Sacó la cajetilla de Kools y encendió uno.

—¡Eh! —susurró Kenny—. ¡Podrían verlo!

—Serás estúpido —le replicó Eddie—. Lo cubres con la mano. Así. No lo ve nadie.

Yo trataba de verles las caras a Donny y a Willie, preguntándome si estaría pasando algo en el interior. Era difícil verlo, pero creía que no. Solo estaban allí tumbados como si fueran un par de tumores oscuros.

Me pregunté si el árbol se recuperaría alguna vez.

Antes no me había dado cuenta de las ranas y de los grillos, pero ahora sí,

un eco como de percusión en el silencio. Lo único que se oía era a ellos y a Eddie dando fuertes caladas al cigarrillo y exhalando y el ocasional crujir del abedul. Había luciérnagas en el patio parpadeando, revoloteando.

—Os toca —dijo Kenny.

Eddie soltó el Kools y lo aplastó, y Tony y él corrieron hacia el árbol. Un momento después, estaban arriba y Willie y Donny abajo con nosotros.

El árbol parecía ahora más alto.

—¿Habéis visto algo? —les pregunté.

—Nada —contestó Willie. Era sorprendente lo enfadado que parecía. Como si fuera culpa de Meg el no haber aparecido. Como si le hubiese timado. Pero Willie siempre fue un gilipollas.

Miré a Donny. La luz no era demasiado buena, pero me pareció que tenía la misma mirada concentrada y estudiada que cuando Ruth nos había hablado de las chicas *hootchie-koo* y de lo que llevaban y no llevaban puesto. Era como si tratara de imaginarse algo y estuviera algo deprimido por no encontrar la respuesta.

Nos quedamos allí juntos, en silencio, y, al cabo de un rato, Kenny me dio un golpecito en el hombro.

—Nos toca —me dijo.

Corrimos hacia el árbol y le di a Tony en el tobillo. Se deslizó hasta abajo. Nos quedamos allí esperando a Eddie. Miré a Tony. Él se encogió de hombros y sacudió la cabeza, mirando al suelo. Nada. Unos pocos minutos después, Eddie también se rindió y se deslizó hasta caer a mi lado.

—Esto es una chorrada —dijo—. Que le den. Que la jodan.

Y se alejaron.

No lo pillé. Ahora Eddie también estaba furioso.

No dejé que eso me preocupara. Subimos. Era fácil.

Al llegar arriba, sentí una enorme oleada de excitación. Quería reírme en alto por lo bien que me sentía. Algo iba a pasar. Lo sabía. Qué pena para Eddie y Donny y Willie; íbamos a ser nosotros. Se acercaría a la ventana en cualquier momento y nosotros la veríamos.

Realmente no me importaba el hecho de que seguramente estuviera traicionando a Meg al espiarla. Apenas pensaba en ella como en Meg. Era como si realmente no fuera a ella a la que buscábamos. Era algo mucho más abstracto que todo eso. Una auténtica chica viva, y no una foto en blanco y negro en una revista. El cuerpo de una mujer.

Por fin iba a aprender algo.

Se trataba de un caso de extrema prioridad.

Nos acomodamos.

Miré a Kenny. Sonreía.

Se me ocurrió preguntarme por qué los otros chicos se habían comportado de una forma tan quisquillosa.

¡Era divertido! Incluso el estar asustado era divertido. Asustados porque Ruth apareciese de improviso en el porche y nos dijeran que sacáramos nuestros culos de allí. Asustados porque Meg mirara por la ventana del cuarto de baño directamente a nuestros ojos.

Esperé, confiado.

La luz del cuarto de baño se apagó, pero eso no importó. Era el dormitorio hacia donde yo miraba. Allí fue donde la vi.

Primer plano. Desnuda. Carne y hueso, y de alguien a quien yo en realidad conocía un poco.

Me negué incluso a parpadear.

Pude sentir un hormigueo abajo, donde me apoyaba en el árbol.

Una cancioncilla se repetía una y otra vez dentro de mi cabeza, «sal de esa cocina y deja esos pucheros y sartenes... Creo en el fondo de mi alma que eres el diablo con medias de nylon...». Y así seguía.

Genial pensé. Estoy aquí, tumbado en este árbol. Ella está allí.

Esperé.

La luz del dormitorio se apagó.

De pronto, la casa quedó a oscuras.

Habría machacado algo.

Habría hecho añicos esa casa.

Y ahora sabía exactamente cómo se habían sentido los otros y por qué parecían tan enfadados con ella, enfadados con Meg, porque era como si fuese culpa suya, como si ella fuera la que nos hubiera llevado allí en primer lugar, prometiéndonos demasiado sin darnos nada. Y aunque yo sabía que era irracional y estúpido, así era exactamente como me sentía. *Putá*, pensé.

Y entonces me sentí culpable. Porque era algo personal. Porque era Meg.

Y entonces me deprimí.

Era como si una parte de mí lo supiera; como si no lo quisiera creer o incluso pensar en ello, pero lo supiera.

Nunca volveré a tener tanta suerte. Había sido una chorrada desde el principio.

Tal y como dijo Eddie.

Y, de alguna forma, la razón se encontraba envuelta con Meg y con las chicas y las mujeres en general, incluso, de algún modo, con Ruth y con mi madre.

Era algo demasiado grande como para que mi mente lo entendiera del todo, por lo que supongo que, sencillamente, lo dejé correr.

Lo que permaneció fue una depresión y un dolor agudo.

—Vámonos —le dije a Kenny. Él seguía mirando la casa, sin creérselo, como si esperara que las luces volvieran a encenderse. Pero también lo sabía. Me miró y supe que lo sabía.

Todos lo sabíamos.

Volvimos a la tienda en silencio.

Ya en su interior, fue Willie Jr. quien, finalmente, puso las cartas boca arriba y habló.

Dijo:

—Quizá deberíamos meterla en el juego.

Pensamos en ello.

Y la noche se fue apagando desde entonces.

9

Me encontraba en mi patio tratando de poner en marcha el enorme cortacésped rojo y con la camiseta toda sudada, porque el maldito chisme era más difícil de encender que una motora, cuando oí a Ruth gritar con un tono de voz que no creo que le hubiera oído usar antes; parecía realmente furiosa.

—¡Jesucristo!

Solté el cordel y miré.

Era el tipo de voz que solía usar mi madre cuando perdía los estribos, lo que no pasaba demasiado a menudo a pesar de la guerra abierta que la enfrentaba con mi padre. Significaba que ya podías huir y esconderte. Pero cuando Ruth se enfadaba era normalmente con Ladrador, y todo lo que tenía que hacer entonces era mirarle, con los labios muy juntos y apretados, mientras sus ojos se estrechaban hasta parecer dos piedrecitas brillantes, para que él se callara o dejara de hacer lo que estuviera haciendo. Esa mirada era totalmente intimidante. Solíamos imitarla y reírnos, Donny, Willie y yo; pero cuando la ponía Ruth no era cosa de risa.

Estaba contento por tener una excusa para dejar de luchar con el cortacésped, por lo que rodeé nuestro garaje hasta donde pudiera ver su patio trasero.

La colada de Ruth estaba flotando en el tendedero. Ella se encontraba de pie en el porche, sus manos en las caderas, y aunque no pudieras oír su voz o lo que decía, podías darte cuenta de que estaba realmente enfadada.

—¡Estúpida idiota! —fue lo que dijo.

Y os puedo asegurar que eso me sorprendió realmente.

Sí, Ruth juraba como un marinero. Esa era una de las razones por las que nos gustaba. Su marido, Willie Sr., «ese encantador bastardo irlandés» o «ese idiota *hijoputa*», y John Lanz, el alcalde de la ciudad (que, por lo que

sospechábamos, la cortejó durante un tiempo) eran insultados con frecuencia.

Todos lo eran de cuando en cuando.

Pero el caso era que siempre se trataba de insultos casuales, sin un auténtico motivo de enfado. Se suponía que era para reírse a costa de algún pobre tipo, y normalmente era así.

Solo era la forma que tenía Ruth de describir a la gente.

Era muy parecida a la nuestra. Todos nuestros amigos eran unos retrasados, unos idiotas, tontos del culo o cerebros de mosquito. Todas sus madres se comían las moscas de los camellos muertos.

Esto era totalmente diferente. «Idiota» era lo que había dicho e idiota lo que realmente quería decir.

Me pregunté qué habría hecho Meg.

Miré hacia mi propio porche, donde se encontraba abierta la puerta de atrás, esperando que mi madre no estuviese en la cocina, que no la hubiese oído. Mi madre no aprobaba a Ruth, y yo ya tenía suficientes problemas por pasar allí tanto tiempo como lo hacía.

Tenía suerte. No estaba por allí.

Miré a Ruth. Ella no dijo nada más ni tenía necesidad de hacerlo. Su expresión lo decía todo.

Me sentí muy raro, como si estuviese espionando otra vez, dos veces en dos días. Pero, por supuesto, eso era lo que tenía que hacer. No iba a permitir que me viera observándola, encontrándose ella como se encontraba. Era demasiado embarazoso. Me pegué más al garaje y la miré, con la esperanza de que no volviera la vista hacia donde yo estaba. Y no lo hizo.

Pero su propio garaje me bloqueaba la vista, por lo que no podía ver cuál era el problema. Me quedé esperando a que Meg apareciera, para ver cómo encajaba que la llamaran «estúpida idiota».

Y entonces me llevé otra sorpresa.

Porque no era Meg.

Era Susan.

Supuse que estaba intentando ayudar con la colada. Pero la noche anterior

había llovido, y daba la impresión de que había dejado caer parte de la ropa blanca de Ruth en la fangosa y asquerosa caricatura de patio que tenían, pues se podían ver regueros de suciedad en lo que llevaba, una sábana, o puede que un par de fundas de almohada.

Estaba llorando, llorando realmente fuerte, por lo que su cuerpo entero se estremecía mientras caminaba de vuelta hacia donde se encontraba Ruth, totalmente rígida.

Era patético; esa pequeña niñita moviéndose lentamente con vendajes en sus piernas y vendajes en sus brazos tratando de no dejar caer esa pequeña pila de ropa que llevaba bajo su brazo y que, para empezar, nunca debería haber tenido que llevar. Me sentí mal por ella.

Y, por fin, también lo hizo Ruth, o eso creo.

Porque, finalmente, bajó al patio y cogió la ropa que llevaba la niña y dudó, observándola mientras lloraba y se agitaba y miraba al suelo. Y entonces, lentamente, pude ver cómo la tensión la abandonaba al levantar su mano y apoyarla suavemente, dudosa al principio, en el hombro de Susan, y luego se giró y entró en la casa.

Y justo en el último momento, cuando llegaban al final de las escaleras, Ruth se volvió en mi dirección, por lo que tuve que apartarme y pegar al garaje.

Pero estoy totalmente seguro de lo que vi justo antes de aquello.

Realmente, en retrospectiva, se ha convertido en algo muy importante para mí. Trato de saber por qué.

La cara de Ruth parecía cansada. Como si el estallido de furia hubiese sido tan intenso que la hubiera dejado seca. O puede que lo que viera fuera solo un trocito de algo, algo mayor, algo que me hubiera pasado desapercibido durante bastante tiempo y que esto fuera tan solo algún tipo de *crescendo* en un disco de larga duración.

Pero es lo otro que vi lo que realmente me sigue chocando hoy en día, lo que me confunde.

Incluso en ese momento me hizo tener dudas.

Justo antes de que me escondiera, cuando Ruth se giró con aspecto delgado y cansado y su mano en el hombro de Susan. Justo en ese momento

en el que se giró.

Juraría que ella también estaba llorando.

Y mi pregunta es, ¿por quién?

10

Lo siguiente que pasó fue lo de las orugas.

Dio la impresión de pasar de la noche a la mañana. Un día los árboles estaban limpios y normales y al siguiente estaban repletos de pesados sacos de telaraña. En el fondo de los sacos se apreciaba algo vagamente oscuro y de aspecto poco saludable, y si los mirabas suficientemente cerca, podías ver cómo se movían.

—Vamos a quemarlos —dijo Ruth.

Estábamos de pie en su patio cerca del abedul, Ladrador, Donny y Willie, Meg y yo, y Ruth, que llevaba puesto su viejo vestido azul de casa con los grandes bolsillos. Eran las diez de la mañana y Meg acababa de terminar sus tareas. Tenía un poco de suciedad bajo el ojo izquierdo.

—Chicos, vosotros coged unos palos —nos dijo—. Largos y gruesos. Y aseguraos de que estén verdes, para que no ardan. Meg, trae la bolsa de los trapos del sótano.

Se quedó guiñando los ojos bajo la luz del día, observando el daño. Casi la mitad de los árboles de su patio, incluido el abedul, estaban repletos de sacos, algunos del tamaño de pelotas de béisbol, pero otros tan grandes y profundos como una bolsa de la compra. El bosque estaba lleno.

—Pequeños bastardos. Dejarán los árboles sin hojas en un abrir y cerrar de ojos.

Meg entró en la casa y el resto nos dirigimos al bosque para coger algunos palos. Donny se llevó su hacha, así que cortamos unas ramas y las limpiamos y las partimos más o menos por la mitad. No nos llevó mucho.

Cuando volvimos, Ruth y Meg se encontraban en el garaje empapando los trapos en queroseno. Envolvimos con ellos las ramas y Ruth los ató con un cordel, y entonces volvimos a empaparlos.

Nos dio uno a cada uno.

—Os enseñaré cómo va esto —nos dijo—. Y entonces podréis hacerlo vosotros solos. Pero tened cuidado de no incendiar el maldito bosque.

Me sentí increíblemente adulto.

Ruth iba a confiarnos fuego, antorchas.

Mi madre nunca lo hubiera hecho.

La seguimos al patio con aspecto, supongo, de campesinos en busca del monstruo de Frankenstein, con nuestras antorchas apagadas en alto. Pero no actuábamos de una forma demasiado adulta (parecía que fuéramos a una fiesta), pues todos estábamos muy excitados y hacíamos el tonto excepto Meg, quien se lo estaba tomando muy seriamente. Willie cogió a Ladrador por el cuello y le clavó los nudillos en la coronilla, una llave de lucha que aprendimos del luchador de trescientas libras Haystacks Calhoun, famoso por el ataque del gran chapoteo. Donny y yo caminábamos el uno al lado del otro tras ellos, moviendo nuestras antorchas como si fuéramos una pareja de jefes de banda con bastones, riéndonos como idiotas. A Ruth no parecía importarle.

Cuando llegamos al abedul, Ruth metió la mano en su bolsillo y sacó una caja de cerillas de seguridad.

El nido del abedul era de los grandes.

—Me encargaré de este —dijo Ruth—. Vosotros mirad.

Encendió la antorcha y la mantuvo así un momento hasta que el fuego bajó un poco su intensidad y fue seguro utilizarla. Pero seguía siendo una buena llama.

—Tened cuidado —nos dijo—. No quiero que queméis el árbol.

La mantuvo unos seis centímetros por debajo del saco.

El saco comenzó a derretirse.

No ardió. Se derritió igual que el poliestireno, desvaneciéndose, retrocediendo. Era grueso y tenía muchas capas, pero lo hizo con rapidez.

Y, de repente, cayeron todos esos cuerpos retorciéndose y temblando, gusanos gordos, negros y peludos, humeando, chisporroteando.

Casi podías oírlos gritar.

Debía de haber cientos de ellos en ese único nido. Quemabas una capa del nido solo para que apareciera otra en la que había más. Seguían viniendo, cayendo a nuestros pies como si fueran una lluvia negra.

Y entonces Ruth alcanzó la capa principal.

Fue como si una capa de alquitrán viviente del tamaño de una pelota de *softball* se derramara directamente sobre la antorcha, y fuera dividiéndose mientras caía.

La llama de la antorcha vaciló... había tantos... y, por un momento, casi dio la impresión de que se apagaría. Entonces cobró nueva intensidad, y los bichos que se habían aferrado allí ardieron y cayeron.

—Joder —dijo Ladrador.

Ruth le miró.

—Lo siento —dijo él. Pero tenía los ojos como platos.

Hay que admitir que era increíble. Nunca había visto una carnicería semejante. Las hormigas del porche no eran nada en comparación. Las hormigas eran pequeñas, insignificantes. Cuando les arrojabas el agua hirviendo solo se retorcían y morían. Pero algunas de aquellas criaturas tenían un centímetro de longitud. Se retorcían y se encogían; parecía que querían vivir. Miré el suelo. Había gusanos por todas partes. La mayoría estaban muertos, pero muchos no lo estaban, y los que no lo estaban trataban de huir.

—¿Qué pasa con estos? —le pregunté a Ruth.

—Olvídalos —me contestó—. Morirán. O los pájaros se los llevarán —se rio—. Abrimos el horno antes de que estuvieran listos. Aún no estaban hechos del todo.

—Pues ahora sí que lo están —dijo Willie.

—Podemos coger una piedra —dijo Ladrador—. ¡Aplastarlos!

—Escúchame cuando hablo. Olvídalos —dijo Ruth. Volvió a meter la mano en su bolsillo—. Aquí —comenzó a darnos a todos cajas de cerillas.

—Recordad. Quiero una yarda de distancia cuando estéis dentro. Y no vayáis al bosque. Puede cuidarse solo.

Se las cogimos. Todos menos Meg.

—No las quiero —dijo.

—¿Qué?

Rechazó las cerillas.

—No... no las quiero. Terminaré la colada, ¿vale? Es... es...

Miró al suelo, a los gusanos negros retorcidos que estaban allí, a los vivos que se retorcían. Su cara estaba pálida.

—¿Qué? —preguntó Ruth—. ¿Asqueroso? ¿Te da asco, cariño?

—No. Solo que no quiero...

Ruth se rio.

—Que me cuelguen. Mirad aquí, chicos —dijo—. Que me cuelguen.

Seguía sonriendo, pero su cara se había endurecido de repente. Me confundió y me recordó al otro día, con Susan. Fue como si toda la mañana hubiese estado a punto de estallar con Meg y no nos hubiéramos dado cuenta. Habíamos estado demasiado ocupados, demasiado excitados.

—Mirad aquí —nos dijo—. Lo que tenemos aquí es una lección sobre la feminidad —se acercó más—. Meg es muy delicada. Entendéis por qué las niñas se vuelven delicadas, ¿verdad, chicos? Las damas lo son. Y aquí Meg es una dama. ¡Vaya, claro que lo es!

Y entonces abandonó el sarcasmo y pudimos ver su furia sin control.

—Así que, en el nombre de Jesucristo, ¿en qué me convierte eso, Meggy? ¿Crees que yo no soy una dama? ¿Crees que las damas no hacen lo que hay que hacer? ¿Que no se deshacen de las malditas plagas que infestan su puto jardín?

Meg parecía confusa. Pasó tan rápido que no podías culparla.

—No, yo...

—¡Será mejor que no me digas que no, cariño! Porque no necesito ese tipo de insinuaciones provenientes de una cría en camiseta que no sabe ni siquiera limpiarse la cara. ¿Me entiendes?

—Sí, señora.

Retrocedió un paso.

Y eso pareció enfriar un poco a Ruth. Respiró hondo.

—De acuerdo —dijo—. Vete abajo. Vamos, acaba tu colada. Y avísame cuando acabes. Te tendré preparado algo más.

—Sí, señora.

Se dio la vuelta y Ruth sonrió.

—Mis chicos pueden encargarse de esto —dijo—. ¿Verdad, chicos?

Yo asentí. En ese momento no podía hablar. Nadie dijo nada. Despidió a Meg con total autoridad y con un extraño sentido de justicia que realmente me dejó fascinado.

Le dio unas palmaditas en la cabeza a Ladrador.

Miré a Meg. La vi volver a la casa, con la cabeza gacha, secándose la cara, buscando ese poco de suciedad que Ruth le había dicho que tenía.

Ruth puso un brazo sobre mis hombros y se volvió hacia los abedules de detrás. Inhalé su olor: jabón, queroseno, cigarrillos y pelo recién lavado.

—Mis chicos pueden hacerlo —me dijo. Y su voz era de nuevo muy amable.

11

Para cuando llegó la una, habíamos quemado todos los nidos del patio de los Chandler, y tal como Ruth había anunciado, los pájaros se estaban dando un banquete.

Apestaba a queroseno.

Yo estaba muerto de hambre, y hubiera matado en ese momento solo por unos White Castres. Me moría por un sándwich de mortadela.

Me fui a casa.

Me lavé en la cocina y me preparé uno.

Podía oír a mi madre planchando en la sala de estar, tarareando el disco original de *The Music Man*, a quien habían ido a ver ella y mi padre a Nueva York el año anterior, justo antes de que todo se estropeará debido a lo que solo puedo asumir que fue el último lío de mi padre. Mi padre tenía muchas oportunidades para liarse con alguien, y las aprovechaba todas. Era el propietario de un bar restaurante llamado «El nido del águila». Se encontraba con ellas tarde y se encontraba con ellas temprano.

Pero sospecho que mi madre se había olvidado de todo eso por un momento y estaba recordando los buenos tiempos con el profesor Harold Hill y compañía.

Yo odiaba *The Music Man*.

Me encerré en mi habitación un rato y hojeé mis manoseados ejemplares de *Macabro* y *Más extraño que la ciencia*, pero no tenían nada que me interesara, por lo que decidí volver a salir.

Me encaminé hacia la zona de atrás, y Meg estaba en el porche trasero de los Chandler sacudiendo las alfombras de la sala de estar. Me vio y me saludó.

Me sentí raro durante un instante, con mis lealtades divididas.

Si Meg se encontraba en la lista negra de Ruth, seguramente sería por una buena razón.

Pero, por otro lado, seguía recordando ese viaje en la noria y esa mañana en la gran roca.

Colocó con cuidado las alfombras en el raíl de hierro y bajó los escalones cruzando el camino para reunirse conmigo. Había desaparecido la mugre de su cara, pero seguía llevando la sudada camiseta amarilla y los viejos bermudas de Donny enrollados. Tenía polvo en el pelo.

Me cogió por el brazo y me condujo en silencio hasta un lateral de su casa, lejos del ángulo de visión que cubría la ventana del comedor.

—No lo pillo —me dijo.

Se veía claramente que había algo que le preocupaba, algo a lo que había estado dándole vueltas.

—¿Por qué no les gusto, David?

No era eso lo que yo esperaba.

—¿A quién, a los Chandler?

—Sí.

Me miró. Hablaba en serio.

—Claro que sí. Les gustas.

—Vamos. Ruth nunca haría eso. Inténtalo. Hazle una a ella. Hazle una acuarela. Seguro que le encanta. ¿Sabes?, puede que solo sea que no está acostumbrada a tener niñas cerca. Quizás solo haga falta tiempo. Hazlo. Inténtalo.

Ella se lo pensó.

—No puedo —contestó—. De veras.

Por un momento, nos quedamos allí. Ella temblaba. Yo sabía que, fuera lo que fuese lo que estuviera pasando, no estaba bromeando.

Tuve una idea.

—¿Y para mí? Me podrías Hacer una a mí.

Sin tener la idea en la cabeza, sin el plan, yo nunca habría tenido valor para pedírselo. Pero esto era distinto.

Se animó un poco.

—¿De verdad quieres una?

—Claro. Me apetece un montón.

Me miró fijamente, hasta que tuve que apartar la mirada. Y entonces sonrió.

—De acuerdo. Lo haré, David.

Volvía a parecer ella misma. ¡Dios! Me encantaba cuando sonreía. Y entonces oí cómo se abría la puerta de atrás.

—¿Meg?

Era Ruth.

—Mejor me voy —me dijo.

Me tomó la mano y la apretó. Pude sentir las piedras del anillo de bodas de su madre. Me ruboricé.

—Lo haré —me dijo, y giró rápidamente la esquina.

12

Debió de ponerse a ello inmediatamente, pues al día siguiente llovió toda la tarde, y estuve en mi habitación leyendo *En busca de Bridey Murphy* y oyendo la radio hasta que pensé que iba a matar a alguien si oía una vez más esa maldita canción de Domenico Modugno, *Volare*. Y entonces, tras la cena, mi madre y yo nos sentamos en la sala de estar a ver la tele, cuando Meg llamó a la puerta de atrás.

Mi madre se levantó. La seguí y me cogí una Pepsi de la nevera.

Meg estaba sonriendo. Llevaba un chubasquero amarillo, y tenía el pelo empapado.

—No puedo pasar —dijo.

—Tonterías —le contestó mi madre.

—No, de verdad —reiteró—. Solo he venido a darle esto de parte de la señora Chandler.

Le entregó a mi madre una mojada bolsa marrón con un cartón de leche dentro. Mi madre y Ruth no eran exactamente amigas, pero seguían siendo los vecinos de al lado, y los vecinos se prestan cosas.

Mi madre aceptó la bolsa y asintió.

—Agradéceselo a la señora Chandler de mi parte —le dijo.

—Lo haré.

Y entonces se metió la mano bajo el chubasquero y me miró, y ahora sí que sonreía.

—Y esto es para ti —me dijo.

Y me entregó mi cuadro.

Estaba envuelto en varias hojas de un pesado y opaco papel de embalar

pegado con celo por los dos lados. Al otro lado se veían algunas de las líneas y los colores, pero no la forma de las cosas.

Antes de que pudiera darle las gracias o decir cualquier cosa, dijo «adiós», se despidió con la mano, volvió a salir a la lluvia y cerró la puerta.

—Bueno —dijo mi madre, y ella también sonreía—. ¿Qué tenemos aquí?

—Creo que es un cuadro —le contesté.

Me quedé allí parado, con una Pepsi en una mano y el cuadro de Meg en la otra. Sabía lo que mi madre estaba pensando. Lo que mi madre pensaba tenía la palabra «monos» en ello.

—¿No vas a abrirlo?

—Sí, claro. Claro.

Dejé la Pepsi, le di la espalda y empecé a despegar el celo. Y luego levanté el papel de embalar.

Podía sentir cómo miraba mi madre por encima de mi hombro, pero de repente no me importaba en absoluto.

—Es realmente bueno —dijo mi madre, sorprendida—. Es realmente muy bueno. Tiene auténtico talento, ¿verdad?

Y era bueno. Yo no era ningún crítico de arte, pero no hacía falta serlo. Había hecho el dibujo a tinta, y algunas de las líneas eran anchas y gruesas y otras muy delicadas: Los colores eran pálidas acuarelas; solo una sutil sugerencia de color, pero auténticas y con vida, y cubrían gran parte del papel, que daba la impresión de ser un día luminoso y soleado.

Era el cuadro de un niño en un arroyo, tumbado sobre el estómago encima de una enorme roca plana mirando dentro del agua, con árboles y cielo a su alrededor.

13

Lo llevé a La perrera para enmarcarlo. La Perrera era una antigua tienda de animales reconvertida en tienda de pasatiempos. Tenían cachorritos de beagle en el escaparate, y arcos y flechas, hula-hoops Wham-O, maquetas y una tienda de hilos en la parte de atrás, con los peces, las tortugas, las serpientes y los canarios entre medias. El tipo echó un vistazo y afirmó:

—No está mal.

—¿Lo tendrán para mañana?

—¿Nos ves muy ocupados? —señaló. El lugar estaba vacío. El supermercado Los 2-tipos de Harrison, en la Carretera 10, estaba acabando con él—. Podrás recogerlo esta noche. Vuelve sobre las cuatro treinta.

Me encontraba allí a las cuatro y cuarto, quince minutos antes, pero ya estaba listo, un bonito marco de pino taraceado. Lo envolvió en papel marrón.

Encajó perfectamente en una de las dos cestas traseras de mi bici.

Para cuando llegué a casa, era casi la hora de la cena, así que tuve que esperar durante la carne asada a la cazuela y las judías verdes y el puré de patata con salsa de carne. Y luego tuve que sacar la basura.

Y por fin pude ir.

En la televisión sonaba la sintonía de *Father Knows Best*, la serie de televisión que menos me gustaba, y, por billonésima vez, bajaban las escaleras Kathy, Bud y Betty, sonriendo. Podía oler las salchichas, las judías y el *sauerkraut*. Ruth estaba en su silla, con los pies sobre el cojín. Donny y Willie estaban despatarrados sobre el sofá. Ladrador estaba tumbado sobre su estómago tan cerca de la tele que uno se preocuparía por su audición. Susan la veía sentada en una silla recta en el comedor y Meg estaba fuera, lavando los platos.

Susan me sonrió. Donny solo me saludó con la mano y volvió a centrar su atención en la tele.

—Vaya —dije—. Que nadie se levante o haga algo.

—¿Qué llevas allí, Sport? —preguntó Donny.

Yo llevaba el cuadro envuelto en papel marrón.

—Los discos de Mario Lanza que querías.

Se rio.

—Brutal.

Ruth me miraba.

Decidí ir al grano.

Oí como se cerraba el grifo de la cocina. Me volví y me encontré con que Meg estaba mirándome mientras se secaba las manos en el delantal. Le sonreí, y creo que supo enseguida lo que yo estaba haciendo.

—¿Ruth?

—¿Sí? Ralphie, apaga la tele. Eso es. ¿Qué pasa, Davy?

Me acerqué a ella. Miré a Meg por encima del hombro. Se me acercaba atravesando el comedor. Negaba con la cabeza. Su boca formaba un silencioso «no».

No pasaba nada. Era solo timidez. Ruth vería el cuadro y le encantaría.

—Ruth —le dije—. De parte de Meg.

Se lo ofrecí.

Me sonrió y luego sonrió a Meg y lo cogió. Ladrador había bajado el volumen de *Father Knows Best*, por lo que se podía oír el crujido del tieso papel marrón a medida que lo desenvolvía. El papel cayó al suelo. Ella miró el cuadro.

—¡Meg! —exclamó—. ¿De dónde has sacado el dinero para comprarlo?

Estoy seguro de que le había gustado.

—Solo ha costado el marco —le dije—. Lo pintó para ti.

—¿Lo hizo ella? ¿Meg? Asentí.

Ladrador, Donny y Willie se apretujaron para verlo.

Susan se deslizó de su silla.

—¡Es precioso! —dijo.

Volví a mirar a Meg, que seguía en el comedor, nerviosa y esperanzada.

Ruth miró el cuadro. Parecía que lo miraba durante mucho tiempo.

Y, entonces, dijo:

—No, no lo hizo. Para mí no. No me tomes el pelo. Lo pintó para ti, Davy.

Sonrió. La sonrisa era, de alguna forma, extraña. Y, ahora, yo también me estaba poniendo nervioso.

—Mira esto. Un niño en una roca. Claro que es para ti.

Me lo devolvió.

—No lo quiero —me dijo.

Me sentía confuso. No se me había ocurrido que Ruth pudiera rechazar el cuadro. Por un momento, no supe qué hacer. Me quedé allí con el cuadro en las manos, mirándolo. Era un cuadro muy bonito.

Traté de explicárselo.

—Pero realmente era para ti, Ruth. De veras. Verás, estuvimos hablando de ello, y Meg quería hacerte uno, pero estaba...

—David.

Era Meg. Y ahora estaba más confuso, si era posible, pues su voz estaba teñida de advertencia.

Lo que casi me hizo enfadar. Aquí estaba yo, en medio de todo ese maldito lío, y Meg no pensaba dejarme salir de él.

Ruth volvió a sonreír. Y miró a Willie, a Ladrador y a Donny.

—Vais a aprender una lección, chicos. Recordadlo bien. Es importante. Todo lo que tenéis que hacer en cualquier momento es ser amables con una mujer; y ella hará cosas buenas por vosotros. Ahora Davy ha sido bueno con Meg y ha conseguido un cuadro. Un bonito cuadro. Eso es lo que has conseguido, ¿verdad, Davy? O sea, ¿es lo único que has conseguido? Sé que

eres un poco joven, pero nunca se sabe.

Me reí y me ruboricé.

—Venga, Ruth.

—Bueno, ya te digo que nunca se sabe. Las chicas son muy sencillas. Y ese es su problema. Promételes cualquier fruslería y la mitad de las veces conseguirás cualquier cosa que quieras. Sé lo que digo. Fijaos en vuestro padre. Fijaos en Willie Sr. Iba a conseguir su propia compañía cuando nos casamos. Una flota de camiones lecheros. Comenzaría con uno y luego iría subiendo. Yo iba a ayudarlo con los libros, tal y como hice en la avenida Howard durante la guerra. Dirigí esa planta durante la guerra. Íbamos a ser más ricos que mis viejos cuando yo era niña en Morristown, y eso era ser bastante rico, os lo digo yo. ¿Pero sabéis qué conseguí? Nada. Ni una maldita cosa. Solo a vosotros tres así, uno, dos y tres, y también que ese encantador bastardo irlandés se largara a Dios sabe dónde. Así que conseguí tres bocas hambrientas a las que alimentar, y ahora tengo dos más.

»Ya os digo, las chicas son tontas. Las chicas son fáciles. Unas perdedoras de tomo y lomo.

Pasó a mi lado y se acercó a Meg. Le rodeó los hombros con un brazo y se giró para encararse con nosotros.

—Ahora coge ese cuadro —le dijo—. Sé que lo hiciste para David, así que no trates de decirme otra cosa. Pero lo que quiero saber es ¿qué vas a sacar tú de esto? ¿Qué piensas que te va a dar este chico? Sé que Davy es un buen chico. Mejor que la mayoría, me atrevería a decir. Definitivamente, mejor. Pero, querida, ¡no te va a dar nada! Si crees que sí, lo que conseguirás será algo muy distinto.

»Así que lo que te estoy diciendo es que espero que este cuadro sea lo único que le has dado y lo único que le vayas a dar, y te lo digo por tu propio bien. Porque estás a punto de tener lo que los hombres quieren de verdad, y no es tu puto arte.

Pude ver que la cara de Meg empezaba a temblar, y me di cuenta de que estaba tratando de no llorar. Pero, al ser todo tan inesperado, yo estaba tratando de no reírme. Y también Donny. Todo era demasiado raro, y puede que fuera por la tensión, pero lo que Ruth había dicho sobre el arte fue gracioso.

Su brazo se tensó sobre los hombros de Meg.

—Y si les das lo que quieren, entonces no serás otra cosa que una zorra, cariño. ¿Sabes lo que es una zorra? ¿Lo sabes, Susan? Por supuesto que no. Sois demasiado jóvenes. Bueno, una zorra es alguien que se abre de piernas por un hombre, así de sencillo. Así, ellos pueden metérsele dentro. Ladrador, borra esa maldita sonrisa.

»Quiquiera que sea una zorra se merece una paliza. Cualquiera persona de esta ciudad estaría de acuerdo conmigo. Así que voy a avisarte, cariño, si te comportas como una zorra en esta casa, tu culo será la hierba y Ruth el cortacésped.

Soltó a Meg y se metió en la cocina. Abrió la nevera.

—Y ahora —dijo—, ¿quién quiere una cerveza?

Hizo un gesto hacia el cuadro.

—De todas formas, no es más que una birra —afirmó—, ¿no creéis? —Y cogió el paquete de seis.

14

En aquellos días, dos cervezas eran más que suficientes para mí, por lo que me fui a casa algo achispado y un poco trompa, tras prometer, como siempre, no decirles a mis padres ni una palabra, lo que no era necesario. Antes me hubiera arrancado un dedo a mordiscos.

Una vez que Ruth acabó su lección, el resto de la tarde pasó sin más problemas. Meg estuvo un rato en el cuarto de baño y, cuando salió, fue como si nada hubiese pasado. Sus ojos estaban secos. Su rostro, inescrutable. Vimos *Danny Thomas* y nos bebimos nuestras cervezas y hubo un momento, durante un anuncio, en el que hice planes para ir el sábado a la bolera con Willie y Donny. Traté de llamar la atención de Meg, pero ella no me miró. Cuando acabamos las cervezas, me fui a casa.

Colgué el cuadro al lado del espejo de mi habitación.

Pero había un sentimiento de extrañeza que no se me iba. Nunca antes había oído a alguien usar la palabra «zorra», pero sabía lo que significaba. La aprendí cuando leía a escondidas el *Peyton Place* de mi madre. Me pregunté si Denise, la hermana de Eddie, seguía siendo demasiado joven para serlo. La recordé desnuda, atada a un árbol, con sus gruesos, suaves y tiernos pezones. Llorando, riendo; a veces las dos cosas a la vez. Recordé el pliegue de carne entre sus piernas.

Pensé en Meg.

Me tumbé en la cama y pensé en lo fácil que era herir a una persona. No tenía por qué ser algo físico. Lo único que tenía que hacer era darle un buen golpe bajo a algo que le importase.

Yo también podría, si quisiera.

La gente era vulnerable.

Pensé en mis padres y en lo que se estaban haciendo y en cómo seguían

atacándose el uno al otro. Era ahora tan habitual que yo, estando en medio como lo estaba, había terminado por no preocuparme por ninguno de los dos.

Cosas pequeñas, pero que iban sumándose.

No podía dormir. Mis padres se encontraban en la habitación de al lado, y mi padre estaba roncando. Me levanté y fui a la cocina a por una Coca. Luego fui al cuarto de estar y me senté en el sofá. No encendí las luces.

Hacía tiempo que había pasado la medianoche.

La noche era cálida. No hacía viento. Como de costumbre, mis padres habían dejado abiertas las ventanas.

A través de las persianas podía ver perfectamente el cuarto de estar de los Chandler. Sus luces seguían encendidas. Sus ventanas también estaban abiertas y oí voces. No pude entender mucho de lo que decían, pero reconocí a quien hablaba. Willie. Ruth. Luego Meg. Luego Donny. Incluso Ladrador seguía levantado; se oía su voz, aguda como la de una niña, riendo.

Todos los demás gritaban por algo.

—¡... por un chico! —oí que decía Ruth. Luego se fundió de nuevo en una amalgama de ruidos y voces.

Vi que Meg se acercaba de nuevo a la ventana del cuarto de estar. Señalaba algo, gritando, con todo el cuerpo rígido y tembloroso de furia.

—¡No lo harás! —le oí decir.

Entonces Ruth dijo algo bajo que no alcancé a entender, pero que se parecía a un gruñido; eso fue lo único que pude captar, y pude ver a Meg al borde del colapso, mientras retrocedía. Entonces se puso a llorar.

Y surgió una mano y la abofeteó.

Le pegó tan fuerte que cayó lejos de la ventana y ya no pude verla más.

Willie se acercó.

Empezó a seguirla. Lentamente.

Como si la estuviese cazando.

—¡Basta! —oí decir a Ruth. Lo que significaba creo, que Willie debería dejarla sola.

Hubo un momento en el que, creo, no se movió nadie.

Y entonces, los cuerpos empezaron a ir y venir durante un rato, pasando delante de la ventana, todos con aspecto apagado y enfadado, Willie y Ladrador y Donny y Ruth y Meg, recogiendo cosas del suelo o colocando las sillas u otras cosas, y alejándose lentamente. A la única que no vi fue a Susan.

Me quedé sentado, observando.

Las luces se apagaron. Se veía un tenue brillo en las habitaciones, y nada más. Y luego incluso eso desapareció y la casa se quedó tan a oscuras como la nuestra.

15

Aquel sábado, en las pistas, Kenny Robertson no logró darle a su séptimo bolo en una tirada fácil, en la décima calle, y acabó con un 107. Kenny era delgaducho e impulsaba la bola con toda la fuerza de su cuerpo, por lo que esta salía despedida sin mucho control. Regresó secándose la frente con el pañuelo de la suerte de su padre, que no le había dado mucha suerte ese día.

Se sentó entre Willie y yo, detrás del tablero de puntuaciones. Miramos a Donny mientras se colocaba en su sitio de costumbre, a la izquierda de la segunda flecha.

—¿Has pensado en ello? —le preguntó a Willie—. ¿En meter a Meg en el juego?

Willie sonrió. Supongo que se sentía bien. Probablemente había superado los 150, y eso no pasa a menudo. Negó con la cabeza.

—Ahora tenemos nuestro propio juego —dijo.

16

Esas noches en las que yo dormía en casa de los Chandler, cuando nos cansábamos de hacer el tonto y Ladrador se dormía, nos dedicábamos a hablar.

Lo hacíamos sobre todo Donny y yo. Willie nunca tenía mucho que decir, y lo que decía no era nada inteligente. Pero Donny era lo suficientemente listo y, como ya he indicado, lo más parecido que yo tenía a un mejor amigo, así que hablábamos; sobre el colegio y las chicas, los chicos de *American bandstand*, los interminables misterios del sexo, lo que realmente querían decir las canciones de *rock'n'roll* que oíamos por la radio, hasta bien entrada la noche.

Hablábamos de deseos, esperanzas, incluso de pesadillas a veces.

Siempre era Donny quien iniciaba estas conversaciones y yo quien las terminaba. En algún momento más allá del cansancio, me reclinaba sobre mi cama y decía algo como «¿ves lo que quiero decir?» y él ya se había dormido, dejándome solo a merced de mis pensamientos, incómodo e inquieto, a veces hasta el amanecer. Me llevaba tiempo cortar por lo sano con lo que fuera que sentía y, una vez que lo hacía, no podía soportar el haber renunciado a su sabor. Sigo siendo así.

Ahora el diálogo es un monólogo. Yo no hablo. Esté quien esté conmigo en la cama, nunca lo hago. A veces, mis pensamientos se convierten en pesadillas, pero no las comparto. Me he llegado a convertir en lo que solo empecé entonces: un ser completamente autónomo.

Comenzó, supongo, cuando mi madre entró en mi cuarto cuando yo tenía siete años. Yo dormía. «Voy a dejar a tu padre», me dijo, despertándome. «Pero no quiero que te preocupes. Te llevaré conmigo. No voy a abandonarte. Nunca lo haré». Y sé que estuve esperando desde los siete a los catorce años, preparándome, hasta el punto de que llegué a ser yo quien se separó de cada

uno de ellos.

Así, creo, fue como empezó.

Pero entre los siete y los trece pasó lo de Ruth, pasó lo de Meg y Susan. Sin ellas, esa conversación con mi madre pudo incluso haber sido buena para mí. Quizá solo me hubiese evitado la conmoción y la confusión cuando llegara el momento. Porque los niños son resistentes. Siempre vuelven a confiar y compartir.

Yo no fui capaz de hacerlo. Y eso se debe a lo que pasó después, y a lo que hice, y a lo que no hice.

Mi primera mujer, Evelyn, me llama a veces, y me despierta en mitad de la noche.

—¿Están bien los niños? —me pregunta. Su voz está llena de terror.

No tuvimos niños, Evelyn y yo.

Ha entrado y salido varias veces de psiquiátricos, a causa de brotes agudos de depresión y ansiedad, pero sigue siendo sorprendente esta fijación que tiene.

Porque nunca se lo he contado. Nada de esto, nunca.

¿Cómo puede saberlo?

¿Hablo en sueños? ¿Se lo confesé una noche? ¿O sencillamente siente algo oculto en mí, sobre la única auténtica razón por la que no tuvimos hijos, sobre por qué nunca permití que los tuviéramos?

Sus llamadas son como pájaros nocturnos que revolotean graznando alrededor de mi cabeza. Sigo esperando que vuelvan. Cuando lo hacen, me toman por sorpresa.

Es terrorífico.

«¿Están bien los niños?».

Hace mucho que aprendí a no angustiarse. «Sí, Evelyn», le digo. «Claro. Están bien. Vuelve a dormir», le digo.

Pero los niños no están bien.

Nunca lo estarán.

17

Llamé a la puerta de atrás.

No respondió nadie.

La abrí y entré.

Les oí riendo a lo lejos. Venía de uno de los dormitorios. La risa de Meg era una especie de crujido agudo, la de Ladrador, una risilla histérica. Las de Willie Jr. y Donny eran más graves, más masculinas.

Yo no debía estar allí; estaba castigado. Había estado trabajando en una maqueta de un B-52, un regalo de Navidad de mi padre, y no pude ponerle bien una de las ruedas. Así que traté de enderezarla unas tres o cuatro veces y terminé arrojándolo contra la puerta, donde se hizo añicos. Llegó mi madre y se montó un buen follón, y yo estaba acorralado.

Mi madre se había ido de compras. Al menos por un momento era libre.

Me dirigí hacia los dormitorios.

Tenían a Meg contra la pared de la habitación, en una de las esquinas junto a la ventana.

Donny se volvió.

—¡Oye, David! ¡Tiene cosquillas! ¡Meg tiene cosquillas!

Y fue como si hubiera sido una señal preestablecida, pues fueron todos a por ella a la vez, a por sus costillas, mientras ella se retorció y trataba de alejarlos a empujones, y luego se dobló sobre sí misma, los codos hacia abajo para protegerse las costillas, riendo, mientras su larga cola de caballo rojiza se meneaba de un lado para otro.

—¡Cogedla!

—¡La tengo!

—¡Cógela, Willie!

Miré más allá y vi a Susan sentada en la cama, y ella también se reía.

—¡Auuu!

Oí un bofetón. Miré de nuevo.

Meg se cubría el pecho con una mano y Ladrador tenía una de las suyas en su cara, donde se empezaba a extender el enrojecimiento, y se notaba que estaba a punto de llorar. Willie y Donny se separaron.

—¡Qué demonios!

Donny estaba enfadadísimo. Estaba bien que él zurrara a Ladrador, pero no le gustaba que lo hiciera cualquier otro.

—¡Putita! —gritó Willie.

Hizo un extraño movimiento con la mano abierta hacia la parte superior de la cabeza de Meg. Ella lo esquivó con facilidad.

—¿A qué ha venido eso?

—¡Ya has visto lo que ha hecho!

—No ha hecho nada.

—Me ha pellizcado.

—¿Y qué?

Ladrador ya estaba llorando.

—¡Me voy a chivar! —aulló.

—Adelante —dijo Meg.

—No te conviene que lo haga —contestó Ladrador.

—No me importa lo que hagas. No me importa lo que hagáis ninguno de vosotros. —Empujó a Willie a un lado y se marchó al cuarto de estar pasando entre ellos y yo. Oí el portazo que dio la puerta principal.

—Putita —dijo Willie. Se volvió hacia Susan—. Tu hermana es una maldita puta.

Susan no replicó. Pero él se le acercó y la vi encogerse.

—¿Lo has visto?

—No estaba mirando —contesté.

Ladrador lloriqueaba. Tenía la barbilla llena de mocos.

—¡Me ha pegado! —chilló. Y entonces salió corriendo a mi lado.

—Voy a decírselo a mamá —dijo Willie.

—Sí. Yo también —secundó Donny—. No puede salirse con la suya en esto.

—Solo estábamos haciendo el tonto, por amor de Dios.

Donny asintió.

—Realmente le ha dado fuerte.

—Bueno, Ladrador le tocó la teta.

—Y qué. No lo hizo aposta.

—Pudo hacerlo por capricho.

—Aún puede hacerlo.

—Putá.

Había una energía nerviosa en la habitación. Willie y Donny daban vueltas como leones enjaulados. Susan se bajó de la cama. Sus correctores hicieron un ruido metálico.

—¿A dónde vas? —le dijo Donny.

—Quiero ver a Meg —le contestó suavemente.

—Que le den a Meg. Tú te quedas aquí. Has visto lo que hizo, ¿verdad?

Susan asintió.

—De acuerdo. Sabes que la van a castigar, ¿no?

Sonaba muy razonable, como un hermano mayor que le explica algo con mucha paciencia a una hermana no demasiado inteligente.

Ella volvió a asentir.

—¿Así que quieres quedarte a su lado y que te castiguen también? ¿Quieres que te quiten todos los privilegios?

—No.

—Pues entonces te quedas aquí, ¿vale?

—Vale.

—En esta misma habitación.

—Vale.

—Vamos a buscar a mamá —le dijo a Willie.

Les seguí fuera de la habitación a través del comedor salimos por la puerta de atrás.

Ruth se encontraba detrás del garaje, sembrando su huerto de tomates. El vestido que llevaba estaba viejo y desvaído y le estaba demasiado grande, ceñido a la cintura. El cuello barco se le abría bastante.

Nunca llevaba sujetador. Me quedé de pie por encima de ella y pude verle los pechos casi hasta el pezón. Eran pequeños y pálidos, y temblaban mientras trabajaban. Traté de no mirar, temiendo que se diera cuenta, pero era como si mis ojos fueran la aguja de una brújula y sus pechos el norte.

—Meg ha pegado a Ladrador —le contó Willie.

—¿En serio? —No parecía que le importase. Siguió sembrando.

—Le abofeteó —añadió Donny.

—¿Por qué?

—Solo estábamos haciendo el tonto.

—Todos le hacíamos cosquillas —dijo Willie—. Y ella se liberó y le pegó una torta en la cara. Así de simple.

Ella cogió un puñado de semillas. Sus pechos se sacudieron. Los tenía con carne de gallina. Yo estaba fascinado. Me miró y mis ojos miraron a los suyos justo a tiempo.

—¿Tú también, Davy?

—¿Eh?

—¿Tú también le hacías cosquillas a Meg?

—No. Acababa de llegar.

Sonrió.

—No te estoy acusando.

Se puso de rodillas y se levantó, y se quitó los sucios guantes de trabajo.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé —contestó Donny—. Salió corriendo por la puerta.

—¿Y Susan?

—En su cuarto.

—¿Lo vio todo?

—Sí.

—Bien.

Cruzó el patio hacia la casa y la seguimos. En el porche, se limpió sus delgadas y huesudas manos en las caderas. Se quitó el pañuelo que sujetaba su corto cabello castaño y se lo dejó suelto.

Supuse que quizá tendría unos veinte minutos antes de que mi madre llegara a casa de hacer la compra, así que entré.

La seguimos hasta el dormitorio. Susan estaba sentada en la cama, justo donde la dejamos, mirando una revista que estaba abierta con una foto de Liz y Eddie Fisher en una página y otra de Debbie Reynolds en la de enfrente. Eddie y Liz parecían felices, sonreían. Debbie parecía amargada.

—¿Susan? ¿Dónde está Meg?

—No lo sé, señora. Se ha ido.

Ruth se sentó en la cama a su lado. Le dio unas palmaditas en la mano.

—Me han dicho que viste lo que pasó. ¿Es verdad?

—Sí señora. Ladrador tocó a Meg y Meg le pegó.

—¿La tocó?

Susan asintió y se puso la mano sobre su pequeño y escuálido pecho como si estuviera recitando el juramento de la bandera.

—Aquí —dijo.

Ruth la miró un momento.

Y entonces preguntó:

—¿Y trataste de detenerla?

—¿Detener a Meg, quiere decir?

—Sí. Para que no pegara a Ralphie.

Susan parecía indignada.

—No pude. Fue demasiado rápido, señora Chandler. Ladrador la tocó y justo después Meg le pegó.

—Deberías haberlo intentado, cielo —volvió a darle palmaditas en la mano—. Meg es tu hermana.

—Sí, señora.

—Si pegas a alguien en la cara, pueden ocurrir toda clase de cosas. Puedes fallar y romperle un tímpano, sacarle un ojo. Es una conducta peligrosa.

—Sí, señora Chandler.

—Ruth. Ya te lo he dicho. Ruth.

—Sí, Ruth.

—¿Y sabes lo que significa ser cómplice de alguien que hace ese tipo de cosas?

Susan negó con la cabeza.

—Significa que también eres culpable, aunque puede que no hayas hecho nada en concreto. ¿Me entiendes?

—No lo sé.

Ruth suspiró.

—Déjame que te lo explique. Quieres a tu hermana, ¿verdad?

Susan asintió.

—Y como la quieres, le perdonarías algo como esto, ¿no es así? Como el pegar a Ralphie.

—Ella no quería hacerle daño. ¡Solo se enfadó!

—Claro. Así que la perdonarías, ¿verdad?

—Ajá.

Ruth sonrió.

—¡Bueno, pues ahora verás que eso está mal, cielo! Eso es justo lo que te hace cómplice. Lo que hizo no estuvo bien, es un mal comportamiento, y el que tú la perdones solo porque la quieres también está mal. Tienes que dejar de darle la razón, Suzie. No importa que Meg sea tu hermana. Lo que está bien, está bien. Tienes que recordarlo si quieres ser algo en la vida. Así que bájate de la cama, súbete el vestido y bájate las braguitas.

Susan la miró. Con los ojos como platos, helada.

Ruth se bajó de la cama. Se quitó el cinturón.

—Venga, cielo —le instó—. Es por tu propio bien. Voy a enseñarte lo que significa ser cómplice. Verás, Meg no está aquí para recibir lo suyo. Así que tendrás que recibir por las dos. Tu parte es por no decirle «eh, para, Meg», sea o no sea tu hermana. Lo que está bien está bien. Su parte, ante todo, es por haberlo hecho. Así que ven aquí ahora mismo. No me obligues a arrastrarte.

Susan se limitó a mirarla. Era como si no se pudiera mover.

—De acuerdo —dijo Ruth—. La desobediencia es otra cosa.

Se acercó y cogió a Susan con fuerza (aunque no diría con violencia) del brazo y la hizo bajarse de la cama. Susan empezó a llorar. Los correctores de los brazos hacían un ruido metálico. Ruth la hizo girar hasta ponerla de cara a la cama y la apoyó en ella. A continuación, le levantó la parte de atrás de su vestido rojo de puntitos y se lo metió por el cinturón.

Willie se echó a reír. Ruth le hizo callar con una mirada.

Le bajó las braguitas blancas de algodón, justo hasta los protectores de sus tobillos.

—Te vamos a dar cinco por cómplice, diez por Meg. Y cinco por desobedecer. Veinte.

Susan lloraba ahora a lágrima viva. Yo podía oírla. Observé la marea de lágrimas deslizándose por sus mejillas. Me sentí súbitamente avergonzado y comencé a dirigirme hacia la puerta. Un impulso de Donny me dijo que posiblemente querría hacer lo mismo que yo. Pero Ruth debía de habernos visto.

—Quietos allí, chicos. Las niñas lloran. No hay nada que hacer con ello.

Pero es por su propio bien, y el que estéis aquí forma parte de ello, así que quiero que os quedéis.

El cinturón era de un tejido delgado, no de cuero. Así que igual no hacía tanto daño, pensé.

Lo dobló y lo levantó sobre su cabeza. Silbó al bajar, *Smack*.

Susan dio un grito ahogado y comenzó a llorar más fuerte, ruidosamente.

Su trasero era tan pálido como los pechos de Ruth y estaba cubierto por un fino vello platino. Y ahora también le temblaba. Pude ver cómo aparecía un punto rojo en lo alto de su nalga izquierda, cerca de la raja.

Miré a Ruth mientras ella levantaba de nuevo el cinturón. Tenía los labios apretados. En todo lo demás, carecía de expresión, estaba concentrada.

El cinturón volvió a caer y Susan aulló.

Una tercera vez y luego una cuarta, en rápida sucesión.

Su culo estaba ya todo enrojecido.

Una quinta.

Parecía que casi se ahogaba con los mocos y las lágrimas, y respiraba a bocanadas.

Ruth ampliaba cada vez más el arco. Tuvimos que retroceder.

Los conté. Seis. Siete. Ocho, nueve, diez.

A Susan le temblaban las piernas. Sus nudillos estaban blancos por la fuerza con la que agarraba a la colcha.

Nunca había oído llorar de esa forma. *Corre*, pensé. ¡Jesús! Yo lo habría hecho. Pero, claro, por supuesto, ella no podía correr. Era como si la hubiesen encadenado allí.

Y eso me hizo pensar en el juego.

Aquí está Ruth, pensé, *jugando al juego*. Que me maten. Y a pesar de que me encogía cada vez que bajaba el cinturón, no podía dejarlo. La idea me maravillaba. Un adulto. Un adulto estaba jugando al Juego. No era exactamente igual, pero se le parecía bastante.

Y, de repente, no me pareció algo tan prohibido. La culpa pareció

desvanecerse. Pero siguió siendo excitante. Podía sentir cómo se me clavaban las uñas en las palmas de las manos.

Seguí contando. Once. Doce. Trece.

Había pequeñas gotas de sudor en la frente y el labio superior de Ruth. Golpeaba de forma mecánica. Catorce. Quince. Subió el brazo. Bajo el vestido amorfo y sin cinturón, noté cómo se hinchaba su tripa.

—¡Uau!

Ladrador entró en la habitación deslizándose entre Donny y yo.

Dieciséis.

Miraba a la cara de Susan, roja y retorcida.

—Uau —repitió.

Y supe que él pensaba lo que yo estaba pensando, lo que todos estábamos pensando.

Los castigos eran algo privado. En mi casa al menos lo eran. En todas las casas, por lo que yo sabía. Esto no era un castigo. Era el juego. Diecisiete. Dieciocho. Susan cayó al suelo. Ruth se inclinó sobre ella.

La niña sollozaba, con todo su frágil cuerpo retorciéndose, con la cabeza enterrada entre los brazos y las rodillas tan apretadas contra el pecho como le permitían los correctores.

Ruth respiraba con dificultad. Le subió a Susan las braguitas. La levantó y la subió de nuevo a la cama, tumbándola de lado y estirándole el vestido sobre las piernas.

—Venga —dijo con suavidad—. Ya está. Ahora descansa. Me debes dos.

Y nos quedamos allí todos por un momento, escuchando el apagado sollozo.

Oí llegar un coche al lado.

—¡Mierda! —exclamé—. ¡Mi madre!

Pasé como una exhalación por el cuarto de estar, salí por la puerta a un lateral de su casa y atravesé los setos. Mi madre ya había llegado al garaje. Tenía abierto el maletero y sacaba bolsas con las siglas «A&P».

Crucé rápidamente el camino hasta nuestra puerta principal y subí corriendo las escaleras hasta mi cuarto. Abrí una revista.

Oí que se abría la puerta de atrás.

—¡David! ¡Baja a ayudarme con la compra!

Se volvió a cerrar.

Fui hasta el coche. Mi madre fruncía el ceño. Me dio una bolsa tras otra.

—La tienda estaba atestada —me contó—. ¿Qué has hecho?

—Nada. Leer.

Mientras me volvía para entrar vi a Meg al otro lado de la calle, enfrente de la casa de los Chandler, junto a los árboles que estaban frente a la casa de los Zorn.

Estaba mirando a la casa de los Chandler mientras mordisqueaba una brizna de hierba, con aspecto pensativo, como si tratara de decidir algo.

No parecía que me hubiera visto. Me pregunté lo que sabría. Llevé las bolsas dentro.

Más tarde fui al garaje a coger la manguera y las vi en el patio, solo Meg y Susan, sentadas en la alta y fresca hierba junto al abedul.

Meg le cepillaba el pelo a Susan. Largas y suaves cepilladas firmes y fuertes, aunque también delicadas, como si el pelo pudiera doler si no lo hacías correctamente. Su otra mano lo arreglaba por debajo y por detrás, utilizando solo la punta de los dedos, levantándolo y dejándolo caer con suavidad.

Susan sonreía. No era una gran sonrisa, pero podías ver cómo disfrutaba, de los cuidados de Meg.

Y, por un momento, me di cuenta de lo conectadas que estaban, lo solitaria y especial que era su conexión. Casi las envidié.

No las molesté.

Encontré la manguera. Al salir del garaje, se había levantado la brisa y pude oír cómo tarareaba Meg. Era algo muy suave, como una nana. «Buenas noches, Irene». Una canción que mi madre solía cantar en los largos viajes nocturnos en coche cuando yo era pequeño.

«Buenas noches, Irene, buenas noches, Irene, te veré en mis sueños».

Me encontré tarareándola todo el día. Y cada vez que lo hacía veía a Meg y a Susan sentadas juntas en la hierba y sentía el sol en la cara y el cepillo y las suaves y delicadas manos.

18

—David, ¿tienes dinero?

Rebusqué en mis bolsillos y encontré un arrugado billete de dólar y treinta y cinco centavos en monedas. Estábamos dando un paseo por el recreo, Meg y yo. Iba a celebrarse un partido en breve. Yo llevaba mi guante de lanzador y una vieja pelota llena de cinta adhesiva negra.

Le enseñé el dinero.

—¿Me lo prestas?

—¿Todo?

—Tengo hambre —me confió.

—¿Sí?

—Quiero ir a Cozy Snacks a por un sándwich.

—¿Un sándwich?

Me reí.

—¿Por qué no vas y simplemente robas un par de barritas de caramelo? Con el personal de allí es fácil.

Yo lo había hecho infinidad de veces. La mayoría de nosotros lo había hecho. La mejor forma era dirigirte directamente hacia lo que querías, cogerlo y volver a salir. Nada furtivo y sin dudas. La tienda siempre estaba abarrotada. No pasaba nada por hacerlo. Y a nadie le importaba el señor Holly, el anciano que regentaba el lugar, por lo que no había ningún sentimiento de culpa.

Pero Meg se limitó a fruncir el ceño.

—Yo no robo —afirmó.

Bueno, vaya, pensé, bienvenida, señorita escrúpulos.

La desprecié un poco. Todo el mundo robaba. Era parte de ser niño.

—Tú préstame el dinero, ¿quieres? —me dijo—. Te lo devolveré. Te lo prometo.

No podía seguir enfadado con ella.

—Vale. De acuerdo —respondí. Se lo di—. Pero ¿para qué quieres un sándwich? Hazte uno en casa de Ruth.

—No puedo.

—¿Y eso?

—Se supone que no debo hacerlo.

—¿Por qué?

—Se supone que aún no debo comer.

Cruzamos la calle. Miré a izquierda y derecha, y luego la miré a ella. Tenía una mirada que parecía una máscara. Como si hubiese algo que no me contaba. Y además se había ruborizado.

—No lo pillo.

Kenny, Eddie y Lou Morino ya estaban en el rombo lanzando la pelota. Denise estaba de pie detrás del recogedor, observándolos. Pero nadie nos había visto aún. Me di cuenta de que Meg quería irse, pero me quedé mirándola.

—Ruth dice que estoy gorda —dijo por fin.

Me reí.

—¿Y bien? —me preguntó.

—¿Y bien qué?

—¿Lo estoy?

—¿El qué? ¿Gorda? —Yo sabía que ella hablaba en serio, pero me seguía haciendo gracia—. Claro que no. Te toma el pelo.

Se giró bruscamente.

—Pues vaya broma —dijo—. Tú intenta pasarte un día sin cenar y sin

desayunar y sin comer.

Entonces se detuvo y se volvió hacia mí.

—Gracias —me dijo.

Y se marchó.

19

El partido acabó casi una hora después de que empezara. Para entonces, la mayoría de los chicos del barrio estaban allí, no solo Kenny, Eddie, Denise y Lou Morino, sino también Willie, Donny, Tony Morino, e incluso Glen Knott y Harry Gray, que habían venido porque jugaba Lou. Con los chicos mayores, el partido fue de los rápidos y buenos; hasta que Eddie bateó con fuerza más allá de la tercera base y empezó a correr.

Todos menos Eddie sabíamos que eso era falta. Pero no íbamos a decírselo a Eddie. Corrió todas las bases mientras Kenny iba a por la pelota. Y entonces comenzó la discusión habitual. Que te den y que te den y no, que te den a ti.

La única diferencia fue que, esta vez, Eddie cogió su bate y fue tras Lou Morino.

Lou era más grande y mayor que Eddie, pero Eddie tenía el bate, por lo que, antes de arriesgarse a terminar con la nariz rota o con una conmoción, salió del campo en una dirección junto con Harry y Glen, mientras Eddie salía por el otro lado.

Los demás seguimos jugando.

Eso es lo que estábamos haciendo cuando volvió Meg.

Dejó caer unas monedas en mi mano y me las metí en el bolsillo.

—Te debo ochenta y cinco centavos —me dijo.

—Vale.

Me di cuenta de que tenía el pelo un poco grasiento, como si no se lo hubiese lavado esa mañana. Pero seguía estando guapa.

—¿Quieres hacer algo? —me dijo.

—¿El qué?

Miré a mi alrededor. Creo que tenía miedo de que los otros pudieran oírnos.

—No sé. ¿Vamos al arroyo?

Donny me lanzó la pelota. Yo se la lancé a Willie. Como de costumbre, fue a por ella demasiado tarde y falló.

—No importa —dijo Meg—. Estás muy ocupado.

Estaba enfadada, o herida, o algo. Empezó a marcharse.

—No. Eh. Espera.

No podía preguntarle si quería jugar. Era béisbol, y ella no tenía guante.

—Vale, de acuerdo. Vamos al arroyo. Espera un minuto.

Solo había una forma de hacerlo correctamente. Tenía que preguntárselo a los demás.

—¡Eh, chicos! ¿Nos vamos al arroyo? A coger cangrejos, o algo. Hace calor aquí.

De hecho, el arroyo no me parecía tan mala idea. Hacía calor.

—Claro. Yo voy —dijo Donny. Willie se encogió de hombros y asintió.

—Yo también —dijo Denise.

Genial, pensé. Denise. El único que falta es Ladrador.

—Voy a coger algo de comer —dijo Kenny—. Igual luego me reúno allí con vosotros.

—Vale.

Tony vaciló y luego decidió que él también tenía hambre. Lo que nos dejaba a nosotros cinco.

—Pasemos por casa —sugirió Donny—. Cojamos unos frascos para los cangrejos y un termo de Kool-Aid.

Entramos por la puerta de atrás y pudimos oír la lavadora en marcha en el sótano.

—¿Donny? ¿Eres tú?

—Sí, mamá.

Se volvió hacia Meg.

—Coge el Kool-Aid, ¿quieres? Yo bajaré a buscar los frascos y a ver qué quiere.

Me senté con Willie y Denise en la mesa de la cocina. Tenía migas de tostadas encima y las tiré al suelo. También había un cenicero lleno de colillas. Rebusqué entre las colillas, pero no había nada que pudiera aprovechar para después.

Meg había sacado el termo y lo estaba llenando cuidadosamente con el Kool-Aid de lima que estaba en la jarra grande de Ruth cuando ellos subieron las escaleras.

Willie traía dos frascos de mantequilla de cacahuete y un puñado de frascos más pequeños. Ruth se secaba las manos en su desvaído delantal. Nos sonrió, y entonces vio a Meg en la cocina.

—¿Qué estás haciendo? —le dijo.

—Solo cojo un poco de Kool-Aid.

Metió la mano en el bolsillo de su delantal, sacó una cajetilla de Tareyton y encendió uno.

—Creía que te había dicho que no entraras en la cocina.

—Donny quería Kool-Aid. Fue idea de Donny.

—No me importa de quién fuera la idea.

Exhaló algo de humo y empezó a toser. Era una mala tos, que venía directa de los pulmones, y le impidió hablar durante un rato.

—Solo es Kool-Aid —se defendió Meg—. No estoy comiendo —Ruth asintió.

—La cuestión es... —dijo, dando otra calada al cigarrillo— la cuestión es, ¿qué has logrado coger antes de que yo llegara?

Meg terminó de llenarlo y dejó la jarra.

—Nada —suspiró—. No he cogido nada.

Ruth volvió a asentir.

—Ven aquí —le ordenó.

Meg se quedó donde estaba.

—Te he dicho que vengas.

Se acercó.

—Abre la boca y déjame olerte el aliento.

—¿Qué?

Detrás de mí, Denise empezó a reírse.

—No me cabrees. Abre la boca.

—Ruth...

—Ábrela.

—¡No!

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—No tienes derecho a...

—Tengo todo el derecho del mundo. ¡Ábrela!

—¡No!

—Te he dicho que la abras, mentirosa.

—Yo no miento.

—Bueno, sé que eres una zorra, así que creo que también eres una mentirosa. ¡Ábrela!

—No.

—¡Abre la boca!

—¡No!

—Te digo que la abras.

—No lo haré.

—Oh, sí, lo harás. Aunque tenga que pedirles a estos chicos que me ayuden a abrirtela.

Willie no pudo aguantar la risa. Donny seguía en la puerta con los frascos. Parecía avergonzado.

—Abre la boca, zorra.

Eso hizo que Denise volviera a reírse.

Meg miró a Ruth directamente a los ojos. Tomó aliento.

Y, por un momento, se comportó con una dignidad casi sorprendentemente adulta.

—Ya te lo he dicho, Ruth —afirmó—. No.

Incluso Denise cerró el pico.

Estábamos atónitos.

Nunca habíamos visto algo semejante.

Los niños no tenían poder. Casi por definición. Se suponía que los niños debían aguantar la humillación, o huir de ella. Si protestabas, debías hacerlo de forma indirecta. Corrías a tu habitación y cerrabas la puerta con un portazo. Gritabas y chillabas. Le dabas vueltas a la cena. Fingías; o rompías cosas accidentalmente a propósito. Te mostrabas taciturno, callado. Ibas mal en el colegio. Y eso era todo. Todas las armas de tu arsenal. Pero lo que no hacías era dirigirte a un adulto y decirle «que te den» con tantas palabras. Sencillamente, no te quedabas ahí y decías tranquilamente que no. Éramos aún muy jóvenes para eso. Y por eso era tan increíblemente sorprendente.

Ruth sonrió y apagó su cigarro en el repleto cenicero.

—Creo que iré a por Susan —dijo—. Espero que esté en su habitación.

Y entonces fue ella quien clavó la mirada en Meg.

Solo duró un momento, con las dos mirándose como si fueran pistoleros.

Y, al instante, la compostura de Meg se vino abajo.

—¡No metas a mi hermana en esto! ¡Déjala en paz!

Sus manos se convirtieron en puños, los nudillos blancos. Y entonces me di cuenta de que sabía lo de la paliza del otro día.

Me pregunté si habría habido otras ocasiones, otras palizas.

Pero, de alguna forma, estábamos aliviados. Esto ya se parecía más. Se parecía más a lo que estábamos acostumbrados.

Ruth solo se encogió de hombros.

—No tienes por qué preocuparte por ello, Meggy. Solo quiero preguntarle

sobre tus saqueos de la nevera entre comidas. Si no quieres hacer lo que te he pedido, entonces, creo, ella es quien debe saberlo.

—¡Ni siquiera estaba con nosotros!

—Estoy segura de que te ha oído, cielo. Estoy segura de que te han oído los vecinos. De todas formas, las hermanas lo saben, ¿no? Es algo instintivo, en realidad.

Se volvió hacia el dormitorio.

—¿Susan?

Meg se abalanzó sobre ella y la agarró por el brazo. Y era como si ahora fuese una chica totalmente distinta, asustada, indefensa, desesperada.

—¡Maldita seas! —dijo.

Todos comprendimos al instante que eso fue un error.

Ruth se giró y la abofeteó.

—¿Me has tocado? ¿Me has tocado, maldita? ¿Te has atrevido a hacerlo?

Volvió a pegarla mientras Meg retrocedía, y otra vez, y Meg se tambaleó hasta chocar contra la nevera, perdió el equilibrio y cayó de rodillas. Ruth se inclinó sobre ella, la agarró por la barbilla, y tiró de ella con fuerza.

—Y ahora abre tu maldita boca, ¿me has oído? ¡U os daré una paliza de muerte a ti y a tu querida hermanita! ¿Me has oído? ¿Willie? ¿Donny?

Willie se levantó y se acercó a ella. Donny parecía confuso.

—Agarradla.

Me quedé helado. Estaba pasando todo demasiado rápido. Era consciente de que Denise estaba sentada a mi lado, con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—He dicho que la agarréis.

Willie se levantó de su silla y la agarró por el brazo derecho, y creo que Ruth le hacía daño al cogerla fuertemente de la barbilla, pues no se resistió. Donny puso los frascos sobre la mesa y la agarró por el izquierdo. Dos de los frascos rodaron por la mesa y se estrellaron contra el suelo.

—Ahora ábrela, furcia.

Y entonces Meg luchó, tratando de levantarse, retorciéndose y tratando de soltarse, aunque la tenían bien cogida. Willie estaba divirtiéndose, eso era obvio. Pero Donny parecía asqueado. Ruth la cogía ahora con ambas manos, tratando de separarle las mandíbulas.

Meg la mordió.

Ruth gritó y cayó hacia atrás. Meg se puso en pie. Willie le retorció el brazo por detrás de la espalda y tiró de él. Ella gritó y se dobló sobre sí misma y trató de soltarse, sacudiendo con fuerza su brazo izquierdo para que Donny lo soltase, en una especie de pánico simultáneo, y casi lo logró, pues la presa de Donny ya era bastante débil, y casi la suelta.

Y entonces Ruth volvió a acercarse.

Por un momento, se limitó a quedarse allí, estudiándola, buscando, creo, un punto débil. Y entonces cerró el puño y la golpeó en el estómago exactamente como un hombre golpearía a otro hombre, y casi tan fuerte. Lo que se oyó fue algo parecido a alguien golpeando una pelota de baloncesto.

Meg cayó, sin aliento, tratando de respirar.

Donny la soltó.

—¡Jesús! —susurró Denise a mi lado.

Ruth dio un paso atrás.

—¿Quieres luchar? —dijo—. Vale. Lucha.

Meg negó con la cabeza.

—¿No quieres luchar? ¿No?

Negó con la cabeza.

Willie miró a su madre.

—Qué mal —dijo con suavidad.

Seguía agarrándole el brazo. Y entonces empezó a retorcérselo. Meg se dobló sobre sí misma.

—Willie tiene razón —dijo Ruth—. Qué mal. Venga, Meg, cielo, lucha. Lucha contra él.

Willie se lo retorció. Ella dio un respingo debido al dolor y jadeó, y volvió

a negar con la cabeza por tercera vez.

—Bueno, creo que no lo va a hacer y punto —dijo Ruth—. Esta niña no quiere hacer hoy nada de lo que le digo.

Sacudió la mano que Meg le había mordido y la examinó. Desde donde yo estaba sentado, era solo un punto rojo. Meg no le había penetrado la piel ni nada parecido.

—Suéltala —dijo Ruth.

Willie le soltó el brazo. Meg cayó hacia delante. Estaba llorando.

Yo no quería mirar. Desvié la mirada.

Vi a Susan en el salón, apoyándose en la pared, con aspecto asustado, mirando desde la esquina. Con los ojos clavados en su hermana.

—Tengo que irme —dije con una voz que me sonaba extrañamente espesa.

—¿Qué pasa con el arroyo? —preguntó Willie. Parecía decepcionado, el cabronazo. Como si no hubiera pasado nada en absoluto.

—Más tarde —le respondí—. Ahora tengo que irme.

Era consciente de que Ruth me estaba mirando.

Me levanté. Por alguna razón, no quería acercarme a Meg. En lugar de hacerlo, pasé al lado de Susan mientras me encaminaba a la puerta principal. No dio la impresión de haberme visto.

—David —dijo Ruth. Su voz estaba muy tranquila.

—¿Sí?

—Esto es lo que se llama una disputa doméstica —me explicó.

»Queda entre nosotros. Has visto lo que has visto. Pero no le importa a nadie más que a nosotros. ¿Sabes? ¿Lo entiendes?

Dudé, pero asentí.

—Buen chico —me dijo—. Ya sabía yo que lo eras. Sabía que lo entenderías.

Salí fuera. Hacía bochorno. Dentro se había estado más fresco.

Volví al bosque, alejándome del camino del arroyo, y me metí en el

bosque más frondoso de detrás de la casa de los Morino.

Allí se estaba más fresquito. Olía a pino y a tierra.

Seguía viendo a Meg hecha un ovillo, llorando. Y entonces volví a verla de pie, frente a Ruth, mirándola fijamente a los ojos, diciéndole «ya te he dicho que no». Por alguna razón, estas imágenes se alternaban con el recuerdo de una discusión que tuve con mi madre esa misma semana. «Eres igual que tu padre», me dijo. Yo le contesté con rabia. No tan bien como lo hizo Meg. Yo perdí los estribos. Me enfurecí. La odié. Ahora pensé en ello desde otra perspectiva, y entonces volví a pensar en todo el asunto de hoy.

Había sido una mañana sorprendente.

Pero era como si todo hubiese sido cancelado.

Paseé por el bosque.

No sentí nada.

20

Desde mi casa se podía ir al Cozy Snacks atravesando el bosque y cruzando el arroyo por la gran roca y luego caminando por la otra orilla, junto a las dos casas viejas y una obra. Al día siguiente, volvía a casa por ese camino con un Tres mosqueteros, algo de regaliz rojo y algunos Fleer's Double Bubble (que, al pensar en Meg, pagué de verdad) en una bolsa de papel, cuando oí gritar a Meg.

Supe que era ella. Solo fue un grito. Podía ser cualquiera. Pero lo supe.

Me detuve. Recorrí la orilla.

Ella estaba, de pie sobre la gran roca. Willie y Ladrador debían de haberla sorprendido allí con la mano dentro del agua, pues tenía remangada la camisa y su antebrazo chorreaba con el agua del arroyo, y podías verle la larga y lívida cicatriz como si fuera un gusano reptando a través de su piel.

Estaban bombardeándola con los frascos de la bodega y Ladrador, como mínimo, tenía buena puntería.

Pero Willie apuntaba a la cabeza.

Un objetivo más difícil. Siempre fallaba.

Mientras que Ladrador le dio primero en su rodilla desnuda y luego, cuando se dio la vuelta, en el centro de la espalda.

Se volvió a girar y los vio cogiendo los frascos de cristal de la mantequilla de cacahuete. Ladrador lo arrojó.

El cristal se hizo añicos a los pies de Meg, salpicándole las piernas.

Si le hubieran dado con uno de esos, le habrían hecho mucho daño.

No tenía ningún sitio adonde ir, excepto el arroyo. No podía trepar a la alta orilla a mi lado, al menos, no a tiempo. Así que eso es lo que hizo.

Se metió en el agua.

El arroyo fluía con velocidad aquel día, y su fondo estaba cubierto de rocas llenas de musgo. La vi resbalar y caer casi de inmediato, mientras otro frasco se estrellaba contra una piedra cercana. Se levantó, jadeando y empapada hasta los hombros, y trató de correr. Dio cuatro pasos y volvió a caer.

Willie y Ladrador aullaban y se reían tan fuerte que se olvidaron de tirar más frascos.

Ella se levantó, y esta vez consiguió mantener el equilibrio y se marchó chapoteando corriente abajo.

Cuando giró el meandro, la espesura la cubrió.

Se acabó.

Sorprendentemente, nadie me había visto. Y seguían sin hacerlo. Me sentí como un fantasma.

Los observé mientras recogían los frascos que les quedaban. Y entonces se alejaron, riendo, de vuelta a su casa. Pude oírlos durante todo el camino, mientras sus voces iban desvaneciéndose gradualmente.

Gilipollas, pensé. Había cristales por todas partes. Ya no podíamos vadearlo. Al menos, no hasta la próxima inundación.

Crucé con cuidado al otro lado, atravesando la roca.

21

Meg se tomó la revancha el cuatro de julio.

Era al atardecer, una cálida noche que iba oscureciéndose paulatinamente, y cientos de personas nos encontrábamos sentadas en el memorial Field, enfrente del instituto, esperando a que comenzaran los fuegos artificiales.

Donny y yo estábamos sentados con mis padres (lo había invitado a cenar esa noche), y ellos lo estaban con sus amigos los Henderson, que vivían a dos manzanas de distancia.

Los Henderson eran católicos y no tenían hijos, lo que quería decir algo iba mal, aunque nadie parecía saber exactamente el qué.

El señor Henderson era corpulento y le gustaba salir, solía vestir de tela escocesa y pana, y era lo que se llamaba todo un hombre, bastante divertido. Criaba beagles en su patio y, en ocasiones, cuando nos pasábamos por allí, nos dejaba disparar sus pistolas BB. La señora Henderson era delgada, rubia, bonita y con la nariz respingona.

Donny me dijo una vez que no sabía cuál era el problema. Él se la habría tirado en un abrir y cerrar de ojos.

Desde donde estábamos, podíamos ver a Willie, Ladrador, Meg, Susan y Ruth al otro lado del campo, sentados al lado de la familia Morino.

Estaba allí toda la ciudad.

Si podías andar, conducir o gatear, el cuatro de julio ibas a ver los fuegos artificiales. Con la sola excepción del desfile del 30 de mayo, este era el gran espectáculo del año.

Y, *pro forma*, allí estaban los polis. En realidad, nadie esperaba que hubiera problemas. La ciudad aún seguía en ese estado en el que todo el mundo conoce a todo el mundo, o conoce a algún otro que lo hace. Salías y

dejabas la puerta abierta todo el día, por si alguien iba por allí y tú no estabas.

La mayoría de los polis eran amigos de la familia. Mi padre los conocía del bar o del VFW.

Principalmente se aseguraban de que nadie tirase cerezas explosivas demasiado cerca de las mantas. Estaban allí para ver el espectáculo, igual que los demás.

Donny y yo estábamos escuchando al señor Henderson hablar de la nueva carnada de sus beagles, mientras bebíamos té helado del termo y nos eructábamos el uno al otro por la carne asada en cazuela, riéndonos. Mi madre siempre preparaba la carne asada en cazuela con un montón de cebolla. Lo que volvía loco a mi padre, pero así era como nos gustaba a los demás. A la media hora ya estábamos pedorreándonos.

Por el sistema de megafonía sonaba John Philip Sousa.

Sobre el instituto brillaba una luna creciente.

A la pálida y grisácea luz, podías ver a los niños pequeños metiéndose los unos con los otros en medio de la multitud. La gente encendía bengalas. Detrás de nosotros, toda una ristra de petardos de cinco centímetros estalló como si fuera una ametralladora.

Decidimos ir a buscar unos helados.

El camión del Buen humor estaba haciendo su agosto, con todos los niños apelotonados a su alrededor. Poco a poco nos fuimos abriendo paso sin que llegaran a pisarnos. Yo me compré un Brown Cow y Donny un Fudgeside y volvimos a abrirnos paso para salir.

Y entonces vimos a Meg junto al camión, hablando con el señor Jennings.

Y eso nos dejó helados.

Porque el señor Jennings también era el agente Jennings. Era un poli.

Y había algo en la forma en la que se comportaba, gesticulando, acercándose a él, que supimos inmediatamente lo que le estaba diciendo.

Era aterrador, sorprendente.

Nos quedamos allí, como si nos hubieran salido raíces.

Meg se estaba chivando. Traicionando a Ruth. Traicionando a Donny y a

todos los demás.

Estaba de espaldas a nosotros.

Por un momento, la miramos, y luego, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, nos miramos.

Luego nos fuimos. Comiéndonos nuestros helados. Comportándonos de forma muy normal. Nos detuvimos detrás de ella, ligeramente a un lado.

El señor Jennings nos miró un instante, pero luego fijó la mirada en la dirección en la que estaban Ruth, Willie y los otros y, asintiendo, escuchando atentamente, volvió a centrarse en Meg.

Nos dedicamos plenamente a los helados. Miramos a nuestro alrededor.

—Bueno, está en su derecho, o eso creo —dijo el señor Jennings.

—No —le replicó Meg—. No lo entiende.

Pero no pudimos oír el resto.

El señor Jennings sonrió y se encogió de hombros. Le puso una manzana pecosa en el hombro.

—Mira —contestó—. Por lo que sé, puede que tus padres hubiesen sentido lo mismo. ¿Quién sabe? Tienes que pensar que la señorita Chandler es ahora tu mamá, ¿vale?

Ella sacudió la cabeza.

Y entonces, creo, se dio cuenta de que estábamos allí, se dio realmente cuenta por primera vez de que Donny y yo estábamos allí y de quiénes éramos y lo que podíamos significar en la conversación que estaban manteniendo. Vimos cómo le cambiaba la cara. Pero Meg siguió hablando, discutiendo.

Nos miró por encima del hombro de ella; nos miró largo y tendido.

Y entonces él la tomó del brazo.

—Demos un paseo —le dijo.

La vi lanzar una mirada nerviosa hacia donde estaba Ruth, pero empezaba a ser difícil ver, pues ya era casi noche cerrada, y la luna, las estrellas y alguna que otra bengala ocasional eran la única iluminación, por lo que no era demasiado probable que Ruth los hubiera visto juntos. Desde donde yo

estaba, la multitud se veía ya como una masa informe muy parecida a los matorrales y los cactus de una pradera. Sabía dónde estaban sentados, pero no podía distinguirlos, ni tampoco a mis padres y a los Henderson.

Pero sabías perfectamente por qué estaba ella tan asustada. Yo también estaba asustado. Lo que estaba haciendo era excitante y estaba prohibido, exactamente igual que el haber tratado de verla a través de las ventanas desde el abedul.

El señor Jennings nos dio la espalda y se la llevó con cariño.

—Mierda —susurró Donny.

Oí un *whoosh*. El cielo explotó. Aparecieron unas bolas blancas y brillantes y luego se desvanecieron.

«Ooooooh», dijo la multitud.

Y en la fantasmal luz blanca de después del estallido, lo miré. Vi confusión y preocupación.

Él siempre había sido reacio en todo lo concerniente a Meg. Seguía siéndolo.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

Sacudió la cabeza.

—No la va a creer —me dijo—. No va a hacer nada. Los polis hablan, pero nunca hacen nada por ayudarte.

Se parecía a algo que Ruth nos había dicho una vez. Los polis hablan, pero nunca actúan.

Siguió repitiéndolo como un artículo de fe mientras volvíamos a nuestras mantas. Como si tuviera que ser así.

Casi como si fuera una plegaria.

22

El coche patrulla llegó la tarde siguiente alrededor de las ocho. Vi que el señor Jennings subía las escaleras y llamaba a la puerta, y Ruth lo dejaba entrar. Y me puse a esperar, mirando por la ventana de mi cuarto de estar. Había algo en mi estómago que daba vueltas y más vueltas.

Mis padres se encontraban en una fiesta de cumpleaños, en los Caballeros de Columbus, y mi canguro era Linda Cotton, dieciocho años, pecosa y para mí mona, aunque no podía compararse con Meg. Ganando como ganaba setenta y cinco centavos por hora, Le importaba un comino lo que yo hiciera, siempre y cuando me estuviera calladito y no la molestase mientras veía en la tele *Las aventuras de Ellery Queen*.

Linda y yo habíamos llegado a un acuerdo. Yo no diría nada sobre el hecho de que viniera su novio Steve o que los dos se pasaran toda la noche besuqueándose en el sofá, y podía hacer todo lo que yo quisiera, siempre y cuando me encontrase en casa acostado antes de que mis padres volvieran. De todas formas, ella sabía que yo ya era suficientemente mayor como para no necesitar canguros.

Así que esperé hasta que el coche patrulla se fue y me acerqué a la casa de al lado. Eran casi las nueve menos cuarto.

Se encontraban sentados en el cuarto de estar y en el comedor. Todos ellos. Estaban en silencio y nadie se movía, y me dio la sensación de que llevaban así un buen rato.

Todos miraban a Meg. Incluso Susan.

Tenía una sensación de lo más extraña.

Más tarde, durante los 60, me di cuenta de lo que era. Al abrir una carta del sistema del servicio selectivo y leer que mi estatus había cambiado a 1A.

Era una sensación de superación.

Como si las apuestas estuvieran ahora más altas.

Me quedé en la puerta. Fue Ruth quien me dio la bienvenida.

—Hola, David —me dijo quedamente—. Siéntate. Únete a nosotros —y, entonces, suspiró—. Que alguien me traiga una cerveza.

Willie se levantó en el comedor y fue hasta la cocina, cogió una cerveza para ella y otra para sí mismo, las abrió y le entregó una a su madre. Y se volvió a sentar.

Ruth encendió un cigarrillo.

Miré a Meg, sentada en una silla plegable frente al apagado ojo gris de la tele. Parecía asustada, pero decidida. Me acordé de Gary Cooper saliendo a la silenciosa calle al final de *Solo ante el peligro*.

—Bueno —dijo Ruth—. Bueno.

Le dio un sorbo a la cerveza y una calada al cigarrillo.

Ladrador se removió en el sofá.

Casi me doy la vuelta y me voy.

Y entonces Donny se levantó en el comedor. Se acercó a Meg. Se quedó allí, de pie, delante de ella.

—Has traído a un poli para que vaya a por mi madre —le dijo—. A por mi madre.

Meg le miró. Su cara se había relajado un poco. Al fin y al cabo, era Donny. El reacio Donny.

—Lo siento —se disculpó—. Solo quería asegurarme de que no...

La mano de Donny salió disparada y la abofeteó en la cara.

—¡Calla! ¡Cállate!

Su mano seguía delante de ella, dispuesta, temblando.

Daba la impresión de que eso era todo lo que podía hacer para no volver a pegarle, y esta vez mucho más fuerte.

Ella lo miró, angustiada.

—Siéntate —ordenó Ruth con suavidad.

Él no pareció oírla.

—¡Siéntate!

Donny se obligó a alejarse. Su cara tenía una expresión casi militar. Volvió a entrar en el comedor.

Y todo volvió a quedarse en silencio.

Finalmente, Ruth se inclinó hacia delante.

—Lo que quiero saber, Meggy, es en qué pensabas. ¿Qué se te pasó por la cabeza?

Meg no contestó.

Ruth empezó a toser. Con esa tos profunda y áspera que tenía. Y luego recuperó el control.

—Quiero decir, ¿creías que os iban a llevar a otro sitio o algo parecido? ¿A Susan y a ti? ¿Sacaros de aquí?

»Pues bien, os aseguro que eso no va a pasar. No os van a llevar a ninguna parte, chiquilla. Porque no le importa. Si le importara, lo habría hecho allí mismo, cuando los fuegos artificiales, y no lo hizo, ¿verdad?

»Así que, ¿qué te queda? ¿En qué pensabas?

»¿Creías que le iba a tener miedo?

Meg solo se quedó allí, con los brazos cruzados y una mirada de determinación en los ojos.

Ruth sonrió y le dio un sorbo a su cerveza.

Y, a su manera, ella también parecía llena de determinación.

—El problema está —dijo— en lo que vamos a hacer ahora. Ni este ni ningún otro hombre me asusta, Meggy. Si no lo sabías antes, espero que ahora sí lo entiendas, en serio. Pero tampoco puedo tenerte corriendo hacia los polis cada diez o veinte minutos. Así que la cuestión es, ¿qué hacemos ahora?

»Te enviaría a cualquier sitio si hubiera algún lugar al que llevarte. Créeme, lo haría. Que me cuelguen si necesito que una estúpida putita arruine mi reputación. Y Dios sabe que no me pagan lo suficiente como para que me moleste en corregirte. ¡Coño, con lo que me pagan, es un milagro que llegue a poder darte de comer!

Suspiró.

—Creo que tengo que pensar en esto —anunció. Se levantó y fue a la cocina. Abrió la nevera.

—Vete a tu habitación. Tú también, Susie. Y quedaos allí.

Cogió una cerveza y se echó a reír.

—Antes de que a Donny se le ocurra volver a abofetearte.

Abrió la lata de Budweiser.

Meg cogió a su hermana por el brazo y la condujo hacia el dormitorio.

—Tú también, David —me dijo Ruth—. Será mejor que te vayas a casa. Lo siento, pero ahora tengo mucho en que pensar.

—Vale.

—¿Quieres una Coca u otra cosa para el camino?

Sonreí. Para el camino. Si era la casa de al lado.

—No, da igual.

—¿Quieres que te pase una cerveza?

Tenía un brillo malicioso en los ojos. La tensión desapareció. Me relajé.

—Eso estaría bien.

Me lanzó una. La cogí.

—Gracias —le dije.

—No hace falta que lo digas —me dijo, y, esta vez, todos nos reímos, porque «no hace falta que lo digas» era un código entre nosotros.

Era lo que siempre nos decía a los niños cuando nos dejaba hacer algo que nuestros padres no querían que hiciéramos o no nos dejaban hacer en casa. No hace falta que lo digas.

—No lo haré —le aseguré.

Me escondí la lata bajo la camisa y salí.

Cuando volví a casa, Linda estaba hecha un ovillo frente a la tele viendo a Ed Byrnes en los créditos iniciales de *77 Sunset Strip*. Parecía algo amargada. Supuse que Steve no iba a venir esa noche.

—Buenas noches —le dije, y subí a mi cuarto.

Me bebí la cerveza y pensé en Meg. Me pregunté si debía tratar de ayudarla de alguna forma. Me encontraba dividido. Meg me seguía atrayendo y me gustaba, pero Ruth y Donny llevaban mucho más tiempo siendo amigos míos. Me pregunté si realmente necesitaba ayuda. Después de todo, a los niños se les pegaba. A los niños se les zurraba todo el tiempo. Me pregunté adónde nos llevaría todo esto.

«Qué vamos a hacer ahora», había dicho Ruth.

Miré la acuarela de Meg en mi pared y empecé también a preguntármelo.

23

Lo que Ruth decidió fue que, de aquel momento en adelante, Meg no podría dejar nunca la casa sola. Irían con ella la propia Ruth, Donny o Willie. En la mayoría de las ocasiones, no podría salir. Por lo que nunca tuve la oportunidad de preguntarle lo que quería que hiciera, si es que quería que hiciera algo, con lo que no tenía que preocuparme si decidía hacerlo o no hacerlo.

No estaba en mis manos. O eso pensé.

Era un alivio.

Si sentí que perdía algo (la confianza de Meg, o incluso su compañía), no fui nunca demasiado consciente de ello. Sabía que las cosas se habían vuelto un poco raras en la casa de al lado, y creo que estaba buscando distanciarme de ello por un tiempo, para resolver mis propios asuntos.

Así que, durante los siguientes días, vi a los Chandler menos de lo que acostumbraba, y eso también fue un alivio. Estuve por ahí con Tony y Kenny, y Denise, y Cheryl, e incluso con Eddie de vez en cuando, cuando me parecía seguro.

La calle bullía con las noticias de lo que había sucedido. Más tarde o más temprano, todas las conversaciones giraban hacia los Chandler. Lo que lo hacía tan increíble era que Meg había involucrado a la policía. Eso era una revolución, lo único que no podíamos aceptar. ¿Te puedes imaginar entregando a un adulto (especialmente a un adulto que bien podría haber sido tu madre) a la poli? Era prácticamente impensable.

Y, aun así, rebosaba potencial. Especialmente se notaba que Eddie estaba rumiando la idea. Soñando despierto sobre su padre, creo. Un Eddie pensativo era otra cosa a la que no estábamos acostumbrados. Lo que se sumaba a la extrañeza.

Pero, dejando al margen el asunto de los polis, todos sabían (incluido yo) que, por aquí se castigaba demasiado a la gente sin razón aparente, aunque eso no era nada nuevo, exceptuando el hecho de que había pasado en casa de los Chandler, a la que todos considerábamos un refugio seguro. Eso, y que Willie y Donny participaban en ello. Pero incluso eso no nos parecía demasiado raro.

Teníamos el juego como precedente.

No, principalmente era por los polis. Y fue Eddie quien, tras un tiempo, dijo la última palabra.

—Bueno, eso no la ha librado de la mierda, ¿verdad? —dijo. Eddie el reflexivo.

Pero era verdad. Y, curiosamente, en el transcurso de la semana nuestros sentimientos se fueron volcando hacia Meg precisamente por ello. Desde la admiración por el atrevimiento del «todo o nada» del acto, por la sola idea de desafiar la voluntad de Ruth de una forma tan completa y pública, terminamos sintiendo algo de pena por ella. De todas formas, ¿cómo pudo ser tan tonta como para creer que un poli iba a ponerse del lado de un niño contra un adulto? ¿Cómo pudo no darse cuenta de que solo iba a empeorar las cosas? ¿Cómo pudo ser tan ingenua, tan confiada, tan estúpidamente patriota?

«La policía es tu amiga». Y una mierda. Ninguno de nosotros lo habría hecho. No éramos tan tontos.

En realidad, casi podías enfadarte con ella. Era como si, al fallar con el señor Jennings, nos hubiera arrojado a la cara el poco poder que realmente teníamos los niños. El ser «solo un niño» alcanzaba ahora un significado más profundo, de ominosa amenaza, que quizá conocíamos durante todo este tiempo, pero en el que nunca antes habíamos tenido que pensar. Joder, podían ahogarnos en un río si querían. Solo éramos niños. Éramos una propiedad. Pertenecíamos a nuestros padres, en cuerpo y alma. Eso significaba que estábamos condenados ante cualquier peligro que viniera del mundo de los adultos, lo que equivalía a la desesperanza, la humillación y la rabia.

Era como si al fallarse a sí misma, Meg también nos hubiera fallado a nosotros.

Así que dirigimos nuestra rabia hacia otra parte. Hacia Meg.

Yo también lo hice. En ese par de días, tuve un lento y radical cambio de ideas. Dejé de preocuparme. Le di a Meg totalmente la espalda.

Que le den, pensé. A ver adónde nos lleva todo esto.

24

A donde nos llevó fue al sótano.

25

El día en el que finalmente fui y llamé a la puerta, nadie contestó, pero allí parado, en la puerta, me di cuenta de dos cosas. Una fue que Susan estaba llorando en su habitación, tan alto que podía oírse a través de la ventana. La otra sucedía abajo. Una pelea. Muebles que se deslizaban por el suelo. Voces apagadas. Gruñidos, gemidos. El rancio olor a peligro flotaba en el aire.

Tal y como se decía, todo se había ido al garete.

Es realmente sorprendente las ganas que tenía yo de bajar.

Bajé las escaleras de dos en dos y doblé la esquina. Sabía dónde estaban.

Ruth estaba en la puerta del refugio, observando. Sonrió y se hizo a un lado para dejarme pasar.

—Ha tratado de escapar —me contó—. Pero Willie la detuvo.

Y ahora sí que la estaban deteniendo, Willie, Donny y Ladrador, todos juntos, sujetándola como si fuera una muñeca contra la pared de cemento, mientras la golpeaban por turnos en el estómago. Ella ya había pasado hacía tiempo el punto de protestar. Lo único que se oía era el *whoosh* que hacía al soltar el aliento al golpearla Donny y meterle sus brazos fuertemente apretados en el estómago. Su boca tenía una mueca de amargura. Sus ojos brillaban con férrea determinación.

Y por un momento, volvió a ser la heroína. Luchando a pesar de tenerlo todo en contra.

Pero fue solo por un momento. Porque, de pronto, me di otra vez cuenta de que todo lo que ella podía hacer era encajarlo, indefensa. Y perder.

Y recuerdo haber pensado *al menos no soy yo*.

Y por un momento, al pensarlo, tuve realmente poder.

Desde entonces me he estado preguntando *¿cuándo pasó?, ¿cuándo me*

corrompí?, y sigo pensándolo en el día de hoy.

Esa sensación de poder.

No se me ocurrió pensar que solo era un poder que Ruth me daba, y, posiblemente, solo de forma temporal. En ese momento, era suficientemente real. Mientras miraba, la distancia que nos separaba a Meg y a mí se hizo repentinamente enorme, infranqueable. No es que hubiesen desaparecido mis simpatías por ella. Pero, por primera vez, la vi esencialmente distinta de mí. Ella era vulnerable. Yo no. Mi posición allí era privilegiada. La suya era lo más baja posible. Puede que fuera inevitable. Recordé que me había preguntado por qué la odiaban, y yo no la creí entonces, no tuve ninguna respuesta que ofrecerle. ¿Me había perdido algo? ¿Tenía ella algún defecto que yo no había visto y que había provocado todo esto? Por primera vez, creí que separar a Meg de nosotros podía estar justificado.

Quería pensar que estaba justificado.

Ahora lo digo profundamente avergonzado.

Porque ahora me da la impresión de que gran parte de todo esto era estrictamente personal, parte de la naturaleza del mundo tal y como yo lo veía. He tratado de pensar que todo fue culpa de la guerra existente entre mis padres, de la fría calma que desarrollé al estar siempre en el centro de sus huracanes. Pero, en realidad, ya no creo eso. Dudo que lo creyera totalmente alguna vez. Mis padres me querían, mucho más de lo que yo merecía en realidad, totalmente al margen de lo que sentían el uno por el otro. Y yo lo sabía. Para casi todo el mundo, ese simple hecho hubiese sido suficiente para eliminar cualquier atractivo que aquella situación hubiera podido tener.

No. La verdad es que fui yo. Que había estado esperando todo ese tiempo para que pasara aquello o algo parecido. Fue como si un oscuro ser elemental se encontrara a mi espalda, alimentándose a través de mí, liberándose y convirtiéndose en mí, un salvaje y oscuro viento propio surgiendo en aquel bonito y brillante día soleado.

Y me pregunté, *¿a quién odio? ¿A quién y a qué temo?*

En el sótano, con Ruth, comencé a aprender que la furia, el odio, el miedo y la soledad no son sino un único botón que espera el toque de un único dedo para surgir radiantes en busca de destrucción.

Y lo aprendí porque tenían el sabor de la victoria.

Vi cómo Willie retrocedía. Por una vez, no parecía torpe. Su hombro la golpeó de lleno en el estómago, y la levantó del suelo.

Supongo que su única esperanza consistía en que uno de ellos fallara y se estampase la cabeza contra la pared. Pero ninguno iba a hacerlo. Estaba empezando a cansarse. No había sitio en el que maniobrar, ningún sitio al que ir. Nada que hacer excepto seguir recibiendo hasta caerse. Y eso pasaría pronto.

Ladrador consiguió pegar un buen golpe. Ella tuvo que doblar las rodillas para no recibirlo en la entrepierna.

—¡Llora, maldita! —chilló Willie. Estaba jadeando, como los demás. Se giró hacia mí—. No va a llorar —me dijo.

—No le importa —añadió Ladrador.

—Llorará —afirmó Willie—. La obligaré.

—Tiene demasiado orgullo —dijo Ruth a mis espaldas—. El orgullo precede a la caída. Debéis recordarlo. El orgullo te hace caer.

Donny la golpeó con la cabeza.

Su juego era el fútbol americano. Ella se golpeó la cabeza contra la pared. Se le abrieron los brazos. Se le pusieron los ojos vidriosos.

Se deslizó unos centímetros pared abajo.

Y entonces se detuvo y se quedó allí.

Ruth suspiró.

—Ya es suficiente por ahora, chicos —declaró—. No vais a hacerla llorar. Esta vez no.

La cogió del brazo y tiró de ella.

—Vamos.

Era evidente que aún no habían acabado. Pero Ruth parecía aburrida y con ganas de terminar.

Entonces, Willie murmuró algo sobre putas estúpidas y, uno por uno, desfilaron a nuestro lado.

Fui el último en salir. Era difícil apartar la mirada.

Que aquello pudiera pasar...

La observé mientras resbalaba por la pared hasta desplomarse en el frío suelo de cemento.

Ni siquiera estoy seguro de que llegase a darse cuenta de que yo estaba allí.

—Vámonos —me dijo Ruth.

Cerró la puerta de metal a mis espaldas y echó la llave.

Dejaron a Meg allí, en la oscuridad. Tras la puerta, en un almacén de carne. Subimos y cogimos unas Cocas. Ruth sacó queso cheddar y galletitas. Nos sentamos alrededor de la mesa del comedor.

Aún podía oír a Susan llorando en su cuarto, aunque ahora más débilmente. Y entonces Willie se levantó y encendió la tele, y empezó *Verdad o Consecuencias* y ya no se la pudo oír.

Lo vimos durante un rato.

Ruth tenía delante, en la mesa, una revista femenina abierta. Fumaba un Tareyton, mientras hojeaba la revista y bebía de su botella de Coca-Cola.

Llegó a una foto (un anuncio de pintalabios) y se detuvo.

—No soporto verla —nos confesó—. La mujer es de lo más vulgar. ¿Lo veis?

Nos mostró la revista.

Willie la miró, se encogió de hombros y mordisqueó una galletita. Pero yo creía que aquella mujer era bonita. Más o menos de la edad de Ruth, puede que un poco más joven, pero bonita.

Ruth sacudió la cabeza.

—La veo por todas partes —nos dijo—. Lo juro. Por todas partes. Se llama Suzy Parker. Una gran modelo. Y, simplemente, no veo por qué. Una pelirroja. Puede que sea eso. A los hombres les gustan las pelirrojas. Pero, qué demonios, Meg también tiene el pelo rojo. Y el pelo de Meg es mucho más bonito que este, ¿no creéis?

Volví a mirar la foto. Estuve de acuerdo con ella.

—Realmente, no lo pillo —repitió, frunciendo el ceño—. Meg es, sin lugar a dudas, mucho más bonita que esta. Muchísimo más bonita.

—Claro que lo es —dijo Donny.

—El mundo está loco —afirmó Ruth—. Realmente, no tiene ningún sentido.

Cortó un poco de queso y lo puso sobre una galletita.

26

—Pídele a tu madre que te deje dormir esta noche en mi casa —me dijo Donny—. Hay algo que quiero contarte.

Estábamos en el puente de Maple, tirando piedras al agua. El arroyo fluía limpio y lentamente.

—¿Y por qué no me lo dices ahora?

—Por nada en especial.

Pero no me dijo lo que pensaba.

No sé por qué me resistía a la idea de dormir en su casa. Puede que porque sabía que así, de algún modo, me involucraba más en sus asuntos. O puede que, simplemente, sabía lo que iba a decir mi madre; ahora había niñas en casa de los Chandler, y el que estuviese allí ya no le parecía correcto.

Si ella supiera, pensé.

—Willie también quiere hablar contigo —me confesó.

—¿Willie?

—Sí.

Me reí. Willie tenía algo en la cabeza que merecía la pena decir.

En realidad, era intrigante.

—Bien, pues, en ese caso, no tengo más remedio que ir, ¿verdad? —dije.

Donny también se rio, y consiguió que una de las grandes diera tres saltos a través de los rayos del sol.

A mi madre no le hizo gracia.

—No me parece bien —me dijo.

—Mamá, he ido a dormir allí siempre.

—No, últimamente no lo has hecho.

—¿Quieres decir desde que llegaron Meg y Susan?

—Exacto.

—Mira. No pasa nada. Es igual que antes. Los chicos están en las literas y Meg y Susan en el cuarto de Ruth.

—En el cuarto de la señora Chandler.

—Vale. En el cuarto de la señora Chandler.

—¿Y dónde duerme la señora Chandler?

—En el sofá. El que está en el cuarto de estar. ¿Cuál es el problema?

—Ya sabes cuál es el problema.

—No, no lo sé.

—Sí, lo sabes.

—No, no lo sé.

—¿Qué? —preguntó mi padre, al mismo tiempo que entraba en la cocina desde el cuarto de estar—. ¿Cuál es ese gran problema?

—Quiere volver a dormir allí —le dijo mi madre. Estaba pelando judías verdes en un cuenco.

—¿Dónde? ¿Allí?

—Sí.

—Pues déjalo —se sentó ante la mesa de la cocina y abrió el periódico.

—Robert, ahora hay dos niñas allí.

—¿Y qué?

Ella suspiró.

—Por favor —pidió—. Por favor, Robert, no seas tan obtuso.

—Obtuso, y una mierda —replicó mi padre—. Déjalo. ¿Hay café?

—Sí —dijo ella. Volvió a suspirar y se secó las manos en el delantal.

Me levanté, llegué a la cafetera antes que ella, y encendí el fuego. Me miró y volvió a las judías.

—Gracias, papá —le dije.

—Yo no he dicho que puedas ir —me señaló mi madre.

Sonreí.

—Tampoco has dicho que no pueda.

Miró a mi padre y sacudió la cabeza.

—Maldita sea, Robert —dijo.

—Vale —contestó mi padre. Y se puso a leer el periódico.

28

—Le hemos contado lo del juego —dijo Donny.

—¿A quién?

—A Ruth. Mi madre. ¿A quién si no, cerebro de mosquito?

Donny se encontraba solo en la cocina cuando yo llegué, preparándose un sándwich de mantequilla de cacahuete que, supuse, sería su cena para esta noche.

En la basura había pegotes de mantequilla de cacahuete y de mermelada de uva, entre migas de pan. Solo por diversión, conté los cubiertos del cajón. Seguía habiendo solo cinco.

—¿Se lo habéis contado?

Él asintió.

—Lo hizo Ladrador.

Le dio un mordisco al sándwich y se sentó en la mesa del comedor. Yo me senté enfrente. La mesa tenía una quemadura de cigarrillo de medio centímetro que yo no había visto antes.

—Jesús. ¿Y qué dijo?

—Nada. Eso es lo raro. Fue como si ya lo supiera, ¿sabes?

—¿Como si ya lo supiera? ¿Supiera el qué?

—Todo. Como si no hubiera de qué preocuparse. Como si ya se hubiera imaginado lo que hacíamos. Como si lo hicieran todos los niños.

—Me estás tomando el pelo.

—No. Lo juro.

—Y una mierda.

—Como te digo. Todo lo que quiso saber fue quién estaba con nosotros, así que se lo dije.

—¿Se lo dijiste? ¿Yo? ¿Eddie? ¿Todos?

—Como ya te he dicho, no le importó. Eh. ¿Te importaría no ponerte histérico por esto, Davy? No le importó.

—¿Denise? ¿También le contaste lo de Denise?

—Sí. Todo.

—¿Le dijiste que estaba desnuda?

No podía creerlo. Siempre había pensado que Willie era el estúpido. Lo miré mientras se comía el sándwich. Me sonrió y sacudió la cabeza.

—Ya te lo he dicho. No tienes nada de que preocuparte —me tranquilizó.

—Donny.

—En serio.

—Donny.

—Sí, Davy.

—¿Te has vuelto loco?

—No, Davy.

—¿Te has dado cuenta, aunque sea por un maldito segundo, lo que podría pasarme si...?

—Por amor de Dios, no va a pasarte nada. ¿Quieres dejar de portarte como un maldito llorica? Es mi madre, por amor de Dios. ¿Lo recuerdas?

—Oh, eso hace que me sienta mejor. Tu madre sabe que nos dedicamos a atar niñitas desnudas a los árboles. Genial.

Suspiró.

—David, si hubiese sabido que te ibas a comportar como un maldito imbécil al enterarte, no te lo habría contado.

—¿Yo soy el imbécil?

—Sí. —Ya se había cabreado. Se metió en la boca la última porción pegajosa de su sándwich. Se levantó.

—Mira, bobo. ¿Qué crees que está pasando ahora mismo en el refugio?
¿En este mismo momento?

Le miré. ¿Cómo iba a saberlo? ¿A quién le importaba?

Y, de pronto, me di cuenta. Meg estaba allí.

—No —le dije.

—Sí —dijo él. Se acercó a la nevera en busca de una Coca.

—Y una mierda.

Él se rio.

—¿Quieres dejar de decir eso? Vale, no me creas. Ve a echar un vistazo.
Joder, si yo solo he subido por un sándwich.

Bajé corriendo. Pude oír cómo se reía a mis espaldas.

Fuera empezaba a anochecer, por lo que habían encendido las luces del sótano, unas bombillas al aire sobre la lavadora-secadora, bajo las escaleras y sobre la caldera, en la esquina.

Willie estaba de pie detrás de Ruth, delante de la puerta del refugio.

Los dos tenían linternas en la mano.

Ruth encendió la suya y la dirigió hacia mí como si fuera un poli en un retén.

—Davy está aquí —anunció.

Willie me echó un vistazo. A quién coño le importa.

Tenía la boca abierta. La sentí seca. Me humedecí los labios. Saludé a Ruth con la cabeza y miré al otro lado de la esquina desde la entrada.

Y, al principio, fue difícil de captar; quizá porque estaba fuera de contexto, y puede que porque se trataba de Meg, y, definitivamente, porque Ruth estaba allí. Parecía un sueño, o como si fuera algún juego de Halloween, cuando todo el mundo se disfraza y no puedes reconocer a nadie a pesar de que sabes perfectamente quiénes son. Y, entonces, Donny bajó las escaleras y me dio una palmada en el hombro. Me ofreció la Coca.

—¿Ves? —me dijo—. Te lo dije.

Lo vi.

Habían colgado garfios de diez peniques y los habían puesto en las vigas que Willie Sr. había colocado por todo el techo; dos garfios, separados por unos tres pies.

Habían cortado dos tiras de tela, con las que ataron las muñecas de Meg, y pasaron una de las tiras por cada garfio y las bajaron hasta las patas de la mesa de trabajo, y luego las habían atado allí abajo en lugar de arriba, en los garfios, para así poder ajustarías, ponerlas más tirantes, tirando de ellas y volviéndolas a atar más fuerte.

Meg se encontraba de pie sobre una pila de libros: tres gruesos volúmenes rojos de la *World Book Encyclopedia*.

La habían amordazado y le habían tapado los ojos.

Estaba descalza. Sus pantalones cortos y su blusa de manga corta estaban sucios. En el espacio que quedaba entre ambos, al encontrarse tan estirada, se le veía la tripa.

Meg tenía el ombligo hacia dentro.

Ladrador iba de un lado para otro iluminando todo su cuerpo con el haz de luz de su linterna.

Tenía una herida en el pómulo izquierdo.

Susan estaba sentada sobre una caja de verduras enlatadas, observando. Usaba un lazo azul como diadema para recogerse el pelo.

Pude ver que, en la esquina, había una pila de sábanas y un colchón de aire. Me di cuenta de que Meg había estado durmiendo allí. Me pregunté desde cuándo.

—Ya estamos todos —anunció Ruth.

Una pálida luz ámbar iluminaba el resto del sótano, pero allí la iluminación la aportaba sobre todo el haz de luz de Ladrador, y las sombras se movían erráticamente cuando él lo hacía, provocando que las cosas parecieran extrañas, fluidas y fantasmales. Daba la impresión de que el alambre de la única y alta ventana avanzaba y retrocedía sutilmente unos pocos centímetros. Los dos postes de madera de cuatro por cuatro que sostenían el techo se deslizaban por la habitación en ángulos extraños. El hacha, el pico, la palanqueta y la pala que se encontraban en la esquina opuesta a la cama de Meg parecían cambiar de posición los unos con los otros, creciendo y

encogiéndose ante tus ojos, cambiando de forma.

El caído extintor rodaba por el suelo.

Pero era la sombra de Meg la que dominaba la habitación, la cabeza hacia atrás, los brazos muy abiertos, temblando. Era una imagen sacada directamente de todos nuestros cómics de terror; de *El gato negro*, con Lugosi y Karloff; de *Monstruos famosos del mundo del cine*, de todas las novelas históricas baratas que se habían escrito sobre la Inquisición. Muchas de las cuales me imagino que coleccionábamos.

Era fácil imaginarse la luz de las antorchas, instrumentos extraños y procesiones, braseros llenos de carbones ardientes.

Me recorrió un escalofrío. No por el frío, sino por el potencial.

—El juego consiste en que nos lo tiene que contar —explicó Ladrador.

—Vale. ¿Contarnos el qué? —preguntó Ruth.

—Cualquier cosa. Algo secreto.

Ruth asintió, sonriendo.

—Suenan bien. Solo que, ¿cómo va a hacerlo, con la mordaza?

—No queremos que nos lo diga desde el principio, mamá —dijo Willie—. De todas formas, siempre sabes cuándo lo van a hacer.

—¿Estás seguro? ¿Quieres decirnos algo, Meggy? —le preguntó Ruth.

—¿Estás lista?

—No lo está —insistió Ladrador. Pero no tenía que haberse preocupado. Meg no dijo ni pío.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ruth.

Willie se incorporó desde la puerta en la que había estado reclinado y entró en la habitación.

—Ahora quitamos un libro —afirmó.

Se inclinó, sacó el de en medio y dio un paso atrás.

Las cuerdas estaban ahora más tirantes.

Tanto Willie como Ladrador tenían sus linternas encendidas. La de Ruth seguía en su costado, apagada.

Pude ver un enrojecimiento en las muñecas de Meg debido a la presión de las cuerdas. Su espalda se arqueaba ligeramente. La camisa de manga corta se le subió más aún. Solo era capaz de permanecer de pie con los pies firmemente asentados en los dos libros que quedaban, y ya empezaba a notarse la tensión en sus muslos y pantorrillas. Se puso un momento de puntillas para liberar la presión de sus muñecas y volvió a apoyar los pies.

Willie apagó su linterna. Así daba más miedo.

Meg quedó allí colgada, balanceándose ligeramente.

—Confiesa —le dijo Ladrador. Y se echó a reír—. No. No lo hagas —añadió.

—Quita otro libro —sugirió Donny.

Miré a Susan para ver cómo estaba aceptando todo esto. Seguía sentada con las manos en la falda de su vestido, con una cara muy seria, y miraba fijamente a Meg, pero no había forma de interpretar lo que estaba pensando o sintiendo.

Willie se agachó y quitó el libro.

Ella ya estaba casi de puntillas.

Seguía sin decir ni pío.

Tenía los músculos de las piernas muy marcados contra la piel.

—Veamos cuánto aguanta así —sugirió Donny—. Dentro de un rato le va a doler.

—No —protestó Ladrador—. Aún es demasiado fácil. Qitemos el último. Que tenga que ponerse de puntillas.

—Quiero mirarla durante un rato. Ver qué pasa.

Pero el caso es que no pasaba nada. Meg parecía decidida a superar aquello. Y era fuerte.

—¿No queréis darle una oportunidad para que confiese? ¿No era esa la idea? —preguntó Ruth.

—No —contestó Ladrador—. Aún es demasiado pronto. Vamos. Esto no me gusta. Quita el otro libro, Will.

Willie lo hizo. Y, entonces, Meg hizo algún tipo de sonido tras la mordaza,

solo una vez, una especie de pequeño gemido ahogado, como si, de repente, le resultase más difícil respirar. Se le subió la blusa justo hasta debajo de sus pechos y pude ver cómo la tripa le subía y le bajaba contra las costillas siguiendo un laborioso ritmo irregular. Se le fue un momento la cabeza hacia atrás, y luego volvió a irse hacia delante.

Su equilibrio era precario. Empezó a tambalearse.

Se le enrojeció la cara. Sus músculos temblaban por la tensión.

La observamos en silencio.

Era preciosa.

A medida que se incrementaba la tensión, empezó a emitir esos sonidos guturales que acompañaban a su respiración con mayor frecuencia. No podía evitarlo. Sus piernas empezaron a temblar. Primero las pantorrillas, después los muslos.

Se formó una fina película de sudor sobre sus costillas, brillante sobre sus caderas.

—Deberíamos desnudarla —sugirió Donny.

Las palabras flotaron por un instante, suspendidas en el aire igual que Meg, y con un equilibrio igual de precario.

De repente, era yo el que se sentía mareado.

—Sí —convino Ladrador.

Meg lo había oído. Negó con la cabeza. Allí había indignación, rabia y miedo. Tras la mordaza, nos llegaron sonidos. «No. No. No».

—Cierra el pico —dijo Willie.

Ella trató de saltar, tirando de las cuerdas, de quitárselas con las uñas, retorciéndolas. Pero todo lo que consiguió fue hacerse daño, hiriéndose las muñecas.

No parecía que le importara. No iba a dejar que ocurriera.

Siguió intentándolo.

«No. No».

Willie se le acercó y la golpeó en la cabeza con el libro.

Ella cayó hacia atrás, atontada.

Miré a Susan. Seguía teniendo las manos juntas en el regazo, pero ahora tenía los nudillos blancos. Miraba directamente a su hermana, no a nosotros. Se mordía con fuerza el labio inferior.

No pude mirarla.

Me aclaré la garganta y me salió algo parecido a una voz.

—Oíd, eh..., chicos... escuchad, no creo que...

Ladrador se me enfrentó.

—¡Tenemos permiso! —chilló—. ¡Lo tenemos! ¡Quitémosle la ropa! ¡Desnudémosla!

Miramos a Ruth.

Se encontraba apoyada en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el estómago.

Parecía algo tensa, como si estuviese enfadada, o pensando en algo difícil. Tenía los labios fuertemente apretados, formando una característica y fina línea recta.

No dejaba de mirar a Meg.

Y, por fin, se encogió de hombros.

—Es el juego, ¿no?

En comparación con el resto de la casa, e incluso con el sótano, allí hacía frío, pero, de pronto, fue como si dejara de hacerlo. En su lugar, en la habitación surgió una cercanía creciente, la sensación de que las cosas se iban llenando de una cercanía cada vez mayor, de un calor eléctrico que, lentamente, parecía emanar de cada uno de nosotros, llenando y cargando el ambiente, rodeándonos, aislándonos, y, a la vez, de alguna forma, uniéndonos también a todos. Podías verlo en la forma en la que Willie se inclinaba hacia delante, con el *World Book* en las manos. En la forma en la que Ladrador se acercó más, el haz de luz de su linterna menos errático ahora, en el mismo lugar, bañando la cara de Meg, sus piernas, su estómago. Pude sentirlo en Donny y Ruth a mi lado, fluyendo en mí, sobre mí y a través de mí como un dulce veneno, un silencioso conocimiento compartido.

Íbamos a hacerlo. Íbamos a hacerlo.

Ruth encendió un cigarrillo y tiró la colilla al suelo.

—Adelante —nos animó.

El humo de su cigarrillo llenó el refugio.

—¿Quién va a hacerlo? —preguntó Ladrador.

—Yo —afirmó Donny.

Pasó a mi lado. Tanto Ladrador como Willie le iluminaban ahora con sus linternas. Pude ver que Donny rebuscaba en su bolsillo y sacaba la navaja que siempre llevaba consigo. Se volvió hacia Ruth.

—¿Te importa la ropa, mamá? —le preguntó.

Ella le miró.

—No tengo que hacerles nada a los pantalones —continuó diciendo—. Pero...

Tenía razón. La única forma en la que podía quitarle la blusa era arrancándosela o cortándola.

—No —respondió Ruth—. No me importa.

—Vamos a ver qué tiene —dijo Willie.

Ladrador se rio.

Donny se aproximó a Meg, desnudando la hoja.

—No intentes nada —le advirtió—. No quiero hacerte daño. Pero si intentas algo tendremos que volver a pegarte. ¿Ves? Es estúpido.

Le desabrochó la blusa con cuidado, separándosela del cuerpo como si se avergonzara de tocarla. Se había ruborizado. Sus dedos se movían con torpeza. Temblaba.

Ella empezó a debatirse, pero entonces, creo, se lo pensó mejor.

Desabrochada, la blusa colgaba de su cuerpo, informe. Pude ver que llevaba debajo un sujetador blanco de algodón. Por algún motivo, eso me sorprendió. Ruth nunca llevaba sujetador. Creo que había asumido que Meg tampoco lo llevaba.

Donny se acercó con la navaja y cortó la manga izquierda hasta el cuello.

Tuvo que serrar las costuras. Pero mantenía la hoja afilada. La blusa cayó detrás de ella.

Meg empezó a llorar.

Él se movió hacia el otro lado y cortó la manga derecha de la misma forma. Y entonces rasgó las costuras, con un rápido sonido de desgarro. Y dio un paso atrás.

—Los pantalones —señaló Willie.

Podías oírla llorar suavemente, tratando de decir algo a través de la mordaza. «No. Por favor».

—No des patadas —advirtió Donny.

Los pantalones tenían la cremallera en el lateral. Los desabrochó y los deslizó hacia abajo por sus caderas, subiendo las delicadas braguitas blancas mientras lo hacía, y luego los dejó caer sobre sus piernas hasta el suelo. Los músculos de las piernas se contrajeron y empezaron a temblar.

Dio un paso atrás, alejándose de ella, y la miró.

Lo hicimos todos.

Supongo que ya habíamos visto a Meg con tan poca ropa. Tenía un bikini. Lo tenían todas aquel año. Incluso las más pequeñas. Y la habíamos visto con él.

Pero esto era distinto. Un sujetador y unas braguitas eran algo privado, y se suponía que solo podían verlo otras chicas, y las únicas chicas de la habitación eran Ruth y Susan. Y Ruth lo permitía. Nos animaba a hacerlo. La idea era demasiado intensa como para pensar en ella demasiado tiempo.

Por otro lado, allí estaba Meg, justo enfrente. Delante de nuestros ojos. Los sentidos ahogaron todo pensamiento, toda consideración.

—¿Vas a confesar, Meggy? —la voz de Ruth era muy suave. Ella dijo que sí con la cabeza. Un sí entusiasta.

—No, no lo hará —dijo Willie—. Ni hablar. —Una película de sudor grasiento le bajó desde el nacimiento del pelo por la frente. Se lo secó.

Todos estábamos sudando. Meg más que nadie. Le brillaban gotas en los sobacos, en el pecho, en la tripa.

—Quítale lo que queda —continuó Willie—. Entonces, puede que le dejemos confesar.

Ladrador soltó una risita.

—Justo después de que le dejemos hacer el *hootchie-koo*.

Donny dio un paso hacia delante. Le cortó el tirante derecho del sujetador, luego el izquierdo. Los pechos de Meg se deslizaron ligeramente hacia fuera, tratando de salirse de las copas.

Pudo haberlo desabrochado por detrás, pero, en vez de eso, se puso delante de ella. Colocó la cuchilla bajo la delgada tira blanca que unía las copas y comenzó a serrar.

Meg sollozaba.

Tenía que dolerle llorar de aquel modo, pues cada vez que su cuerpo se movía las cuerdas tiraban de ella.

La navaja estaba afilada, pero tardó un rato. Y entonces hubo un pequeño *pop* y el sujetador cayó al suelo. Sus pechos quedaron al desnudo.

Eran más blancos que el resto de su piel, pálidos, perfectos y encantadores. Temblaban con sus sollozos. Los pezones eran de un marrón rosado y (para mí) sorprendentemente largos, casi planos en la punta. Pequeñas plataformas de carne. Una forma que nunca antes había visto y que deseé tocar de inmediato.

Me adentré más en la habitación. Ruth quedaba ahora totalmente a mis espaldas.

Pude oír mi propia respiración.

Donny se arrodilló delante de ella y levantó las manos. Por un momento, parecía que la estuviese adorando.

Y entonces sus dedos se cerraron sobre sus braguitas y se las bajaron por las caderas, por sus piernas. Se tomó su tiempo.

Y entonces hubo otra conmoción. El pelo de Meg.

Una pequeña mata de un suave rubio anaranjado en la que brillaban gotas de sudor.

Vi pequeñas pecas en la parte superior de sus muslos.

Vi el pequeño pliegue de carne medio escondido entre sus piernas.

La estudié. Sus pechos. ¿Cómo sería tocarlos?

Su carne me parecía algo inimaginable. El pelo de su entrepierna. Sabía que sería suave. Más suave que el mío. Quería tocarlo. Su cuerpo debía de estar caliente. Temblaba sin control.

Su tripa, sus muslos, su culo firme y pálido.

La marea del sexo se abrió en mí, engordando.

La habitación olía a sexo.

Sentí un peso duro entre mis piernas. Me acerqué más, fascinado. Pasé al lado de Susan. Vi la cara de Ladrador, pálida y exangüe mientras observaba. Vi los ojos de Willie clavados en esa mata de abajo.

Meg había dejado de llorar.

Donny se arrodilló debajo de Meg, mirando hacia arriba.

—Confiesa —la instó.

Ella empezó a sufrir espasmos.

Yo podía oler su sudor.

Ella asintió. Tenía que asentir.

Estaba rindiéndose.

—Suelta las cuerdas —le dijo a Willie.

Willie fue a la mesa y desató las cuerdas, dejó que corriera un trozo de cuerda hasta que ella pudo apoyar los pies en el desnudo suelo de cemento, y entonces volvió a atarlas.

Su cabeza cayó hacia delante con alivio.

Donny se levantó y le quitó la mordaza. Me di cuenta de que era el pañuelo amarillo de Ruth. Ella abrió la boca y él le sacó el trapo hecho un guiñapo que le habían metido dentro. Tiró el trapo al suelo y se metió el pañuelo en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Una de las esquinas quedó colgando. Por un instante, se pareció a un granjero.

—¿Podrías...? Los brazos —pidió ella—. Los hombros... me duele.

—No —replicó Donny—. Ya está. Esto es todo lo que vas a tener.

—Confiesa —dijo Ladrador.

—Dinos cómo juegas contigo misma —dijo Willie—. Seguro que te metes el dedo, ¿no?

—No, que nos hable de la *sifi*. —Ladrador se echó a reír.

—Eso, las purgaciones —dijo Willie, sonriendo.

—Llora —le dijo Ladrador.

—Ya lo he hecho —señaló Meg. Y era evidente que volvía a tener algo de aquella dura actitud desafiante, ahora que ya no le dolía tanto.

Ladrador se limitó a encogerse de hombros.

—Pues vuelve a hacerlo —dijo.

Meg no dijo nada.

Me di cuenta de que sus pezones se habían suavizado, un rosa tierno y brillante, con aspecto sedoso.

¡Dios! Era preciosa.

Fue como si me leyera el pensamiento.

—¿Está David aquí? —preguntó.

Willie y Donny me miraron. No pude contestar.

—Está aquí —respondió Willie.

—David —dijo ella. Pero supongo que no pudo terminar. Aunque no necesitaba hacerlo. Ya lo sabía por la forma en que lo dijo.

No quería que yo estuviera allí.

También sabía por qué. Y saber el porqué me avergonzaba exactamente del mismo modo como ella me había avergonzado antes. Pero no podía irme. Los otros estaban allí. Además, no quería hacerlo. Quería mirar. Necesitaba mirar. La vergüenza se enfrentó al deseo y se retiró.

—¿Y Susan?

—Sí. Ella también —contestó Donny.

—¡Oh, Dios!

—Que le den —interrumpió Ladrador—. ¿A quién le importa Susan?

¿Dónde está la confesión?

Meg habló con una voz muy tranquila y adulta.

—Lo de la confesión es una tontería —afirmó—. No hay confesión.

Eso nos dejó helados.

—Podemos volver a atarte —le advirtió Willie.

—Ya lo sé.

—Podemos azotarte —añadió Ladrador.

Meg sacudió la cabeza.

—Por favor. Dejadme sola, nada más. Dejadme en paz. No hay confesión.

Y el caso es que nadie se esperaba esto.

Por un momento, nos quedamos todos allí, esperando a que alguien dijera algo, algo que pudiera convencerla para jugar al juego tal y como se suponía que debía jugarse. U obligarla. O puede que para que Willie volviera a colgarla tal y como había dicho. Cualquier cosa que hiciera que todo siguiera adelante.

Pero, en esos pocos segundos, algo había desaparecido. Para que volviera, deberíamos empezar otra vez desde el principio. Creo que todos lo sabíamos. Esa sudorosa y fuerte sensación de peligro había desaparecido de repente. Había desaparecido en cuanto ella empezó a hablar.

Esa era la clave.

Al hablar, volvió a ser Meg. No una hermosa víctima desnuda, sino Meg. Una persona con ideas, una voz para expresar sus ideas, y puede que incluso derechos propios.

Quitarle la mordaza fue un error.

Todo esto nos dejó amargados, furiosos y frustrados. Por lo que permanecemos allí.

Fue Ruth quien rompió el silencio.

—Podemos hacerlo —dijo.

—¿Hacer qué? —preguntó Willie.

—Lo que dice. Dejarla sola. Dejar que piense en esto durante un tiempo.

Me parece bien.

Pensamos en ello.

—Sí —dijo Ladrador—. Dejarla sola. En la oscuridad. Allí colgada:

Esa sí que era una forma, pensé, de volver a empezar.

Willie se encogió de hombros.

Donny miró a Meg. Me di cuenta de que no quería irse. La miró fijamente.

Levantó la mano. Lentamente, lleno de dudas, la acercó a sus pechos.

Y, de pronto, fue como si yo formase parte de él. Pude sentir mi propia mano allí, con mis dedos casi tocándola. Casi podía sentir el resbaladizo sudor de su piel.

—Ah-ah —dijo Ruth—. No.

Donny la miró. Y se detuvo. A escasos centímetros de sus pechos.

Tomé aliento.

—No toques a esa chica —dijo Ruth—. No quiero que ninguno de vosotros la toque.

Dejó caer la mano.

—Una chica como ella —nos explicó Ruth—, ni siquiera está limpia. Mantened las manos lejos de ella. ¿Me habéis oído?

La habíamos oído.

—Sí, mamá —contestó Donny.

Ruth se giró para irse. Tiró la colilla al suelo, la aplastó y nos hizo un gesto con la mano.

—Vamos —dijo—. Pero, primero, será mejor que volváis a amordazarla.

Miré a Donny, que miraba el trapo que estaba en el suelo.

—Está sucio —dijo.

—No tan sucio —replicó Ruth—. No quiero que se pase toda la noche chillando. Pónselo.

Y se volvió hacia Meg.

—Quiero que pienses en una cosa, niña —le aconsejó—. Bueno, realmente en dos. Primero, que pudo ser tu hermanita la que estuviese colgando allí, y no tú. Y segundo, que sé algunas de las cosas malas que has hecho. Y tengo interés en oírlas. Por lo que puede que esta confesión no sea un juego de niños después de todo. Puede decírmelo una de vosotras o puede decírmelo la otra. Piensa en ello —concluyó, y se dio la vuelta y se fue.

Oímos cómo subía las escaleras.

Donny la amordazó.

Podía haberla tocado, pero no lo hizo.

Fue como si Ruth siguiera en la habitación, observando. Una presencia que era mucho más que el olor de su cigarrillo que seguía en el aire, pero igual de insustancial. Como si Ruth fuera un fantasma que nos perseguía, a sus hijos y a mí. Que nos perseguiría para siempre si la desafiábamos o la perseguíamos.

Y creo que fue entonces cuando me di cuenta de la afilada cuchilla que se escondía detrás de su permiso.

El espectáculo era de Ruth y solo de Ruth. El juego no existía.

Y, al reconocerlo, fuimos todos, y no solo Meg, los que nos encontramos allí colgados, totalmente desnudos.

29

En la cama, la que nos perseguía era Meg. No pudimos dormirnos.

El tiempo pasaría totalmente en silencio en la cálida oscuridad, y, entonces, alguien diría algo, sobre el aspecto que ella había tenido cuando Willie quitó el último libro, o lo que se sentiría al estar tanto tiempo de pie con las manos atadas sobre la cabeza, si dolería, o lo que se sentía al poder haber visto por fin el cuerpo desnudo de una chica, y hablaríamos de ello hasta que, tiempo después, volveríamos a quedarnos en silencio, rumiando cada uno sus propios pensamientos y sueños.

Pero solo había una cosa en nuestros sueños. Meg. Meg tal y como la dejamos.

Y, al final, tuvimos que volver a verla.

Tan pronto como Donny lo sugirió, vimos los riesgos que tenía. Ruth nos había dicho que la dejáramos sola. La casa era pequeña y el sonido se propagaba con facilidad, y Ruth dormía apenas a una puerta de distancia, en la habitación de Susan (*¿estaría Susan tan despierta como nosotros? ¿pensando en su hermana?*), justo encima del refugio. Si Ruth despertaba y nos pillaba, pasaría lo impensable; podría excluirnos a todos en el futuro.

Ya sabíamos que iba a haber un futuro.

Pero las imágenes que recordábamos eran demasiado intensas. Casi era como si necesitáramos confirmación para poder creer que habíamos estado allí realmente. La desnudez y la accesibilidad de Meg eran como un canto de sirena. Eran absolutamente irresistibles.

Teníamos que arriesgarnos.

La noche era oscura, sin luna.

Donny y yo saltamos de las literas de arriba. Willie y Ladrador se

deslizaron de las de abajo.

La puerta de Ruth estaba cerrada.

Pasamos de puntillas frente a ella. Por una vez, Ladrador resistió las ganas de reír.

Willie cogió una de las linternas de la cocina y Donny abrió con cuidado la puerta del sótano.

Las escaleras chirriaron. No había nada que pudiéramos hacer excepto rezar y esperar que la suerte nos acompañara.

La puerta del refugio también chirrió, pero no tan fuerte. La abrimos y entramos, descalzos en el frío suelo de cemento igual que ella; y allí estaba Meg, exactamente igual a como la recordábamos, como si el tiempo no hubiera pasado en absoluto, exactamente igual a cómo nos la imaginábamos.

Bueno, no del todo.

Sus manos estaban blancas, moteadas de rojo y azul. E incluso a la pálida e irregular luz de la linterna, se veía lo pálido que estaba su cuerpo. Tenía la carne de gallina, con sus pezones marrones erguidos y tirantes.

Nos oyó entrar e hizo un suave sonido ahogado.

—Calla —le susurró Donny.

Ella le obedeció.

La observamos. Era como estar ante algún tipo de altar; o como observar a algún animal exótico y extraño en el zoo. Como las dos cosas a la vez.

Y ahora me pregunto si las cosas no habrían sido diferentes si ella no hubiera sido tan bonita, si su cuerpo no hubiera sido joven, fuerte y saludable, sino feo, gordo y flácido. Puede que no. Puede que hubiera pasado de todas formas. El castigo inevitable para el extraño.

Pero me da la impresión de que fue precisamente porque ella era fuerte y bonita, y nosotros no, por lo que Ruth y el resto de nosotros le hicimos todo esto. Para celebrar una especie de juicio sobre esa belleza, sobre lo que significaba y dejaba de significar para nosotros.

—Seguro que quiere agua —dijo Ladrador.

Ella asintió con la cabeza. «Sí. Oh, sí, por favor».

—Si le damos agua, tendremos que quitarle la mordaza —advirtió Willie.

—¿Y qué? No va a hacer ningún ruido.

Dio un paso hacia delante.

—No vas a hacer ruido, ¿verdad, Meg? No podemos despertar a mamá.

«No». Ella sacudió la cabeza con firmeza, de lado a lado. Se notaba que deseaba muchísimo que le diéramos agua.

—¿Confías en ella? —preguntó Willie.

Donny se encogió de hombros.

—Si hace ruido, también ella tendrá problemas. No es tonta. Así que démosela. ¿Por qué no?

—Yo la cogeré —dijo Ladrador.

Había una pila tras la lavadora-secadora. Ladrador la abrió y pudimos oír cómo corría el agua a nuestras espaldas. Estaba siendo sorprendentemente silencioso.

Y también sorprendentemente amable para ser Ladrador. Willie le quitó la mordaza tal y como había hecho antes y le sacó de la boca el sucio y arrugado trapo. Ella gimió y empezó a mover la mandíbula de un lado a otro.

Ladrador volvió con un viejo frutero de cristal lleno de agua.

—Lo encontré donde las latas de pintura —nos confesó—. No huele demasiado mal.

Donny se lo cogió y lo acercó a los labios de Meg. Ella bebió ávidamente, haciendo ruiditos de placer con la garganta al tragar. Vació el frutero en un abrir y cerrar de ojos.

—Oh, Dios —suspiró—. Oh, Dios. Gracias.

Y eso nos causó un sentimiento extraño. Como si todo hubiera sido perdonado. Como si realmente nos estuviera agradecida.

De algún modo, era sorprendente. Que un solo frutero de agua pudiera tener aquel efecto.

Volví a pensar en lo indefensa que se encontraba.

Y me pregunté si los otros sentían lo que yo estaba sintiendo; esa

abrumadora y casi mareante necesidad de tocarla. De poner mis manos sobre ella. Ver exactamente cómo era al tacto. Pechos, nalgas, muslos. Esa pelambarrera rizada rubio-rojiza entre sus piernas.

Exactamente lo que se suponía que no podíamos hacer.

Eso me hizo sentir como si estuviera a punto de desmayarme. El tira y afloja. Era así de fuerte.

—¿Quieres más? —preguntó Ladrador.

—¿Puedo? ¿Por favor?

Corrió hacia la pila y volvió con el frutero otra vez lleno. Se lo dio a Donny y ella se lo bebió también.

—Gracias. Gracias a todos.

Se humedeció los labios. Los tenía agrietados, secos, partidos en algunas zonas.

—¿Creéis... creéis que podríais...? Las cuerdas... me hacen mucho daño.

Y se notaba que era verdad. A pesar de que sus pies estaban firmemente asentados en el suelo, seguía estando muy tirante.

Willie miró a Donny.

Y, entonces, los dos me miraron.

Me sentí confundido por un instante. ¿Por qué debería importarles lo que yo pensase? Era como si buscaran algo en mí y no estuviesen seguros de que lo fueran a encontrar.

De todas formas, asentí.

—Creo que podríamos hacerlo —dijo Donny—. Un poco. Pero con una condición.

—Lo que sea. ¿El qué?

—Tienes que prometernos que no vas a luchar.

—¿Luchar?

—Tienes que prometernos que no vas a hacer ningún ruido ni nada por el estilo, y tienes que prometernos que no vas a luchar ni vas a decírselo a nadie después. Decírselo a nadie en ningún momento.

—¿Decirles el qué?

—Que te hemos tocado.

Y ahí estaba.

Eso era en lo que todos habíamos estado soñando arriba, en aquella habitación. No debería haberme sorprendido. Pero lo hice. Apenas podía respirar. Me daba la impresión de que todo el mundo en la habitación podía oír los latidos de mi corazón.

—¿Tocarme? —preguntó Meg.

Donny se ruborizó intensamente.

—Ya sabes.

—Oh, Dios mío —dijo ella. Sacudió la cabeza—. Oh, Jesús. Venga ya.

Suspiró. Y se lo pensó por un momento.

—No —contestó.

—No vamos a hacerte daño ni nada por el estilo —insistió Donny—. Solo tocar.

—No.

Como si lo hubiera sopesado y considerado y, sencillamente, no viera claro el hacerlo, pasara lo que pasara, y aquella fuera su última palabra al respecto.

—En serio. No podríamos.

—No. No vais a hacerme eso. Ninguno de vosotros.

Ahora estaba enfadada. Pero también lo estaba Donny.

—Podemos hacértelo de todas formas, gilipollas. ¿Quién va a detenernos?

—Yo.

—¿Cómo?

—Bueno, solo podréis hacérmelo una vez uno de vosotros, malditos, y solo uno de vosotros. Porque no solo me chivaré. Gritaré.

Y no había duda alguna de que quería decir lo que había dicho. Gritaría. No le importaba.

Nos tenía.

—Vale —replicó Donny—. De acuerdo. Pues dejaremos las cuerdas como están. Te volveremos a amordazar, y ya está.

Saltaba a la vista que ella estaba a punto de llorar. Pero no iba a rendirse. No en eso. Su voz estaba llena de amargura.

—De acuerdo —contestó—. Amordazadme. Hacedlo. Marchaos. ¡Salid de aquí!

—Lo haremos.

Le hizo una señal a Willie y este se adelantó con el trapo y la bufanda.

—Ábrela —ordenó.

Por un momento, ella dudó. Y, entonces, abrió la boca. Él le metió el trapo y le ató la bufanda a su alrededor. La ató más fuerte de lo que necesitaba, más fuerte que antes.

—Seguimos teniendo un trato —le advirtió Donny—. Tú has conseguido algo de agua. Pero nosotros nunca hemos estado aquí. ¿Me entiendes?

Ella asintió. Era difícil estar desnudo y colgando así y mantener intacto el orgullo, pero se las arregló para conseguirlo.

Era imposible no admirarla.

—Bien —dijo él. Se giró para irse.

Tuve una idea.

Me estiré, le toqué el brazo cuando pasaba y le detuve.

—¿Donny?

—¿Sí?

—Mira. Aflojémosla un poco. Solo un poco. Todo lo que tenemos que hacer es subir la mesa de trabajo un centímetro o dos. Ruth no se dará cuenta. Es decir, mírala. ¿Quieres que se disloque un hombro o le pase algo? Falta mucho para que amanezca, ¿sabes lo que quiero decir?

Lo dije lo suficientemente alto como para que ella me oyera.

Él se encogió de hombros.

—Le hemos dado una oportunidad. No estaba interesada.

—Ya lo sé —insistí. Y me acerqué y le sonreí, y susurré—. Pero puede que sea agradecida —le dije—. ¿Sabes? Puede que lo recuerde. La próxima vez.

Empujamos la mesa.

En realidad, la levantamos y la empujamos así para no hacer mucho ruido, y entre nosotros tres y Ladrador, no fue tan difícil. Y cuando acabamos, puede que se hubiese aflojado un centímetro, lo suficiente para darle un respiro a sus codos. Era más de lo que había tenido en mucho tiempo.

—Nos vemos —susurré mientras cerraba la puerta.

Y, en la oscuridad, creo que asintió.

Ahora soy un conspirador, pensé. De dos formas. En ambos bandos.

Estaba trabajando en ambos bandos desde el medio.

Qué gran idea.

Estaba orgulloso de mí mismo.

Me sentí inteligente, virtuoso y excitado. La había ayudado. Un día, conseguiría mi recompensa. Un día, lo sabía, ella me dejaría que la tocara. Eso es lo que pasaría. Puede que a los otros no; pero sí a mí.

Me dejaría.

Así que, «nos vemos Meg», susurré.

Como si fuera a agradecermelo.

Había perdido el juicio. Estaba loco.

30

Por la mañana, bajamos, y Ruth la había desatado y le había llevado una muda de ropa, una taza de té caliente y algunas tostadas de pan blanco sin mantequilla, y cuando llegamos ella estaba bebiendo y comiéndoselo todo, sentada con las piernas cruzadas sobre el colchón de aire.

Al estar vestida, libre, sin la mordaza y con los ojos destapados, ya no tenía demasiado misterio. Estaba pálida, hecha un desastre. Cansada y claramente sucia. Era difícil recordar a la orgullosa Meg o a la doliente Meg del día anterior.

Era evidente que le resultaba difícil tragar.

Ruth estaba de pie tras ella, actuando como una madre.

—Cómete la tostada —le dijo.

Meg la miró y luego miró el plato de papel que tenía en el regazo.

El sonido de la tele llegaba desde arriba; algún concurso. Willie movió los pies.

Afuera llovía, y eso también podíamos oírlo.

Meg le dio un mordisco a la corteza y lo mastico durante una eternidad, hasta que debió de ser tan delgada como un escupitajo, antes de tragarlo.

Ruth suspiró. Era como si mirar a Meg mientras masticaba representara un gran sacrificio para ella. Se puso las manos en las caderas y, como tenía las piernas separadas, se parecía a George Reeves en los créditos iniciales de *Superman*.

—Vamos. Come un poco más —la animó.

Meg negó con la cabeza.

—Es demasiado... No puedo. Tengo la boca demasiado seca. ¿Podría

esperar? ¿Comérmela después? Me beberé el té.

—No voy a desperdiciar la comida, Meg. La comida es cara. He hecho esa tostada para ti.

—Lo... lo sé. Pero...

—¿Qué quieres que haga? ¿Tirlarla?

—No. ¿No podrías dejarla aquí? Me la comeré dentro de un rato.

—Se habrá puesto dura. Deberías comértela ahora. Mientras está recién hecha. Atraerá a los bichos. Cucarachas. Hormigas. No quiero bichos en mi casa.

Lo que resultaba bastante gracioso, porque ya había un par de moscas revoloteando por allí.

—Me la voy a comer enseguida, Ruth. Lo prometo.

Ruth pensó en ello. Cambió de postura, juntó los pies, cruzó los brazos sobre los pechos.

—Meg, cariño —dijo—, quiero que trates de comértela ahora. Es bueno para ti.

—Lo sé. Pero ahora me cuesta. Me beberé el té, ¿vale?

Se acercó la taza a los labios.

—No se supone que no deba costarte —le dijo Ruth—. Nadie ha dicho que sea fácil —se rio—. Eres una mujer, Meg. Eso es duro, no fácil.

Meg la miró, asintió y bebió tranquilamente el té.

Donny, Ladrador, Willie y yo estábamos allí en pijama, observando desde la puerta.

Yo estaba empezando a tener hambre. Pero ni Ruth ni Meg se habían dado cuenta de que estábamos allí.

Ruth miraba a Meg y Meg tenía los ojos fijos en Ruth y bebía a sorbitos cautelosos, pues el té aún estaba ardiendo, y podíamos oír el viento y la lluvia en el exterior, y, entonces, el golpeteo de la caldera durante un rato, hasta que paró, y Meg seguía bebiendo y Ruth seguía mirándola.

Y, entonces, Meg bajó la vista por un instante, inhalando la cálida

fragancia que emanaba del vapor, disfrutando.

Y Ruth explotó.

Le quitó la taza de las manos de un manotazo. Se hizo añicos contra la blanqueada pared de cemento. El té se resbaló hacia abajo, del color de la orina.

—¡Cómetelo!

Clavo su dedo en la tostada. Se había deslizado un poco el plato de papel.

Meg levantó las manos.

—¡Vale! ¡De acuerdo! ¡Lo haré! ¡Me la comeré ahora mismo! ¿Vale?

Ruth se inclinó sobre Meg, tanto que casi tenían pegadas las narices, y Meg no hubiese podido dar un bocado aunque quisiera; no sin meterle la tostada a Ruth en la cara. Lo que no hubiese sido una buena idea. Porque Ruth estaba realmente furiosa.

—Te has cargado la pared de Willie —le dijo—. Maldita seas, has roto mi taza. ¿Crees que las tazas son baratas? ¿Crees que el té es barato?

—Lo siento. —Cogió la tostada, pero Ruth seguía pegada a ella—. Me la comeré. ¿Vale? ¿Ruth?

—Ya puedes hacerlo.

—Voy a hacerlo.

—Te has cargado la pared de Willie.

—Lo siento.

—¿Quién va a limpiarla? ¿Quién va a limpiar esa pared?

—Yo lo haré. Lo siento, Ruth. De verdad.

—Que te den, hermana. ¿Sabes quién va a limpiarla?

Meg no contestó. Era evidente que no sabía qué decir. Ruth parecía cada vez más furiosa y nada podía calmarla.

—¿Lo sabes?

—No... no.

Ruth se levantó y empezó a gritar.

—¡Su-san! ¡Su-san! ¡Ven, baja!

Meg trató de ponerse en pie. Ruth la obligó a sentarse de un empujón.

Y, esta vez, la tostada se cayó del plato al suelo.

Meg trató de recogerla y la agarró por la zona por la que la había estado comiendo. Pero el zapato marrón de Ruth la pisó por el otro lado.

—¡Olvídala! —le ordenó—. No quieres comer, así que no necesitas comer.

Agarró el plato de papel. Lo que quedaba de la tostada salió volando.

—¿Crees que debo cocinar para ti? Putita. Pequeña ingrata.

Susan bajó trastabillando las escaleras. La oímos antes de verla.

—¡Susan, ven aquí!

—Sí, señora Chandler.

Le abrimos paso. Pasó al lado de Ladrador, y él le hizo una reverencia y se echó a reír.

—Cierra el pico —le advirtió Donny.

Pero ella tenía una apariencia muy digna para ser tan pequeña, pulcramente vestida, con una forma de andar muy cuidadosa y un aspecto muy serio.

—Súbete a la mesa —le ordenó Ruth.

Ella hizo lo que se le pedía.

—Date la vuelta.

Se giró y puso la cara sobre la mesa. Ruth miró a Meg y se quitó el cinturón.

—Así es como vamos a limpiar la pared —dijo—. Vamos a limpiar la pared haciendo borrón y cuenta nueva.

Se volvió hacia nosotros.

—Chicos, que uno de vosotros venga aquí, le levante el vestido y le quite las braguitas.

Era lo primero que nos decía en toda la mañana.

Meg volvió a intentar levantarse, pero Ruth volvió a empujarla por segunda vez.

—Vamos a poner una regla —dijo—. Si me desobedeces, te las das de listilla conmigo, me cabreas o haces cualquier otra cosa por el estilo, señoritinga, será ella quien pague por ello. Ella será la que reciba los azotes. Y tú tendrás que verlo. Vamos a intentarlo. Y si no funciona, probaremos otra cosa.

Se volvió hacia Susan.

—¿Crees que es justo, Suzie? ¿Que pagues tú por tu hermana descarriada? ¿Por lo que haga ella?

Susan lloraba suavemente.

—N... noooo —gimió.

—Claro que no. Nunca dije que lo fuera. Ralpie, ven aquí y desnuda el traserillo de esta niña, hazlo por mí. Y los demás sujetad a Meg, por si se cree lo suficientemente lista o estúpida como para meterse en plena línea de fuego.

»Si os da algún tipo de problemas, dadle un tortazo. Y tened cuidado con dónde la tocáis. Es posible que tenga cangrejos o algo por el estilo. Solo Dios sabe dónde ha estado esta fulana antes de venir aquí.

—¿Cangrejos? —preguntó Ladrador—. ¿Cangrejos de verdad?

—No importa —contestó Ruth—. Vosotros haced lo que os he dicho. Tenéis toda la vida para aprender sobre las putas y las ladillas.

Y pasó lo mismo de antes, solo que esta vez Meg estaba allí. Solo que esta vez el razonamiento era de locos.

Pero, para entonces, ya nos habíamos acostumbrado.

Ladrador le bajó las braguitas hasta los correctores, y nadie tuvo que agarrarla esta vez mientras Ruth le daba veinte azotes, rápidos, sin respiro, mientras ella gritaba y aullaba y su culo se iba poniendo cada vez más rojo en esa diminuta habitación que Willie Sr. había construido para sobrevivir a la bomba atómica; y, al principio, Meg trató de soltarse cuando oyó los aullidos y los sollozos y el ruido que hacía el cinturón al bajar, pero Willie la agarró del brazo y se lo retorció a la espalda, presionando su cara contra el colchón de aire, por lo que lo único que pudo hacer fue respirar, por supuesto, nada de

ayudar, y las lágrimas resbalaron no solo por la cara de Susan, sino también por la suya, salpicando el sucio colchón mientras Donny y yo mirábamos y escuchábamos, vestidos con nuestros arrugados pijamas.

Cuando todo acabó, Ruth se incorporó y se metió el cinturón por las trabillas, y Susan se levantó con dificultad, entre el traqueteo de sus protectores, y se subió las braguitas, para luego alisarse la parte de detrás del vestido.

Willie soltó a Meg y dio un paso atrás.

Al volverse Susan hacia nosotros, Meg levantó la cara del colchón y vi que sus ojos se encontraban. Vi que algo se transmitía entre ellas. Algo que parecía súbitamente plácido en medio de las lágrimas, triste y extrañamente tranquilo.

Me puso nervioso. Me pregunté si, al fin y al cabo, no serían más fuertes que todos nosotros.

Y volví a darme cuenta de que la situación, de algún modo, había subido una vez más de nivel.

Entonces Meg fijó sus ojos en Ruth y entendí el cómo.

Sus ojos eran salvajes.

Ruth también lo vio y retrocedió un paso involuntario alejándose de ella. Sus propios ojos se estrecharon y abarcaron toda la habitación. Se fijaron en la esquina en la que estaban juntos el pico, el hacha, la palanqueta y la pala, como una pequeña familia de acero y destrucción.

Ruth sonrió.

—Creo que Meg se ha cabreado con nosotros, chicos —se burló.

Meg no replicó.

—Bueno, todos sabemos que eso no la va a llevar a ninguna parte. Pero recojamos esas cosas de allí, para que no tenga tentaciones. Puede que sea lo suficientemente tonta como para intentarlo. Así que nos los llevamos. Y cerrad la puerta con llave cuando salgáis.

—Por cierto, Meggy —añadió—. Acabas de quedarte sin comida y sin cena. Que tengas un buen día.

Se dio la vuelta y salió de la habitación.

Vimos cómo se iba. Pensé que tenía el paso un poco inestable, casi como si hubiera estado bebiendo, cosa que yo sabía que no era verdad.

—¿Quieres que volvamos a atarla? —le preguntó Ladrador a Willie.

—Inténtalo —le desafió Meg.

Willie bufó.

—Eso sí que es genial, Meg —le dijo—. Hazte la dura. Podemos hacerlo siempre que queramos, y lo sabes. Y Susan está aquí. Recuérdalo.

Meg le miró. Él se encogió de hombros.

—Quizá más tarde, *Ladri* —dijo Willie, y se acercó al hacha y a la pala y las cogió. Ladrador cogió el pico y la palanqueta y le siguió.

Y empezó una discusión sobre dónde ponerlo todo ahora que estaba fuera del refugio. El sótano se inundaba a veces y existía el peligro de que se oxidaran. Ladrador quería que los colgásemos de las vigas de soporte del techo. Donny sugirió que los clavásemos a la pared. Willie dijo, «que les den, echémoslos a la caldera. Que se oxiden». Ganó Donny, por lo que acabaron en la vieja taquilla de la Segunda Guerra Mundial de Willie Sr., junto a la secadora, que se usaba ahora como caja de herramientas, para los clavos y el martillo.

Miré a Meg. Tuve que forzarme a hacerlo. Creo que esperaba odio. Medio temía y medio esperaba que lo hubiese, pues así, al menos, sabría en qué situación me encontraba respecto a ella y los demás. Ya podía darme cuenta de que quedarme en medio iba a ser duro. Pero no pude ver odio. Sus ojos estaban tranquilos. Casi neutros.

—Podrías huir —le dije suavemente—. Puede que te ayudara.

Ella sonrió, pero sin alegría.

—¿Y qué es lo que querías por tu ayuda, David? —me preguntó—. ¿Alguna idea?

Y, por un momento, habló como si fuera la furcia que Ruth decía.

—No. Nada —le contesté. Pero me había pillado. Me ruboricé.

—¿De verdad?

—De verdad. En serio. Nada. Ya sabes, no tengo ni idea de a dónde podrías ir, pero, al menos, podrías salir de aquí.

Asintió y miró a Susan. Y, de pronto, su voz sonó totalmente distinta, totalmente concentrada, increíblemente razonable y, de nuevo, muy adulta.

—Yo podría —me dijo—. Pero ella no.

Y, de repente, Susan se echó a llorar de nuevo. Miró a Meg un momento y, entonces, se abalanzó sobre ella y la besó en los labios, en la mejilla y de nuevo en los labios.

—Haremos algo —la tranquilizó—. ¿Meg? Haremos algo. ¿Vale?

—Vale —contestó Meg—. Haremos algo.

Me miró.

Se abrazaron y, cuando acabaron, Susan se acercó a mí, que estaba junto a la puerta, y me cogió de la mano.

Y, juntos, volvimos a encerrarla.

31

Pero, como si retirase mi oferta de ayuda, me mantuve alejado.

En aquellas circunstancias, era lo mejor que podía hacer.

Las imágenes me obsesionaban.

Meg riéndose en la noria, tumbada en la roca sobre el arroyo. Trabajando en el jardín, vestida con pantalones cortos y una camiseta atada en la nuca y con un enorme sombrero de paja en la cabeza. Recorriendo las bases, veloz, en el recreo. Pero, sobre todo, Meg desnuda, cubierta de sudor, vulnerable y totalmente abierta para mí.

Por otro lado, veía el pelele de Willie y Donny.

Veía una boca estampada sobre un colchón de aire por no haber sido capaz de tragar un trocito de tostada.

Las imágenes eran contradictorias. Me confundían.

Así que, mientras decidía qué hacer, si es que iba a hacer algo, y poniendo como excusa una triste y lluviosa semana en la que vivir, me mantuve aparte.

Vi a Donny un par de veces esa semana. A los demás no los vi en absoluto.

La primera vez que lo vi, yo vaciaba la basura y él salía corriendo a la gris y lluviosa tarde con una sudadera sobre la cabeza.

—Adivina qué —me dijo—. Esta noche sin agua.

Llevaba tres días lloviendo.

—¿Eh?

—Meg, idiota. Ruth no va a dejar que beba agua esta noche. Nada hasta mañana por la mañana.

—¿Y eso?

Sonrió.

—Una larga historia —me dijo—. Ya te la contaré más tarde. Y volvió a entrar corriendo en la casa.

La segunda vez fue un par de días más tarde. El tiempo había mejorado y yo iba en mi cuatro velocidades a la tienda a hacerle unos recados a mi madre. Donny llegó detrás de mí montando su vieja y baqueteada Schwinn.

—¿Dónde vas?

—A la tienda. Mi madre necesita leche y otras mierdas. ¿Y tú?

—A casa de Eddie. Luego va a haber un partido en el depósito de agua. Los Bravos contra los Potros. ¿Quieres que te esperemos?

—No. —Era la liga infantil, y no me interesaba.

Donny sacudió la cabeza.

—Tengo que salir de aquí —me confesó—. Todo ese asunto me está volviendo loco. ¿Sabes lo que me obligan a hacer ahora?

—¿Qué?

—¡Vaciar de mierda su sartén en el patio de atrás! ¿Te lo puedes creer?

—No lo pillo. ¿Por qué?

—Ya no se le permite subir por ningún motivo. Ni privilegios de cuarto de baño ni nada. Así que la estúpida putita trata de aguantarse. Pero incluso ella tiene que mear y cagar alguna vez, ¡así que ahora yo tengo que cargar con el muerto! ¿Te lo puedes creer? ¿Qué demonios tiene de malo Ladrador? —se encogió de hombros—. Pero mamá dice que tiene que ser uno de nosotros, los mayores.

—¿Por qué?

—¿Cómo demonios voy a saberlo?

Se adelantó.

—¿Estás seguro de que no quieres que te esperemos?

—No. Hoy no.

—Vale. Ya nos veremos. Pásate, ¿vale?

—Vale, lo haré.

Pero no lo hice. Entonces no.

Me parecía todo demasiado raro. Apenas podía imaginármela yendo al cuarto de baño, y mucho menos usando una sartén que algún otro tenía que vaciar en el patio. ¿Qué pasaría si iba allí y aún no habían limpiado ese día? ¿Y si tenía que oler su pis y su caca allí abajo? Todo el asunto me daba asco. Ella me daba asco. Esa no era Meg. Era otra persona.

Se convirtió en otra extraña imagen nueva que me preocupaba. Y el problema era que no tenía a nadie con quien hablar de ella, nadie con quien compartir esas cosas.

Si hablabas con los chicos del barrio, quedaba claro que todo el mundo sabía algo de lo que estaba pasando allí; algunos de una forma vaga y otros de forma bastante concreta. Pero nadie opinaba sobre aquello. Era como si lo que estaba sucediendo fuera una tormenta o una puesta de sol, alguna fuerza de la naturaleza, algo que pasaba de cuando en cuando. Y no tenía ningún sentido discutir sobre chaparrones veraniegos.

Yo sabía lo suficiente como para darme cuenta de que, si eres un niño, se supone que debes tratar ciertos asuntos con tu padre.

Así que lo intenté.

Ahora que era mayor, se suponía que debía ir de cuando en cuando a El nido del águila para ayudar con el inventario, a limpiar y otras cosas por el estilo, y me encontraba trabajando con la parrilla de la cocina con un estropajo y algo de sifón, quitando la grasa con el estropajo mientras la parrilla se enfriaba y el sifón ablandaba la grasa (un trabajo sucio del tipo que había visto hacer a Meg miles de veces) cuando, finalmente, empecé a hablar.

Mi padre estaba preparando una ensalada de cangrejo, mezclando trocitos de pan para hacerla más abundante.

Acababa de llegar un pedido de licor, y, a través de la división acristalada que existía entre el bar y la cocina, podíamos ver a Hodie, el camarero de día de mi padre, marcando las cajas en una hoja de pedido y discutiendo con el repartidor sobre un par de cajas de vodka. Era del de la casa y, evidentemente, el tipo le había entregado de menos. Hodie estaba furioso. Hodie era un *cracker* georgiano delgado como un junco y con un temperamento tan volátil

que lo había tenido en el calabozo la mitad de la guerra. El repartidor estaba sudando.

Mi padre lo observaba, divertido. Salvo para Hodie, dos cajas no eran un problema demasiado grande. Siempre que mi padre no tuviera que pagar por algo que no recibía. Pero puede que fuera el enfado de Hodie lo que me hizo empezar a hablar.

—Papá —le pregunté—, ¿has visto alguna vez a un chico pegar a una chica?

Mi padre se encogió de hombros.

—Claro —me contestó—. Ya lo creo. Niños. Borrachos. He visto unos cuantos ¿por qué?

—¿Crees que alguna vez está... bien... hacerlo?

—¿Bien? ¿Quieres decir justificado?

—Sí.

Se echó a reír.

—Esa es difícil —confesó—. Hay veces en las que una mujer realmente te saca de quicio. Yo diría que, generalmente, no. Es decir, hay formas mejores de tratar con una mujer. Tienes que tener en cuenta que la mujer es la más débil de la especie. Es como ser un matón, ¿comprendes?

Se secó las manos en el delantal. Y sonrió.

—Solo —añadió— que he visto unas cuantas veces en las que se lo merecían. Si trabajas en un bar, ves ese tipo de cosas. Una mujer bebe demasiado, se vuelve ruidosa, abusa del tipo con el que está, puede que incluso le eche la pota. ¿Y qué se supone que debe hacer? ¿Quedarse ahí sentado? Así que le da un tortazo. Tienes que cortar esas cosas por lo sano.

»¿Ves?, esa es la excepción que confirma la regla. Nunca debes pegar a una mujer, nunca; y que Dios te ayude si alguna vez te pillo haciéndolo. Porque si lo hago, te la cargas. Pero, a veces, no hay otra cosa que puedas hacer. Te empujan hasta ese extremo. ¿Ves? Funciona en ambos sentidos.

Yo estaba sudando. Era tanto por la conversación como por el trabajo, pero con el trabajo tenía excusa.

Mi padre había comenzado con la ensalada de atún. También tenía corruscos de pan, y rodajitas de nabo. En la habitación de al lado, Hodie había hecho volver al tipo al camión para que buscara el vodka desaparecido.

Yo trataba de sacarle sentido a lo que me decía: nunca estaba bien, aunque había veces en las que sí lo estaba.

Te empujan hasta ese extremo.

Eso se me quedó grabado. ¿Había empujado Meg a Ruth hasta ese extremo en algún momento? ¿Había hecho algo que yo no había visto?

¿Era esta una situación de nunca o de en ocasiones?

—¿Por qué me lo preguntas? —dijo mi padre.

—No sé —le respondí—. Algunos hemos estado hablando.

Asintió.

—Bueno, lo mejor es que mantengas tus manos lejos de cualquiera. Hombre o mujer. Así es como evitas los problemas.

—Sí, señor.

Eché un poco más de sifón en la parrilla y miré cómo burbujeaba.

—Pero la gente dice que el padre de Eddie pega a la señora Crocker. Y también a Denise y a Eddie. Mi padre frunció el ceño.

—Sí. Lo sé.

—Así que es cierto.

—Yo no he dicho que lo fuera.

—Pero lo es, ¿verdad?

Suspiró.

—Mira —me dijo—. No sé por qué estás tan interesado de repente. Pero creo que eres lo bastante mayor como para saber, para entenderlo... Es lo que te he dicho antes. A veces te presionan, un hombre se siente presionado, y hace... lo que no debería hacer.

Y tenía razón. Yo ya era lo suficientemente mayor para entenderlo. Y escuché allí algo más. Tan claro como los ecos de los gritos de Hodie hacia el repartidor, allí fuera.

En algún momento y por alguna razón, mi padre había pegado a mí madre.

Y en ese momento casi lo recordaba. Despertarme de pronto de un profundo sueño. El ruido de muebles que se rompían. Gritos. Y un tortazo.

Hacía mucho tiempo.

Me sentí repentinamente enfadado con él. Observé su corpulencia y pensé en mi madre. Y, lentamente, volvió la calma, la sensación de aislamiento y de seguridad.

Y se me ocurrió que con quien tenía que hablar de esto era con mi madre. Ella sabía lo que se sentía, lo que significaba.

Pero en ese momento no podía hacerlo. Ni aunque hubiese estado justo allí. No podía intentarlo.

Miré a mi padre mientras preparaba las ensaladas y se volvía a secar las manos en el blanco delantal de algodón con el que solíamos bromear sobre las sanciones del comité de salud, y después se puso a cortar salami en la cortadora eléctrica de carne que acababa de comprar y de la que se sentía tan orgulloso, y yo quité la grasa hasta que la parrilla quedó limpia y brillante.

Y no se había resuelto nada.

Así que volví poco después.

32

Lo que me llevó de vuelta fue la sola e imparable imagen del cuerpo de Meg.

Me inspiraba miles de fantasías, día y noche. Algunas eran tiernas, algunas violentas; algunas, ridículas.

Podía encontrarme en la cama por la noche con la radio escondida bajo la almohada, escuchando el *At the Top* de Danny and the Juniors, y cerraría los ojos y allí estaría Meg, charlando con un compañero invisible en la Cantina adolescente, y bailando en pareja con solo unos calcetines blancos enrollados en la parte de arriba y nada más. Tan cómoda con su desnudez como si acabase de comprar el traje nuevo del emperador.

O estaríamos jugando al Monopoly, uno enfrente del otro, y yo llegaría a la casilla de Boardwalk o de los jardines Marvin y ella se levantaría, suspiraría y se quitaría sus finas braguitas de algodón blanco.

Pero lo más frecuente es que la canción de la radio fuese algo parecido a *Twilight Time*, de los Platters, y Meg se encontraría desnuda entre mis brazos bajo la oscura luz azul en technicolor de las estrellas y nos besaríamos.

O el juego sería el juego, y no tenía nada de divertido.

Me sentía nervioso y a punto de saltar.

Me sentía como si debiese ir allí. Tanto como nervioso estaba por lo que me encontraría cuando lo hiciera.

Incluso mi madre se dio cuenta de ello. La pillé observándome, con un mohín en su boca, pensativa, como si yo hubiese saltado de la mesa tirando el vaso de agua o me hubiese metido a hurtadillas en la cocina en busca de una Coca.

Puede que esa fuera una de las razones por las que nunca hablé con ella. O

puede que fuera porque Meg era una mujer, y mi madre también.

Pero volví.

Y, cuando lo hice, las cosas habían vuelto a cambiar.

Me colé y lo primero que oí fue a Ruth tosiendo y luego hablando en voz baja, y me di cuenta de que tenía que ser Meg con quien hablaba. Tenía ese tono que nunca usaba con el resto de nosotros, como si fuera una maestra enseñando a una niña pequeña, instruyéndola. Bajé las escaleras.

Habían colocado la lámpara de trabajo, pasando el cable sobre la lavadora hasta uno de los garfios que habían puesto en una de las vigas de Willie Sr. La bombilla oscilaba, con un brillo cegador.

Ruth estaba sentada en una silla plegable, parte del viejo conjunto de jardín que guardaban allí, dándome la espalda y fumando. El suelo estaba lleno de colillas, como si llevase allí un buen rato.

Los chicos no estaban.

Meg estaba de pie delante de ella, vestida con un liviano vestido amarillo; no era el tipo de vestido que uno asociaría con ella, así que pensé que era de Ruth, uno viejo, y además saltaba a la vista que tampoco estaba demasiado limpio. Tenía unas manguitas cortas abultadas y una falda tableada, por lo que los brazos y las piernas quedaban al aire.

Ruth llevaba algo parecido de color verde-azulado, pero más liso, con menos abombamiento y menos tablas.

Por encima del cigarrillo olí a alcanfor. Naftalina.

Ruth seguía hablando.

A primera vista parecía que eran hermanas, más o menos del mismo peso, aunque Ruth era más alta y flaca. Ambas tenían un pelo ligeramente grasiento y ambas llevaban esos viejos y apestosos vestidos, como si estuvieran ensayando para una fiesta.

Solo que Ruth estaba allí sentada, fumando.

Mientras que Meg estaba de pie contra uno de los postes de apoyo de cuatro por cuatro de Willie, con los brazos fuertemente atados alrededor del poste y a sus espaldas y con los pies también atados.

Estaba amordazada, pero no tenía los ojos vendados.

—Cuando yo era una niña como tú —contaba Ruth— lo hice, busqué a Dios. Fui a todas las iglesias de la ciudad. Bautista, luterana, episcopaliana, metodista... Di la que quieras. Incluso fui a las novenas de san Matías y me senté en la balaustrada donde se encontraba el órgano.

»Pero eso fue antes de saber, ya sabes, lo que son las mujeres. ¿Y sabes quién me lo enseñó? Mi madre.

»Por supuesto, ella no sabía que me estaba enseñando, no de la forma en que yo lo estoy haciendo contigo. Se trataba más de lo que yo veía.

»Quiero que sepas y entiendas que mis padres me lo dieron todo; todo lo que una niña podía desear, eso es lo que tuve. Excepto la universidad, por supuesto, pero, de todas formas, las niñas no iban a la universidad en esos tiempos. Pero mi padre, que Dios le tenga en su gloria, trabajó duro para vivir, y mi madre y yo lo tuvimos todo. No como Willie hizo conmigo.

Encendió un nuevo Tareyton con la colilla del anterior y tiró la colilla al suelo. Y supuse que no se había dado cuenta de que yo estaba detrás de ella o que, si lo había hecho, no le importaba, pues, a pesar de que Meg me miraba fijamente con una extraña expresión en la cara y a pesar de que yo había hecho el ruido acostumbrado al bajar por esas viejas y chirriantes escaleras, no se dio la vuelta ni dejó de hablar, ni siquiera para encender el cigarrillo. Habló a través del humo.

—Pero mi padre bebía igual que Willie —continuó— y yo le oía. Le oía llegar por las noches e irse directo a la cama a montar a mi madre como si fuera una yegua. Les oía allí, jadeando y empujando, y a mi madre diciendo «no, no, no», y las extrañas bofetadas de cuando en cuando, y eso también fue igual con Willie. Porque nosotras las mujeres cometemos los mismos errores que cometieron nuestras madres, entregándonos a un hombre todo el tiempo. Yo también tengo esa debilidad, y así es como conseguí a todos esos niños con los que me abandonó para que nos muriéramos de hambre. Ya no puedo trabajar igual que antes, durante la guerra. Ahora son los hombres los que consiguen todos los trabajos. Y tengo niños a los que criar.

»Oh, Willie me envía los cheques, pero no es suficiente. Ya lo sabes. Lo has visto. Y tus cheques tampoco ayudan demasiado.

»¿Te das cuenta de lo que estoy diciendo? Tú tienes la maldición. Y no me

refiero a tu período. Tú lo tienes incluso peor de lo que yo lo tuve. ¡Puedo olerlo en ti, Meggy! Vas a hacer lo mismo que hicimos mi madre y yo con algún gilipollas irlandés que te pegará y te joderá y hará que te guste, que te encante, y entonces ¡bam!, se irá.

»Esa jodienda. Esa es la cuestión. Ese cálido y húmedo coñito que tienes. Esa es la maldición, ¿sabes? La maldición de Eva. Esa es la debilidad. Allí es por donde nos atrapan.

»Ya te digo. Una mujer no es más que una furcia y un animal. Tienes que darte cuenta de eso, tienes que recordarlo. Solo la usan, la joden y la castigan. No es más que una estúpida zorra perdedora con un agujero, y eso es todo lo que llegará a ser.

»Lo único que puedo hacer por ti es lo que estoy haciendo. Puedo tratar de quemártelo y sacártelo.

Encendió una cerilla.

—¿Ves?

La tiró sobre el vestido amarillo de Meg. Se apagó al alcanzarlo y cayó humeante al suelo. Encendió otra.

—¿Ves?

Esta vez se inclinó más y la tiró, y cuando la cerilla llegó al vestido, seguía encendida. Se metió entre las tablas. Meg se agitó contra el cuatro por cuatro y se la sacudió de encima.

—Una chica joven y saludable como tú; te crees que hueles tan bien... Pero a mí me hueles a fuego. A coño caliente. Tienes la maldición y la debilidad. La tienes, Meggy.

Había un pequeño punto negro en su vestido, allí donde había dado la cerilla. Meg me miraba, tratando de decir algo tras la mordaza.

Ruth tiró el cigarrillo y lo aplastó con el pie.

Se levantó de la silla, se inclinó y encendió otra cerilla. La habitación se llenó de repente de un espeso olor a azufre.

La sostuvo junto el dobladillo del vestido.

—¿Ves? —dijo—. Creía que me estarías agradecida.

Meg se retorció, luchando con fuerza contra las cuerdas. El dobladillo se volvió marrón y luego negro, pero no prendió.

La cerilla estaba a punto de consumirse. Ruth la apagó y la dejó caer.

Y encendió otra.

Volvió a colocarla en el dobladillo, en el mismo punto que ya había quemado. Daba la impresión de ser algún extraño científico loco que realizaba un experimento en una *pele*.

El chamuscado vestido olía como si lo estuvieran planchando.

Meg se agitaba. Ruth cogió el vestido con la mano y lo acercó a la cerilla hasta que empezó a arder, y entonces lo volvió a dejar caer contra la pierna de Meg.

Vi cómo la delgada línea de llamas comenzaba a retorcerse.

A expandirse.

Era igual que Ladrador con sus soldados en el incinerador. Solo que esto era real. El quejido agudo de Meg lo hacía real.

Ya había subido hasta la mitad de su muslo.

Comencé a acercarme para apagar las llamas con las manos. Pero entonces Ruth se agachó y apagó su vestido con la Coca que tenía a su lado, en el suelo.

Me miró y se rio. Meg se desplomó, aliviada.

Supongo que yo debía de parecer muy asustado. Porque Ruth siguió riendo. Y me di cuenta de que una parte de ella debía de haber sido consciente todo el tiempo de que yo me encontraba a sus espaldas. Pero no le importaba. No le importaba que espicara. No le importaba nada excepto concentrarse en la lección que le estaba dando a Meg. Estaba en sus ojos, algo que yo no había visto antes.

Lo he visto desde entonces.

Con demasiada frecuencia.

En los ojos de mi primera mujer, tras su segunda crisis nerviosa. En los ojos de algunos de sus compañeros en la «casa de reposo». Uno de los cuales, por lo que me han contado, asesinó a su mujer y a sus hijos pequeños con

unas tijeras de podar.

Es un vacío frío y brillante, sin ningún humor. Sin compasión y sin piedad. Es feroz. Como los ojos de un animal de presa.

Como los ojos de las serpientes.

Esa era Ruth.

—¿Tú qué crees? —me preguntó—. ¿Crees que me hará caso?

—No lo sé —le contesté.

—¿Quieres jugar a las cartas?

—¿A las cartas?

—A los ochos locos, o algo así.

—Claro. Creo. —*Lo que sea, pensé. Lo que quieras.*

—Hasta que los chicos vuelvan a casa —me dijo. Subimos y jugamos, y no creo que nos dijéramos ni diez palabras el uno al otro durante toda la partida.

Bebí un montón de Cocas. Ella fumó un montón de cigarrillos. Ganó ella.

33

Resultó que Willie, Donny y Ladrador habían ido a la sesión matinal de *Cómo fabricar un monstruo*. Normalmente me habría cabreado con ellos, pues unos meses antes habíamos ido a una sesión doble de *Yo fui un hombre-lobo adolescente* y de *Yo fui un Frankenstein adolescente* y esta era una especie de secuela, con los mismos monstruos, y se suponía que debían esperarme o, al menos, haber pensado en mí. Pero me dijeron que, después de todo, no era tan buena como las otras dos, y yo seguía pensando en lo que había visto abajo, y cuando Ruth y yo ya íbamos por las dos últimas manos, la conversación volvió a Meg.

—Apesta —dijo Ladrador—. Está sucia. Deberíamos lavarla.

Yo no había notado que oliese mal.

Solo el olor a alcanfor, humo y azufre.

Y Ladrador no era el más indicado para hablar de ello.

—Buena idea —remarcó Donny—. Ha pasado mucho tiempo. Seguro que le gusta.

—¿A quién le importa lo que a ella le guste? —dijo Willie.

Ruth se limitaba a escuchar.

—Tendríamos que dejar que volviera a subir —señaló Donny—. Podría volver a intentar escaparse.

—Venga ya. ¿Adónde iba a ir? —dijo Ladrador—. ¿Adónde va a huir? Pero da igual, podemos atarla.

—Igual sí.

—Y además podemos coger a Susan.

—Puede que sí.

—¿Dónde está?

—Susan está en su habitación —dijo Ruth—. Creo que se esconde de mí.

—No —dijo Donny—. Se pasa todo el rato leyendo.

—Se esconde. Creo que se esconde.

Los ojos de Ruth seguían pareciéndome extraños y brillantes, y creo que a los demás les pasaba lo mismo. Porque nadie volvió a contradecirla.

—¿Qué piensas sobre esto, mamá? —preguntó Ladrador—. ¿Podemos?

Nuestra partida de cartas ya había terminado, pero Ruth seguía allí sentada, barajándolas. Y entonces asintió.

—Creo que no le vendría mal del todo —dijo sin ningún tipo de entonación.

—Tendríamos que desnudarla —señaló Willie.

—Lo haré yo —saltó Ruth—. Recordadlo, chicos.

—Sí —dijo Ladrador—. Lo recordamos. No tocar.

—Eso es.

Miré a Willie y a Donny. Willie estaba frunciendo el ceño. Tenía las manos en los bolsillos. Arrastraba un pie, con los hombros hundidos. *Vaya imbécil*, pensé. Pero Donny parecía pensativo, como un hombre hecho y derecho con un propósito y un trabajo que realizar, que estuviera considerando la forma más eficiente de hacerlo.

Ladrador exhibía una amplia sonrisa.

—De acuerdo —dijo—. ¡A por ella!

Bajamos todos juntos, con Ruth siguiéndonos a bastante distancia.

Donny la desató primero las piernas y después las manos, le dejó que se las masajease un momento y luego volvió a atárselas por delante. Le quitó la mordaza y la metió en su bolsillo.

Nadie mencionó ni las quemaduras ni las manchas de Coca del vestido. Aunque era lo primero que se veía.

Ella se humedeció los labios.

—¿Algo de beber? —pidió.

—Enseguida —le aseguró Donny—. Vamos arriba.

—¿Todos?

—Sí.

No preguntó por qué.

Donny la condujo hacia arriba tirando de la cuerda, con Ladrador por delante y Willie y yo justo detrás. Ruth se quedó otra vez bastante atrás.

Yo era muy consciente de su presencia. Le pasaba algo raro; de eso estaba seguro. Parecía cansada, distante, como si no estuviera allí del todo. Sus pasos al subir la escalera parecían más ligeros que los nuestros, más ligeros de lo que deberían ser, casi un suspiro; como si se moviese lentamente y con dificultad, como si pesase diez kilos más. Por aquel entonces, yo no sabía demasiado sobre los problemas mentales, pero sí sabía que lo que estaba viendo no era normal del todo. Me tenía preocupado.

Cuando llegamos arriba, Donny hizo que Meg se sentara ante la mesa del comedor y le llevó un vaso de agua de la pila de la cocina.

Fue la primera vez que me di cuenta de la pila. Estaba repleta de platos sucios, más de los que podían haber usado en un único día. Daba la impresión de que allí se acumulaban los de dos o tres días.

Y el verlo me hizo darme cuenta de otras cosas, me hizo echar un vistazo a mi alrededor.

Yo no era un niño de los que se fijan en el polvo. ¿Quién lo hacía? Pero en aquel momento sí que me di cuenta de lo sucia y llena de polvo que estaba la casa, de forma más visible en los bordes de las mesas del cuarto de estar, donde podías ver las huellas de las manos marcadas sobre la superficie. Había migas de tostada en la mesa, delante de Meg. El cenicero que estaba a su lado parecía que llevaba décadas sin limpiarse. Vi dos cerillas de madera tiradas en la alfombra del vestíbulo, cerca de un trozo de papel que parecía ser la arrugada parte superior de una cajetilla de cigarrillos, tirada descuidadamente.

Tenía una sensación de lo más extraña. Como si algo se estuviera viniendo abajo. Desintegrándose lentamente.

Meg acabó su vaso de agua y pidió otro.

—Por favor —dijo.

—No te preocupes —la tranquilizó Willie—. Tendrás agua.

Meg parecía confundida.

—Vamos a lavarte —le confesó.

—¿Qué?

—Los chicos pensaron que estaría bien que te dieras una ducha —le explicó Ruth—. Te parece bien, ¿verdad?

Meg dudó. Era lógico. Esa no era exactamente la forma en que lo había dicho Willie. Willie había dicho «vamos a lavarte».

—S-sí —dijo.

—Muy considerado de su parte —dijo Ruth—. Me alegro de que te parezca bien.

Parecía que hablase consigo misma, casi musitando.

Donny y yo nos miramos. Me di cuenta de que ella lo ponía un poco nervioso.

—Creo que me voy a tomar una cerveza —anunció Ruth.

Se levantó y fue a la cocina.

—¿Alguien quiere acompañarme?

Al parecer, nadie quiso. Eso en sí mismo no era normal. Miró dentro de la nevera. Miró a su alrededor. Y volvió a cerrarla.

—No queda ninguna —nos dijo al volver al comedor arrastrando los pies—. ¿Por qué nadie ha comprado las cervezas?

—Mamá —le dijo Donny—. No podemos. Somos niños. No nos dejan comprar cerveza.

Ruth se echó a reír.

—Es verdad —dijo.

Y entonces volvió a darse la vuelta.

—Pues entonces me tomaré un whisky. Rebuscó en el mueble-bar y regresó con una botella. Volvió al comedor, cogió el vaso de agua de Meg y se sirvió unos dos centímetros del brebaje.

—¿Vamos a hacerlo o no? —preguntó Willie.

Ruth bebió.

—Claro que sí —le aseguró.

Meg nos miró uno por uno.

—No lo entiendo —nos dijo—. ¿Hacer el qué? Creía que iba... creía que ibais a dejarme que me diera una ducha.

—Y vamos a hacerlo —le aseguró Donny.

—Pero tenemos que supervisarte —añadió Ruth.

Volvió a beber y dio la impresión de que el licor encendía repentinamente un fuego en la parte de atrás de sus ojos.

—Para asegurarnos de que quedas bien limpia —añadió.

Meg la entendió en ese momento.

—No quiero —dijo.

—No importa si quieres o no —dijo Willie—. Lo que importa es que nosotros sí queremos.

—Apesta —añadió Ladrador—. Necesitas una ducha.

—Ya está decidido —dijo Donny.

Meg miró a Ruth. Ruth se encorvó sobre su bebida y la observó igual que una anciana y cansada ave rapaz.

—¿Por qué no simplemente... me dais... un poco de intimidad?

Ruth se rio.

—Pensé que ya estabas harta de intimidad, estando allí abajo todo el día.

—Eso no es lo que quiero decir. Lo que quiero decir...

—Ya sé qué es lo que quieres decir. Y la respuesta es que no podemos confiar en ti. Ni de una forma ni de otra. Irías allí, te mojarías un poco, y eso no es estar limpia.

—No, no lo haría. Te juro que no lo haría. Mataría por una ducha.

Ruth se encogió de hombros.

—Entonces perfecto. Tendrás una. Y no tendrás que matar por ella, ¿verdad?

—Por favor.

Ruth hizo un gesto desdeñoso.

—Quítate ahora mismo ese vestido, antes de que me enfade.

Meg nos miró uno por uno y, entonces, creo que pensó que una ducha supervisada era mejor que ninguna ducha en absoluto, porque suspiró.

—Las manos —pidió.

—De acuerdo —convino Ruth—. Desabróchala, Donny. Luego desátale las manos. Y después se las vuelves a atar.

—¿Yo?

—Sí.

Yo también estaba un poco sorprendido. Supongo que había decidido ser algo flexible con la regla de no tocar.

Meg se levantó, y lo mismo hizo Donny. Le desabrochó el vestido hasta la mitad de su espalda. La desató. Y, entonces, volvió a su espalda para quitarle el vestido de los hombros.

—¿Podría tener al menos una toalla?

Ruth sonrió.

—Aún no estás mojada —repuso. Le hizo un gesto a Donny.

Meg cerró los ojos y se quedó muy quieta y rígida mientras Donny le quitaba las abultadas y cortas mangas a través de los brazos y exponía sus pechos, y luego sus caderas y muslos, hasta que cayó al suelo. Salió de él. Sus ojos seguían firmemente cerrados. Era como si al no poder vernos, nosotros no pudiéramos verla a ella.

—Vuélvela a atar —ordenó Ruth.

Me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

Donny se puso delante de ella. Ella unió sus manos y Donny empezó a atárselas.

—No —dijo Ruth—. Esta vez átaselas a la espalda.

Los ojos de Meg se abrieron por la sorpresa.

—¡A la espalda! ¿Cómo voy a lavarme si...?

Ruth se puso en pie.

—¡Maldición! ¡No me cabrees, niña! ¡Si digo a la espalda es a la espalda, y si digo que te las metas por el culo lo haces! ¡No me cabrees! ¿Me has oído? ¡Maldición! ¡Maldita seas!

»¡Yo te lavaré, eso es lo que vamos a hacer! Ahora haz lo que te digo. ¡Deprisa!

Y aunque resultaba evidente que Meg estaba asustada, no se resistió cuando Donny le puso las manos a la espalda y se las ató por las muñecas. Volvió a cerrar los ojos. Pero, esta vez, los tenía rodeados por pequeños charcos de humedad.

—De acuerdo, llevadla —dijo Ruth.

Donny la condujo por el estrecho pasillo hasta el cuarto de baño. Los seguimos. El cuarto de baño era pequeño, pero nos agolpamos todos dentro. Ladrador se sentó en el cesto. Willie se apoyó en el lavabo. Yo me quedé de pie a su lado.

En la habitación situada enfrente del cuarto de baño había un armario, en el que Ruth rebuscó frenéticamente. Salió de allí con un par de guantes de goma amarillos.

Se los puso. Le llegaban hasta los codos.

Se giró sobre la bañera y giró el grifo.

El grifo con la marca «C» de caliente.

Solo ese grifo.

Dejó que corriera un rato.

La probó con la mano, dejándola correr sobre el guante de goma.

Su boca era una fina línea de amargura.

El agua corría y echaba humo. Golpeaba con fuerza sobre la bañera. Entonces, cambió la posición a «ducha» y cerró la cortina de plástico.

El vapor se concentró.

Meg seguía con los ojos cerrados. Le corrían lágrimas por la cara.

El vapor nos envolvió a todos en una especie de niebla.

De pronto, Meg *lo* sintió. Y supo Jo que significaba.

Abrió los ojos y se echó hacia atrás, asustada, chillando, pero Donny ya la agarraba por un brazo y Ruth la agarró por el otro. Luchó contra ellos, embistiendo y retorciéndose, gritando «no, no». Y era fuerte. Seguía siendo fuerte.

A Ruth se le escapó.

—¡Que Dios te maldiga! —aulló—. ¿Quieres que vaya a por tu hermana? ¿Quieres que vaya a por tu querida Susan? ¿Quieres que sea ella la que esté allí? ¿Quemándose?

Meg se enfrentó a ella. Repentinamente furiosa. Salvaje. Enloquecida.

—¡Sí! —gritó—. ¡Sí! ¡Putas! ¡Trae a Susan! ¡Tráela! ¡Ya no me importa una mierda!

Ruth la miró, con los ojos entornados. Y, entonces, se volvió hacia Willie, Se encogió de hombros.

—Tráela —dijo tranquilamente.

No tuvo que hacerlo.

Me volví mientras él pasaba y le vi detenerse, pues Susan ya estaba allí, mirándonos desde el pasillo. Y estaba llorando.

Meg también la vio.

Y se vino abajo.

—Nooooo —gimió—. Nooooo. Por favor...

Por un instante, nos quedamos en silencio en la cálida y pesada niebla, oyendo el agua hirviendo y sus sollozos. Sabiendo lo que iba a pasar. Sabiendo cómo iba a ser.

Y, entonces, Ruth hizo a un lado la cortina.

—Métela —le ordenó a Donny—. Y ten cuidado.

Les vi meterla dentro y vi cómo Ruth ajustaba la alcachofa de la ducha para orientar el hirviente chorro, lentamente, hacia sus piernas y muslos y

tripa y, por último, hacia sus pechos, donde golpeó sus pezones, mientras sus brazos luchaban desesperadamente a sus espaldas para liberarse, y allí donde la tocaba el agua se volvía repentinamente rojo, rojo, el color del dolor; y, al final, no pude aguantar los gritos.

Y huí.

Pero solo una vez.

Nunca más volví a huir.

Tras ese día, me convertí en un adicto, y mi droga era saber. Saber lo que era posible. Saber lo lejos que se podía llegar. Hasta dónde se atreverían a llegar.

Siempre se trataba de ellos. Yo me mantenía al margen, o me sentía como si lo estuviera. Tanto de Meg y Susan por un lado como de los Chandler por otro. Yo no participaba directamente en nada. Yo observaba. Nunca tocaba. Y eso era todo. Mientras me mantuviese en esa posición, me imaginaba que, aunque no estuviese totalmente libre de culpa, tampoco era culpable exactamente.

Era como ver una película. Seguro, a veces era una *pelí* de miedo, en las que te preocupas si el héroe y la heroína saldrán con bien de todo aquello. Pero solo eso. Solo una película. Podías levantarte cuando todo acababa, convenientemente asustado y excitado, salir de la oscuridad y dejarlo atrás del todo.

Pero en ocasiones se parecía más al tipo de películas que pondrían más tarde, en los sesenta (en su mayoría, películas extranjeras), en las que el sentimiento predominante que te embargaba era el de vivir en alguna fascinante e hipnótica densidad de oscura ilusión, de capas y más capas de significado que, al final, no significaban nada en absoluto, en las que actores con cara de cartón se movían pasivamente a través de paisajes surrealistas de pura pesadilla, sin ningún tipo de emoción, planos.

Como yo.

Por supuesto, escribíamos y dirigíamos esas películas mentales nuestras igual que las veíamos. Por lo que supongo que era inevitable que añadiéramos

nuestro elenco de personajes.

Supongo que también era inevitable que Eddie Crocker fuera el primero al que probáramos.

Era una soleada y brillante mañana de finales de julio, tres semanas de cautividad para Meg, la primera vez que fui y me lo encontré allí.

En los pocos días que habían transcurrido desde la ducha, le habían dejado que siguiera con la ropa puesta (tenía ampollas y estaban dejando que se le curasen) y la estaban tratando bastante bien, por lo que me contaron, dándole sopa y sándwiches para comer y agua siempre que ella quería. Ruth incluso había puesto sábanas en el colchón de aire y había barrido todas las colillas del suelo. Y era difícil saber si Willie se quejaba más de su último dolor de muelas o de lo aburridas que se habían vuelto las cosas.

Con Eddie, todo cambió.

Seguía con la ropa puesta cuando llegué (un par de vaqueros desvaídos y una blusa) pero habían vuelto a atarla y a amordazarla, tendida de bruces sobre la mesa de trabajo, con cada brazo atado a una de las patas de la mesa y los pies atados juntos en el suelo.

Eddie se había quitado una de sus bambas y le estaba pegando con ella en el culo.

Entonces descansó un rato y Willie se puso a trabajar sobre su espalda, piernas y trasero con un cinturón de cuero. La golpearon con fuerza. Sobre todo Eddie.

Ladrador y Donny estaban de pie, observando.

Yo también miré. Pero solo un poco.

No me gustaba que él estuviese allí.

Eddie era demasiado para todo esto.

Era demasiado fácil recordarle bajando por la calle aquel día, sonriéndonos con la negra serpiente entre los dientes, lanzándonosla una y otra vez hasta que la serpiente cayó muerta a la calle.

Ese era el chico capaz de arrancarle la cabeza a una rana de un mordisco.

Ese era el chico que lo mismo te golpeaba en la cabeza con una piedra o te

golpeaba en las bolas con un palo que simplemente te miraba.

Eddie era apasionado.

Ese día hacía calor y chorreaba de sudor. Le corría por su pelo color zanahoria cortado al uno y por la frente. Como era habitual en él, se había quitado la camisa para que pudiésemos ver su gran físico, así como oler su sudor.

Olía a salado y a un dulce pegajoso, como a carne podrida. No pude aguantarlo.

Me fui arriba.

Susan estaba haciendo un puzzle sobre la mesa de la cocina. Tenía a su lado un vaso de leche medio vacío.

Por una vez, la tele estaba apagada. Podías oír los golpes y las risas abajo.

Pregunté por Ruth.

Ruth, me dijo Susan, estaba tumbada en el dormitorio. Tenía una de sus jaquecas. Últimamente las tenía muy a menudo.

Así que nos quedamos ahí sentados sin decir nada. Cogí una Budweiser de la nevera. Susan se las estaba manejando muy bien con el puzzle. Ya había hecho más de la mitad. La imagen se llamaba *Comerciantes de pieles bajando por el Missouri*, de George Caleb Bingham, y mostraba a un viejo duro y nudoso con un gracioso gorro puntiagudo y a un adolescente soñador en una canoa remando corriente abajo al atardecer, con un gato negro repantigado en la proa. Ya tenía las esquinas, el gato, la canoa y la mayor parte del hombre y el chico. Solo le quedaban el cielo, el río y algunos árboles.

Vi cómo encajaba una pieza del río. Le di un sorbo a mi cerveza.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunté.

Ella no levantó la vista.

—Bien —me contestó. Oí risas en el refugio. Probó con otra pieza. No encajaba.

—¿Te molesta eso? —le pregunté. Me refería a los ruidos.

—Sí —me dijo. Pero no lo dijo como si realmente le molestase. Era solo algo que pasaba.

—¿Mucho?

—Ajá.

Asentí. Tras eso, no quedaba mucho que decir. La observé y me bebí la cerveza. Muy poco después había acabado con el chico y se centró en los árboles.

—No puedo hacer que paren, ¿sabes? —le dije.

—Lo sé.

—Eddie está allí. Eso para empezar.

—Lo sé.

Me acabé la cerveza.

—Lo haría si pudiera —continué. Me pregunté si eso era verdad. Ella también.

—¿Sí? —preguntó.

Y por primera vez me miró, con ojos muy maduros y pensativos. Muy parecidos a los de su hermana.

—Claro que lo haría.

Volvió al puzzle, frunciendo el ceño.

—A lo mejor se cansan —sugerí, dándome cuenta en cuanto lo dije de lo estúpido que sonaba. Susan no contestó.

Pero, poco después, los ruidos desaparecieron y oí pasos subiendo la escalera.

Eran Eddie y Willie. Los dos colorados, con las camisas abiertas. La tripa de Willie era un rollo gordo, feo y blancuzco. No nos hicieron caso y se dirigieron a la nevera. Vi cómo cogían una Coca para Willie y una Bud para Eddie, y luego se pusieron a rebuscar algo para comer. Supuse que no había gran cosa, pues volvieron a cerrarla.

—Tienes que reconocérselo —decía Eddie—. No llora demasiado. No es una gallina.

Mientras que yo sentía que me había distanciado de todo esto, Eddie estaba en un mundo totalmente diferente. La voz de Eddie era como el hielo.

Era Willie el gordo y feo, pero era Eddie el que me daba asco.

Willie se rio.

—Eso es porque ya no le quedan lágrimas —afirmó—. Tendrías que haberla visto el otro día, tras su baño.

—Sí. Supongo. ¿Crees que deberíamos bajarles algo a Donny y a Ladrador?

—No han pedido nada. Si quieren algo, que vengan a buscarlo.

—Ojalá tuvieras algo de comer, tío.

Y empezaron a bajar de nuevo. Seguían sin hacernos caso. Por mí, estaba bien. Los vi desaparecer por la escalera.

—¿Y qué vais a hacer? —preguntó Eddie. Sentí que su voz me alcanzaba como si fuese una vaharada de humo tóxico—. ¿Matarla? Me quedé helado.

—No —replicó Willie.

Y dijo algo más, pero el ruido de sus pasos bajando las escaleras impidió que pudiéramos entenderlo.

¿Matarla? Sentí que las palabras me recorrían la columna vertebral. Mi madre hubiera dicho que alguien caminaba sobre mi tumba.

Déjasele a Eddie, pensé. Déjasele a él.

Señalar lo obvio.

Me había preguntado hasta donde llegarían, cómo podría acabar. Me lo había preguntado de forma abstracta, como si fuera un problema de matemáticas.

Y había pasado lo inimaginable, dos niños discutiéndolo, con una Coca y una cerveza en la mano.

Pensé en Ruth tumbada en el dormitorio con dolor de cabeza.

Pensé en cómo estaban ahora con ella, solos ahí abajo; con Eddie.

Podría pasar. Sí, podría.

Podría pasar en un abrir y cerrar de ojos. Casi accidentalmente.

Me pregunté por qué seguía considerando a Ruth una supervisora. Lo hice.

Ella seguía siendo un adulto, ¿verdad?

Los adultos no dejarían que pasase, ¿verdad?

Miré a Susan. Si había oído lo que Eddie acababa de decir, no lo demostró. Seguía con el puzzle.

Con las manos temblándome, con miedo de oír y pánico de no oír, la ayudé.

35

Después de aquello, Eddie fue allí todos los días durante una semana. El segundo día también fue su hermana Denise. Juntos, la obligaron a comer galletitas, cosa que ella fue incapaz de hacer, pues había estado amordazada toda la noche y no le dejaron beber agua. Eddie se puso furioso y la golpeó en la boca con una barra de cortina de aluminio, que quedó doblada y le dejó en la mejilla una amplia marca enrojecida, además de partirle el labio inferior.

El resto del día jugaron al pelele.

Ruth apenas iba por allí. Le daban dolores de cabeza cada vez con más frecuencia. Se quejaba de que le picaba la piel, sobre todo la de la cara y las manos. Me daba la impresión de que había perdido peso. Le salió una calentura que le duró varios días.

Incluso con la tele encendida podías oír cómo tosía arriba, una tos profunda, procedente de los pulmones.

Al no estar Ruth por ahí, la prohibición de tocar a Meg desapareció.

Denise fue quien empezó. A Denise le gustaba dar pellizcos. Tenía dedos fuertes para ser una niña de su edad. Cogía la carne de Meg y la retorció, conminándola a llorar. La mayor parte del tiempo, Meg no lloraba. Eso hacía que Denise lo intentara con más fuerza. Sus objetivos favoritos eran los pechos de Meg; te dabas cuenta porque siempre los dejaba para el final.

Y, en ese momento, lo normal era que Meg llorara.

A Willie le gustaba atarla encima de la mesa, bajarle las bragas y azotarla en el trasero.

Lo de Ladrador eran los insectos. Le ponía una araña o un ciempiés en la tripa y observaba cómo ella se encogía.

Fue Donny el que me sorprendió. Siempre que pensaba que no le veía

nadie, recorría sus pechos con las manos o los presionaba ligeramente, o la tocaba entre las piernas. Le vi hacerlo muchísimas veces, pero nunca hice nada.

Lo hacía con suavidad, como un amante. Y una vez, cuando le habían quitado la mordaza, incluso le vi besándola. Fue un beso extraño, pero tierno y extrañamente casto si tenías en cuenta de que la tenía ahí para hacer con ella lo que quisiera.

Entonces, Eddie llegó un día riéndose con una caca de perro en un vaso de plástico y la bajaron y pusieron sobre la mesa mientras Ladrador le tapaba la nariz hasta que ella tuvo que abrir la boca para respirar, y entonces Eddie se la metió en la boca. Y esa fue la última vez que alguien la besó.

El viernes de esa semana estuve trabajando en el patio toda la tarde hasta más o menos las cuatro, y, cuando me acerqué, pude oír la radio a todo volumen desde la puerta de atrás, así que me acerqué y vi que el grupo había vuelto a crecer.

Se había corrido la voz.

No solo estaban allí Eddie y Denise, sino también Harry Gray, Tony y Lou Morino, Glenn Knott e incluso Kenny Robertson (una docena de personas allí agolpadas en ese pequeño refugio, incluidos Meg y yo) y Ruth estaba en la puerta observando, sonriendo mientras la empujaban de un lado a otro con los hombros y los codos como si fuera una bola humana de billar automático atrapada entre una docena de lanzadores humanos.

Tenía las manos atadas a la espalda.

En el suelo había latas de cerveza y Cocas. El humo de cigarrillo llenaba la habitación en forma de espesas nubes grises. En algún momento, en la radio empezó a sonar una antigua canción de Jerry Lee Lewis, *Breathless*, y todo el mundo se rio y empezó a cantar.

Todo acabó con Meg en el suelo, lastimada y sollozante. Subimos a buscar refrescos.

Mi película continuaba.

Tras eso, los niños fueron y vinieron durante toda una semana. Normalmente no hacían otra cosa que mirar, pero recuerdo a Glenn Knott y a Harry Gray haciéndole un día lo que ellos llamaban un «sándwich» (cuando

Ruth no estaba), frotándose contra ella por el frente y por la espalda mientras ella colgaba de las cuerdas suspendidas de los garfios de las vigas del techo. Recuerdo a Tony Morino trayéndole a Ladrador una docena de babosas del jardín para que se las pusiera por todo el cuerpo.

Pero, aunque le dolía, Meg solía estar en silencio. Tras el incidente de la caca de perro, era difícil humillarla. Y no había muchas cosas que la asustaran. Parecía resignada. Como si todo lo que tuviera que hacer fuera esperar y entonces, con el tiempo, nos terminaríamos aburriendo de aquello y todo terminaría. Pocas veces se rebelaba. Si lo hacía, bastaba con que llamásemos a Susan. Pero la mayor parte del tiempo no hacía falta llegar hasta ese extremo. Ahora se quitaba o se ponía la ropa en cuanto se le ordenaba. Solo era «quítatela» cuando sabíamos que Ruth no iba a estar por allí o si era Ruth la que lo sugería, lo que no era demasiado frecuente.

La mayor parte el tiempo solo nos sentábamos ante la mesa de trabajo, jugando a las cartas o al Cluedo y bebiendo Cocas u hojeando revistas, hablando, y era como si Meg no estuviese ahí en absoluto excepto para decirle algo de cuando en cuando, para burlarnos de ella o para avergonzarla. Un abuso que era inconsciente y cotidiano. Su presencia nos empujaba de la misma forma pasiva que lo hacía un trofeo; ella era la pieza principal de nuestro club. Pasábamos allí la mayor parte del tiempo. Estábamos en medio del verano, pero todos estábamos perdiendo color por estar sentados en el sótano. Meg sencillamente estaba allí sentada o de pie, atada y en silencio, y la mayor parte del tiempo no le pedíamos nada más. Y entonces, a alguien se le ocurría una idea, una nueva forma de utilizarla, y la poníamos en práctica.

Pero, básicamente, daba la impresión de que ella podía tener razón. Igual nos terminábamos aburriendo un día y no volvíamos. Ruth parecía preocupada por sí misma y por sus distintas enfermedades; preocupada, extraña y distante. Y sin ella para avivar las llamas, nuestras atenciones hacia Meg se fueron haciendo cada vez más esporádicas, menos intensas.

De pronto me di cuenta de que ya debíamos estar bien entrados en agosto. En septiembre empezaríamos todos el colegio otra vez. Willie, Donny y yo nos íbamos el primer trimestre a un nuevo colegio, el Mount Holly, que había terminado de construirse justo ese verano, y Meg tenía que empezar el instituto. Todo tendría que haber acabado para entonces. Era de cajón. Podías dejar a una persona encadenada y encerrada durante las vacaciones de verano

y nadie tenía necesariamente que darse cuenta. Pero dejara un niño sin ir al colegio era otra cosa.

Así que todo acabaría en septiembre, de una forma u otra.

Así que, pensé, es posible que tuviera razón. Puede que todo lo que ella tuviese que hacer era esperar.

Y, entonces, pensé en lo que Eddie había dicho. Y empecé a preocuparme por si, en vez de eso, estaría totalmente equivocada.

Fue Eddie quien acabó con el club. Lo hizo al exigir más aún.

Pasaron dos cosas. La primera sucedió en un feo día de lluvia, el típico día que comienza gris y nunca pasa del color de la crema de champiñones antes de volver a ponerse totalmente negro.

Eddie le había robado a su padre un par de paquetes de seis cervezas y se los trajo consigo, y Denise, Tony Morino y él se bebieron ávidamente unas cuantas, mientras que Willie, Ladrador, Donny y yo nos bebimos las nuestras con más lentitud. Pronto, ellos tres estaban borrachos y los paquetes de seis se habían acabado, por lo que Willie subió a por más. Justo cuando Eddie decidió que tenía que mear. Lo que le dio una idea. Nos la susurró.

Cuando Willie volvió, él y Tony Morino bajaron a Meg al suelo, la tumbaron sobre su espalda y le ataron fuertemente los brazos a las patas de la mesa. Denise la agarró por los pies. Le pusieron varios periódicos bajo la cabeza.

Y entonces Eddie le meó en la cara.

Si Meg no hubiese estado atada a la mesa, creo que hubiese intentado matarle.

Pero en vez de eso, la gente se echó a reír mientras ella se debatía, hasta que, al final, se rindió y se quedó allí tumbada.

Y entonces a Donny se le ocurrió que a Ruth no le iba a hacer mucha gracia. Sería mejor que lo limpiaran todo. Así que levantaron a Meg y le ataron los brazos a la espalda y la mantuvieron así, mientras Ladrador recogía los papeles y los sacaba al incinerador y Donny echaba algo de agua en la gran pila de cemento que tenían en el sótano para desaguar la lavadora. Echó dentro un montón de Tide.

Luego volvió y entre Tony, Willie y él la sacaron del refugio hasta el sótano propiamente dicho, junto a la pila.

Le metieron la cabeza en el agua jabonosa y la mantuvieron allí debajo, riéndose, mientras Willie le frotaba el pelo. Tras un instante o dos empezó a debatirse. Cuando la dejaron salir, jadeaba sin respiración.

Pero estaba limpia.

Y entonces a Eddie se le ocurrió otra idea.

—Tenemos que aclararla —dijo. Tiró toda el agua, secó la pila y la volvió a llenar con el agua de aclarado muy caliente, exactamente igual a como Ruth había hecho con la ducha.

Luego, él solo, le hundió la cabeza.

Cuando le dejó volver a la superficie, su cara estaba tan roja como un cangrejo y ella chillaba, y la mano de Eddie estaba tan roja que realmente te preguntabas cómo había sido capaz de mantenerla ahí debajo. Pero ahora ya estaba aclarada.

Lavada y aclarada ¿Acaso Ruth no iba a alegrarse por ello? Ruth se puso furiosa.

El día siguiente mantuvo unas compresas frías sobre los ojos de Meg. Temía realmente por su vista. Tenía los ojos tan hinchados que apenas podía abrirlos, y manaba de ellos un líquido muchísimo más espeso que las lágrimas. Su cara estaba llena de manchas, horrible, como si fuera un caso mastodóntico de infección con hiedra venenosa. Pero eran los ojos los que tenían a todos preocupados.

La mantuvimos en el colchón de aire. Le dimos de comer.

Sabiamente, Eddie se mantuvo alejado.

Al día siguiente, estaba mejor.

Al tercer día, Eddie volvió.

Yo no estaba allí ese día (mi padre me tenía ocupado en El nido del águila), pero me lo contaron bastante pronto.

Al parecer, Ruth estaba arriba, tumbada, y se imaginaron que dormía debido a otra de sus jaquecas. Ladrador, Donny y Willie estaban jugando a los

ocho locos cuando Eddie y Denise entraron.

Eddie quería volver a quitarle la ropa, solo para mirar, dijo, y todo el mundo estuvo de acuerdo. Estaba calmado y silencioso. Bebía una Coca.

La desnudaron, la amordazaron y la ataron boca arriba sobre la mesa de trabajo, pero esta vez ataron cada pie a una pata distinta de la mesa. Idea de Eddie. Quería abrirla de piernas. La dejaron por un tiempo mientras acababan la partida de cartas y Eddie se terminaba su Coca.

Y entonces Eddie trató de meterle dentro la botella de Coca. Supongo que estaban todos tan sorprendidos y tan embebidos con lo que Eddie estaba haciendo que no oyeron a Ruth que bajaba a sus espaldas, pero cuando ella cruzó la puerta, Eddie tenía el cuello de la verde botella de Coca casi metido dentro de Meg y todos los demás se agolpaban a su alrededor.

Ruth echó un vistazo y empezó a chillar que se suponía que nadie debía tocarla, nadie, que estaba sucia, que tenía enfermedades, y Eddie y Denise pusieron pies en polvorosa, dejando a Ladrador, a Willie y a Donny para que se enfrentaran a su furia.

El resto lo supe por Donny.

Y Donny me confesó que estaba aterrado. Porque Ruth estaba totalmente fuera de sí.

Se dedicó a dar vueltas por la habitación rompiendo cosas y gritando incoherencias sobre que no había vuelto a salir, ni a ver una película, ni a cenar, ni a bailar, ni a fiestas, que todo lo que había hecho era quedarse allí sentada, cuidando de esos malditos y jodidos niños, limpiando, planchando, preparando la comida y el desayuno, y que se estaba volviendo vieja allí dentro, vieja, todos sus buenos años perdidos, que todo su cuerpo se había ido al infierno, mientras golpeaba sin parar las paredes y la pantalla de alambre de la ventana y la mesa de trabajo, y le daba patadas a la botella de Coca de Eddie hasta que esta se hizo añicos contra la pared.

Y entonces le dijo algo como «¡y tú! ¡tú!» a Meg y la miró como si fuera culpa suya el que el cuerpo de Ruth se estuviera yendo al infierno y el que no hubiera podido volver a salir, y la llamó puta y zorra y jodida basura inútil, y, entonces, se descalzó y la golpeó, dos veces, entre las piernas.

Ahora tenía heridas en esa zona. Heridas terribles.

Por fortuna, dijo Donny, Ruth llevaba zapatillas.

Me lo pude imaginar.

Tuve un sueño esa noche, la noche en la que me lo contó.

Estaba en casa viendo la tele y ponían un combate de boxeo, Sugar Ray Robinson contra algún tipejo blanco enorme sin nombre y sin rostro, y mi padre dormía a mi lado, roncando, sentado en la silla llena de cojines, mientras que yo lo veía desde el sofá, y, aparte de la luz de la tele, la casa estaba a oscuras y yo estaba cansado, muy cansado; y, de pronto, las cosas cambiaron y me encontré en el combate, al lado del cuadrilátero, con gente gritando a mi alrededor, y Sugar Ray esquivaba al tipo con esa forma típica suya, moviéndose como un tanque, con los pies planos, moviendo la cintura. Era excitante.

Así que yo estaba animando a Sugar Ray y busqué a mi padre para ver si él también estaba haciéndolo, pero él estaba profundamente dormido en el asiento de al lado, igual que lo había estado en el sofá, hundiéndose lentamente en el suelo.

—Despierta —le dijo mi madre, dándole codazos. Supongo que había estado allí todo el tiempo, pero no la había visto antes—. Despierta —repitió.

Pero no lo hizo. Y yo volví a mirar al cuadrilátero, pero, en lugar de Sugar Ray, era Meg la que estaba dentro, Meg tal y como la vi por primera vez, en el arroyo, vestida con pantalones cortos y una blusa pálida y sin mangas, con su coleta tan roja como el fuego moviéndose de un lado para otro a sus espaldas mientras pegaba al tipo, le pegaba. Y me puse en pie, animando, gritando.

—¡Meg! ¡Meg! ¡Meg!

Me desperté llorando. Tenía la almohada empapada de lágrimas.

Me sentí confuso. ¿Por qué lloraba? No había sentido nada.

Fui al cuarto de mis padres.

Ahora dormían en camas separadas. Las habían tenido durante años. Igual que en el sueño, mi padre roncaba. Mi madre dormía en silencio a mi lado.

Me acerqué a la cama de mi madre y me quedé allí, mirándola, una delicada y menuda mujer de pelo oscuro que, en ese momento, dormida, me

parecía más joven de lo que jamás pensé que la vería.

La habitación olía fuertemente con su sueño, el húmedo olor de la respiración.

Quería despertarla. Quería contárselo. Todo.

Era la única a la que se lo podía contar.

—¿Mamá? —dije. Pero lo dije muy suavemente, como si una parte de mí siguiese demasiado asustada o demasiado poco dispuesta a molestarla. Las lágrimas surcaban mis mejillas. Se me caían los mocos. Aspiré por la nariz. El ruido fue más fuerte que mi voz cuando la llamé.

—¿Mamá?

Ella se movió, gimiendo suavemente.

Pensé que solo tenía que intentarlo una vez más para poder despertarla.

Y entonces pensé en Meg, sola en la larga oscuridad de la noche dentro de aquel refugio, ahí tumbada. Sufriendo.

Entonces recordé el sueño.

Sentí que algo me oprimía.

No podía respirar. Sentí, de pronto, un horror mareante y cada vez mayor.

La habitación se volvió oscura. Me sentí explotar.

Y supe cuál era mi parte en todo esto.

Mi estúpida y descuidada traición.

Mi maldad.

Sentí cómo me llegaba, involuntariamente, un enorme sollozo en forma de grito. Lo sentí como un grito. Me tapé la boca y salí corriendo y tambaleante de la habitación, cayendo de rodillas en el pasillo, tras su puerta. Me quedé allí sentado, temblando, llorando. No podía dejar de llorar.

Estuve ahí sentado mucho rato.

Ellos no se despertaron.

Cuando me puse en pie, casi había amanecido.

Fui a mi habitación. A través de la ventana, desde mi cama, observé cómo

la noche se volvía de un negro más oscuro para luego pasar a un azul oscuro intenso.

Mis pensamientos daban vueltas y más vueltas y salían de mí igual que las golondrinas mañaneras salían de los aleros.

Me senté, me reconocí por completo y, tranquilamente, observé cómo salía el sol.

36

Fue una suerte que, por el momento, los otros, al menos, fueron excluidos. Necesitaba hablar con ella. Tenía que convencerla de que al fin iba a ayudarla.

Trataría de que se fugase, con o sin Susan. No me daba cuenta de que Susan, de alguna forma, se encontraba en un peligro igual de grande. De momento no le había pasado nada excepto alguna que otra zurra, al menos nada que yo hubiera visto. Era Meg la que tenía problemas. Y ahora, pensé, tenía que darse cuenta.

Fue más fácil y más difícil de lo que me había imaginado. Más difícil porque me encontré con que yo también había sido excluido.

—Mamá no quiere que haya nadie por aquí —me explicó Donny. Nos dirigíamos en nuestras bicicletas a la piscina comunitaria, por primera vez desde hacía semanas. Era un día calurosa y no soplaba nada de brisa, por lo que ya estábamos sudando a tres manzanas de nuestra calle.

—¿Y eso? Yo no hice nada. ¿Por qué yo?

Bajamos una loma. No tuvimos que esforzarnos durante un rato.

—No es eso. ¿Has oído lo que hizo Tony Morino?

—¿Qué?

—Se lo contó a su madre.

—¿Qué?

—Sí. El muy estúpido... Su hermano, Louie, nos lo contó. Ya sabes, no todo. Creo que no pudo contarle todo. Pero sí lo suficiente. Le dijo que teníamos a Meg en el sótano. Le contó que Ruth la llamaba puta y zorra y que le pegaba.

—Jesús. ¿Y qué dijo?

Donny se echó a reír.

—Por suerte para nosotros, los Morino son unos católicos realmente estrictos. Su madre dijo que probablemente se lo merecía, que posiblemente es una pérdida, o algo así. Dijo que los padres tienen derechos y que Ruth es ahora su madre. Así que, ¿sabes lo que hicimos?

—¿Qué?

—Willie y yo fingimos que no lo sabíamos. Llevamos a Tony a Bleeker's Farm, a los bosques que hay allí. No conocía ese sitio en absoluto. Hicimos que se perdiera y luego le dejamos en los pantanos. Le llevó dos horas y media encontrar el camino de vuelta y llegar a su casa, y, para entonces, ya estaba oscuro. Pero ¿sabes qué es lo mejor? Su madre le dio una zorra por perderse la cena y llegar a casa lleno de fango del pantano y de porquería. ¡Su madre!

Nos reímos. Nos metimos en el camino recién construido que conducía al edificio de los recreativos, dejamos las bicis en el aparcamiento de bicicletas y atravesamos a pie el suelo pegajoso y de olor dulzón hasta la piscina.

Enseñamos en la puerta nuestras bolsas de plástico. La piscina estaba abarrotada. Niños pequeños pateando y salpicando en las orillas como una escuela de pirañas. La piscina para bebés llena de madres y padres que guiaban a sus pequeños, dedos regordetes agarrados a los tubos interiores de patitos y dragones. Había largas colas de gente impaciente ante los trampolines y el puesto de refrescos. Chaquetas amarillas en cada papelera esquivando envoltorios de helados y refrescos.

Los gritos, chapoteos y chillidos que daba la gente que corría por el vallado recinto de hierba y cemento eran ensordecedores. Daba la impresión de que el silbato del socorrista sonaba cada treinta segundos. Colocamos nuestras toallas, fuimos a la zona de dos metros y medio y nos sentamos con las piernas balanceando dentro del agua que olía a cloro.

—Así que, ¿qué pasa conmigo? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—No sé —respondió—. Mi madre está ahora muy preocupada. Por si alguien lo cuenta.

—¿Yo? Vaya, yo no lo contaré —repliqué. Me recordé en la oscuridad, de

pie al lado de mi madre dormida—. Sabes que no lo contaré.

—Lo sé. Ruth está rara estos días.

No seguí presionándolo. Donny no era tan tonto como su hermano. Me conocía. Se daría cuenta si trataba de forzarlo y se preguntaría por qué.

Así que esperé. Salpicamos con los pies.

—Mira —me dijo—, hablaré con ella, ¿vale? Es una chorrada. Llevas viniendo a nuestra casa, ¿cuántos años?

—Un montón.

—Así que, que le den. Hablaré con ella. Vamos al agua.

Nos metimos en la piscina.

La parte fácil fue convencer a Meg para que se fuera.

Había una razón. Por última vez, me dije a mí mismo, tendría que quedarme y mirar, esperando el momento en el que pudiera hablar. Y entonces la convencería. Incluso tenía un plan en la cabeza.

Y entonces se acabaría.

Tenía que fingir que estaba con ellos pasara lo que pasara; que no importaba. Una última vez.

Pero casi no llegó a pasar.

Porque esa última vez fue casi suficiente como para ponernos a los dos en el disparadero. Esa última vez fue espantosa.

37

—Está bien —me dijo Donny al día siguiente—. Mamá dice que puedes venir.

—¿Ir adónde? —preguntó mi madre.

Estaba detrás de mí en el fregadero de la cocina, cortando cebollas. Donny estaba en el porche, detrás de la pantalla. Al estar yo en medio, no se había dado cuenta de que ella se encontraba allí.

La cocina apestaba a cebolla.

—¿Adónde vais? —repitió.

Lo miré. Pensó con rapidez.

—Vamos a tratar de ir a Sparta el próximo sábado, señora Moran. Una especie de picnic familiar. Habíamos pensado que igual David también podía venir. Puede, ¿verdad?

—No veo por qué no —contestó mi madre, sonriendo. Donny siempre era muy educado con ella sin resultar cargante, y ella lo apreciaba precisamente por ello, aunque no sentía lo mismo por el resto de la familia.

—¡Genial! Gracias, señora Moran. Nos vemos, David —dijo él.

Así que, poco después, fui allí.

Ruth había vuelto al juego.

Su aspecto era espantoso. Tenía heridas por toda la cara, y resultaba evidente que se las había rascado porque dos de ellas tenían la costra casi arrancada del todo. Tenía el pelo grasiento, pegado y con caspa. Aparentaba haber dormido varios días con el fino camisón de algodón. Y ahora sí que estaba seguro de que había perdido peso. Podías vérselo en la cara: las bolsas bajo los ojos, la piel estirada sobre los pómulos.

Estaba fumando, como de costumbre, sentada en una silla plegable frente a Meg. Tenía a su lado un sándwich de atún a medio comer sobre un plato de papel y lo estaba usando de cenicero. Dos colillas de Tareyton emergían del empapado pan blanco.

Estaba mirando fijamente, inclinada hacia delante sobre la silla, guiñando los ojos. Y pensé en el aspecto que tenía cuando veía sus concursos por la tele, programas como *Veintiuno*. Charles Van Doren, el profesor de inglés de Columbia, acababa de ser acusado de hacer trampas al ganar 129.000 dólares en el concurso la semana anterior. Ruth estuvo tristísima. Como si ella también hubiera hecho trampas.

Pero ahora observaba a Meg con la misma pensativa intensidad con la que lo hacía con Van Doren en su cabina insonorizada.

Jugando con él.

Mientras, Ladrador pinchaba a Meg con su navaja.

La habían vuelto a colgar del techo, y se encontraba de puntillas, sufriendo, con varios volúmenes de la *World Book* esparcidos a sus pies. Estaba desnuda. Estaba sucia, llena de heridas. Bajo la capa de sudor, tenía ahora una extraña palidez. Pero no importaba nada de eso. Debería, pero no lo hacía. La magia, la pequeña y cruel magia de verla de aquella forma, flotó por un momento sobre mí como si fuera un hechizo.

Ella era todo cuanto yo conocía sobre el sexo. Y todo cuanto sabía sobre la crueldad. Por un momento, sentí que me inundaba como si fuera un vino peleón. De nuevo estaba con ellos.

Y entonces miré a Ladrador.

Una pequeña versión de mí, o de lo que yo podía llegar a ser, con un cuchillo en la mano.

No me sorprendía que Ruth estuviese concentrada.

Estaban todos allí, Willie y Donny también, sin que nadie hablara, porque un cuchillo no era una cuerda, ni un cinturón, ni un chorro de agua hirviendo, los cuchillos podían herirte gravemente, de forma permanente, y Ladrador era demasiado pequeño para entenderlo del todo, sabía que la muerte y las heridas eran cosas que podían pasar, pero no entendía las consecuencias. Estaban pisando un hielo muy fino, y lo sabían. Pero dejaban que ocurriera. Querían

que pasara. Estaban siendo educados.

Yo no necesitaba esas lecciones.

De momento no había sangre ninguna, pero yo sabía que, con toda probabilidad, la habría, que solo era cuestión de tiempo. Era evidente, incluso tras la mordaza y tras la venda de los ojos, que Meg estaba aterrada. Su pecho y estómago se movían con una respiración agitada. La cicatriz de su brazo parecía un relámpago.

La pinchó en la tripa. Como estaba de puntillas, no había forma de que lo esquivara. Solo se agitó convulsivamente contra las cuerdas. Ladrador se rio y la pinchó bajo el ombligo.

Ruth me miró, me hizo un gesto de bienvenida, y encendió otro Tareyton. Reconocí el anillo de bodas de la madre de Meg, flojo en su dedo anular.

Ladrador deslizó la cuchilla por las costillas de Meg y la pinchó en la axila. Lo hizo con tanta rapidez y de una forma tan descuidada que me quedé esperando a que surgiera sangre de sus costillas. Pero, esa vez, tuvo suerte. Pero vi otra cosa.

—¿Qué es eso?

—¿Qué es qué? —preguntó Ruth, distraída.

—Eso, lo de la pierna.

Tenía una marca roja, de unos dos centímetros, en forma de cuña en el muslo, justo por encima de la rodilla.

Le dio una calada al Tareyton. No me contestó.

Lo hizo Willie.

—Mamá estaba planchando —me contó—. Nos estaba molestando, así que mamá le dio con la plancha. La despellejó. Ningún problema, excepto que se ha estropeado la plancha.

—Ningún problema, y una mierda —dijo Ruth. Se refería a la plancha.

Mientras tanto, Ladrador deslizaba el cuchillo de vuelta hacia la tripa de Meg. Esta vez, la pinchó justo donde acababan las costillas.

—Ups —exclamó.

Se volvió para mirar a Ruth. Ruth se levantó.

Le dio una calada al cigarrillo y tiró la ceniza.

Y se acercó.

Ladrador dio un paso hacia atrás.

—Maldita sea, Ralphie —dijo.

—Lo siento —se disculpó. Soltó el cuchillo. Hizo un ruido metálico al chocar contra el suelo.

Era evidente que estaba asustado. Pero la voz de Ruth era tan neutra como su tono.

—Mierda —dijo—. Ahora vamos a tener que cauterizar. —Levantó el cigarrillo. Miré hacia otro lado.

Oí el grito de Meg a través de la mordaza, un tembloroso gemido ahogado que se convirtió, abruptamente, en un aullido.

—Cállate —le ordenó Ruth—. Cállate o te lo vuelvo a hacer.

Meg no pudo parar.

Yo estaba temblando. Miré a la desnuda pared de cemento. *Aguanta*, pensé, oí el siseo. Oí su grito.

Pude oler a quemado.

Levanté la vista y vi a Ruth con el cigarrillo en una mano mientras que con la otra se agarraba el pecho a través del vestido gris de algodón. Se estaba sobando. Vi las señales de las quemaduras, muy juntas, bajo las costillas de Meg, su cuerpo repentinamente bañado en sudor. Vi cómo se movía bruscamente la mano de Ruth sobre su arrugado vestido para hacer presión sobre sus piernas mientras gruñía y gemía, y el cigarrillo volvió a acercarse.

Yo iba a estallar. Lo sabía. Podía sentir cómo crecía. Iba a tener que hacer algo, que decir algo. Lo que fuera para acabar con las quemaduras. Cerré los ojos y seguí viendo a Ruth agarrándose entre las piernas. Me rodeaba el olor a carne quemada. Se me encogió el estómago. Me di la vuelta, oí que Meg gritaba y gritaba, y entonces, de pronto, Donny dijo «¡mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!», con voz nerviosa y súbitamente teñida de miedo.

No podía entenderlo.

Y entonces lo oí. Llamaban a la puerta.

Había alguien en la puerta.

La puerta principal.

Miré a Ruth. Ella miró a Meg, con una expresión tranquila y relajada, despreocupada y distante. Lentamente, se llevó el cigarrillo a la boca y le dio una lenta y profunda calada. Saboreándolo.

Volví a sentir un nudo en el estómago.

Oí cómo llamaban a la puerta.

—Id a abrir —dijo—. Despacio. Con tranquilidad.

Se quedó allí, tranquilamente, mientras Donny y Willie se miraban y luego subían las escaleras.

Ladrador miró a Ruth y luego a Meg. Parecía confuso. Repentinamente volvía a ser solo un niño pequeño que quería que le dijeran lo que tenía que hacer. ¿Debo ir con ellos o quedarme? Pero nadie iba a ayudarlo, no con Ruth en aquel estado. Así que, finalmente, tomó su propia decisión. Siguió a sus hermanos.

Esperé hasta que desapareció.

—¿Ruth? —dije.

No pareció que me hubiera oído.

—¿Ruth?

Siguió con la mirada fija.

—¿No crees...? Es decir, si se trata de alguien... ¿Crees que debe confiárselo a ellos? ¿A Willie y a Donny?

—¿Mmmmm?

Me miró, pero no estoy muy seguro de que me viera. Nunca había visto a nadie que pareciera tan vacío.

Pero era mi oportunidad. Puede que la única que tuviera. Sabía que tenía que presionarla.

—¿No crees que deberías ser tú quien lo manejara, Ruth? Suponte que es el señor Jennings de nuevo.

—¿Quién?

—El señor Jennings. El agente Jennings. La poli, Ruth.

—Oh.

—Yo podría... vigilarla en tu lugar.

—¿Vigilarla?

—Para asegurarnos de que no...

—Sí. Bien. Vigílala. Buena idea. Gracias, Davy. —Empezó a dirigirse hacia la puerta, con movimientos lentos y como en sueños. Y entonces se giró. Y entonces habló con voz seca y aguda, y con la espalda muy erguida. Sus ojos parecían estar partidos con los reflejos de la luz.

—Será mejor que no la jodas —me advirtió.

—¿Qué?

Se puso un dedo sobre los labios y sonrió.

—Si oigo un solo ruido aquí abajo, te prometo que os mato a los dos. No os castigo. Os mato. Muertos. ¿Lo pillas, Davy? ¿Estamos de acuerdo?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí, señora.

—Bien. Muy bien.

Se dio la vuelta y ahora oí sus zapatillas subiendo la escalera. Oí Voces arriba, pero no pude entenderlas.

Me volví hacia Meg.

Descubrí dónde la había quemado por tercera vez. El pecho derecho.

—Oh, Jesús, Meg —exclamé. Me acerqué a ella—. Soy David. —Le quité la venda de los ojos para que pudiera verme. Sus ojos brillaban de forma salvaje.

—Meg —le dije—. Meg, escucha. Escúchame, por favor. Por favor, no hagas ningún ruido. ¿Has oído lo que ha dicho? Es capaz de hacerlo, Meg. Por favor, no grites ni hagas nada, ¿vale? Quiero ayudarte. No tenemos mucho tiempo. Escúchame. Te voy a quitar la mordaza, ¿vale? No vas a gritar, ¿verdad? Eso no te ayudaría. Podría ser cualquiera el que ha llamado.

La chica de Avón. Ruth podría convencerle de que no es nada. Podría convencer a cualquiera de cualquier cosa. Pero voy a sacarte de aquí, ¿me entiendes? ¡Voy a sacarte!

Estaba hablando a una velocidad de vértigo, pero no podía parar. Le quité la mordaza para que me pudiera contestar. Se humedeció los labios.

—¿Cómo? —me preguntó. Su voz era un débil y doloroso sonido áspero.

—Esta noche. Tarde. Cuando están dormidos. Tiene que dar la impresión de que lo hiciste sola. Totalmente sola. ¿Vale?

Asintió.

—Tengo algo de dinero —continué—. Estarás bien. Y puedo pasarme por aquí para asegurarme de que no le pasa nada a Susan. Y puede que para entonces se nos ocurra algún modo de sacarla también de aquí. Puede que volver a ir a la poli. Enseñarles... esto. ¿Vale?

—Vale.

—Vale. Esta noche. Lo prometo.

Oí cómo se cerraba la puerta y ruido de pasos cruzando el cuarto de estar, los oí bajando la escalera. Volví a amordazarla. Volví a tapparle los ojos.

Eran Donny y Willie.

Me miraron.

—¿Cómo lo sabías? —me preguntó Donny.

—¿Saber el qué?

—¿Se lo has contado?

—¿Contárselo a quién? ¿Contarle qué? ¿De qué estás hablando?

—No intentes tomarme el pelo, David. Ruth nos ha contado que le dijiste que podía ser Jennings el que llamaba a la puerta.

Oh, Jesús, pensé. Oh, mierda. Y yo que le había suplicado que no gritase.

Podíamos haberlo parado en aquel mismo momento.

Pero tenía que seguir fingiendo ante ellos.

—Estás de broma —le dije.

—No bromeo.

—¿El señor Jennings? Dios mío, si solo era una suposición.

—Una suposición muy acertada —señaló Willie.

—Solo era algo que dije para que ella...

—¿Para que ella qué? *Subiera*, pensé.

—Para que ella volviera a reaccionar. Cristo, la habéis visto. ¡Parecía un maldito zombi!

Se miraron el uno al otro.

—Estaba realmente muy rara —señaló Donny.

Willie se encogió de hombros.

—Sí. Supongo.

Quería que siguiesen por ese camino. Así no pensarían que había estado a solas con Meg.

—¿Qué creéis? —pregunté—. ¿Buscaba a Meg?

—Más o menos —contestó Donny—. Dijo que solo pasaba por aquí para ver cómo estaban esas agradables niñas. Así que le enseñamos a Susan en su habitación. Le dijimos que Meg había salido de compras. Susan no dijo nada, claro; no se atrevió. Así que creo que se lo tragó. Parecía bastante incómodo.

Bastante tímido para ser un poli.

—¿Dónde está tu madre?

—Dijo que quería echarse un rato.

—¿Qué vais a cenar?

Era una pregunta un tanto absurda, pero fue lo primero que se me ocurrió.

—No sé. Igual preparamos unos perritos en la parrilla. ¿Por qué? ¿Quieres venir?

—Le preguntaré a mi madre —contesté. Miré a Meg—. ¿Qué pasa con ella? —le pregunté.

—¿Qué pasa con ella?

—¿La vais a dejar así o qué? Deberíais hacer algo con esas quemaduras,

al menos. Se le podrían infectar.

—Que le den —contestó Willie—. No estoy seguro de haber acabado aún con ella.

Se agachó y cogió el cuchillo de Ladrador.

Lo sopesó en la mano, de la cuchilla al mango, y se agachó y sonrió.

—Aunque puede que sí lo haya hecho —continuó—. No lo sé. No lo sé. —Se acercó a ella. Y repitió para que ella pudiera oírlo y entenderlo bien—. Simplemente no lo sé. —Burlándose de ella.

Decidí ignorarlo.

—Voy a preguntárselo a mi madre —le dije a Donny.

No quería quedarme y ver lo que decidía. De una forma o de otra, no había nada que yo pudiera hacer. Tenía que dejar que algunas cosas siguieran su rumbo. Tenía que concentrarme en lo que sí podía hacer. Me di la vuelta y subí las escaleras.

Arriba del todo, me tomé un momento para comprobar la puerta.

Contaba con su pereza, con su falta de organización.

Comprobé el candado.

Y sí, seguía roto.

38

Hubo un tiempo en el que hasta los culpables tenían una extraña inocencia.

En nuestra ciudad, el robo era algo inexistente. Los robos se llevaban a cabo en las ciudades, no aquí; esa era, para empezar, una de las razones por las que nuestros padres dejaron las ciudades.

Las puertas se cerraban debido al frío, el viento y la lluvia, no por las personas. Así que cuando el candado de una puerta o una ventana se rompía o se oxidaba tras años de mal tiempo, lo más normal es que se dejase así. Nadie necesitaba un candado para dejar fuera la nieve.

La casa de los Chandler no era ninguna excepción.

Tenían una puerta trasera con un candado que no creo que hubiera funcionado nunca; en toda mi vida. Luego había una puerta de madera que se había combado ligeramente de tal forma que el cierre del pestillo ya no encajaba con el hueco de la jamba.

Incluso estando Meg allí prisionera, no se habían molestado en arreglarlo.

Lo que dejaba la puerta de metal que conducía al propio refugio, que chirriaba. Sería algo desmañado y ruidoso, pero lo único que había que hacer era descorrer el pestillo.

Creía que se podía hacer.

A las tres y veinticinco de la mañana, me acerqué a echar un vistazo.

Llevaba en el bolsillo una linterna pequeña, una navaja y treinta y siete dólares en billetes pequeños. Llevaba puestas unas zapatillas de deporte, unos vaqueros y la camiseta que mi madre me había teñido de negro a imitación de la que Elvis llevaba en *Loving you*. Para cuando crucé el camino hasta su patio, la camiseta se me había pegado a la espalda como si fuera una segunda

piel.

La casa estaba a oscuras.

Entré en el porche y esperé, tratando de oír algo. La noche estaba silenciosa y clara bajo una luna casi llena.

Daba la impresión de que la casa de los Chandler me echaba el aliento, crujiendo como los huesos de una vieja dormida.

Daba miedo.

Por un momento, quise olvidarme de todo, ir a casa, meterme en la cama y taparme con las mantas. Quería estar en otra ciudad totalmente distinta. Estuve toda la tarde imaginándome que mi padre o mi madre me decían, «bueno, David, no sé cómo decírtelo, pero nos mudamos».

No hubo suerte.

Seguía pensando que me pillarían en las escaleras. La luz se encendería de repente y allí estaría Ruth, apuntándome con una pistola. No creo que tuviera una. Pero, de todas formas lo pensaba. Una y otra vez, como un disco que se hubiese rayado en la última pista.

Estás chalado, me repetía una y otra vez.

Pero lo había prometido.

Y, a pesar de lo terrorífico que me resultaba todo aquello, ese día me había dado aún más miedo. Al mirar a Ruth, finalmente me di cuenta de cómo acabaría todo. De una forma clara y sin posibilidad de error, vi que Meg iba a morir.

No sé cuánto tiempo estuve allí, esperando en el porche.

Lo suficiente como para oír a la rosa de Sharon arañando la casa en una suave brisa, como para fijarme en las ranas que croaban en el arroyo, en los grillos de los bosques. Lo suficiente como para que mis ojos se adaptaran a la oscuridad y como para que la normalidad de las ranas y los grillos cantándose unos a otros en la noche me tranquilizara. Así que, tras un tiempo, lo que sentía ya no era el temor ciego con el que empecé, sino excitación; excitación por hacer algo por fin, algo por Meg y por mí, algo que nadie que yo conociera había hecho jamás. Me ayudaba pensar de esa manera. Sobre la tensa realidad del momento de lo que estaba haciendo. Si lo hacía así, podía

convertirlo en una especie de juego. Estaba entrando en una casa de noche y la gente dormía. Eso era todo. No era gente peligrosa. No era Ruth. No eran los Chandler. Solo gente. Yo era un ladrón de casas. Frío, cuidadoso y sigiloso. Nadie iba a pillarme. Ni esa noche ni nunca.

Abrí la puerta exterior.

Apenas hizo ruido.

La puerta interior era más complicada. La madera se había dilatado con la humedad. Giré el pomo y presioné los dedos contra la jamba y el pulgar contra la puerta. La empujé lentamente, con suavidad.

Chirrió.

Empujé con más fuerza y decisión. Sostuve el pomo con firmeza, manteniendo una ligera presión para que, cuando se abriera, no saltara y temblara.

Chirrió un poco más.

Estaba seguro de que toda la casa lo había oído. Todo el mundo.

Aún podía correr si tenía que hacerlo. Era bueno saberlo.

Y entonces, de repente, se abrió. Con menos ruido incluso del que había hecho la anterior.

Traté de oír algo.

Entré.

Encendí la linterna. Las escaleras estaban llenas de trapos, escobas, cepillos, cubos; cosas que Ruth usaba para limpiar, así como botes de clavos, latas de pintura y otras más pequeñas. Por fortuna, la mayoría estaban alineadas en un único lado, el opuesto a la pared. Sabía que las escaleras serían más seguras y crujirían menos justo al lado de la pared, donde tenían un soporte. Si iban a cogerme, este sería el lugar, donde haría más ruido. Empecé a bajar con cuidado.

En cada escalón, me paraba y escuchaba. Varié el tiempo de cada paso para que no hubiera ningún ritmo en absoluto.

Pero cada escalón tenía algo que decir.

Me llevó una eternidad.

Y, por fin, me encontré abajo del todo. Para entonces, me parecía que el corazón me iba a estallar. No podía creerme que no me hubiesen oído.

Me acerqué a la puerta del refugio.

El sótano olía a jabón, a moho y a colada; y a algo parecido a leche pasada derramada. Giré el pomo lo más silenciosa y cuidadosamente que pude. El metal chirrió exactamente igual.

Abrí la puerta y entré.

Fue solo entonces, creo, cuando recordé por qué me encontraba allí en primer lugar.

Meg estaba sentada en una esquina de su colchón de aire, con la espalda contra la pared, esperando. A la pálida luz, pude ver lo asustada que se encontraba. Y lo malo que había sido aquel día para ella.

Le habían dado una fina camisa andrajosa para vestirse, y nada más. Tenía las piernas desnudas.

Willie había trabajado en ellas con el cuchillo.

Tenía líneas y arañazos entrecruzados sobre sus muslos y bajando por sus pantorrillas, casi hasta los tobillos.

También había sangre en su camisa. Sobre todo sangre seca, pero no toda. Alguna seguía calando.

Se puso en pie.

Se acercó y pude ver una herida nueva en su sien.

Pero, aun con todo, seguía firme y dispuesta. Empezó a decir algo, pero me llevé un dedo a los labios, haciéndola callar.

—He dejado el cerrojo descorrido y la puerta de atrás abierta —le susurré.

»Pensarán que se les olvidó. Dame una media hora. Quédate en el lado de la pared en las escaleras y no corras. Donny es rápido. Te cogería. Toma.

Me metí la mano en el bolsillo y le di el dinero. Lo miró. Entonces negó con la cabeza.

—Mejor no —me susurró—. Si algo va mal y me cogen con esto, sabrán que ha estado alguien aquí. No volveríamos a tener otra oportunidad. Déjame... —lo pensó por un momento—. Déjame en la gran roca. Ponle

una piedra encima, o algo así. Lo encontraré, no te preocupes.

—¿Adónde irás? —le pregunté.

—No lo sé. Aún no. Puede que vuelva con el señor Jennings. No demasiado lejos. Quiero seguir cerca de Susan. Encontraré una forma de hacértelo saber en cuanto pueda.

—¿Quieres la linterna?

Volvió a negar con la cabeza.

—Conozco las escaleras. Quédatela. Vete. Venga. Sal de aquí.

Me volví para irme.

—¿David?

Me giré de nuevo y, de pronto, estaba a mi lado, a punto de cogermelo. Vi cómo brillaban las lágrimas en sus ojos justo antes de que los cerrara y me diera un beso.

Tenía los labios secos, partidos, cortados y llenos de heridas.

Fueron las cosas más suaves y hermosas que jamás me hayan tocado, que jamás haya yo tocado.

Sentí como, de pronto, yo también estaba a punto de llorar.

—¡Dios! Lo siento, Meg. Lo siento.

Apenas pude salir. Lo único que podía hacer era quedarme ahí sacudiendo la cabeza y pidiéndole que me perdonara.

—David —me dijo—. David. Gracias. Lo último que has hecho, eso es lo que cuenta.

La miré. Fue como si me la estuviese bebiendo, como si, de alguna forma, me estuviese convirtiendo en ella.

Me sequé los ojos, la cara. Asentí y me volví para irme.

Y, de repente, se me ocurrió algo.

—Espera —le dije.

Salí del refugio y recorrí las paredes con la luz de la linterna. Encontré lo que buscaba. Saqué la llanta de acero de los garfios, retrocedí y se la di.

—Por si la necesitas —le expliqué.

Asintió.

—Buena suerte, Meg —dije, y, en silencio, cerré la puerta.

Y volví a encontrarme en medio de todo aquello, en el abrumador silencio de la casa dormida, moviéndome lentamente hacia arriba, hacia la puerta de salida, sopesando cada paso contra el crujido de las camas y los susurros de las ramas de los árboles.

Y entonces salí por la puerta.

Crucé el patio a la carrera hasta el camino, atajé por la parte de atrás de mi casa y por los bosques. La luna brillaba, pero yo conocía el camino sin necesidad de la luna. Oí cómo fluía el agua del arroyo.

Me detuve en la roca para recoger algunas piedras y bajé con cuidado por la orilla. La superficie del agua brillaba debido a la luz de la luna, que se partía sobre las rocas. Subí a la roca y busqué en mi bolsillo, hice un montón con el dinero y le puse encima una pequeña pirámide de piedras.

Desde la orilla, me volví a mirar.

El dinero y las piedras me parecían algo pagano, como una ofrenda.

Entre el rico y verde aroma de las hojas, corrí de vuelta a casa.

39

Y entonces me senté en la cama y escuché cómo dormía mi propia casa. Pensé que me sería imposible dormir, pero no había tenido en cuenta la tensión y el agotamiento. Me quedé dormido justo antes del amanecer, con la almohada empapada en sudor.

Dormí mal; y hasta tarde.

Miré el reloj y era casi mediodía. Me vestí, corrí al piso de abajo, engullí el cuenco de cereales de rigor, pues mi madre estaba allí parada y quejándose de la gente que duerme todo el día y de dónde les llevaría eso cuando fueran adultos (principalmente a la cárcel y al paro) y salí por la puerta al pegajoso sol de agosto.

De ninguna forma me atrevería a ir derecho a la casa de los Chandler. ¿Qué pasaría si pensasen que fui yo?

Atravesé los bosques hasta la roca.

La pequeña pirámide de piedras y dólares que había hecho seguía allí.

A la luz del día, ya no parecía una ofrenda. Se parecía a una mierda de perro sobre una pila de hojas. Estaba ahí burlándose de mí.

Sabía lo que eso quería decir. No había podido salir.

La habían cogido.

Seguía dentro.

Tuve una horrible y enfermiza sensación en el estómago y casi vomito los cereales. Estaba furioso, y luego asustado, y luego totalmente confuso. *¿Y si han decidido que fui yo quien descorrió el pestillo? ¿Y si le han hecho algo a Meg para obligarla a decírselo?*

¿Qué se suponía que iba a hacer ahora?

¿Salir de la ciudad?

Podrías ir a la poli, pensé. Podrías ir a ver al señor Jennings.

Y entonces pensé, *genial, ¿y decirle qué? ¿que Ruth lleva meses torturando a Meg y que lo sé de buena tinta porque, de alguna forma, la he estado ayudando?*

Había visto demasiadas series de polis como para saber lo que es un cómplice.

Y conocía a un chico (un amigo de mi primo de West Orange) que estuvo casi un año en un centro de menores por emborracharse con cerveza y robarle el coche al vecino. Según él, podían pegarte, drogarte, ponerte una camisa de fuerza si querían. Y te dejaban salir cuando eran buenos y estaban dispuestos.

Tiene que haber otra forma, pensé.

Como dijo Meg respecto a quedarse el dinero; podíamos volver a intentarlo. Pensarlo mejor esta vez.

Si es que aún no sabían lo mío.

Solo había una forma de averiguarlo.

Me subí a la roca, cogí los billetes de cinco y de uno y me los metí en el bolsillo.

Entonces respiré profundamente.

Y fui allí.

40

Willie me recibió en la puerta y quedó claro que, aunque lo supiesen o lo sospechasen, él tenía asuntos más urgentes en la cabeza.

—Entra —me dijo.

Parecía hecho polvo y cansado, aunque excitado, y los dos factores se combinaban para volverlo más feo que nunca. Saltaba a la vista que no se había lavado y le olía mal el aliento incluso para ser él.

—Cierra la puerta al pasar.

Lo hice. Bajamos.

Y ahí estaba Ruth, sentada en su silla plegable. Y Ladrador. Eddie y Denise, sentados en la mesa de trabajo. Y Susan se sentaba, lívida y llorando en silencio, al lado de Ruth.

Todos ellos sentados en silencio mientras en el frío y vacío suelo de cemento Donny estaba tumbado encima de Meg, gruñendo, con los pantalones por los tobillos, violándola, con su cuerpo desnudo atado por manos y pies a los postes de apoyo de cuatro por cuatro.

Y supuse que Ruth había terminado por cambiar radicalmente de opinión respecto a tocarla.

Me sentí enfermo.

Me giré para irme de allí.

—Ah-ah —me dijo Willie—. Tú te quedas.

Y el afilado cuchillo que tenía en la mano y la mirada en sus ojos indicaban que tenía razón. Me quedé.

Estaban todos tan callados que podías oír el zumbido de las dos moscas.

Era como una horrible pesadilla. Así que hice lo que haces con los sueños.

Observé pasivamente cómo se desarrollaba.

Donny la tapaba casi totalmente. Solo podía ver la parte inferior de su cuerpo: sus piernas y muslos. O estaban mucho más magullados de lo que habían estado el día anterior o se habían ensuciado un montón. Las plantas de sus pies estaban negras.

Casi pude sentir su peso encima de ella, empujándola hacia abajo, golpeándola contra el duro y rugoso suelo. Estaba amordazada, pero no le habían vendado los ojos. Tras la mordaza, pude oír su dolor y su ultrajada indefensión.

Él gruñó y se arqueó de pronto, y apretó su pecho moreno, y entonces se retiró lentamente de encima de ella.

A mi lado, Willie suspiró con alivio.

—Ya está —dijo Ruth, asintiendo—. Para eso es para lo que sirves.

Denise y Ladrador se rieron.

Donny se subió los pantalones. Se los abrochó. Me miró, pero no directamente a los ojos. No podía culparle. Yo tampoco podría mirarle directamente a los ojos.

—Probablemente hayas cogido la gonorrea —le dijo Ruth—. Pero no importa. Hoy en día tiene cura. Susan empezó de pronto a sollozar.

—¡Mamiiii!

Se movía adelante y atrás en su silla.

—¡Quiero a mi *mamiiii!*

—Oh, que cierre el pico de una santa vez —dijo Ladrador.

—Sí —apoyó Eddie.

—Cierra el puto pico —le ordenó Ruth—. ¡Cállate!

Le dio una patada a su silla. Retrocedió y le dio otra, y Susan se cayó. Se quedó allí tumbada, gritando, arañando el suelo con sus protectores.

—¡Quédate ahí! —le dijo Ruth—. ¡Quédate ahí! Quédate dónde estás. — Y entonces se volvió para enfrentarse al resto de nosotros—. ¿Quién más quiere? —preguntó—. ¿Davy? ¿Eddie?

—Yo —dijo Willie.

Ruth lo miró.

—No sé si es posible —contestó—. Tu hermano acaba: de montárselo con ella. Me parece que es incesto. No sé.

—¡Oh, mierda, mamá! —protestó Willie.

—Bueno, pues lo es. No es que la putita me importe una mierda. Pero me sentiría muchísimo mejor si se tratase de Eddie o de Davy.

—¡Davy no la desea, por amor de Dios!

—Claro que sí.

—¡No, no la desea!

Me miró. Yo aparté la vista.

Se encogió de hombros.

—Puede que no. Es un chico sensible. Sé que yo no la tocaría. Pero no soy un hombre, ¿verdad? ¿Eddie?

—Yo quiero cortarla —dijo Eddie.

—Sí. ¡Yo también! —apoyó Ladrador.

—¿Cortarla? —Ruth parecía confusa.

—Dijo que podíamos cortarla, señora Chandler —remarcó Denise.

—¿Ah, sí?

—Claro que lo hiciste —dijo Ladrador.

—¿De veras? ¿Cuándo? ¿Cortarla de qué forma?

—Eh. Vamos, quiero tirármela —la interrumpió Willie.

—Cállate —dijo Ruth—. Estoy hablando con Ralphie. ¿Cortarla de qué forma?

—Dejarle algo —explicó Ralphie—. Para que la gente lo sepa. Para que la gente sepa que es una puta.

—Eso es. Como una letra escarlata o algo así —apoyó Denise—. Como en los *Cómics Clásicos*.

—Oh, queréis decir marcarla —dijo Ruth—. Queréis decir marcarla, no cortarla.

—Tú dijiste cortarla —protestó Ladrador.

—No me digas lo que dije. No repliques a tu madre.

—Lo hizo, señora Chandler —dijo Eddie—. De veras. Dijo cortarla.

—¿Lo hice?

—Yo la oí. Todos lo hicimos.

Ruth asintió. Pensó en ello. Y entonces suspiró.

—De acuerdo. Necesitaremos una aguja. Ralphie, sube y tráeme mi costurero de... creo que está en el armario del vestíbulo.

—Vale.

Pasó corriendo a mi lado.

No podía creer que esto estuviera pasando.

—Ruth —la llamé—. ¿Ruth?

Me miró. Daba la impresión de que los ojos le temblaban dentro de las cuencas.

—¿Qué?

—No vas a hacerlo realmente, ¿verdad?

—He dicho que lo haríamos. Así que creo que lo haremos.

Se me acercó más. Pude oler cómo le emanaba humo de cigarrillo de todos y cada uno de los poros.

—¿Sabes lo que esa puta trató de hacer la pasada noche? —me preguntó—. Trató de escaparse de aquí. Alguien se dejó la puerta sin cerrar. Creemos que fue Donny porque ayer fue el último en salir y, además, Donny se porta bien con ella. Siempre lo ha hecho. Así que, al final, le he dejado que se la tire. Si te tiras a una mujer, ya no volverás a interesarte mucho por ella. Creo que Donny ya se ha curado.

»Pero es bueno que la gente pueda verla y saber lo que es. ¿No crees?

—Mamá —pidió Willie. Ahora suplicaba.

—¿Qué?

—¿Por qué no puedo?

—¿No puedes qué?

—¡Follármela!

—¡Porque lo digo yo, maldita sea! ¡Es incesto! Y ahora no me vuelvas a dar la brasa con esto. ¿Quieres ir y meterla en la zorra de tu propio hermano? ¿Es eso lo que quieres? No me hables ¡Eres asqueroso! Exactamente igual que tu maldito padre.

—Ruth —insistí—. No... no puedes hacerlo.

—¿No puedo?

—No.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque no... no está bien.

Se levantó. Se acercó hasta donde yo estaba y tuve que mirarla. Tuve que mirarle directamente a los ojos.

—Por favor, chico, no me digas lo que está bien o no —me espetó.

Su voz era un grave gruñido tembloroso. Me daba perfecta cuenta de que ella temblaba con una furia apenas bajó control. Sus ojos brillaban como velas goteantes. Di un paso hacia atrás. Pensé, *Dios mío, y esta es la mujer que antes me gustaba. Una mujer a la que consideraba divertida, a veces incluso bonita. Una de los chicos.*

Esa mujer me daba pánico.

Te va a matar, pensé. Nos va a matar a todos, incluso a sus propios hijos, y no se preocupará ni pensará en ello hasta mucho más tarde.

Si es que lo hacía.

—No me lo digas —me dijo.

Y creí que ella sabía lo que yo estaba pensando en ese mismo momento. Creí que me leía como un libro abierto.

Eso no le preocupaba. Se volvió hacia Willie.

—Si este chico trata de huir —le explicó—, le cortas las pelotas y me las

das. ¿Lo pillas?

Willie le devolvió la sonrisa.

—Claro, mamá —contestó.

Ladrador volvió corriendo a la habitación con una estropeada caja de zapatos de cartón. Se la dio a Ruth.

—No estaba allí —dijo.

—¿En?

—No estaba en el armario. Estaba en el dormitorio, en el vestidor.

—Oh.

La abrió. Pude ver un batiburrillo de bramante, ovillos, alfileros, botones y agujas. La dejó sobre la mesa de trabajo y se puso a rebuscar en su interior.

Eddie se bajó de la mesa para dejarle espacio y espió por encima de su hombro.

—Allá vamos —anunció. Se volvió hacia Ladrador—. Pero vamos a tener que calentarla, o cogerá una infección.

Tenía una larga y gruesa aguja de punto en la mano.

La habitación chisporroteó súbitamente debido a la tensión.

Miré la aguja y luego a Meg, tumbada en el suelo, y vi que ella también la estaba mirando, igual que Susan.

—¿Quién va a hacerlo? —preguntó Eddie.

—Bueno, supongo que lo justo es que cada uno haga una letra. ¿De acuerdo?

—Genial. ¿Y qué ponemos?

Ruth lo pensó.

—Creo que algo sencillo. Podemos escribir algo como «yo follo. Fóllame». Con eso debería bastar. Eso debería explicárselo a cualquiera que lo necesite saber.

—Claro —apoyó Denise—. Eso estaría genial. —En ese momento, me pareció que era igual que Ruth. La misma luz retorcida en sus ojos, la misma

tensa expectación.

—Uau —dijo Ladrador—. Eso es un montón de letras. Casi dos por cabeza.

Ruth contó y asintió.

—De hecho —dijo— si David no quiere formar parte de esto, y sospecho que no quiere, podéis hacer dos cada uno y yo me encargaré de las restantes. ¿David?

Negué con la cabeza.

—Me lo figuraba —dijo Ruth. Pero no me dio la impresión de que se enfadase o se burlase.

—De acuerdo —continuó Ruth—. Yo empezaré con el «yo». Hagámoslo.

—¿Ruth? —dije—. ¿Ruth?

Willie se me acercó más, moviendo el afilado cuchillo en lentos círculos descuidados justo bajo mi barbilla. Me puso muy nervioso, porque con Willie nunca podías estar seguro. Miré a Eddie y lo vi jugar con la cuchilla de su propia navaja suiza, con los ojos tan fríos y muertos como sabía que iban a estar antes de que le mirara. Luego miré a Donny. Era un nuevo Donny. Tampoco conseguiría ayuda de él.

Pero Ruth se volvió hacia mí, aún sin enfadarse, con aspecto calmado y casi cansado. Casi como si estuviera tratando de decirme algo que yo ya debería saber y que era estrictamente por mi propio bien. Como si estuviera haciendo algo que era realmente bueno para mí. Como si, de todas las personas que nos encontrábamos en esa habitación, yo fuera su favorito.

—David —me dijo—. Te lo estoy diciendo. Deja que todo siga su curso.

—Entonces quiero irme —le repliqué—. Quiero salir de aquí.

—No.

—No quiero verlo.

—Pues no mires.

Iban a hacérselo. Ladrador tenía cerillas.

Estaba calentando la aguja.

Yo trataba de no llorar.

—Tampoco quiero oírlo.

—Pues vaya —me contestó—. A menos que te tapes los oídos, vas a oírlo de veras.

Y lo hice.

41

Cuando terminó todo y acabaron de echarle alcohol, me acerqué para ver lo que habían hecho. No solo esto, sino también lo que le habían hecho la última noche y por la mañana.

Era la primera vez en todo el día que me acercaba a ella.

Le quitaron la mordaza en cuanto terminaron, sabiendo que ya estaba demasiado débil como para decir gran cosa. Tenía los labios hinchados y partidos. Uno de los ojos estaba totalmente cerrado, y se le estaba poniendo rojo y morado. Vi tres o cuatro quemaduras de cigarrillo nuevas en su pecho y cuello, y una en la parte interna del muslo. La quemadura triangular de la plancha de Ruth era en ese momento una ampolla abierta. Tenía heridas en las costillas, los brazos, las pantorrillas y los muslos, donde Willie le había cortado con el cuchillo el día anterior.

Y allí estaban las palabras.

«Yo follo. Fóllame».

Letras de dos centímetros. Todo en mayúsculas. Medio quemadas y medio cortadas profundamente en la carne a lo largo de su estómago.

Escritas en lo que parecía la temblorosa y dubitativa mano de un niño de seis años.

—Ahora ya no podrás casarte —le explicó Ruth. Se había vuelto a sentar en su silla, y estaba fumando, abrazándose a las rodillas y balanceándose adelante y atrás. Willie y Eddie habían subido a por unas Cocas. La habitación apestaba a humo y a sudor y a alcohol—. Ves, es para siempre, Meggy —continuó—. Ya no podrás desvestirte. Para nadie, nunca. Porque verá esas letras de ahí.

Miré y me di cuenta de que era verdad.

Ruth la había cambiado.

Cambiado de por vida.

Las quemaduras y las heridas podrían desaparecer, pero esto perduraría; legible, aunque desvaído, incluso treinta años después. Era algo sobre lo que tendría que pensar y que tendría que explicar cada vez que estuviese desnuda frente a alguien. Siempre que se mirase en un espejo lo vería y lo recordaría.

Este año habían puesto una regla en el colegio que decía que era obligatorio darse una ducha después de la clase de gimnasia. ¿Cómo se las arreglaría con esto, en una habitación llena de adolescentes?

Ruth no estaba preocupada. Era como si, ahora, Meg fuera su *protégé*.

—Estás mejor sin ello —continuó—. Ya lo verás. Ningún hombre te querrá. No tendrás hijos. Será mucho mejor así. Tienes suerte. ¿Crees que ser bonita es algo bueno? ¿Ser sexy? Pues bien, te lo voy a decir, Meggy. En este mundo, es mucho mejor para una mujer ser espantosa.

Eddie y Willie llegaron, riéndose, con un paquete de seis Cocas y las fueron pasando. Les cogí una y la sostuve, tratando de que la botella no temblase. El débil y dulce olor a caramelo era mareante. Sabía que si daba un sorbo, vomitaría. Había tratado de no hacerlo desde que todo empezó.

Donny no cogió ninguna. Simplemente, se quedó junto a Meg, mirando hacia abajo.

—Tenías razón, mamá —dijo al cabo de un rato—. Esto hace que todo sea distinto. Me refiero a lo que hemos escrito. Es raro.

Estaba tratando de dilucidar algo. Entonces, por fin, lo pilló.

—Ya no lo es tanto —confesó.

Sonaba un poco sorprendido e incluso un poco feliz.

Ruth sonrió. La sonrisa era débil y un poco temblorosa.

—Te lo dije —contestó—. ¿Te das cuenta?

Eddie se echó a reír, se acercó y le pegó una patada en las costillas. Meg apenas soltó un gruñido.

—No. No lo es demasiado —dijo.

—¡No es nada! —gritó Denise. Se bebió su Coca.

Eddie volvió a patearla, más fuerte esta vez, en completa solidaridad con su hermana.

Sacadme de aquí, pensé.

Por favor. Dejadme salir.

—Supongo que ahora podemos volver a levantarla —sugirió Ruth.

—Dejémosla ahí —dijo Willie.

—Hace frío allí abajo. No quiero narices llenas de mocos ni estornudos. Levantémosla y echémosle un vistazo.

Eddie le desató los pies y Donny le liberó las manos de los cuatro por cuatro, pero las mantuvo atadas juntas y pasó la cuerda por uno de los garfios del techo.

Meg me miró. Se notaba lo débil que se encontraba. Ni siquiera una lágrima. Ni siquiera tenía fuerzas para llorar. Solo un triste aspecto de derrota que parecía decir, «¿ves en lo que me he convertido?»

Donny tiró de la cuerda y le levantó los brazos por encima de la cabeza. La ató a la mesa de trabajo, pero esta vez la dejó algo floja.

Era algo de descuido e impropio de él; como si ya no le importase en realidad. Como si ella no mereciera el esfuerzo.

De acuerdo, algo había cambiado.

Era como si, al grabarle esas letras, la hubiesen despojado de todo su poder para excitar; para provocar miedo, o lujuria, u odio. Lo que quedaba ahora solo era un montón de carne. Débil. Y, de alguna forma, desdeñable.

Ruth estaba sentada, contemplándola como un pintor estudia su lienzo.

—Hay algo que deberíamos hacer —dijo.

—¿Qué? —preguntó Donny.

Ruth lo pensó.

—Bueno —contestó—, ahora ningún hombre va a desealarla. Pero el problema es que Meg puede seguir deseándolos —sacudió la cabeza—. Eso es una vida de tormento.

—¿Y?

Lo pensó. La miramos.

—Voy a decirte lo que vas a hacer —dijo por fin—. Sube a la cocina, coge algunos periódicos de la pila y tráelos aquí abajo. Un montón. Ponlos en la pila de ahí atrás.

—¿Por qué periódicos? ¿Qué vamos a hacer con los periódicos?

—¿Leérselos? —sugirió Denise. Se rieron.

—Hazlo —exigió Ruth.

Subió, cogió los periódicos y volvió a bajar. Los amontonó junto a la lavadora.

Ruth se puso en pie.

—Bien. ¿Quién tiene una cerilla? Yo ya no tengo.

—Yo tengo algunas —dijo Eddie.

Se las dio. Ella se paró y cogió la llanta de acero que yo le había dado a Meg la otra noche.

Me pregunté si había tenido ocasión de utilizarla.

—Aquí tienes. Cógela —dijo. Le pasó la llanta a Eddie—. Vamos.

Dejaron las Cocas y pasaron a mi lado. Todo el mundo quería ver lo que Ruth había planeado. Todos excepto Susan y yo. Pero Susan seguía sentada en el suelo, donde Ruth le había dicho que se quedase, y yo tenía el cuchillo de Willie a medio metro de mis costillas.

Así que también fui.

—Enrolladlos —dijo Ruth. La miraron.

—Los periódicos —explicó—. Enrolladlos muy apretados. Y volvedlos a poner en la pila.

Ladrador, Eddie, Denise y Donny hicieron lo que les pedía. Ruth encendió un cigarrillo con las cerillas de Eddie. Willie permaneció a mis espaldas.

Le eché un vistazo a la escalera, a pocos pies de distancia. Me llamaba.

Enrollaron los periódicos.

—Atadlos muy apretados —advirtió Ruth.

Los metieron en la pila.

—Mirad, esta es la cosa —explicó Ruth—. Una mujer no desea a un hombre por todo su cuerpo. No. Solo lo quiere en un sitio concreto. ¿Sabes lo que quiero decir, Denise? ¿No? ¿Aún no? Bueno, ya lo sabrás. La mujer quiere a los hombres en un sitio en concreto, y es justo entre sus piernas.

Señaló, y luego se apretó con la mano por encima del vestido para enseñárselo. Dejaron de enrollar.

—Un punto pequeño —continuó—. Pero, si eliminas ese punto, ¿sabéis lo que pasa? Eliminas todo su deseo.

»En serio. Se lo quitas para siempre. Así funciona. Lo hacen todo el tiempo en algunos sitios, como si fuera lo normal, supongo que cuando la niña llega a cierta edad. Evita que se lo monte. Sitios como... oh, no sé, África y Arabia y Nueva Guinea. En esos sitios lo consideran una costumbre civilizada.

»Así que, me pregunto, ¿por qué no aquí? Podemos quitarle ese puntito.

»Vamos a quemarla. A quemárselo. Usaremos la llanta.

»Y entonces será... perfecta.

La habitación quedó en silencio mientras la miraban, sin llegar a creerse del todo lo que estaban oyendo.

Yo sí la creí.

Y ahora entendí realmente la sensación que llevaba días tratando de comprender.

Empecé a temblar como si me enfrentara al frío viento de diciembre. Porque podía verlo, olerlo, oír sus gritos. Pude ver todo lo que aguardaba en el futuro a Meg, en mi futuro; las auténticas consecuencias de un acto semejante.

Y sabía que, en esto, me encontraba solo.

Los demás (incluso Ruth, a pesar de toda la impulsividad que la había convertido en carcelera, a pesar de toda su inventiva respecto al dolor, a pesar de todas sus charlas respecto a lo que habría pasado si hubiera seguido trabajando y no hubiese conocido a Willie Sr. y no se hubiese casado y no hubiese tenido hijos) no tenían imaginación.

Ninguno. De ningún tipo. No tenían ni idea.

Ante cualquiera que no fueran ellos, ante cualquier cosa que no fuera el momento, estaban ciegos, vacíos... Y yo temblaba, sí. Con razón. Con pleno entendimiento.

Me habían capturado unos salvajes. Había vivido con ellos. Había sido uno de ellos.

No. Salvajes no. En realidad no.

Algo mucho peor.

Más parecidos a una manada de perros o gatos o un hormiguero de las feroces hormigas rojas con las que a Ladrador le gustaba jugar.

Como si fueran una especie totalmente distinta. Algún tipo de inteligencia que pareciera humana, pero que careciera de los sentimientos humanos.

Me quedé entre ellos abrumado por la otredad.

Por el mal.

Intenté huir por las escaleras.

Oí los tacos de Willie y sentí cómo atravesaba su cuchillo la parte de atrás de mi camisa. Me agarré a la barandilla de madera y me retorcí para alcanzar los escalones.

Trastabillé. Por debajo de mí, vi a Ruth señalando, gritando, con la boca convertida en un enorme y vacío agujero negro abierto. Sentí que la mano de Willie me agarraba por el tobillo y tiraba de él. A mi lado había latas de pintura y un cubo. Los tiré por las escaleras y volví a oírle maldiciendo, y también a Eddie, mientras yo me liberaba el pie. Me puse en pie. Crucé a ciegas las escaleras.

La puerta estaba abierta. Abrí bruscamente la de pantalla.

El calor del verano me alcanzó en una única y pesada ola. No pude gritar. Tuve que jadear en busca de aire. Los oí acercándose a mis espaldas. Dejé las escaleras de un salto.

—¡Moveos! —aulló Donny.

Y entonces cayó encima de mí, y me dejó casi sin sentido y sin aliento antes de rodar para alejarse de mí. Yo era más rápido que él. Me puse en pie.

Vi a Willie al otro lado, bloqueándome el paso hacia mi casa. Vi brillar el cuchillo a la luz del sol. No lo intenté.

Corrí esquivando los brazos extendidos de Donny a través del patio, dirigiéndome hacia los bosques.

Estaba a medio camino cuando Eddie me golpeó, arrojándose con fuerza contra mis piernas. Caí y de pronto lo sentí encima de mí, pegándose puñetazos, pateándome, tratando de sacarme los ojos.

Giré y me retorcí. Me tiré con todo mi peso sobre él. Le hice una llave de lucha. Me agarró la camisa. Dejé que se rasgara y traté de irme. Tropecé y, entonces, también tuve a Donny encima, y luego a Willie, y hasta que no sentí el cuchillo de Donny en mi garganta y que me cortaba con él, no dejé de luchar.

—Adentro, basura —dijo—. ¡Y ni una puta palabra!

Me obligaron a volver.

La visión de mi casa me atormentaba. Seguí mirando en busca de algún signo de vida, pero no hubo ninguno.

Subimos y luego bajamos a la fría oscuridad que olía a pintura.

Me llevé la mano a la garganta. Mis dedos se humedecieron con algo de sangre.

Ruth estaba allí, con los brazos cruzados fuertemente contra sus pechos.

—Idiota —me increpó—. ¿Dónde demonios te crees que ibas?

No le contesté.

—Bien, supongo que ahora estás con ella —me dijo—. No sé qué demonios vamos a hacer con todos vosotros.

Sacudió la cabeza. Y luego se echó a reír.

—Deberías alegrarte de no tener uno de esos puntitos, como ella. Pero, claro, tienes otra cosa de la que preocuparte, ¿verdad?

Denise se rio.

—Willie, trae algo de cuerda. Creo que será mejor que lo atemos, por si le vuelven a dar ganas de vagabundear.

Willie entró en el refugio. Volvió con un rollo pequeño de cuerda y le dio a Donny el cuchillo. Donny lo sostuvo mientras Willie me ataba las manos a la espalda.

Todo el mundo observaba y esperaba.

Y esta vez Donny no tuvo problemas en mirarme directamente a los ojos.

Cuando acabaron, Ruth se volvió a Ladrador y le dio las cerillas.

—¿Ralphie? ¿Quieres hacer los honores?

Ladrador sonrió, encendió una cerilla y se inclinó sobre la pila. Se echó hacia atrás y prendió una esquina de los periódicos enrollados. Y luego encendió otra esquina que estaba más cerca de él.

Retrocedió. El papel empezó a arder con un brillo enorme.

—Siempre te ha gustado el fuego —comentó Ruth. Se volvió hacia los demás. Suspiró.

—¿Quién quiere hacer esto? —preguntó.

—Lo haré yo —dijo Eddie.

Ella le miró, con una ligera sonrisa. Me pareció la misma mirada que una vez, no hacía tanto, me tenía reservada.

Supuse que ya no era su chico favorito del barrio.

—Coge la llanta de acero —le dijo.

Y Eddie lo hizo.

La pusieron sobre las llamas. Estaba todo en silencio.

Cuando ella consideró que ya estaba suficientemente caliente, le dijo que la guitarra de allí y volvimos a entrar.

42

No voy a contaros esto.

Me niego.

Hay cosas que sabes que morirías antes de contarlas, cosas que sabes que deberías haber muerto antes de verlas.

Yo observé y lo vi.

43

Yacimos unos junto a otros en la oscuridad.

Nos quitaron la luz y cerraron la puerta y nos dejaron solos, a Meg, a Susan y a mí, tumbados en los colchones de aire que Willie Sr. había dispuesto para su familia.

Pude oír pasos que iban de la sala de estar al comedor y de vuelta a la sala de estar. Pasos pesados. Donny o Willie. Luego, la casa quedó en silencio.

Excepto por los quejidos de Meg.

Se desmayó cuando la tocaron con la llanta, se puso rígida y luego flácida, como si la hubiera alcanzado un rayo o un relámpago. Pero ahora una parte de ella luchaba por recobrar la consciencia. Me daba miedo pensar en lo que iba a ser de ella una vez se despertara. No podía imaginarme el dolor. No ese dolor. No quería hacerlo.

Nos habían desatado. Al menos, teníamos las manos libres.

Tenía que atenderla de alguna forma.

Me pregunté qué estarían haciendo en ese momento. En qué estarían pensando. Podía imaginármelos. Eddie y Denise se habrían ido a su casa a cenar. Ruth estaría reclinada en la silla con los pies sobre los cojines, un cigarrillo ardiendo a su lado, en el cenicero, mirando la pantalla apagada de la televisión. Willie estaría echado en el sofá, comiendo. Ladrador, tumbado sobre su estómago en el suelo. Y Donny se sentaría muy tieso en una de las sillas de respaldo recto de la cocina, mientras puede que se comiese una manzana.

Habría algún congelado calentándose en el horno.

Tenía hambre. No había comido nada desde el desayuno.

La cena. Pensé en ello.

Al ver que no llegaba a casa para comer, mis padres se habrían enfadado. Luego, habrían empezado a preocuparse.

Mis padres estarían preocupados.

No creo que, hasta entonces, se me hubiera ocurrido lo que eso significaba realmente.

Y, por un momento, les quise tanto que casi lloro.

Entonces Meg volvió a gemir y pude sentir cómo temblaba a mi lado.

Pensé en Ruth y en los demás, sentados en el silencioso piso de arriba. Preguntándose qué iban a hacer con nosotros.

Porque, al estar yo allí, todo había cambiado.

Tras ese día, ya no podrían confiar en mí. Y al contrario que a Meg y a Susan, a mí se me echaría en falta.

¿Vendrían mis padres en mi busca? Por supuesto, claro que lo harían. Pero ¿cuándo? ¿Me buscarían allí? No les había dicho dónde demonios iba a estar.

Qué idiota, David.

Otro error. Sabías que podías meterte allí en líos.

Sentí cómo la oscuridad me presionaba, haciéndome, de alguna forma, más pequeño, disminuyendo mi espacio y limitando mis opciones, mi potencial. Y experimenté un poco de lo que tuvo que haber sido para Meg todas esas semanas, sola ahí abajo.

Casi desearía que volvieran, solo para aliviar la tensión de la espera, la sensación de aislamiento.

Me di cuenta de que, en la oscuridad, uno tiende a desaparecer.

—¿David?

Era Susan, y me sobresaltó. Creo que fue la única vez que la oí hablarme (o hablarle a cualquiera, por así decirlo) sin que la hablase primero.

Su voz era un susurro asustado y tembloroso. Como si Ruth siguiese en la puerta, escuchando.

—¿David?

—¿Sí? ¿Estás bien, Susan?

—Estoy bien. ¿David? ¿Me odias?

—¿Odiarte? No, claro que no. ¿Por qué debería...?

—Deberías. Meg debería hacerlo. Porque es culpa mía.

—No es culpa tuya, Susan.

—Sí, lo es. Es todo culpa mía. Sin mí, Meg podría haberse ido para no volver.

—Trató de hacerlo, Susan. La cogieron.

—No lo entiendes.

Incluso sin verla me di cuenta de todo el esfuerzo que estaba haciendo para no llorar.

—La cogieron en el pasillo, David.

—¿Eh?

—Vino a por mí. Salió de algún modo.

—Yo la dejé salir. Dejé la puerta abierta.

—Y subió las escaleras y entró en mi cuarto y puso su mano aquí, sobre mi boca, para que me estuviera callada y me levantó de la cama. Y me estaba llevando abajo, hacia el pasillo, cuando Ruth, cuando Ruth...

No pudo aguantar más. Se echó a llorar. Me acerqué a ella y la toqué en el hombro.

—Eh, no pasa nada. No pasa nada.

—... cuando Ruth salió del cuarto de los chicos (creo que nos oyó, ¿sabes?) y agarró a Meg del pelo y la tiró al suelo y yo caí justo encima de ella, por lo que, al principio, no pudo moverse, y entonces salieron Willie, y Donny, y Ladrador, y empezaron a golpearla, y a pegarla, y a darle patadas. Y entonces Willie fue a la cocina y cogió un cuchillo y se lo puso aquí, en la garganta, y le dijo que, si se movía, le cortaría la cabeza. Le cortaría la cabeza, eso es lo que dijo.

»Y entonces nos llevaron abajo. Más tarde, me tiraron los correctores. Este está estropeado.

Oí el traqueteo.

—Y entonces le pegaron otro rato, y Ruth le puso su cigarrillo en... en...

Se vino abajo y yo la rodeé con mi brazo mientras ella lloraba sobre mi hombro.

—No lo pillo —le dije—. Iba a volver a por ti. Íbamos a encontrar el modo. ¿Por qué ahora? ¿Por qué trató de llevarte? ¿Por qué trató de llevarte con ella?

Se secó los ojos. Oí como se sorbía los mocos.

—Creo que porque... Ruth —me explicó— Ruth... me toca. Abajo... ya sabes... ahí abajo. Y una vez... me hizo sangrar. Y Meg... Se lo conté a Meg... y se puso furiosa... muy furiosa, y le dijo a Ruth que lo sabía, y Ruth la volvió a pegar, le pegó con fuerza con una pala de la chimenea, y...

Se le quebró la voz.

—¡Lo siento! No quería hacerlo. ¡Debería haberse ido! ¡Debería haberlo hecho! No quería que le hicieran daño. ¡No pude evitarlo! ¡Odio cuando me toca! ¡Odio a Ruth! La odio. Y yo se lo conté a Meg... le conté lo que me hizo, y por eso la cogieron. Por eso vino a buscarme. Por mí, David. ¡Por mí!

La sostuve y fue como acunar a un bebé, igual de frágil.

—*Shhhh*. Tranquila. Todo irá... bien.

Pensé en Ruth tocándola. Podía imaginármelo. La rota e indefensa niñita, incapaz de luchar, la mujer con los ojos vacíos y brillantes como la superficie de un veloz riachuelo. Y lo bloqueé en mi mente.

Tras un largo rato, se calmó.

—Tengo algo —dijo, sorbiendo por la nariz—. Se lo di a Meg. Está detrás de la pata más alejada de la mesa de trabajo. Más allá de donde está Meg. Búscalos.

Lo hice. Volví con una caja de cerillas y una vela de dos centímetros.

—¿De dónde...?

—Se lo quité a Ruth.

Encendí la vela. Su brillo de color miel llenó el refugio. Me hizo sentir mejor.

Hasta que vi a Meg.

Hasta que lo hicimos los dos.

Estaba tirada de espaldas, cubierta hasta la cintura con una vieja, delgada y sucia sábana que le habían echado por encima. Tenía los pechos y los hombros al aire. Tenía heridas por todas partes. Se le habían abierto las quemaduras y rezumaban líquido.

Incluso en sueños, los músculos de su cara le tensaban la piel debido al dolor. Su cuerpo temblaba.

Las letras brillaban.

«Yo follo. Fóllame».

Miré a Susan y me di cuenta de que estaba a punto de volver a llorar.

—Date la vuelta —le aconsejé.

Porque era malo. Todo eso era malo. Pero lo peor no era lo que le habían hecho, sino lo que se estaba haciendo a sí misma.

Tenía los brazos por fuera de la sábana. Dormía.

Y se arañaba constante y profundamente con esas uñas sucias y rotas desde el codo izquierdo hasta la muñeca.

Se estaba rasgando la cicatriz.

Abriéndosela.

El cuerpo, del que habían abusado y al que habían golpeado, se estaba volviendo contra sí mismo.

—No mires —le dije. Me quité la camisa y me las arreglé para morder y rasgar las costuras. Le arranqué dos tiras de la parte de abajo. Retiré los dedos de Meg. Le envolví con fuerza, dos veces, el brazo con la camisa. Luego la até arriba y abajo. Ahora no podría causarse demasiado daño.

—De acuerdo —dije.

Susan estaba llorando. Lo había visto. Lo suficiente como para darse cuenta.

—¿Por qué? —me preguntó—. ¿Por qué hace eso?

—No lo sé.

Pero, de algún modo, lo sabía. Casi podía sentir lo furiosa que estaba Meg

consigo misma. Por haber fallado. Por no haber podido liberarse, por fallarse a sí misma y a su hermana. Puede que incluso por ser el tipo de persona a la que le pasan este tipo de cosas. Por permitir que pasara y pensar que, de alguna forma, podría superarlo.

Era injusto y equivocado que se sintiera así, pero creo que lo entendía.

Había sido engañada; y, ahora esa buena y aguda inteligencia estaba furiosa consigo misma. ¿Cómo pude haber sido tan estúpida? Casi como si ahora se mereciera su castigo. Se había engañado al pensar que Ruth y los otros eran tan humanos como ella y que, en consecuencia, no podrían llegar tan lejos. No tan lejos. Y eso no era verdad. No eran iguales en absoluto. Se había dado cuenta de ello. Demasiado tarde.

Observé cómo sus dedos trataban de llegar a la cicatriz.

La sangre calaba la camisa. Aún no demasiada. Pero sentí la extraña y triste ironía de saber que con el tiempo igual tendría que usar el resto de la camisa para atarla y, así, contenerla.

Arriba, sonó el teléfono.

—Cogedlo —oí que decía Ruth. Unos pasos cruzaron la habitación. Oí la voz de Willie, luego hubo una pausa y, después, la voz de Ruth hablando por teléfono.

Me pregunté qué hora sería. Miré la pequeña vela y me pregunté cuánto duraría.

La mano de Meg dejó la cicatriz.

Jadeó en busca de aire y gimió. Sus párpados trataron de abrirse.

—¿Meg?

Abrió los ojos. Estaban velados por el dolor.

Sus dedos volvieron a la cicatriz.

—No —le dije—. No lo hagas.

Me miró, sin comprender al principio. Luego retiró la mano.

—¿David?

—Sí. Soy yo. Y Susan está aquí.

Susan se acercó para que pudiera verla y los filos de la boca de Meg se elevaron en la más débil sombra de una sonrisa. E incluso eso pareció causarle dolor.

Gimió.

—Oh, Dios —protestó—. Duele.

—No te muevas —le aconsejé—. Sé que duele.

Le subí la sábana hasta la barbilla.

—¿Hay algo... algo que quieras que...?

—No —contestó—. Solo dejadme... Oh, Dios.

—¿Meg? —dijo Susan. Estaba temblando. Pasó por mi lado, pero no pudo llegar hasta ella—. Lo siento, Meg. Lo siento. Lo siento.

—Está bien, Suz. Lo intentamos. Está bien. Está...

Casi podías sentir el dolor eléctrico que la recorrió.

No se me ocurría qué podía hacer. Continué mirando la vela, como si la luz pudiera decirme algo, pero no lo hizo. Nada.

—¿Dónde... dónde están? —preguntó.

—Arriba.

—¿Se quedarán allí? ¿Es de... noche?

—Casi. Más o menos, la hora de la cena. No lo sé. No sé si se quedarán allí.

—No puedo... David. No puedo aguantarlo más. ¿Sabes?

—Lo sé.

—No puedo.

—Descansa. Tú descansa —sacudí la cabeza.

—¿Qué? —dijo ella.

—Ojalá hubiera algo...

—¿Qué?

—... con lo que pudiéramos herirlos. Para salir de aquí.

—No hay nada. Nada. No sabes cuántas noches...

—Lo hay —la interrumpió Susan.

Nos enseñó el corrector de los brazos.

Lo miré. Tenía razón. Era de aluminio ligero, pero si lo cogías por la parte de abajo y golpeabas con la juntura del corrector, podías hacer algún daño.

Pero no el suficiente. No contra Willie y Donny juntos. Y Ruth. No había que subestimarla. Si fueran lo suficientemente amables para venir de uno en uno y con unos dos minutos de diferencia, entonces puede que tuviera alguna oportunidad, pero eso era muy improbable, joder. De todos modos, yo nunca había sido un gran luchador.

Bastaba con que le preguntases a Eddie.

Necesitábamos algo más.

Miré a mi alrededor. Se habían llevado casi todo. El extintor, la radio, las cajas de comida, incluso habían desaparecido el despertador y la bomba de aire para hinchar los colchones. Hasta se habían llevado las tiras de ropa con las que nos habían atado. Todo lo que teníamos era la mesa de trabajo (demasiado pesada para moverla, y no digamos para arrojarla), los colchones, la sábana de Meg, su taza de plástico para beber y la ropa que llevábamos puesta. Y las cerillas y la vela.

Y entonces se me ocurrió un uso para las cerillas y la vela.

Al menos podíamos hacerles bajar cuando nosotros quisiéramos, no cuando a ellos les diera la gana. Podíamos confundirlos y sorprenderlos. Y eso ya era algo. Algo.

Inhalé profundamente. Se me estaba ocurriendo un plan.

—De acuerdo —dije—. ¿Queréis que intentemos un par de cosas?

Susan asintió. Débilmente, también lo hizo Meg.

—Puede que no funcione. Pero es posible que sí.

—Adelante —dijo Meg—. Hazlo —gimió.

—No te muevas —le aconsejé—. No te necesito.

—Vale. Solo hazlo —me contestó—. A por ellos.

Me quité las bambas altas que llevaba, les saqué los cordones y los até juntos. Luego cogí los zapatos de Susan y até sus cordones a los míos de tal forma que conseguí una mecha de unos doce pies con la que empezar. Deslicé uno de los extremos por el cierre inferior de la puerta y lo até con fuerza, y luego pasé la mecha por el primero de los postes de apoyo de cuatro por cuatro y la até a unos tres centímetros del suelo. Esto me proporcionó una trampa en un ligero ángulo de la puerta al poste, que delimitaba un tercio de la parte izquierda de la habitación según entrabas.

—Escuchad —les dije—. Esto va a ser duro. Y peligroso. Me refiero a que no solo van a ser ellos. Quiero provocar un incendio aquí dentro. Justo allí, frente a la mesa, más o menos en medio de la habitación. Olerán el humo y bajarán. Y esperemos que alguno tropiece con la cuerda. Mientras tanto, yo puedo estar al otro lado de la puerta con uno de los correctores de Susan.

»Pero va a haber un montón de humo y no hay mucho aire. Será mejor que vengan pronto o tendremos problemas. ¿Entendéis lo que quiero decir?

—Gritaremos —propuso Susan.

—Sí. Espero que eso funcione. Pero tendremos que esperar un rato para que puedan oler el humo. A la gente le entra pánico con el fuego, y eso ayudará. ¿Qué creéis?

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó Susan.

No tuve más remedio que sonreír.

—No demasiado, Suz.

Pensó en ello, con sus delicados rasgos infantiles muy serios.

—Ya sé qué puedo hacer. Puedo quedarme aquí, junto a los colchones, y si alguien trata de acercarse, ¡le pongo la zancadilla!

—Vale, pero ten cuidado. No más huesos rotos. Y asegúrate de que me dejas suficiente espacio como para que pueda golpear con esa cosa.

—Lo haré.

—¿Meg? ¿Te parece bien?

Parecía estar pálida y débil. Pero asintió.

—Lo que sea —contestó.

Me quité la camiseta.

—Voy... voy a necesitar la sábana —le dije.

—Cógela.

Se la quité con cuidado.

Se tapó con las manos la zona donde le habían quemado. Pero no antes de que yo viera la brillante herida roja y negra. Me encogí y Meg lo vio, y apartó la cara. Volvió a rascarse la cicatriz por encima de la camisa. No tuve valor para detenerla, para llamarle la atención acerca de lo que estaba haciendo.

Y entonces sentí unas ganas locas de atizarle a alguien con el corrector. Estrujé la sábana y la puse justo donde quería, frente a la mesa. Coloqué mi camiseta y mis calcetines encima.

—Los míos también —dijo Susan.

No es que fueran a marcar una gran diferencia, pero ella necesitaba ayudar, así que se los cogí y los tiré también al montón.

—¿Quieres la camisa? —preguntó Meg.

—No. Quédatela.

—Vale —contestó. Las uñas seguían escarbando.

Su cuerpo parecía envejecido, los músculos, finos y flácidos.

Cogí el corrector que me daba Susan y lo coloqué junto a la pared al lado de la puerta. Luego cogí la vela y me acerqué al montón.

Tenía tanto miedo que se me hizo un nudo en el estómago.

—Vamos allá —dije, y bajé la vela.

44

El fuego ardió lentamente, pero había humo.

Se elevó hacia el techo y empezó a salir. Nuestro propio hongo, dentro del refugio.

Segundos después, había llenado totalmente la habitación. Apenas podía ver a Meg tumbada en el suelo. Nuestras toses eran auténticas.

A medida que el humo iba haciéndose más espeso, nuestros gritos aumentaron.

Se oían voces arriba. Confusión. Miedo. Y luego un ruido de pasos que bajaban por la escalera. Corrían. Estaban preocupados. Agarré con fuerza el corrector y esperé justo al lado de la puerta.

Alguien trataba de descerrar el cerrojo. Y entonces se abrió la puerta y apareció Willie a la luz del sótano, sudando, mientras el humo le envolvía como una repentina niebla. Se tambaleó. Se encontró con la cuerda de cordones y tropezó, cayó y resbaló por el suelo hasta caer de cabeza dentro del montón, gritando, golpeando el trapo que ardía en su mejilla y al crepitante y grasiento peinado que se derretía sobre su frente.

Ruth y Donny entraron juntos, con Donny más cerca de mí, tratando de descubrir entre el humo lo que estaba pasando. Golpeé con el corrector. Vi cómo surgía sangre de la cabeza de Donny y salpicaba a Ruth y el marco de la puerta mientras él caía, tratando de agarrarme. Bajé el corrector como si fuera un hacha, pero lo esquivó. El corrector se estrelló contra el suelo. Y, de pronto, Ruth pasó como una exhalación a mi lado, hacia Susan.

Susan. Su peón. Su escudo.

Me giré, golpeé con el corrector y la alcancé en las costillas y en la espalda, pero no bastó para detenerla.

Era rápida. Fui tras ella, levantando el corrector del suelo como un revés de tenis, pero ella alcanzó el escuálido pecho de Susan y la empujó contra la pared, la cogió del pelo y tiró de él hacia atrás. Oí un ruido parecido al que hace al caer una calabaza y Susan resbaló por la pared hasta el suelo. Golpeé con el corrector, con todas mis fuerzas, la parte de abajo de la espalda de Ruth. Ella aulló y cayó de rodillas.

Vi un movimiento por el rabillo del ojo. Me giré.

Donny se había puesto en pie y venía hacia mí a través del humo cada vez menos denso. Luego lo hizo Willie.

Agité el corrector de un lado a otro por delante de mí. Al principio, se acercaban lentamente, con cuidado. Estaban lo suficientemente cerca como para que pudiera ver lo quemada que estaba la cara de Willie, que tenía un ojo cerrado y la cara llena de lágrimas. Había sangre en la camisa de Donny.

Entonces Willie se agachó, y me placó. Golpeé con el corrector, que se estampó contra su hombro, se levantó y soltó un chasquido al frenarse bruscamente contra su cuello. Willie lanzó un chillido y cayó.

Vi a Donny inclinarse hacia delante y coger el corrector y oí un estruendo a mis espaldas.

Ruth se subió a mi espalda y me clavó las uñas, siseando como un gato. Me tambaleé bajo ese peso que se retorció. Se me doblaron las rodillas. Caí. Donny se adelantó y sentí un repentino y agudo dolor en la mejilla, y un crujido en el cuello. De pronto, olí a cuero. A cuero de zapatos. Me había pateado exactamente igual que se patea un balón de fútbol. Vi una luz cegadora. Mis dedos trataron de aferrarse con más fuerza al corrector, pero ya no estaba allí. Había desaparecido. La brillante luz se convirtió rápidamente en oscuridad. Me puse a duras penas de rodillas. Me pateó en el estómago. Volví a caer, jadeando en busca de aire. Volví a intentar levantarme, pero me fallaba el sentido del equilibrio. Sentí que me inundaba una ola de mareo y confusión. Y entonces alguien más empezó a patearme, en las costillas, en el pecho. Me hice un ovillo, tensé los músculos y esperé a que se aclarase la oscuridad. Y ellos siguieron pateándome e insultándome. Pero estaba empezando a funcionar, estaba volviendo a ver, al fin lo suficiente como para saber dónde estaba la mesa, así que giré en su dirección, me metí debajo, miré hacia fuera y hacia arriba, a las piernas de Ruth y de Donny delante de mí; y entonces volví a sentirme confuso, pues, allí donde debería estar Meg, había

otro par de piernas, justo donde debería encontrarse Meg, tumbada en el colchón.

Piernas desnudas. Quemadas y llenas de heridas.

Las de Meg.

—¡No! —grité.

Salí de debajo. Ruth y Donny se giraron, se acercaron a ella.

—¡Tú! —gritó Ruth—. ¡Tú! ¡Tú! ¡Tú!

Y sigo sin saber qué creía Meg que estaba haciendo, si realmente pensó que podía ayudar (puede que solo estuviera harta de todo esto, harta de Ruth y totalmente harta del dolor, harta de todo), pero debería haber sabido hacia dónde se dirigiría toda la rabia de Ruth, no hacia mí o hacia Susan, sino directamente hacia ella, como una perfecta y maligna flecha envenenada.

Pero no tenía ningún miedo. Sus ojos eran duros y transparentes. Y a pesar de lo débil que se encontraba, se las arregló para dar un paso adelante.

Ruth se tiró sobre ella como una loca. Le agarró la cabeza con ambas manos como si fuera un evangelista, sanando.

Y entonces la estampó contra la pared. El cuerpo de Meg empezó a temblar.

Miró a Ruth, directamente a los ojos, y, por un instante, sus ojos tuvieron una expresión confundida, como si incluso entonces le preguntase a Ruth por qué. Por qué.

Y entonces cayó. Justo sobre el colchón de aire, como un saco sin huesos.

Tembló durante otro rato y luego se paró.

Me apoyé en la mesa para no caer.

Ruth se quedó mirando a la pared. Como si no pudiera creer que Meg ya no estuviera allí. Con la cara de un blanco ceniciento.

Donny y Willie también se pusieron en pie.

La habitación se llenó de un inmenso silencio.

Donny se inclinó. Le puso la mano sobre la boca, luego sobre el pecho.

—¿Res... respira?

Nunca antes me había parecido Ruth tan pequeña.

—Sí. Un poco.

Ruth asintió.

—Tápala —ordenó—. Tápala. Tápala.

Volvió a asentir a nadie en particular y luego se giró y cruzó la habitación tan cuidadosa y lentamente como si pisara cristales rotos. Cuando llegó a la puerta, se detuvo para recuperar el equilibrio. Y entonces se fue.

Y solo quedamos los niños.

Willie fue el primero en reaccionar.

—Cogeré algunas sábanas —dijo.

Tenía una mano sobre la cara, tapándose el ojo. Se le había quemado la mitad del pelo.

Pero ya nadie parecía enfadado.

Frente a la mesa, aún chisporroteaba el fuego, humeando.

—Ha llamado tu madre —musitó Donny.

—¿Eh?

—Tu madre —me dijo—. Ha llamado. Quería saber dónde estabas. Yo cogí el teléfono. Ruth habló con ella.

No tuve que preguntarle qué le habían dicho. No me habían visto.

—¿Dónde está Ladrador?

—Ha ido a comer a casa de Eddie.

Recogí el corrector de los brazos y se lo llevé a Susan. No creo que se diera cuenta ni que le importara. Estaba mirando a Meg.

Willie regresó con las sábanas. Nos miró uno por uno durante un rato, dejó las sábanas en el suelo, se dio la vuelta y volvió a marcharse.

Lo oímos subir con fuerza las escaleras.

—¿Qué vas a hacer, Donny? —le pregunté.

—No sé —me contestó.

Su voz sonaba plana y desenfocada, atónita; como si fuera él el que había recibido una patada en la cabeza, y no yo.

—Se puede morir —continué—. Se morirá. A menos que hagas algo. Nadie más lo hará. Lo sabes. Ruth no lo hará. Willie no lo hará.

—Lo sé.

—Pues haz algo.

—¿El qué?

—Algo. Díselo a alguien. A la poli.

—No sé —repitió.

Cogió una de las sábanas del suelo y la tapó tal y como Ruth le había dicho. La tapó con muchísima suavidad.

—No sé —volvió a repetir. Sacudió la cabeza.

Entonces se volvió.

—Tengo que irme.

—Déjanos la luz, ¿vale? ¿Harás al menos eso? ¿Para que podamos cuidar de ella?

Pareció pensarlo un rato.

—Sí. Claro —dijo.

—¿Y algo de agua? ¿Un trapo y algo de agua?

—Vale.

Salió al sótano y oí correr el agua. Volvió con un cubo lleno de agua y algunos trapos del polvo y los puso en el suelo. Luego colgó la luz de trabajo del garfio del techo. No nos miró. Ni siquiera una vez.

Se acercó a la puerta.

—Ya nos veremos —me dijo.

—Sí —contesté—. Nos veremos.

Y entonces cerró la puerta.

45

Fue transcurriendo la larga y helada noche.

No recibimos más visitas de arriba.

La casa estaba en silencio. Apenas podíamos oír la radio encendida en el cuarto de los chicos, los Everly cantando *All I have to do is dream*, la *Hard headed woman* de Elvis. Cada canción era una burla dirigida a nosotros.

Para entonces, mi madre debía de estar frenética. Podía imaginármela llamando a cada casa del barrio para ver si estaba allí, acampando fuera o sencillamente pasando allí la noche sin habérselo dicho. Y entonces mi padre llamaría a la policía. Seguí esperando esa llamada oficial a la puerta. No podía imaginarme por qué no habían venido.

La esperanza se convirtió en frustración, la frustración en rabia, la rabia en pura resignación. Y entonces, el ciclo volvía a empezar. No había nada que pudiera hacer excepto esperar y enjugar la cara y la frente de Meg.

Tenía fiebre. La parte de atrás de su cabeza estaba pegajosa debido a la sangre seca.

Dormimos a ratos.

Mi cabeza seguía repasando cancioncillas, sintonías. «¡Use Ajax! El espumoso limpiador-da-da-da-da-da-dum-dum. Elimina la suciedad al completo-da-da-da-da-da-dum. Sobre el río y a través de los bosques... el río y a través de los bosques... el río y a través...». No lograba centrarme en nada en concreto. Tampoco podía dejar la mente en blanco.

En ocasiones, Susan se ponía a llorar.

En ocasiones, Meg se movía y gemía.

Yo me alegraba cuando gemía. Eso quería decir que seguía viva.

Se despertó dos veces.

La primera vez que se despertó yo estaba pasándole el paño por la cara y estaba a punto de dejarlo por un rato cuando abrió los ojos. Casi lo dejo caer debido a la sorpresa. Después lo escondí detrás de mí porque estaba rosa debido a la sangre y no quería que ella lo viera. De algún modo, la idea realmente me preocupaba.

—¿David?

—Sí.

Pareció que escuchaba algo. Le miré a los ojos y me di cuenta que, de nuevo, una de sus pupilas era el doble de grande que la otra; y me pregunté qué estaría viendo.

—¿La oyes? —me preguntó—. ¿Está... allí?

—Solo oigo la radio. Pero sí, está allí.

—La radio. Sí. —Asintió lentamente.

»A veces la oigo —me dijo—. Todo el día. A Willie y a Ladrador también... y a Donny. Antes pensaba que podía escuchar... y oír y aprender algo, averiguar por qué me estaba haciendo esto... al escuchar cómo cruzaba una habitación, o se sentaba en una silla. Nunca... lo conseguí.

—¿Meg? Escucha. Creo que no deberías hablar, ¿sabes? Estás muy malherida.

Le costaba mucho esfuerzo, era evidente. Las palabras le salían a trompicones, como si, de pronto, su lengua fuese del tamaño equivocado.

—Ah-ah —contestó—. No. Quiero hablar. Nunca hablo. Nunca tengo a alguien con quien hablar. Pero...

Me miró de una forma rara.

—¿Cómo es que estás aquí?

—Estamos los dos aquí. Susan y yo, los dos. Nos han encerrado. ¿Te acuerdas?

Trató de sonreír.

—Creí que eras una fantasía. Creo que, en ocasiones, lo has sido. He tenido un montón... un montón de fantasías. Las he tenido y luego... se van. Y, a veces, tratas de tener una, quieres una, pero no puedes. No puedes pensar

en nada. Y luego, más tarde... lo haces.

»Antes te suplicaba, ¿sabes? Que parara. Que me dejara en paz. Pensaba, *tiene que hacerlo, lo hará durante un tiempo y luego me dejará en paz, se dará cuenta de que puedo caerle bien*, y luego pensaba, *no, no va a parar, tengo que salir de aquí, pero no puedo, no la entiendo*, ¿cómo pudo dejar que me quemara?

—Por favor, Meg...

Se humedeció los labios. Sonrió.

—Pero tú estás cuidando de mí, ¿verdad?

—Sí.

—Y Susan también.

—Sí.

—¿Dónde está?

—Duerme.

—También es duro para ella —me dijo.

—Lo sé. Sé que lo es.

Estaba preocupado. Su voz iba haciéndose cada vez más débil. Ahora tenía que acercarme mucho para poder oírla.

—¿Me harías un favor? —me dijo.

—Claro.

Me cogió la mano. Su apretón fue muy débil.

—¿Recuperarás el anillo de mi madre? ¿Sabes cuál es el anillo de mi madre? Ella no me escuchará. No le importa. Pero igual... ¿Podrías pedírselo? ¿Podrías recuperar mi anillo?

—Lo recuperaré.

—¿Lo prometes?

—Sí.

Me soltó.

—Gracias —me dijo.

Luego, tiempo después, continuó.

—¿Sabes? Nunca quise a mi madre lo suficiente. ¿No es raro? ¿Y tú?

—No. Supongo que no. —Cerró los ojos—. Creo que ahora me gustaría dormir un *rato*.

—Claro —le dije—. Descansa.

—Es raro —me dijo—. No siento dolor. Lo lógico sería sentirlo. Me quemaron y me quemaron, pero no siento dolor.

—Descansa —le dije.

Asintió. Y lo hizo. Y me quedé sentado, esperando oír cómo llamaba a la puerta el agente Jennings, mientras la letra de *Green Door* daba absurdamente vueltas y más vueltas en mi cabeza como si fuera un carrusel pintado de forma extravagante, una y otra vez: «... medianoche, una noche más sin dormir/observando, hasta que la mañana llega sigilosa/puerta verde, ¿cuál es el secreto que guardas?/¿puerta verde?».

Hasta que yo también me dormí.

Cuando desperté, probablemente ya amanecía. Susan me estaba sacudiendo.

—¡Detenla! —me decía, su voz un susurro asustado—. ¡Detenla! ¡Por favor! ¡No dejes que lo haga! Por un momento, creí que me encontraba en casa, en mi cama. Miré a mi alrededor. Recordé.

Y Meg ya no estaba a mi lado.

Mi corazón empezó a latir con fuerza, se me secó la boca.

Y entonces la vi.

Se había quitado la sábana, por lo que estaba desnuda, encorvada en la esquina junto a la mesa de trabajo. Su largo pelo caía sobre sus hombros. Su espalda estaba cubierta de secas manchas marrones, canales entrecruzados de sangre seca. La parte de atrás de su cabeza brillaba húmeda bajo la luz de trabajo.

Pude ver cómo se le tensaban los músculos del cuello y los que rodeaban la columna vertebral mientras trabajaba. Oí ruido de uñas.

Me levanté y me acerqué a ella.

Estaba escarbando.

Estaba escarbando con los dedos en el suelo de cemento, allí donde se encontraba con la pared. Cavando un túnel para salir. Se le escapaban pequeños ruidos de agotamiento. Se le habían roto las uñas y le sangraban, ya había perdido una de ellas, las yemas de sus dedos también sangraban, y su sangre se mezclaba con la tierra que escarbaba del cemento debilitado en una extraña aleación de ambas sustancias. Su última negativa a someterse. Su último acto de desafío. La voluntad que surgía de un cuerpo derrotado, para forzarlo a convertirse en piedra sólida.

La piedra era Ruth. Impenetrable; solo tierra y fragmentos.

La piedra era Ruth.

—Meg. Venga. Por favor —le insté.

Puse mis manos bajo sus brazos y la levanté. Lo hice con tanta facilidad como si fuera un bebé.

Su cuerpo parecía cálido y lleno de vida.

Volví a tumbarla sobre el colchón y la tapé con la sábana. Susan me acercó el cubo y le lavé los dedos. El agua se enrojeció.

Empecé a llorar.

No quería llorar, porque Susan estaba allí, pero no podía evitarlo ni ocultarlo. Simplemente llegó, me inundó, como la sangre de Meg sobre el cemento.

Estaba caliente por culpa de la fiebre. Su calidez era una mentira.

Casi pude percibir el olor de la muerte sobre ella.

Podía verlo en la distendida pupila de su ojo, un agujero cada vez mayor, en el que podía desaparecer una mente.

Le lavé los dedos.

Cuando acabé, levanté a Susan para que pudiera tumbarse entre los dos y nos quedamos tumbados juntos y en silencio, observando su agitada respiración, mientras cada bocanada de aire que penetraba en sus pulmones era otro momento que unía los momentos, otros segundos de gracia, el temblor de sus párpados entrecerrados hablando de la vida que fluía

dulcemente bajo la superficie herida; y cuando volvió a abrir los ojos, no nos sorprendimos. Éramos felices al ver a Meg mirándonos, la antigua Meg, la que vivió antes de todo esto en el mismo tiempo que nosotros, y no en este febril espacio de ensueño.

Movió los labios. Y sonrió.

—Creo que lo voy a conseguir —nos dijo, y buscó la mano de Susan—. Creo que estaré bien.

En la luz artificial de la lámpara de trabajo, en aquel amanecer que para nosotros no era amanecer, murió.

46

Llamaron a la puerta una hora y media más tarde.

Oí cómo se levantaban de las camas. Oí voces masculinas y unos pesados pasos desconocidos que cruzaban el cuarto de estar hacia el comedor y bajaban las escaleras.

Descorrieron el cerrojo y abrieron la puerta, y allí estaba Jennings, junto con mi padre y otro poli llamado Thompson, al que conocíamos del VFW. Donny, Willie, Ladrador y Ruth se encontraban detrás de ellos, sin intentar escapar ni explicarse, solo observando mientras Jennings se acercaba a Meg, le levantaba un párpado y buscaba un pulso que no había.

Mi padre se acercó y me rodeó con su brazo.

—Jesucristo —dijo, sacudiendo la cabeza—. Gracias a Dios que te hemos encontrado. Gracias a Dios que te hemos encontrado.

Creo que era la primera vez que le oía decir esas cosas, pero también creo que las sentía de verdad.

Jennings tapó la cabeza de Meg con la sábana y el agente Thompson se acercó a consolar a Susan, que no podía parar de llorar. Había estado en silencio desde que Meg murió, y, ahora el alivio y la tristeza pudieron más que ella.

Ruth y los demás observaban impasibles.

Jennings, a quien Meg había advertido sobre Ruth el cuatro de julio, parecía dispuesto a matar.

Con la cara enrojecida, apenas controlando su voz, siguió disparándole preguntas a Ruth; y saltaba a la vista que lo que en realidad quería disparar no eran preguntas, sino la pistola que seguía aferrando en su cadera. «¿Cómo pasó esto? ¿Cómo pasó esto otro? ¿Cuánto tiempo estuvo aquí abajo? ¿Quién

escribió eso de ahí?».

Durante un tiempo, Ruth no pudo contestar. Lo único que hizo fue quedarse ahí de pie, rascándose las heridas abiertas que tenía en la cara. Y entonces dijo:

—Quiero un abogado.

Jennings actuó como si no la hubiese oído. Siguió con las preguntas, pero todo lo que ella decía era «quiero llamar a un abogado», como si estuviera preparándose para acogerse a la Quinta enmienda y eso fuera todo.

Jennings se enfadó más y más aún. Pero eso no sirvió de nada. Yo se lo podía haber dicho.

Ruth era la roca.

Y, siguiendo su ejemplo, también lo eran sus hijos.

Yo no lo era. Inspiré profundamente y traté de no pensar que mi padre estaba a mi lado.

—Yo le diré todo lo que quiera saber —dije—. Susan y yo lo haremos.

—¿Viste todo esto?

—La mayoría —contesté.

—Algunas de estas heridas se infligieron hace semanas. ¿Viste alguna de ellas?

—Algunas. Las suficientes.

—¿Lo viste?

—Sí.

Sus ojos se empequeñecieron.

—¿Tú qué eres aquí, chico, prisionero o carcelero? —me preguntó.

Me volví a mi padre.

—Yo nunca le hice daño, papá. Nunca se lo hice. De veras.

—Pero tampoco la ayudaste —señaló Jennings.

Eso fue lo que yo me había estado repitiendo toda la noche.

Excepto que la voz de Jennings se aferró a las palabras como si fuera un

puño y me las arrojó. Por un momento, me dejaron sin aliento.

Por un lado está lo correcto y por otro, lo justo, pensé.

—No —contesté—. No, nunca lo hice.

—Lo intentaste —dijo Susan, llorando.

—¿Lo hizo? —preguntó Thompson.

Susan asintió.

Jennings me miró durante mucho tiempo y, luego, él también asintió.

—De acuerdo —dijo—. Hablaremos de eso más tarde. Será mejor que llamemos, Phil. Todo el mundo arriba.

Ruth murmuró algo.

—¿Qué? —preguntó Jennings.

Ruth habló para sí misma, musitando.

—No puedo oírla, señora.

La cabeza de Ruth se irguió de repente y sus ojos centelleantes.

—He dicho que era una zorra —dijo Ruth—. ¡Ella se escribió esas cosas! ¡Lo hizo ella! «*Yo follo. Fóllame*». ¿Cree que lo escribí yo? ¡Se lo escribió ella misma, encima, porque estaba orgullosa de ello!

»Yo trataba de enseñarla, de disciplinarla, de enseñarle algo de decencia. Lo escribió para escupírmelo a la cara, “*Yo follo. Fóllame*”. Y lo hacía. Se follaba a todos. Se lo folló a él, eso seguro.

Me señaló. Y luego a Willie y a Donny.

—Y a él, y a él también. ¡Se los folló a todos! Se habría follado al pequeño Ralphie si yo no se lo hubiera impedido, si no la hubiese atado aquí abajo, donde nadie tenía que verle las piernas, y el culo, y el coño, su coño; porque, caballero, eso es todo lo que era, un coño, una mujer que no sabía otra cosa más que entregarse a cualquier hombre que se lo pidiese a cambio de unos mimos. Y yo le hice un jodido favor. Así que a la mierda usted y lo que usted piense. Maldita carne dentro de un uniforme. Un gran soldado. Una gran mierda. ¡Que le den! Yo le hice un jodido favor...

—Señora —dijo Jennings—. Creo que debería callarse ahora mismo.

Se acercó más y fue como si estuviera mirando algo que hubiese pisado en la calle.

—¿Entiende lo que quiero decir, señora? ¿Señora Chandler? Por favor, realmente espero que lo haga. Esa puta ranura que usted llama boca; manténgala cerrada.

Se volvió hacia Susan.

—¿Puedes andar, cariño?

Ella se sorbió los mocos.

—Si alguien me ayuda con las escaleras.

—Yo podría llevarla —se ofreció Thompson—. No debe de pesar mucho.

—De acuerdo. Entonces tú primero.

Thompson la cogió y encabezó la marcha a través de la puerta y por las escaleras. Willie y Donny le siguieron, con la mirada fija en sus pies, como si no conociesen muy bien el camino. Mi padre subió detrás de ellos, como si ahora fuera parte de la policía, vigilándoles, y yo lo seguí. Ruth vino justo detrás de mí, pisándome los talones, como si, de pronto, tuviera prisa porque acabara todo. Miré por encima de mi hombro y vi que Ladrador iba prácticamente a su lado, y el agente Jennings le seguía.

Entonces, vi el anillo.

Brillaba con la luz del sol que lo bañaba procedente de la ventana de atrás.

Seguí subiendo las escaleras, pero, por un instante, apenas fui consciente de dónde me encontraba. Sentí un calor que me recorría todo el cuerpo. Seguía viendo a Meg y oyendo su voz haciéndome prometer que recuperaría el anillo de su madre, que se lo pediría a Ruth, como si de entrada no fuera de Meg, sino que se lo hubiesen prestado, como si Ruth tuviese algún derecho sobre él, como si no fuera una puta ladrona, y pensé en todo lo que Meg había pasado antes incluso de que la conociésemos, perdiendo a todos los que amaba, y quedándose solo con Susan; solo para conseguir esta sustituta. Esta cruel parodia de madre que le había robado no solo el anillo, sino todo, su vida, su futuro, su cuerpo; y todo con el pretexto de criarla, aunque lo que hacía en realidad no era criarla, sino empujarla, hundirla cada vez más, disfrutando de ello, exultante, hasta, por amor de Dios, terminar fundiéndola con la misma tierra en la que ahora yacía, sin poder crecer, borrada,

desaparecida.

Pero el anillo seguía allí. Y en mi repentina furia me di cuenta de que yo también podía empujar.

Me detuve, me di la vuelta y llevé mi mano a la cara de Ruth, con los dedos muy abiertos, y observé cómo sus ojos negros me miraban sorprendidos por un momento y llenos de miedo justo antes de que desaparecieran bajo mi mano.

Supe que lo sabía.

Y que quería vivir.

Vi que intentaba cogerse a la barandilla.

Sentí que abría la boca.

Por un momento, sentí la flácida carne de sus mejillas bajo mis dedos.

Era consciente de que mi padre seguía subiendo las escaleras por delante de mí. Casi había llegado arriba del todo.

Empujé.

Nunca me he sentido tan bien ni tan fuerte, ni entonces ni nunca.

Ruth gritó y Ladrador trató de cogerla, lo mismo que el agente Jennings, pero el primer escalón con el que se golpeó fue el del agente Jennings, y se retorció mientras se golpeaba, por lo que él casi no pudo ni tocarla. Las latas de pintura cayeron al cemento del fondo. Ruth hizo lo mismo, aunque más lentamente.

Se partió la boca contra las escaleras. Eso la hizo volar y girar como una acróbata, por lo que, cuando se golpeó contra el fondo, volvió a hacerlo con la cara, rompiéndose la boca, la nariz y el pómulo bajo el peso de todo su cuerpo, que cayó como un saco de piedras.

Pude oír cómo se le partía el cuello.

Y entonces se quedó allí tumbada.

De pronto, un pestazo llenó la habitación. Estuve a punto de sonreír. Se había cagado encima como un bebé y pensé que era lo más apropiado, que estaba bien.

Y entonces, de pronto, todo el mundo bajó las escaleras, Donny y Willie,

mi padre y el agente Thompson sin el peso de Susan, empujándome para pasar, y todos ellos gritaban y rodeaban a Ruth como si fuera un hallazgo arqueológico. «¿Qué ha pasado? ¡¿Qué le ha pasado a mi madre?!», gritaba Willie, y Ladrador estaba llorando. Willie había perdido realmente el juicio, y estaba agachado sobre ella, agarrando sus pechos y tripa, tratando de devolverla a la vida a base de masajes. «¡¿Qué demonios ha pasado?!», gritó Donny. Todos me miraban desde el suelo como si pensarán descuartizarme, mientras mi padre se situaba en la base de las escaleras por si lo intentaban.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el agente Thompson.

Jennings se limitó a mirarme. Lo sabía. Sabía demasiado bien lo que había pasado.

Pero en ese momento no me importaba. Me sentía como si hubiese aplastado a una avispa. Una que me hubiese picado. Nada más y nada menos que eso. Bajé las escaleras y me enfrenté a él.

Me miró durante otro rato. Luego se encogió de hombros.

—El chico tropezó —dijo—. La falta de comida, la falta de sueño, ver morir a su amiga. Un accidente. Es una pena. A veces pasa.

Ladrador, Willie y Donny no se lo tragaron, pero nadie parecía tenerles demasiado en cuenta en aquel momento, ni importaba lo que se tragaban o dejaban de tragarse.

El olor de la mierda de Ruth era espantoso.

—Traeré una sábana —dijo Thompson. Pasó a mi lado.

—Ese anillo —dije. Lo señalé—. El anillo que lleva en el dedo era de Meg. Perteneció a la madre de Meg. Debería tenerlo Susan ahora. ¿Puedo dárselo?

Jennings me lanzó una mirada apenada que me decía que ya era suficiente y que no le presionara más.

Pero eso tampoco me importaba.

—El anillo le pertenece a Susan —insistí.

Jennings suspiró.

—¿Es eso verdad, chicos? —preguntó—. Las cosas irán mejor a partir de

ahora si no mentís.

—Supongo —dijo Donny.

Willie miró a su hermano.

—Que te den —musitó.

Jennings levantó la mano de Ruth y miró el anillo.

—De acuerdo —dijo, y, de pronto, su voz se volvió amable—. Dáselo —se lo sacó del dedo.

—Dile que no lo pierda —me dijo.

—Lo haré.

Me fui arriba.

De pronto me sentía muy cansado.

Susan estaba tumbada en el sofá.

Me acerqué a ella y, antes de que pudiera preguntarme qué estaba pasando, se lo di. Vi que miraba el anillo y se daba cuenta de lo que era, y la mirada en sus ojos hizo que cayera de rodillas a su lado. Ella me buscó con sus pálidos bracitos, y yo la abracé, y lloramos y lloramos.

Epílogo

Éramos menores; no criminales, sino delincuentes.

Así que, según la ley, éramos inocentes por definición, no se nos podía pedir cuenta de nuestros actos, como si todo aquel que tuviera menos de dieciocho años fuera legalmente loco e incapaz de distinguir el bien del mal. Nunca se facilitaron nuestros nombres a la prensa. No tendríamos antecedentes penales ni se nos daría publicidad.

Me pareció muy raro, pero, como estábamos excluidos de los derechos de los adultos, supongo que era normal que también se nos excluyese de las responsabilidades de los adultos.

Normal, a menos que fueras Meg o Susan.

A Donny, a Willie, a Ladrador, a Eddie a Denise y a mí se nos llevó ante un juez de menores, y Susan y yo testificamos. No había fiscal ni abogado defensor, solo el honorable juez Andrew Silver y un puñado de psicólogos y asistentes sociales que discutieron encarecidamente qué hacer con cada uno de nosotros. Incluso desde el principio, resultaba obvio lo que había que hacer. Donny, Willie, Ladrador, Eddie y Denise fueron enviados a centros de menores; reformatorios, los llamábamos. Eddie y Denise únicamente por dos años, ya que no tenían ninguna implicación auténtica en el asesinato en sí. Donny, Willie y Ladrador hasta que cumplieran los dieciocho, la sentencia más dura que te podían aplicar en aquellos tiempos. A los dieciocho los soltarían y destruirían sus expedientes.

Los actos del niño no se tendrían en cuenta contra el hombre.

Encontraron un hogar adoptivo para Susan en otra ciudad, en el distrito de los lagos, lejos.

Debido a lo que ella dijo sobre mí en la audiencia y al hecho de que, bajo la ley del menor, no existía, estrictamente hablando, nada parecido a un

cómplice, se me dejó bajo la custodia de mis padres y se me asignó una asistente social que era psiquiatra, una mujer blanda con aspecto de maestra de escuela llamada Sally Beth Cantor, que estuvo viniendo a verme una vez a la semana, y luego una vez al mes, durante un año, y que siempre parecía preocupada por mis «progresos» en «enfrentarme» a lo que había visto y hecho (y dejado de hacer), pero que, a la vez, siempre parecía estar medio dormida, como si hubiera pasado por aquello un billón de veces y desease contra toda razón y evidencia que mis padres fueran muchísimo más duros conmigo o que yo fuera a por ellos con un hacha o algo así, solo para proporcionarle algo más jugoso a lo que hincarle el diente. Y entonces el año acabó y ella dejó de venir. Pasaron tres meses antes de que la echara en falta.

Nunca más volví a ver a ninguno de ellos. Al menos, no en persona.

Me escribí con Susan por un tiempo. Sus huesos se soldaron. Le gustaban sus padres adoptivos. Se las había arreglado para hacer unos cuantos amigos. Y entonces dejó de escribir. No le pregunté por qué. No la culpé.

Mis padres se divorciaron. Mi padre se fue de la ciudad. No le veía demasiado a menudo. Creo que, después de todo, se avergonzaba de mí. Tampoco le culpé.

Me gradué en el colegio en el tercio inferior de la promoción, lo que no sorprendió a nadie.

Fui a la universidad durante seis años, con dos años de interrupción en Canadá para evitar ser alistado, y salí de allí con un máster en empresariales. Esta vez me gradué el tercero de mi promoción. Lo que fue una gran sorpresa para todos.

Conseguí un trabajo en Wall Street, me casé con una mujer a la que conocí en Victoria, me divorcié, me volví a casar, y me volví a divorciar un año después.

Mi padre murió de cáncer en 1982. Mi madre tuvo un infarto en el 85 y murió en el suelo de la cocina, junto al fregadero, agarrando una cabeza de brécol. Incluso al final, sola y sin nadie para quien cocinar, seguía teniendo la costumbre de comer bien. Nunca sabías cuándo podía volver la depresión.

Volví a casa con Elizabeth, mi prometida, para vender la casa de mi madre y leer su testamento, y, juntos, recogimos las reliquias que había almacenado tras cuarenta años de vivir allí. Encontré unos cheques sin cobrar en una

novela de Agatha Christie. Encontré cartas que le había escrito desde la universidad y dibujos a ceras que había realizado en primero. Encontré artículos de periódico, marrones por el tiempo, sobre la apertura de El nido del águila y sobre premios que le habían otorgado a mi padre los Kiwani, o la VFW, o los Rotarios.

Y encontré recortes sobre las muertes de Meg Loughlin y Ruth Chandler.

Esquelas del periódico local.

La de Meg era breve, casi dolorosamente breve, como si la vida que tuvo apenas pudiera considerarse una vida.

Loughlin, Megan, 14, hija del difunto Daniel Loughlin y de la difunta Joanne Haley Loughlin. Hermana de Susan Loughlin. El funeral se llevará a cabo en la funeraria Fisher, avenida Oakdale 110, Farmdale, NJ, el sábado a las 13:30 horas.

La de Ruth era más larga:

Chandler, Ruth, 37, esposa de William James Chandler, hija del difunto Andrew Perkins y de la difunta Barbara Bryan Perkins. La sobreviven su marido y sus hijos, William Jr., Donald y Ralph. El funeral se llevará a cabo en la funeraria Hopkins, Valley Road 15, Farmdale, NJ, el sábado, a las 14:00 horas.

Era más larga, pero igual de vacía.

Observé los recortes y me di cuenta de que sus funerales se habían celebrado el mismo día con un lapso de media hora entre ambos, en funerarias que se encontraban a dos o tres manzanas la una de la otra. No fui a ninguno de los dos. No puedo imaginarme quién lo hizo.

Miré la casa de al lado desde la ventana del cuarto de estar. Mi madre me había contado que ahora vivía allí una pareja joven. Gente agradable, añadió. Sin niños, aunque esperaban tenerlos algún día. Iban a construir una zona de juegos en cuanto tuvieran dinero.

El siguiente recorte era una foto. La foto de un joven bien parecido con un cabello corto y castaño y una sonrisa algo desmañada, con los ojos muy abiertos.

Me parecía familiar.

La desdoblé.

Era un artículo del *Star-ledger* de Newark, fechado el 5 de febrero de 1978. El titular decía «hombre de Manasquan acusado de asesinato», y la historia contaba que el hombre de la foto había sido arrestado el 25 de diciembre junto a un menor sin identificar debido a su conexión con las muertes por apuñalamiento y quemaduras de dos adolescentes, Patricia Highsmith, 17 años, de Manasquan, y Debra Cohen, también 17 años, de Ashbury Park.

Ambas víctimas mostraban señales de violencia sexual y, aunque a las dos se las había apuñalado en numerosas ocasiones, la causa de la muerte fueron las quemaduras. Se las había empapado con gasolina y se les prendió fuego en un campo abandonado.

El hombre de la foto era Ladrador.

Mi madre nunca me lo contó. Miré la foto y creí ver al menos una buena razón para que no lo hiciera; yo podría haber mirado el periódico y visto la foto.

En la veintena, Ladrador se parecía tanto a Ruth que daba miedo.

Al igual que el resto de los recortes, este había estado metido en una caja de camisas colocada sobre las escaleras del ático, y las esquinas estaban secas, marrones y medio deshechas. Pero me di cuenta de que había algo en el borde. Le di la vuelta y reconocí la letra de mi madre. Lo había escrito a lápiz, por lo que estaba un poco borroso, pero aún se podía leer.

Junto al lado del titular y elevándose por un lado de la foto, había escrito con fina ironía «me pregunto cómo lo llevarán Willie y Donny».

Y ahora, en la víspera llena de incertidumbres de mi tercer matrimonio, con una mujer que tiene la misma edad que tendría Meg si estuviese viva, atormentado por pesadillas que parecen centrarse en volver a fallar, en fallarle a alguien, abandonándole descuidadamente a las crueldades del mundo (y añadiendo a esos nombres que ella garabateó en el borde del recorte los nombres de Denise y de Eddie Crocker, y el mío), yo también me lo pregunto. (Nota del autor: mientras escribo *La chica de al lado*.)

«¿Quién te quiere, muñeca?», dice Kojak.

Bueno, citando las palabras del jugador griego de Atlantic City más fiable

del mundo, «¿quién sabe?». Pero sí sé quién y qué me da miedo.

El «qué», generalizando, es lo impredecible. No es que un encuentro fortuito con un pelirrojo me lleve a volver corriendo a mi apartamento en busca de un crucifijo y algo de ajo. Cosas más en la línea del Alzheimer, el Sida o un fallo en los motores de un avión. Un día, me encontraba yo bajando por Broadway cuando todo un armario ropero de roble cayó zumbando a la calle a penas a dos pasos de donde yo me encontraba. Eso me asusta. Me asusta y me enfurece.

Y me siento igual respecto a la gente que me da miedo. Me cabrean de verdad. Me molesta compartir mi planeta con engendros como Bundy, que tienen un aspecto parecido al mío, y que hablan como yo, y que son totalmente encantadores salvo por esa pequeña tontería, vaya, que les gusta arrancarle a la gente los pezones a mordiscos.

No se trata solo de empatía con la víctima. Es decir, yo también tengo pezones.

Los sociópatas me asustan y me enfurecen. No solo los sociópatas de las ligas mayores (los Manson y los Gary Tison), sino también los tipos que dejan sin blanca a las ancianitas mediante estafas de terrenos en Florida. Todos esos tipos sin conciencia. Conozco a una mujer cuyo marido perdió su puesto en la Bolsa y que, para cubrir sus deudas, utilizó el nombre de ella para firmar pagarés que ascienden a un cuarto de millón de dólares, además de formularios de Hacienda, y ahora se ha desatado un infierno con la casa hipotecada y un montón de impuestos atrasados, y ella (con un hijo al que mantener, quien, trágicamente, sigue queriendo al tipejo como un niño de ocho años tiene que querer a su padre) no le ha visto ni vuelto a saber de él desde marzo de 1989. Ni ella ni nadie. Desapareció. Nadie puede tocarle. Mientras que el mundo se les vine encima a su mujer y a su hijo como si fuera un enjambre de moscas.

Hace mucho que quería escribir sobre uno de estos bastardos. Su otredad. Y lo que nos pasa a la gente de verdad cuando nos creemos que son humanos.

Encontré uno en *Bloodletters and Badmen*, de Jay Robert Nash.

Su crimen era algo poco habitual y totalmente repulsivo.

Durante el transcurso de varios meses y con la ayuda de su hijo y sus hijas adolescentes (y, con el tiempo, también con la de los niños del vecindario),

torturó hasta la muerte a una chica de dieciséis años, una huérfana en acogida, delante de su hermana pequeña, aparentemente para «enseñarle una lección» sobre lo que significaba ser mujer en este mundo.

Sus hijos me recordaron algo sacado de *El señor de las moscas*. Pero olvidémonos de los niños, porque lo que tenemos aquí es a una mujer, una adulta, que les da permiso, que prepara las cosas y los guía en cada paso que dan en algún tipo enfermizo de juego de aprendizaje que tiene algo que ver con un desprecio fundamental hacia su propio sexo y con la incapacidad de advertir cualquier sufrimiento que no sea el propio. Y eso lo transmite a un puñado de adolescentes. A los amigos de la chica.

El libro mostraba una foto suya. Su crimen tuvo lugar en 1965, cuando contaba treinta y seis años. Pero la cara que aparecía en el libro aparentaba sesenta. Piel apagada y arrugada (con arrugas muy marcadas), una fina boca amargada, entradas y un pelo sucio peinado al estilo de una década antes.

Enormes y profundos ojos oscuros que se las arreglaban para parecer atormentados y vacíos a la vez. Daba miedo. Inmediatamente, me enfadé con ella.

Se quedó conmigo.

Entonces, unos años después, mi madre murió, muy querida, en la misma casa de Nueva Jersey en la que crecí y que yo había conocido desde mi infancia. Para casi todo lo que realmente importaba seguía siendo mi hogar de referencia. Me enfrenté a las dos pérdidas de forma gradual, dejando mi apartamento durante breves períodos de tiempo y pasando allí un montón de tiempo recogiendo sus pertenencias, reencontrándome con los vecinos, recordando.

En ese momento, me encontraba reelaborando *Ella se despierta*, mi única novela sobrenatural hasta la fecha. Y fue una suerte que volviera a ella justo entonces, pues en ese momento no me encontraba en condiciones de empezar algo nuevo, o real. Una diosa reencarnada en una soleada isla griega me parecía algo perfecto.

Pero, gradualmente, aquella mujer volvió a empezar a insinuarse. Puede que fuera el peinado de los cincuenta. No lo sé.

Pero, mientras yo crecía, mi calle era una calle cortada y todas las casas estaban llenas de niños de la guerra. Podía imaginármela haciéndolo allí. Y,

además, si viviste en los cincuenta, conoces su lado oscuro. Todos esos pequeños, suaves y bonitos bulbos de secretos y represión, maduros y listos para estallar. Era la clase perfecta de aislamiento y personajes que podía moldear a través de los reales.

Así que, pensé, *retrotráelo a 1958, cuando tenías doce años. En lugar del medio oeste, donde realmente ocurrió, utiliza Nueva Jersey.*

Y al estar allí, especialmente durante el verano, se me siguieron ocurriendo cosas. El olor a bosque, las húmedas paredes del sótano. Cosas que, durante años, había estado demasiado ocupado como para recordar, ahora me dejaban noches enteras sin dormir. Estaban saliendo a la superficie demasiados detalles como para resistirse, y ni lo intenté. A veces incluso reconocía cosas que me gustaban entonces. Teníamos amigos, y setos, y puertas sin cerrar. Teníamos a Elvis.

Pero tampoco iba a hacer algo como *Happy Days*. No desde que en *Fuera de temporada*, mi primer libro, había trabajado con un argumento oscuro. Y *Fuera de temporada* iba de caníbales en la costa de Maine, por amor de Dios. Nadie iba a tomárselo en serio, por mucha ternura que pusiera al escribirlo. Además, esta historia iba sobre el maltrato a menores. Un maltrato tan extremo que, al escribirlo, finalmente me llevó a tomar la decisión de suavizar algo de lo que había pasado y dejar otras cosas totalmente fuera.

Sigue siendo bastante extremo.

No había nada que pudiera hacer con ello, nada de lo que me diese cuenta. De hecho, el problema consistió en dejar los elementos extremos sin explotar en el proceso a todos esos niños a los que, en la vida real, maltratan cada día.

El ir solucionando los problemas técnicos me ayudó. En primer lugar, utilicé una voz en primera persona, con el niño de la casa de al lado como narrador. Se trata de un chico problemático pero no insensible, que se debate entre la fascinación que ejerce sobre él la sensación de libertad que todo esto conlleva y lo que le está diciendo su empatía. Ve muchas cosas. Pero no todo. Lo que me permitió presentar algunas cosas como simples bocetos en lugar de ir directamente a la garganta y describirlas al completo.

Al mismo tiempo, lo cuenta treinta años después. Ya es adulto, por lo que puede censurar. Así que en un momento, cuando las cosas se ponen realmente duras, le hago decir «lo siento, no voy a mostrarte eso. Imagínatelo si quieres

y te atreves. Yo no te voy a ayudar».

La narración en primera persona en un libro de misterio dirige automáticamente las simpatías del lector hacia el objeto de violencia. Lo utilicé en *El escondite* buscando precisamente ese efecto. Sabes que, quienquiera que esté hablando, va a sobrevivir, por lo que no te preocupas demasiado por su bienestar físico. (Aunque puedes preocuparte por su bienestar moral, y espero que eso sea lo que pase aquí.) Pero, si se hace bien, te preocupas por el bienestar de aquellos por los que se preocupa. En este caso, *La chica de al lado* y su hermana.

Es complicado. Porque si la gente por la que se preocupa no está bien dibujada, o no cae bien, o al lector no le gustan los abogados o los perros de la misma forma que al narrador, acabará centrándose en los malos, o en la violencia, o en ambos. O cerrando el libro para siempre.

Pero eso no me preocupa demasiado (dijo él, llenando de arrogancia su taza hasta el borde). Si el libro posee una cierta ambigüedad moral, una cierta tensión moral, es lo que se pretendía. Ese es el problema que tiene que solucionar el chico, un problema relacionado con su forma de ver las cosas. Y no estoy demasiado preocupado porque me caen bien esas niñas, y creo que eso queda claro. No son simples víctimas. De algún modo, especialmente en la forma que tienen de relacionarse la una con la otra, creo que son figuras bastante heroicas.

Y porque, al contrario, los otros me asustan.

Me asustan, y sí, por aparecer delante de mis narices cada vez que abro el periódico, o enciendo la tele para ver las noticias de la tarde, o hablo con alguna mujer cuyo marido borracho ha vuelto a zurrarla, me cabrean de verdad.

¿Amas a tu mujer?

—Hay veces en que me parece que tú..., no sé, que ya no estás ahí —le confesó—. Como si no importara lo que hiciera, porque no habría ninguna diferencia ¿no? ¿Sabes lo que quiero decir?

Estaban tumbados en la cama. Él se encontraba cansado y algo mareado debido a los whiskys que se había tomado después del trabajo. *El poder y la gloria* de Greene se encontraba abierto en el regazo de ella. Él iba por la mitad de *Bahía de Almas*, de Stone.

Ella tenía razón. Stone se habría forzado, obviamente, a reaccionar. Él no podía.

Ella iba a irse a California pocos días después, dejando atrás el frío gélido de Nueva York y el frío gélido de él durante aproximadamente una semana. Su ex amante la había llamado. Puede que volviera a ser su amante. Bass no había preguntado.

—No es que me queje —continuó ella—. No es que te esté criticando. Ya lo sabes.

—Lo sé.

—Y no solo somos tú y yo. Da la impresión de que te pasa con todo. Antes escribías. Demonios, antes pintabas. Ya no eres el mismo.

—Obviamente, es parte de mí.

—No la mejor parte.

—Bueno. Quizá no.

Ella no continuó con el resto. *Incluso después de tres largos años sigue siendo ella, ¿verdad?* No tenía la más mínima necesidad de herirle con ello. Simplemente estaba haciendo una observación y dejándole una puerta abierta por si él quería hablar. No quiso. De todas formas, no era precisamente la

pérdida de Annabel lo que lo preocupaba esos días. Era lo que quedaba de él en su ausencia. Lo que parecía ser cada vez menos; una sutil pero clara diferencia. Continuaba sintiéndose sumergido hasta muy abajo en la ola de blanca espuma de su partida. Justo donde el agua está muy tranquila, muy profunda y muy tenue.

—Enfréntate a ella —le aconsejó Gary.

—¿A Annabel?

—Sí, a Annabel. ¿A quién si no?

—¿Después de tanto tiempo?

—Exactamente. No te estás haciendo más joven.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Ahora está casada, ¿recuerdas?

—Igual que Laura y tú. A vuestra extraña manera.

Se refería a que Laura volvía a salir con su antiguo amante. Gary no lo aprobaba y no le importaba decirlo. Eran las cuatro de la mañana. Estaban cerrando Las puertas del Infierno. Era una calurosa noche de verano y los treinta y tantos miembros del personal se les habían acercado como moscas a la miel a pesar de las bebidas de nueve dólares.

—Pues enfréntate a ambos, qué demonios.

—Ni siquiera le conozco. Nos vimos una vez cuando ella trabajaba de camarera, y no más de cinco minutos. Ni siquiera estoy seguro de que lo reconociera, aunque lo tuviese sentado justo enfrente.

—Pues puede que eso sea parte del problema. No conoces al tipo. Así que no sabes lo que le ofrece. No sabes por qué él. Es decir, a veces conoces al otro tipo y él no es para tanto, ¿verdad? Lo que hace que ella pierda puntos. A veces eso es justo lo que necesitas.

»La echas de menos y crees que echas de menos esa... enorme personalidad. Pero solo la ves en el contexto de vosotros dos. No tienes perspectiva. Te encuentras ahí, dándole vueltas a las cosas. Sin perspectiva. Crees que conoces a alguien, pero no es así; no hasta que vives con ese alguien o lo ves en una situación totalmente nueva, como si fuera otra persona. Eso es lo que yo pienso, al menos. Y sigo pensando que estás chiflado si dejas que Laura corra a encontrarse con algún payaso en California.

Ignoró la última parte. No podía decirle a Laura lo que tenía que hacer, y tampoco quería hacerlo, de todas formas. Tenía que pensar que ella sabía lo que hacía.

Pero pensó que era posible que Gary tuviera algo de razón respecto a Annabel. Cuando se fue, insistió en cortar con él en todo. Sin llamadas, sin correos electrónicos, sin cartas. Una ruptura limpia, según ella. Recordaba haberse estremecido por culpa del gastado cliché.

Al principio, no se creyó que ella fuera capaz de una medida tan draconiana (no con respecto a ellos dos), así que lo intentó. Pero pronto quedó claro que no iba a producirse ningún enfrentamiento, ningún seguimiento, ninguna clase de aparición en su apartamento. Sabía adónde conduciría esa pequeña visita. El acceso a su casa era solo con invitación. Solo conseguiría que le cerrara en las narices una puerta que antes estaba abierta de par en par.

El último mensaje de correo electrónico que ella le había enviado era tranquilo y deliberado; le informaba de que había tirado todas las fotos de ellos dos y le sugería que hiciera lo mismo. Eso aceleraría el proceso de curación. Otro cliché, pero lo dejó pasar. Tres meses después, se casó con un tipo al que había conocido y con el que había salido mucho tiempo antes de que ellos dos se conocieran, y eso fue lo último que supo de ella.

Se había sentido furioso, herido y sorprendido por las dos cosas. Primero la ruptura y luego el matrimonio. Pero no había ningún tribunal de apelación ni servía de nada aullarle al viento. Le había parecido intolerable el cortar sin más, el suspender toda comunicación. Por un tiempo, Bass estuvo muy cerca de odiarla.

Tres años después, él ya no sentía ningún tipo de furia. Simplemente se preguntaba a dónde se habría ido. Porque por aquel entonces el «lo superarás con el tiempo», junto con el «rompamos limpiamente» y el «acelerar el proceso de curación» parecían el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de las psico-zarandajas más inútiles. Lo asqueaban y lo enfurecían.

Pero puede que, a largo plazo, acabaran por hacer efecto después de todo. La victoria a través de la inacción. Porque allí estaba él.

Curioso de una forma pasiva respecto a si habría algo que pudiera volver a despertar su muerto trasero, a resucitar su sentido del compromiso en una vida después de Annabel. Pero la palabra clave seguía siendo «pasivo».

¿Enfrentamiento? Tres años atrás, en un segundo. Pero ahora ni siquiera estaba seguro de que le quedase energía suficiente. Era posible que ya hubiera pasado el momento para las explicaciones, el entendimiento y la más odiosa de las palabras, el cierre definitivo.

Nunca llegó a tirar sus fotos.

Así que, al día siguiente, se puso a verlas mientras comía un estofado de ternera con maíz. Sintió una leve punzada al hacerlo. Como la de un músculo que puedes estirar poco después y deshacerte de ella. Pero seguía siendo algo.

Trató de buscarla en Internet. Había pensado antes en hacerlo, pero desistió, temiendo una mayor humillación.

Probó con su nombre de soltera y no encontró nada. Luego lo intentó con su apellido de casada. Lo que apareció fue una única foto. Una foto de boda de hacía dos años y medio: Annabel y su marido, Gerard, sonriendo de pie bajo una panoplia de verdes y saludables palmeras frente algún viejo hotel de Nueva Orleans. Annabel tenía un aspecto encantador con su vestido sin mangas verde pálido, su marido era algo más bajo que ella y se estaba quedando calvo, llevaba una camisa de seda blanca de manga corta, una sonrisa torcida y un sombrero panamá totalmente nuevo. Ella no miraba a la cámara, sino al cielo. Lo cual era totalmente propio de ella. Annabel era pintora y el cielo era su auténtico norte, su lienzo.

Era lo único que le resultaba familiar.

El texto decía: «*Aquí están el señor Gerard Pope y señora en carnaval. ¡Mira dónde fuimos y lo que hicimos!*».

La foto estaba sacada de la página web de su marido. Bass no había tenido ninguna razón para pensar que la tenía. No tenía ni idea de que se ganaba la vida escribiendo novelas de detectives; y con bastante éxito, al parecer. Le echó un vistazo a la página. Portadas de sus libros, artículos, una bibliografía, una zona de mensajes y citas del *Publisher Weekly* y de Lawrence Block. No estaba nada mal. Tenía una serie con un personaje que había aparecido primero en seis novelas de bolsillo originales y, más recientemente, en dos de tapa dura, con una edición de bolsillo que probablemente llegaría pronto.

Dé nuevo esa punzada.

Posiblemente se trataba de celos. Bass había tenido serias esperanzas de

convertirse algún día en escritor; lo de ser camarero se suponía que iba a ser temporal.

O puede que fuera el hecho de que también ellos hubiesen hablado de ir juntos a Nueva Orleans, cuando lo más al sur que habían llegado era a Cape May, en la primavera de su primer año juntos.

Pero lo más probable es que estuviera empezando a experimentar aquello de lo que Greg le había estado hablando.

El contexto.

Allí estaba ella, Annabel enmarcada en la foto. Una Annabel totalmente distinta. Muy lejos del punto de vista o de la influencia de aquella entidad que una vez constituyeron Bass y ella juntos. Con un hombre al que apenas reconocía, a todos los efectos un extraño.

Y en la presencia de ese hombre (al menos ese día), ella era feliz. Así que daba la impresión de que ella podía ser perfectamente feliz sin él.

Eso ya lo sabía, por supuesto. Cualquier cerebro que mereciera la pena llegaría a esa conclusión. Pero él creía que la punzada procedía de una zona menos apolínea de su cerebro. La parte que los hombres compartían con las serpientes, los pájaros y los dinosaurios. Esa parte que tenía un único pensamiento por encima de cualquier sentido de autoconciencia: «come o serás comido. Coge o te cogerán».

Solo una punzada.

Pero lo suficiente para que cuando, unos días después, Laura sonrió, le dio un beso de despedida a la puerta de su apartamento y bajó las maletas hasta el taxi que la esperaba para llevarla a La Guardia, empezara a convertirse, inesperadamente, de punzada en opresión.

Y a irse introduciendo poco a poco en ese nuevo y segundo vacío en su vida que había creado su ausencia, como si fuera una presa a la que estuviese destruyendo lentamente un fuerte temporal.

Su foco inmediato fue Gerard, no Annabel. Lo que le parecía raro, pues, dejando al margen la página web, no tenía la más mínima idea de quién era Gerard. Bass compró una de sus novelas de bolsillo, pero odiaba las novelas de misterio, por lo que no llegó más allá de las primeras páginas para asegurarse de que el hombre era capaz de manejarse con la frase y el párrafo

con una cierta habilidad. Así que, ¿cómo podía sentir esa creciente animosidad (pues eso era precisamente lo que sentía) hacia alguien al que ni siquiera había estrechado la mano? ¿Del que ignoraba por completo las costumbres, los gustos, el tono de voz, y si tenía o no tenía ingenio?

¿Cómo podía empezar a no gustarte lo que no era más que una abstracción humana?

Buena pregunta, pensó.

Pero su vida de sueños no pedía permiso.

Y Gerard estaba empezando a aparecer en ella con bastante frecuencia.

En uno de los sueños, Gerard y él trataban de descifrar las instrucciones de preparación, bastante borrosas, de la parte de atrás de un paquete de comida congelada; una especie de pan relleno italiano. Necesitaban saber el tiempo que debía estar en el horno, pero no podían leer la maldita cosa. Era realmente frustrante.

En otro, jugaban al ajedrez. Las piezas no paraban de desaparecer. Un peón allí, un alfil allá. Bass sospechaba que él mismo hacía trampas.

En otro más, estaban sentados bajo un frondoso árbol en Central Park, observando a una niñita que jugaba en el castillo, y la niñita era Annabel. Eso no le parecía extraño a ninguno de los dos. Bass encendió un Winston, le dio una calada, y Gerard se inclinó sonriendo, se lo quitó de los labios y lo tiró. Annabel se rio, se bajó del castillo y lo aplastó con el pie. Bass se puso furioso con los dos.

Y después estaba el realmente malo.

Allí está Gerard, sentado frente a una antigua mesa de roble de estilo rústico, enorme, y se encuentra atado a un pesado sillón de madera. Sus piernas están atadas a las patas del sillón y sus brazos están atados a los brazos. Annabel no se encuentra a la vista. Gerard mira a Bass, con la frente llena de preocupación. Bass le pregunta: «¿amas a tu mujer?». Él asiente.

De pronto, allí está Annabel, atada de una forma parecida a una silla parecida al otro extremo de la mesa. Detrás de ella, una puerta se abre a la noche estrellada. Las polillas atraviesan la puerta, atraídas por la luz. Una polilla de luna, del color de su vestido de novia, se posa en los nudillos de la mano derecha, justo donde se agarra a la silla. Bass la aleja e,

inmediatamente, la sustituye su cuchillo, grande, afilado y elegante a su manera, dispuesto para cortarle los cuatro dedos, y puede que también el pulgar, por si acaso.

Vuelve a preguntarle a Gerard, «¿amas a tu mujer?», y presiona el cuchillo con suavidad sobre la carne de ella.

Él asiente y Bass se da cuenta de que ahora está amordazado, igual que ella.

Bass levanta el cuchillo de los dedos de ella y lo pone sobre la mano derecha de Gerard, y le pregunta por tercera vez, ¿amas a tu mujer?, y vuelve a asentir lentamente, aparentemente con tristeza, casi como una educada reverencia, y con pleno conocimiento. Se estira para colocar su mano libre sobre el cuchillo y empuja súbitamente hacia abajo, y los gritos tras la mordaza, así como el ruido que hace y lo que siente al atravesar el hueso es lo que lo despierta.

Reprodujo el sueño una y otra vez durante toda la noche en Las puertas del Infierno. No lo buscó. Sencillamente, no se le iba de la cabeza. Si Gary le hubiese preguntado tan solo cómo le iba, le habría contado el sueño en un abrir y cerrar de ojos y con tanto detalle como fuera posible, pero no lo preguntó, y Bass no podía soltárselo así, sin más, entre daiquiris de plátano y cócteles bijou.

Pero fue el sueño y el darle vueltas al sueño lo que lo llevó a entrar en acción al día siguiente.

La página web oficial de Gerard Pope no tenía ninguna dirección de correo electrónico, pero sí una página de mensajes en la que los lectores podían discutir su trabajo, poner sus observaciones y dar opiniones, y Bass se dio cuenta en su primera visita de que Gerard solía entrar una vez a la semana, sobre el fin de semana, y contestar todas las preguntas que se le hubieran hecho. Lo hacía con regularidad. Su estilo en esos mensajes era alentadoramente abierto y sin ninguna afectación. Incluso era gracioso. Cercano. Bass pensó que, aunque Annabel le había prohibido contactar con ella, no había dicho nada respecto a Gerard.

Bass se sentó, encendió un cigarrillo, le dio una profunda calada y le envió unas líneas el jueves por la noche, después del trabajo.

«Buena foto. Está preciosa vestida de verde. Me gusta esa mirada lejana

que contempla el cielo, claro. La conozco bien. ¿Te preocupas en alcanzar los viejos tiempos que nosotros nunca tuvimos? Si tienes curiosidad, mándame un mensaje a la dirección de arriba. Bass».

El domingo tuvo una respuesta.

«Probablemente me matará por hacer esto, pero sí, supongo que tengo curiosidad. ¿Continúas en el West Side? Si es así, ¿comemos en el Egeo a la una, el jueves? Recuerdos, Pope».

Así que él también utilizaba su apellido. Interesante.

Le contestó diciendo que el jueves estaba bien.

La noche del lunes soñó algo totalmente distinto. Al menos, creía que era algo totalmente distinto. Hacía un precioso y luminoso día y se encontraba conduciendo por una autopista cuando otro coche se puso a su altura y Bass y el otro conductor se miraron. El conductor era una mujer, rubia, con un leve exceso de peso según él, pero que le ofreció una sonrisa desdentada que, sencillamente, le atrajo.

Lo siguiente que supo fue que se encontraba en el coche de ella, en el asiento del copiloto, y, después de eso, lo siguiente fue que se encontraban aparcados en el arcén y que el coche se había transformado en una caravana, y se encontraban desnudos en su cama haciendo el amor, y, a pesar de que su cuerpo era algo carnoso, era estupendo; en serio, no estaba nada mal. Fue aún mejor cuando ella se transformó en una esbelta y preciosa castaña, la modelo Paulina Porizkova, a la que Bass había deseado desde la primera vez que la vio. Y siguió haciéndolo; transformándose de Paulina a la rubia sin dientes y a la inversa.

—Pensé que podrías quedarte a pasar la noche —dijo ella con la forma de la rubia.

Él respondió:

—Pensé que nunca me lo pedirías.

Se despertó con apenas suficiente tiempo para ducharse, afeitarse y tomarse un café por el camino.

El Egeo no estaba haciendo demasiada caja con el almuerzo, por lo que había montones de mesas libres, pero Pope se encontraba en el bar, justo en la esquina frente a la puerta. Sonrió inmediatamente y le ofreció la mano.

—Gerard Pope —se presentó.

—John Bass. ¿Cómo sabías que era yo?

—¿Qué? Ah, las fotos.

—¿Las fotos?

—Sí.

—¿Guarda las fotos?

—Algunas, supongo. No sé cuántas. Solo te conozco de las que me enseñó. La mayoría, de Cape May. Ya sabes lo que pasa con las mujeres; esas en las que ella sale realmente bien.

Sonrió y sacudió la cabeza.

—Joder.

—¿Qué va a tomar? —preguntó el camarero. Pope bebía una O'Doule sin alcohol.

—Amstel Light.

—Ahora mismo.

—Pensé que las había destruido todas.

—¿Annabel? Annabel es incapaz de tirar incluso una bombilla fundida.

Su cerveza llegó en una jarra helada, pidieron la carta y hablaron de trivialidades, principalmente sobre su página web, a la que Bass admitió que admiraba y que se la había hecho un fan de Colorado a cambio de objetos de colección, primeras ediciones y cosas por el estilo, hicieron sus pedidos y luego, poco a poco, la conversación fue haciéndose más personal, y Bass se enteró de que se habían mudado dos veces en tres años, a mejores y mayores pisos, de Hell's Kitchen al West Side y, por último, al Soho. Se enteró de que querían hacer películas de dos de los libros de Pope, pero que él no esperaba que surgiera necesariamente algo de todo ello. Descubrió que Annabel trabajaba ahora en un estilo mixto, marinas como playas estilizadas que se estaban vendiendo bastante bien en su *loft*. En estos momentos trataban de crear una página web para promocionar también sus cosas.

Para cuando él terminó su ensalada de pulpo hervido y calamar y Pope su pollo *lemoni*, Bass se dio cuenta de algo que no le hizo feliz en absoluto. El

tipo empezaba a caerle bien. Vaya grano en el culo. Y supuso que Pope se lo podía leer en la cara, puesto que se echó a reír.

—¿Decepcionado? ¿No soy un mamón al que puedes odiar?

—Yo nunca...

—Vamos. Si no me odiabas, seguro que estabas trabajando en ello. Mira, soy escritor. Soy bueno con el lenguaje corporal. Definitivamente, tenías un palo metido en el culo cuando entraste. Te has librado de él hace solo un momento.

Bass pensó en el sueño, la triste afirmación de Gerard que era casi una reverencia. Él también era bastante bueno con el lenguaje corporal. Pero solo ahora se dio cuenta de lo que el asentimiento quería decir. No resignación ante el cuchillo, tal y como había pensado a la mañana siguiente. Reconocimiento. Reconocimiento del otro.

En su mente quería decir «amas a tu mujer», pero lo que le salió fue, «la quieres, ¿verdad?».

—Por supuesto. Es bastante fácil de querer. Precisamente tú de entre todos deberías saberlo. Trataba de hacerte un favor, Bass.

—¿Ah, sí? ¿Cómo? —Esperaba que no le hubiese salido tan amargado como sonaba.

—Diciéndote que tiró las fotos, para empezar. Diciéndote que hicieras lo mismo. Para cortar contigo totalmente. Eso es lo principal.

«Cortar contigo totalmente». Recordó el sueño y, de pronto, quedó totalmente claro y le sorprendió. Se dio cuenta de que, en las sutiles inversiones que ocurren en los sueños, no había sido Gerard el que estaba atado a la silla. Era él. Incapaz de moverse o defenderse, incapaz de hablar o presentar su versión. Esperando, asintiendo tristemente, reconociendo a Gerard. Y, finalmente, cortando totalmente justo en el momento de despertar.

—Ella sabía que no iba a funcionar. Trataba de ser amable contigo al impedir que siguiera. Y con ella también. Y conmigo también, por supuesto.

Bass pensó en ello por un momento. Luego asintió.

—Una vez soñé contigo —le explicó—. Yo encendía un cigarrillo. Tú me lo quitabas y lo tirabas lejos.

—Un auténtico bastardillo, ¿eh?

—No. Era por mi bien, joder.

Pagaron a medias.

—Me preguntaste si amaba a mi mujer —dijo Gerard (aunque no lo había hecho exactamente—. Si tú la amaras, habrías hecho lo mismo que ella trató de hacer por ti. Tira esas malditas fotos, aunque sea metafóricamente hablando. Hazlas pedacitos. Puede que, algún día, cuando seamos viejos y canosos, hagamos algunas nuevas.

—O puede que no.

—O puede que no. Me alegro de haberte conocido, Bass. Esto nunca pasa, pero me alegro de que lo hiciera, si sabes lo que quiero decir.

Bass pidió otra cerveza y se la bebió despacio, pensando en todo aquello.

Poco después, se pasó al whisky.

A mitad del segundo, salió afuera a fumar y observó a la gente de la calle. Niñeras y madres jóvenes y enérgicas con cochecitos de anchura doble. Camioneros repartiendo objetos de papel y de consumo diario. Una mujer al otro lado de la calle corriendo en su sitio, ante el semáforo, y vociferando al móvil. Un tipo con cresta de mohicano, mocasines y orejeras de piel, desnudo hasta la cintura, todo cuero y bronceado. *¿De qué va ese?*, se preguntó, *¿De idiota moderno?* ¿Orejeras en agosto? Daba la impresión de que ahí fuera había gente bastante más rara y obsesiva que él mismo.

Volvió dentro, acabó su whisky y pidió otro. Tardó bastante en bebérselo. El camarero no hizo ningún esfuerzo por entablar conversación. En ocasiones, lo sabían.

Pagó la cerveza y los whiskys y se fue a casa.

Su casa estaba tal y como esperaba que estuviera. Vacía. En su mayor parte, vacía de Laura.

Se sirvió un último whisky que ciertamente no necesitaba, se sentó pesadamente en el sofá, le dio un sorbo, y le pareció que echaba una cabezada, pues lo siguiente que supo es que su cara estaba húmeda por las lágrimas. Ahora lloraba en sueños, por amor de Dios, eso era distinto, y pensó en el sueño, y en lo que posiblemente quisiera que él hiciese, así que fue a la

cocina, abrió el cajón y sacó el cuchillo.

Miró la larga y pesada cuchilla. Necesitaba ser afilado, pero serviría. Miró sus dedos, extendidos sobre el fregadero. Un símbolo, pensó. Eso es lo que son los sueños, ¿verdad? Símbolos de lo que necesitas hacer con tu vida. Encendió un cigarrillo y volvió a pensar en ello. *No*, pensó. Eso es más *loco* que lo de las orejeras. Ni siquiera la punta de un meñique. No quieres interpretar la terminología del sueño demasiado literalmente.

Además, le había pasado algo más. En su sueño, el final de su relación con Annabel era, pura y simplemente, una pérdida. Simbolizada por unos cuantos dedos desaparecidos. Pensó que era algo más complejo que todo eso.

Has perdido algo, seguro. Pero, cuando lo hiciste, también añadiste algo.

Tejido cicatrizal.

Podía vivir con ello.

Dejó el cuchillo y se quitó la camisa, le dio una profunda calada al cigarrillo y luego lo presionó lentamente sobre la carne, directamente donde creía que estaría el corazón. Quería que la quemadura le durara. *Por ti Annabel*, pensó. Olió cómo se quemaba el pelo de su pecho y, por debajo, otro olor más dulzón, y sintió algo parecido a la picadura de un avispon, agudo y abrupto, que luego se fue desvaneciendo a medida que el ascua iba perdiendo tamaño.

Tiró la colilla al cenicero y fue a buscar el «bacitracin».

Unos siete años después, mientras se preparaba para la fiesta del décimo aniversario de Annabel y Gerard, salió de una humeante ducha y admiró el pálido círculo blanco que destacaba claramente sobre su piel brillante.

Laura estaba esperándole, vestida y lista para salir.

Siempre iba un paso por delante de él.

Regresos

—Estoy aquí.

—¿Que estás qué?

—He dicho que estoy aquí.

—Oh, no empieces. No empieces.

Jill está tumbada sobre el caro sofá frente a la tele, viendo un concurso, con una botella de Jim Beam en el suelo y un vaso en la mano. Ella no me ve, pero Zoey sí. Zoey está hecha un ovillo al otro lado del sofá esperando su desayuno, el sol ha salido ya hace cuatro horas, son las diez, y suele tomar sus Friskies a las ocho.

Siempre tuve la sensación de que los gatos ven cosas que las personas no pueden ver. Ahora lo sé.

Me está mirando con un cierto interés suplicante. Los ojos muy abiertos, la negra nariz retorciéndose. Sé que espera algo de mí. Estoy tratando de dárselo.

—Por amor de Dios, se supone que debes darle de comer. Hay que cambiar la arena de su caja.

—¿Qué? ¿Quién?

—La gata. Zoey. Comida. Agua. La caja de arena. ¿Recuerdas?

Volvió a llenar el vaso. Jill lleva toda la noche y toda la mañana haciendo lo mismo, con pequeñas cabezadas ocasionales. Ya era malo cuando estaba vivo, pero desde que el taxi me cortó en dos hace cuatro días en la 72 con Broadway, se ha vuelto muchísimo peor. Puede que, a su manera, me eche de menos. Acabo de volver justo la pasada noche de solo Dios sabe dónde sabiendo que hay algo que debo hacer o intentar, y puede que sea esto. Hacer que lo deje.

—¡Jesús! Déjame sola. Estás en mi puta cabeza. ¡Sal de mi puta cabeza!

Lo grita lo suficientemente alto como para que lo oigan los vecinos. Los vecinos están en el trabajo. Ella no. Así que nadie golpea las paredes. Zoey se limita a mirarla, y luego vuelve a mirarme a mí. Yo estoy de pie junto a la puerta de la cocina. Sé que es allí donde estoy, pero no puedo verme. Muevo las manos, pero no aparecen manos junto a mí. Miro en el espejo del vestíbulo, y no hay nadie allí. Da la impresión de que solo mi gata de siete años puede verme.

Cuando llegué, estaba en el dormitorio, dormida sobre la cama. Saltó de ella y se me acercó con su cola blanca y negra levantada, con el extremo blanco doblado. Siempre puedes saber si un gato está contento por el lenguaje de la cola. Estaba ronroneando. Trató de golpearme con un lateral de su mandíbula, allí donde están las glándulas de olor, tratando de marcarme como de su propiedad, para confirmarme de la forma en la que lo hacen los gatos, de la forma en la que lo había hecho miles de veces antes, pero algo no iba bien. Me miró confundida. Me agaché para rascarle las orejas, pero, claro, no pude, y eso pareció confundirla más aún. Trató de marcarme con sus ancas. No hubo forma.

—Lo siento —le dije. Y lo sentía. Sentía el pecho como si estuviese lleno de plomo.

—Vamos, Jill. ¡Levanta! Tienes que darle de comer. Ducharte. Hacer café. Lo que sea.

—Esto es de locos —dijo ella.

Pero se levanta. Mira el reloj de la repisa. Se dirige al baño con piernas temblorosas. Y entonces oigo cómo corre el agua de la ducha.

No quiero entrar ahí. No quiero verla. No quiero volver a verla desnuda, y no he tenido que hacerlo durante un buen rato. Hubo un tiempo en el que fue actriz. La temporada de verano y algún que otro anuncio. Nada importante. Pero, Dios mío, era preciosa. Entonces nos casamos, y pronto la bebedora social se convirtió en bebedora solitaria, y luego empezó a beber todo el día, y su cuerpo empezó a ganar mucho peso aquí y perder mucho allí. Pequeños momentos de abuso de sí misma. No sé por qué me quedé. Perdí a mi primera mujer debido al cáncer. Puede que, sencillamente, no soportara perder otra, puede que, simplemente, sea leal. No lo sé.

Oigo cerrar el grifo y, poco después, ella vuelve al cuarto de estar con su vestido blanco puesto y el pelo envuelto en una toalla rosa. Le echa un vistazo al reloj. Se acerca a la mesa en busca de un cigarrillo. Lo enciende y le da una calada furiosa. Aún sigue inestable, pero menos. Tiene el ceño fruncido. Zoey la observa con precaución. Cuando está así, medio borracha, medio sobria, es peligrosa. Lo sé.

—¿Sigues aquí?

—Sí.

Se ríe. No es una risa agradable.

—Seguro que lo estás.

—Lo estoy.

—Una mierda. Me volvías loca cuando estabas vivo. Me sigues volviendo loca ahora que estás muerto.

—Estoy aquí para ayudaros, Jill. A Zoey y a ti. Mira alrededor de la habitación, como si finalmente creyera que quizá, quizá, estoy allí, y no soy una voz en su cabeza. Como si tratara de localizarme, encontrar la fuente. En realidad, todo lo que tiene que hacer es fijarse en Zoey, que me está mirando directamente.

Pero está guiñando los ojos de una forma que ya he visto antes. Una forma que no me gusta.

—Bueno, ya no tienes que preocuparte por Zoey —me dice.

Estoy a punto de preguntarle qué quiere decir cuando llaman a la puerta. Apaga el cigarrillo, se acerca a la puerta y la abre. En el recibidor se encuentra un hombre al que nunca antes había visto. Un hombrecillo tímido y de aspecto sensible, a mediados de la treintena, con una calva incipiente, vestido con un mono azul. Su postura indica que se encuentra incómodo.

—¿Señora Hunt?

—Ajá. Pase —dice ella—. Está allí.

El hombre se agacha y recoge algo del suelo, y veo lo que es.

Una jaula para gatos. De plástico con un frente enrejado de metal. Igual que el nuestro. El hombre entra.

—Jill, ¿qué estás haciendo? ¿Qué demonios estás haciendo, Jill?

Ella agita las manos cerca de sus orejas como si fuera a espantar una mosca o un mosquito y parpadea rápidamente, pero el hombre no ve nada de eso. El hombre no deja de mirar a mi gata, que no deja de mirarme a mí, cuando debería fijarse en el hombre, cuando debería fijarse en la jaula, sabe demasiado bien lo que significa, por amor de Dios, va a ir a alguna parte, a algún sitio que no le va a gustar.

—¡Zoey! ¡Vete! ¡Sal de aquí! ¡Corre!

Doy palmadas. No hacen ruido. Pero ella nota la alarma en mi voz y ve la expresión que debo de tener en la cara y, en el último momento, se vuelve hacia el hombre, justo cuando él va a por ella, va a buscarla al sofá, la coge y la mete de cabeza en la jaula. Corre el doble cerrojo.

Es rápido. Es eficiente.

Mi gata está atrapada dentro.

El hombre sonrío. Apenas le importa.

—No ha ido tan mal —dice.

—No. Ha tenido suerte. Muerde. A veces, monta unas peleas monumentales.

—*Putita mentirosa* —le digo a ella.

En ese momento me encuentro justo detrás de ella. Se lo estoy diciendo al oído. Puedo sentir su corazón latiendo con fuerza debido a la adrenalina, y no sé si soy yo quien le asusta o si lo que le asusta es lo que ha hecho o ha permitido que pasara, pero, al fin y al cabo, es actriz, no va a reconocer que estoy allí. En toda mi vida me he sentido tan enfadado o tan inútil.

—¿Está segura de que quiere hacer esto, señora? —le pregunta él—. Podemos tenerla un tiempo para adopción. No tenemos que dormirla. Claro que ya no es ninguna gatita. Pero nunca se sabe. Algunas familias...

—Ya se lo he dicho —insiste la que fue mi mujer durante seis años—. Muerde.

Y ahora está tan tranquila y tan fría como el hielo.

Zoey ha empezado a maullar. Se me empieza a romper el corazón. Morir

fue fácil comparado con esto.

Nuestros ojos se encuentran. Hay un dicho que afirma que puede verse el alma de un gato a través de sus ojos, y yo creo que es verdad. Llego al interior de la jaula. Yo no puedo ver mi mano, pero ella sí. Mueve su cabeza para frotarse con ella. Y ya no tiene una expresión confusa. Es como si esta vez realmente pudiera sentirme, sentir mi mano y mi contacto. Ojalá yo también pudiera sentirla. Le doy palmaditas exactamente igual que cuando era solo una gatita callejera, asustada con los cláxones y las sirenas. Y yo estaba solo. Comienza a ronronear. Descubro algo. Los fantasmas pueden llorar.

El hombre se marcha con mi gata y yo estoy aquí con mi mujer. No puedo seguirla. De alguna forma, lo sé. No puedes ni empezar a entender cómo todo esto me hace sentir. Daría cualquier cosa por poder seguirla.

Mi mujer sigue bebiendo y durante las siguientes tres horas, más o menos, lo único que hago es gritarle, chillarle. Oh, claro, ella puede oírme. Le hago pasar por todos los tormentos que se me ocurren, haciéndole recordar todo el daño que me hizo o le hizo a alguien, haciéndole recordar una y otra vez lo que ha hecho hoy, y pienso, *así que este es mi propósito, esto es por lo que he vuelto, la razón por la que estoy aquí es para hacer que esta puta se suicide, para que acabe con su miserable y jodida vida*, y pienso en mi gata, y en que Jill nunca se preocupó de verdad por ella, se preocupaba más por su tapicería color vino que por mi gata, y le insto a que vaya a por las tijeras, le insto a que vaya hacia la ventana y su caída de siete pisos, hacia los cuchillos de la cocina, y ella llora, grita, qué pena que todos los vecinos estén trabajando, al menos la habrían arrestado. Y apenas es capaz de andar o de mantenerse en pie, y pienso *puede que un ataque al corazón, puede que un infarto*, y persigo a mi mujer y le insto a morirse, morirse, hasta que casi es la una y comienza a pasar algo.

Está más tranquila.

Como si no me oyera con tanta claridad.

Estoy perdiendo algo.

Pierdo lentamente algo de poder, como una pila que se agota.

Me empieza a entrar el pánico. No lo entiendo. Aún no he acabado.

Y entonces lo siento. Siento cómo me alcanza desde manzanas y

manzanas de distancia a través de la ciudad. Siento la lenta respiración. Siento cómo se para el corazón. Siento su tranquilo final. Lo siento con más claridad de lo que sentí mi propio fin.

Siento cómo agarra mi corazón y aprieta.

Miro a mi mujer, dando paseos, bebiendo. Y me doy cuenta de algo. Y, de pronto, ya no es tan malo. Aún duele, pero de forma distinta.

No he vuelto para atormentar a Jill. No para destrozarla o avergonzarla por lo que ha hecho. Ella misma se está destrozando.

No me necesita para eso. Lo habría hecho de todos modos, estuviera o no estuviera yo allí. Lo había planeado. Estaba en marcha. El que yo estuviera allí no lo detuvo. El que yo estuviera allí, después de todo, no cambió las cosas. Zoey era mía. Y debido a quién y qué era Jill, lo que había hecho era algo inevitable.

Y pensé, a la mierda Jill. Jill no importa un pimiento. Ni uno. Jill no es nada.

Era Zoey por quien yo estaba allí. Por Zoey todo el tiempo. Ese horrible momento.

Yo estaba allí por mi gata.

Esa última caricia reconfortante dentro de la caja. Las caricias y el ronroneo. Recordándonos todas esas noches en las que ella me reconfortaba y yo a ella. La frágil caricia de las almas.

Eso era de lo que iba todo esto.

Eso era lo que necesitábamos.

La última y mejor parte de mí ya se había ido.

Y empecé a desvanecerme.